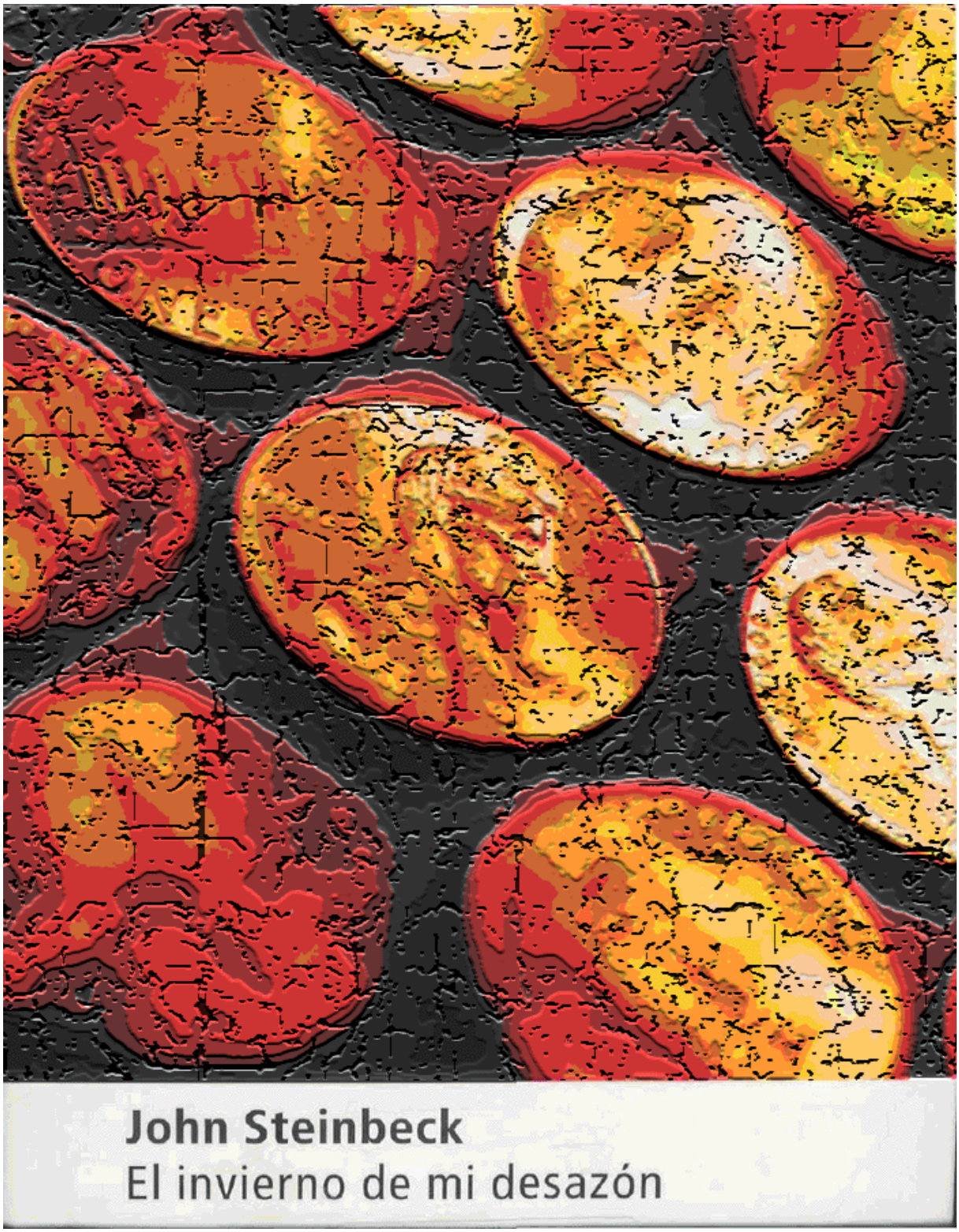
EL INVIERNO DE MI DESAZÓN
JOHN STEINBECK



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Beth, mi hermana,
cuya llama arde con
claridad

A los lectores que pretendan identificar las personas y lugares de ficción que aquí se describen, más les valdría inspeccionar sus propias comunidades y registrar a fondo sus propios corazones, porque este libro trata sobre una gran parte de Norteamérica tal como es a día de hoy.

PRIMERA PARTE

1

Al despertar con la luz clara y dorada de una mañana de abril, Mary Hawley se volvió hacia su marido y se lo encontró haciendo una mueca de sapo con los dos meñiques metidos en la boca.

-Tonto... -le dijo-. Ethan, te has despertado con tu genio cómico a punto.

-Ratoncita, Ratoncita... ¿Te quieres casar conmigo?

-¿Tan tonto te has despertado hoy?

-El año está en el día, y el día en la mañana.

-Sí, ya veo que sí. ¿Te acuerdas de que es Viernes Santo?

-Ya forman marciales los perversos romanos, prietas las filas -dijo ahuecando la voz -, para acudir al Calvario.

-No seas sacrílego, anda. ¿Te dejará Marullo cerrar la tienda a las once?

-Querido pimpollito mío: Marullo es católico y es un *espagueti.* Lo más probable es que ni siquiera asome la nariz por la tienda. Cerraré al mediodía, y tendré la tienda cerrada hasta que termine la ejecución.

-Así sólo hablan los peregrinos, los puritanos. No tiene ninguna gracia.

-Eso son bobadas, lentejita. Eso proviene de mi familia materna. Son cosas de piratas. Además, aquello fue una ejecución en toda regla, ya lo sabes.

-No eran piratas. Tú mismo has dicho mil veces que eran balleneros, y que además tenían cartas de no sé quién del Congreso Continental, los primeros en declararse en rebeldía contra Inglaterra.

-Los barcos contra los cuales hicieron fuego sí creyeron que eran piratas. Y los soldados romanos de infantería también creyeron que era una ejecución.

-Ya veo que sólo he conseguido enfadarte. Me gustas más cuando te haces el tonto.

-Es que yo era un tonto, y lo que he visto me ha hecho dos tontos. Eso lo sabe cualquiera.

-Siempre me confundes. Tienes todo el derecho del mundo a sentirte orgulloso. Mira que tener en la misma familia a los padres peregrinos de la nación y a los capitanes balleneros...

-¿Y ellos? ¿Tienen derecho?

-¿Derecho a qué? No te sigo.

-A sentirse orgullosos. ¿Se sentirían orgullosos mis grandiosos ancestros si supieran que su descendiente no es más que un triste dependiente en una maldita tienda que es propiedad de un *espagueti,* en una ciudad de la que ellos fueron dueños?

-Eso no es verdad. Tú eres más bien el gerente del establecimiento. Llevas las cuentas, depositas el dinero en el banco, haces los pedidos...

-Ya, desde luego. Y también me encargo de barrer la tienda, de sacar la basura y de hacer reverencias y contestar amén a todo lo que dice Marullo. Y si fuera un gato, tendría que cazarle a Marullo los malditos ratones.

-Anda, hazte el tonto -dijo ella rodeándolo con los brazos-. Y no digas palabrotas, por favor, que estamos en Viernes Santo. Sabes que te amo.

-Estupendo -repuso él al cabo de un instante-. Eso es lo que dicen todas. Pero no vayas a pensarte que eso te da derecho a acostarte en pelota picada con un hombre casado.

-Iba a decirte lo de los chicos.

-¿Los han metido en la cárcel?

-Ya te estás haciendo el tonto otra vez. Mejor será que te lo digan ellos mismos.

-¿Por qué no...?

-Margie Young-Hunt me va a echar las cartas otra vez.

-¿Que te va a echar las cartas? ¿Como si fueras un buzón de correos? ¿Quién es esa tal Margie Young-Hunt? ¿Qué tendrá, que todos nuestros galanes...?

-¿Sabes? Si yo fuera celosa... Ya sabes lo que se suele decir cuando un hombre hace como que no se da cuenta de que hay una muchacha bonita...

-Ah, acabáramos. ¿Una muchacha, dices? Pero si ha tenido dos maridos.

-El segundo se le murió.

-Quiero el desayuno. ¿Tú te has creído esas historias?

-Bueno, Margie vio lo de mi hermano en las cartas. Una persona cercana y muy querida, me dijo.

-Pues yo sé de una persona muy cercana y muy querida que se va a llevar un puntapié en el trasero como no se ponga en marcha.

-Ya voy. ¿Quieres huevos?

-Supongo. ¿Por qué lo llamarán Viernes Santo? ¿Qué tendrá de santo un viernes cualquiera?

-¡Oh, basta! -dijo-. Siempre estás de broma.

El café estaba listo y los huevos revueltos en un cuenco, con una tostada al lado, cuando Ethan Allen Hawley se sentó en el comedor junto a la ventana.

-Me siento fenomenal -dijo-. ¿Por qué lo llamarán Viernes Santo?

-Por la primavera -repuso ella desde la cocina.

-¿Viernes de primavera?

-Fiebre de primavera. ¿Se han levantado los chicos?

-Ni lo sueñes. Vaya par de cabroncetes perezosos. Vayamos a levantarlos y les damos una buena tunda.

-Te pones terrible cuando te haces el tonto. Y no me gusta nada que hables así. ¿Vendrás a casa a mediodía?

-Qué va.

-¿Por qué?

-Las damas. Tengo que verme a escondidas con algunas. A lo mejor esa Margie...

-Ethan, ni se te ocurra decir una cosa así. Margie es una buena amiga. Es capaz de regalarte hasta la camisa que lleva puesta.

-¿Sí? ¿Y de dónde ha sacado la camisa?

-Ya vuelves a hablar otra vez como los peregrinos.

-Me apuesto lo que quieras a que somos parientes. Por sus venas corre sangre de una familia pirata.

-¡Tonto! Toma, aquí tienes la lista de la compra. -Se la metió en el bolsillo de la chaqueta-. Parece muy larga, pero es que es el fin de semana de Pascua, tenlo en cuenta. Ah, y dos docenas de huevos, no lo olvides. Vas a llegar tarde.

-Ya lo sé. A lo mejor pierdo una venta de chicha y nabo. Que se aguante Marullo. ¿Por qué quieres dos docenas?

-Para pintarlos. Los han pedido Allen y Mary Ellen. Venga, ya va siendo hora de que te vayas.

-De acuerdo, coliflor... Pero ¿puedo subir a darles una paliza a los chicos?

-Los malcrías demasiado, Ethan. Sabes de sobra que sí.

-¡Adiós, oh nave de mi patria! -dijo, y cerró de un portazo la mosquitera tras salir a la mañana entre verde y dorada.

Se volvió tras dar unos cuantos pasos para mirar la espléndida casa antigua, que también fuera de su padre y de su bisabuelo; era una casa de madera pintada de blanco con ensambladuras marineras, un tragaluz en forma de abanico sobre la puerta, ornamentos arquitectónicos al estilo de los hermanos Adam y un mirador en el tejado. Estaba casi engastada en el jardín verdeciente, entre lilos que tenían cien años de antigüedad, gruesos como la cintura de un hombre y ya plagados de brotes. Los olmos de Elm Street se unían por las copas y empezaban a amarillear gracias a las hojas nuevas. El sol acababa de asomar por encima del edificio del banco y arrancaba destellos de la plateada torre del gas. Del Puerto Viejo llegaba el olor a algas y a salitre.

Sólo se encontró con otro ser vivo por Elm Street: el setter rojo del señor Baker, el perro del banquero, *Red Baker,* que se movía con lenta dignidad y se detenía aquí y allá a olisquear la lista de visitantes grabada en los troncos de los olmos.

-Buenos días, señor. Me llamo Ethan Allen Hawley. Nos hemos visto antes, orinando en otra parte.

Red Baker se detuvo y respondió al saludo con un lento meneo de su cola empenachada.

-Estaba mirando mi casa -siguió diciendo Ethan-. En aquellos tiempos sí que sabían construir.

Red ladeó la cabeza y se rascó las costillas con una de las patas traseras.

-¿Y por qué no iban a saber, eh? Tenían todo el dinero necesario. Grasa de ballena de los siete mares, esperma... ¿Tú sabes lo que es el esperma de cachalote?

El perro emitió un suspiro quejumbroso.

-Ya veo que no. Pues se trata de un aceite ligero, que tiene un delicado olor a rosas, y que se extrae de la cavidad de la cabeza del cachalote. Tienes que leer *Moby Dick,* perro. En serio, te lo aconsejo de veras.

El setter levantó la pata junto a la reja de hierro forjado que cerraba la alcantarilla.

Al volverse y disponerse a seguir su camino, Ethan le habló por encima del hombro:

-Y no dejes de escribir un informe sobre el libro. Así podrías darle lecciones a mi hijo. Ni siquiera sabe cómo se escribe *esperma,* ni... Ni nada.

Elm Street desemboca en High Street formando un ángulo a dos manzanas de la casa de Ethan Allen Hawley. A mitad de camino de la primera manzana, una bandada delincuente de gorriones ingleses se peleaban por el césped a punto de brotar ante la casa de Elgar. No jugaban, sino que se revolcaban y se lanzaban picotazos unos a los otros, a los ojos, con tanta ferocidad y semejante algarabía que ni siquiera se percataron de la presencia de Ethan. Éste se detuvo a contemplar la batalla.

«Los pájaros en el nido de acuerdo están», se dijo. «¿Por qué será que nosotros no lo estamos jamás? Ésa sí que es una buena patraña. Chicos, chicos, ¿ni siquiera podéis llevaros bien en una mañana tan espléndida? Y pensar que sois vosotros los cabronazos con los que tan bien se portaba san Francisco... ¡Joder!»

Echó una carrera corta y la emprendió con ellos a puntapiés. Los gorriones levantaron el vuelo con un atronador susurro de alas batidas, quejándose amargamente con sus vocecillas como puertas que chirrían.

-¡Pues a ver si os enteráis de una cosa! -dijo Ethan tras ellos-. Al mediodía se oscurecerá el sol y caerán las tinieblas sobre la tierra y todos tendréis terror de veras.

Volvió a la acera y siguió su camino.

La vieja casa de Phillips, en la segunda manzana, es ahora una pensión. Joey Morphy, cajero del First National Bank, salió por la puerta de la calle. Se limpiaba los dientes con un palillo; se enderezó el chaleco al ver a Ethan.

-Hola -le dijo-. Estaba a punto de llamarlo, señor Hawley.

-¿Y por qué lo llamarán Viernes Santo?

-Eso viene del latín -dijo Joey-. *Sanctus, sanctilius, sanctum.* Que significa que vaya porquería.

Joey tenía cara caballuna y sonreía como un caballo, levantando el largo belfo superior para dejar a la vista sus dientes grandes y cuadrados. Joseph Patrick Morphy, Joey Morphy, el bueno de Joey *el Morpho,* era un tipo de veras popular si se tenía en cuenta que sólo llevaba unos cuantos años en New Baytown. Era un bromista que soltaba sus chistes y sus chanzas con la mirada velada, como un jugador de póquer, y que relinchaba al reír los chistes ajenos, tanto si los conocía de antes como si no. Era un tipo sabio, un vivales era el Morpho; estaba al corriente de todo y lo sabía todo sobre medio mundo, desde la mafia hasta lord Mountbatten, pero todo lo soltaba marcando la entonación, casi como si más que afirmar algo hiciera una pregunta. Así conseguía no parecer un listillo y su oyente se sentía parte del asunto, que luego podía repetir por ahí como si fuera de su propia cosecha. Joey era un tío fascinante: un verdadero jugador, aunque nadie le había visto hacer nunca una apuesta; era un buen contable, un excelente cajero de banco. El señor Baker, presidente de la sucursal del First National, tenía tan absoluta confianza en Joey que dejaba en sus manos casi todo el trabajo. El Morpho conocía íntimamente a todo hijo de vecino, pero jamás llamaba a nadie por su nombre de pila. Ethan era el señor Hawley. Margie Young-Hunt era para Joey la señora Young-Hunt, aunque se rumoreaba que se acostaba con ella. No tenía familia, no tenía parientes, vivía solo en dos habitaciones con baño privado de la vieja casa Phillips, comía casi siempre en el Foremaster Grill. El señor Baker conocía al dedillo su trayectoria de empleado de banca, que era intachable; sin embargo, Joey tenía una curiosa manera de contar cosas que le habían ocurrido a otro, por lo cual uno tendía a sospechar que en realidad le habían ocurrido al propio Joey, en cuyo caso la verdad era que conocía mucho mundo. Como no se jactaba de sus andanzas, la gente aún lo apreciaba más. Siempre llevaba las uñas inmaculadas, vestía con elegancia, siempre gastaba una camisa limpia y los zapatos recién lustrados.

Los dos caminaron juntos por Elm Street, en dirección a High Street.

-Hace tiempo que tengo ganas de hacerle una pregunta: ¿es usted pariente del almirante Hawley?

-¿No se referirá más bien al almirante Halsey? -preguntó Ethan a su vez-. Hemos tenido abundantes capitanes de barco en la familia, pero no tenía noticia de que también hubiera un almirante.

-Ah, como tengo entendido que su abuelo era capitán de un ballenero, supongo que lo relacioné con el almirante, claro.

-Una ciudad como ésta tiene sus propios mitos -dijo Ethan-. Por ejemplo, se cuenta que en la familia de mi padre hubo algunos piratas hace ya tiempo, y que mi familia materna desciende en línea directa de los peregrinos del *Mayflower.*

-Ethan Allen... ¡Dios mío! -dijo Joey-. ¿También es pariente suyo?

-Puede ser. Sí, seguro -dijo Ethan-, En fin, vaya día tan hermoso. ¿Recuerda otro igual? Por cierto, ¿qué dijo que quería decirme?

-Ah, sí. Supongo que cerrará usted la tienda de doce a tres. ¿Podría prepararme un par de sandwiches a eso de las once y media? Yo me encargo de pasar a recogerlos, Y un envase de leche.

-¿No cierra el banco?

-El banco sí, pero yo no. El pobre Joey se quedará al pie del cañón, encadenado a los libros de asiento. Los fines de semana como éste, con festividades a lo grande, vienen todos en unión a cobrar cheques de ventanilla.

-Nunca se me había ocurrido -dijo Ethan.

Desde luego. Por Pascua, el último lunes de mayo, festividad en recuerdo de los caídos en la guerra; el 4 de julio, el Día del Trabajo... Cualquier fin de semana largo pasa lo mismo. Si yo quisiera asaltar un banco, lo haría justo antes de un fin de semana largo. Ahí está toda la pasta, bien puesta en caja, a la espera del guapo que quiera venir a llevársela.

-¿Alguna vez ha sido víctima de un atraco, Joey?

-No. Pero tenía un amigo al que le pasó dos veces.

-¿Y qué dijo?

-Pues que pasó miedo. Hizo todo lo que le dijeron. Se tendió boca abajo en el suelo y dejó que se llevaran la pasta. A fin de cuentas, según dijo, el dinero tenía mejor seguro que él mismo.

-Le llevaré yo mismo los sandwiches cuando cierre. Llamaré a la puerta de atrás. ¿Cómo los quiere?

-No se tome la molestia, señor Hawley. Ya cruzaré yo por el callejón. Uno de jamón y uno de queso con pan de centeno, lechuga y mayonesa si puede ser, y un envase de leche y, ya puestos, una coca-cola para más tarde.

-Tengo un salami excelente. Quiero decir, cosas de Marullo.

-No, gracias. ¿Cómo le van las cosas a esa mafia unipersonal?

-Supongo que bien.

-La verdad, aunque a uno no le caigan bien los *italianinis*, hay que admirar a un hombre que fue capaz de convertir un carrito de chucherías, un puesto ambulante, en todo lo que tiene ahora. Es un tío listo. La gente ni siquiera se imagina cuánto tiene en salmuera. No sé, tal vez no debería decírselo. Los banqueros no deben abrir la boca cuando se trata de los ahorros de sus clientes.

-Pues no me diga nada.

Habían llegado a la esquina en donde Elm Street forma un ángulo con High Street. Automáticamente se detuvieron y se volvieron los dos para admirar la ruina de ladrillo y yeso rosa en que se había convertido el viejo Bay Hotel, que estaba en proceso de demolición para construir en el solar un nuevo Woolworth. La pala excavadora pintada de amarillo y la alta grúa de la que pendía la maza estaban calladas como dos depredadores en silencio, al acecho, de buena mañana.

-Eso es algo que siempre he querido hacer -dijo Joey-. Debe de ser emocionante balancear esa bola de acero y ver caer de pronto un muro entero.

-Yo ya vi bastantes demoliciones en Francia -dijo Ethan.

-Sí, he visto su nombre en el monumento, a la orilla del mar.

-¿Llegaron a detener a los ladrones que atracaron a su amigo? -Ethan estaba seguro de que el amigo no era otro que el propio Joey. Cualquiera lo hubiera dicho.

-Claro que sí. Los cogieron como a las ratas. Es una suerte que los ladrones no sean listos. Si Joey escribiese un manual sobre cómo asaltar un banco, los polis nunca pillarían a nadie.

Ethan se echó a reír.

-¿Cómo lo enfocaría?

-Tengo mis fuentes de información, señor Hawley. Yo leo los periódicos. Pero es que además conocía bastante bien a un tío que trabajaba para la policía. ¿Quiere que le dé la charla por dos dólares?

-Tendrá que ser sólo por cincuenta centavos. He de abrir la tienda.

-Damas y caballeros -dijo Joey-, esta mañana estoy ante ustedes... No, verá: ¿cómo se detiene a los ladrones de bancos? Número uno, por los antecedentes: ya los han pillado antes. Número dos, porque se pelean por las ganancias y alguno lo echa a perder. Número tres, por las mujeres. No son capaces de dejar a las mujeres en paz, y eso conduce al número cuatro: de algún modo tienen que gastarse toda esa pasta. Usted vigile a los que nadan en la abundancia de repente y ya los tiene.

-Así pues... ¡Cuál es su método, señor profesor?

-Tan sencillo como darle la vuelta a un calcetín. Se trata de hacer todo lo contrario. No se le ocurra asaltar un banco si ya lo han detenido antes o si tiene antecedentes por otros motivos. Nada de socios. Hágalo solo. No se lo diga a nadie, a nadie. Olvídese de las mujeres Y no se gaste la pasta. Guárdela. Guárdela quizás durante unos cuantos años. Entonces, cuando disponga de una buena excusa para tener algún dinero, vaya sacándolo poco a poco a relucir. E inviértalo. No lo gaste.

-¿Y si alguien reconoce al ladrón?

-Si se cubre la cara y no abre la boca, ¿quién lo va a reconocer? ¿Ha leído usted alguna vez las descripciones de los testigos? Están todos chalados. Mi amigo el policía dice que a veces, cuando le tocaba ponerse entre los sospechosos para una ronda de reconocimiento, lo elegían a él una y otra vez. La gente juraba y perjuraba que era él quien robó el banco. Ahí tiene: son cincuenta centavos, por favor.

Ethan se metió la mano en el bolsillo.

-Se lo voy a tener que dejar a deber.

-Me lo cobraré en sandwiches -dijo Joey.

Cruzaron High Street y enfilaron hacia el callejón que formaba ángulo recto. Joey entró por la puerta de atrás del First National, a su lado del callejón; Ethan abrió la puerta de atrás de Fruta y Comestibles Finos Marullo.

-¿Jamón y queso? -gritó.

-Con pan de centeno. Y con lechuga y mayonesa.

Desde el callejón, a través de la ventana enrejada, se filtraba en la trastienda un poco de luz grisácea, polvorienta. Ethan hizo un alto en la penumbra. Los estantes llegaban hasta el techo, repletos de envases de cartón y de cajas de madera de fruta enlatada, verdura, pescado y carne y también queso. Husmeó entre los olores seminales de la harina y las alubias secas, los guisantes, el olor a papel y tinta de las cajas de cereales, el olor agrio e intenso de los quesos, las salchichas, los jamones y las piezas de panceta, el fermento de los recortes de col, lechuga y remolacha de los cubos plateados de basura, pegados a la puerta de atrás, en busca de rastro de ratones. Al no percibir el olor mohoso de los ratones, abrió de nuevo la puerta deí callejón y sacó los cubos de basura. Un gato gris salió lanzado e intentó colarse, pero lo ahuyentó.

-No, ni se te ocurra -le dijo al gato-. Los ratones y las ratas son comida de gatos, pero tú te zampas las salchichas. ¡ *Vade retro!* Ya me has oído: *¡vade retro!* -El gato se lamía una zarpa sonrosada, pero al segundo *«¡vade retro!»* se levantó y, con la cola muy tiesa, desapareció tras la verja de tablones que había en la trasera del banco-. Debe de ser una palabra mágica -se dijo Ethan. Regresó a la trastienda y cerró la puerta nada más entrar.

Atravesó la estancia polvorienta y se dirigió a la puerta batiente de la tienda; sin embargo, en el cubículo del retrete oyó el susurro del agua que goteaba. Abrió la

puerta de madera enclenque, encendió la luz y tiró de la cadena. Luego abrió de par en par la amplia puerta acristalada, con hilo de alambre incrustado, y la calzó dando una patada a la cuña de madera.

El local estaba sumido en una media luz verdosa, procedente de las persianas bajadas sobre el escaparate. Las estanterías, de nuevo hasta el techo estaban repletas de ordenadas latas de alimentos y de conservas en botes de cristal, una biblioteca para el estómago. En uno de los laterales se encontraba el mostrador, la caja registradora, las bolsas de papel, el cordel de envolver y esa maravilla de esmalte blanco y acero inoxidable, la cámara frigorífica, cuyo compresor susurraba por lo bajo como si hablara solo. Ethan accionó uno de los interruptores e inundó los fiambres, quesos, salchichas, chuletas, filetes y pescados de un resplandor de neón azulado. Una luz catedralicia llenó la tienda entera, una luz difusa, como la de Chartres. Ethan se detuvo a admirarla, los tubos del órgano de los botes de tomate, las capillas de mostaza y de aceitunas, las cien tumbas ovales de las latas de sardinas.

-*Unimum et unimorum* -salmodió con voz nasal, de letanía-. *Uni unimoroso quod unichinche in omnem unim, domine...* aaaamén -canturreó. Y le pareció oír la voz de su mujer y sus comentarios: «Eso es una tontería, y además puedes lastimar los sentimientos de alguien. No puedes ir por ahí ofendiendo a los demás».

Un dependiente de una tienda -de la tienda de comestibles, exactamente, de Marullo-, un hombre con esposa y dos hijos queridos, ¿cuándo está a solas, cuándo puede estar de veras a solas? Los clientes de día, la mujer y los hijos por la tarde; la mujer de noche, los clientes de día, la mujer y los hijos por la tarde. Y vuelta a empezar.

-En el aseo. Ahí sí que se puede -dijo Ethan en voz alta. Y además ahora mismo, añadió para sus adentros, antes de abrir las compuertas. ¡Ah, esos momentos de tontería y paz y tranquilidad y pereza en la penumbra, con olor a moho... qué descanso... qué placer!-. ¿Y ahora, encanto? -dijo dirigiéndose a su esposa-. ¿A quién ofendo ahora? Aquí no hay sentimientos de nadie, ni hay nadie tampoco aquí. Aquí estoy a solas con mi *unimum unimorum...* hasta que abra la maldita puerta de entrada.

De uno de los cajones del mostrador, junto a la caja registradora, sacó un delantal limpio y lo desdobló. Estiró las dos cintas, se lo puso alrededor de la cintura, dio la vuelta a las cintas por la espalda, las pasó por delante y se las ató de nuevo a la espalda con un lazo.

Era un delantal largo, que le llegaba hasta la mitad de las espinillas. Levantó la mano derecha, la ahuecó con la palma hacia arriba y se puso a declamar.

-Escuchadme con atención, oh peras en lata, oh encurtidos, oh vinagretas. «Apenas fue de día, los ancianos de la tribu y los sumos sacerdotes y los escribas se reunieron y lo condujeron a presencia del consejo...» Apenas fue de día, hay que ver. Los muy mamones se ponían bien temprano manos a la obra, ¿que no? No se andaban con chiquitas, no perdían el tiempo. Veamos... «Y era cerca de la hora sexta...» Eso deben de ser más o menos las doce de ahora. «Y descendieron sobre la tierra las tinieblas hasta la hora nona... Y hasta el sol se oscureció.» ¿Cómo diantre me acuerdo yo de todo eso? Dios del Cielo, le costó un buen rato hasta morirse. Muchísimo rato, qué horror. -Bajó la mano y se quedó embobado, contemplando los tarros alineados en los estantes, como si acaso fuesen a contestarle-. No, no me digas nada ahora, Mary, mi terroncito de azúcar. ¿Eres acaso una de las Hijas de Jerusalén? «No lloréis por mí,» les dijo Él. «Llorad por vosotras y por vuestros hijos... Pues si hacen tales cosas a un árbol fuerte y verde, ¿qué cosas no harán a un árbol seco?» Es algo que todavía me

impresiona. La tía Deborah era mucho más lista de lo que ella misma suponía. Aún no es la hora sexta. Todavía falta.

Levantó las verdes persianas que protegían las ventanas.

-¡Adelante, día! ¡Entra! -Y abrió la puerta de entrada-. Entra, mundo.

Descorrió el cerrojo de las puertas y las fijó en esa posición.

Y el sol de la mañana bañaba suavemente la acera, como era debido, pues en abril el sol ya se levantaba allí donde High Street desembocaba en el puerto. Ethan volvió al retrete en busca de una escoba para barrer la acera.

Un día, todo un día vivido de principio a fin, no es una sola cosa: son muchas. Cambia no sólo con la intensidad de la luz mientras avanza hacia su cénit y vuelve a declinar, sino que también se va modificando su trama, sus hechuras, su tono debido a mil factores relacionados con la estación del año, el frío o el calor, la calma o los vientos diversos, bajo la acción de los olores, los sabores, la urdimbre del hielo o de la hierba, de los brotes o las hojas o de las ramas negras y desnudas. Y a medida que cambia el día se transforman sus personajes, sean insectos o aves, gatos y perros, mariposas, personas.

El día tranquilo, apacible, íntimo y secreto de Ethan Allen Hawley había terminado. El hombre que a primera hora de la mañana barría la acera con precisión de metrónomo no era el hombre capaz de endilgar un sermón a los productos envasados, no era un hombre de *unimum unimorum,* no era ni siquiera un hombre que se hiciera el tonto. Recogió las colillas de los cigarros y los envoltorios de los chicles, las caperuzas que desprendían los árboles en plena polinización y el sencillo polvo de la calle con el exacto movimiento de la escoba, y desplazó todos los residuos hacia el desagüe del bordillo, para que esperasen a los barrenderos con su camión de plata.

Con pasos medidos y decentes, el señor Baker fue alejándose de su casa en Maple Street hacia la basílica de ladrillo rojo que era el First National Bank. Y si todos y cada uno de sus pasos no fueran de la misma longitud, ¿quién podía adivinar que, siguiendo una antiquísima costumbre, evitaba por todos los medios pisar las junturas de las losas?

-Buen día, señor Baker -le saludó Ethan, e interrumpió sus labores de barrido para no llenar de polvo los pantalones de sarga que vestía el banquero.

-Buen día, Ethan. Una mañana espléndida.

-Desde luego -dijo Ethan-. Ya estamos en primavera, señor Baker. No se equivocaba la marmota.

-En efecto, en efecto. -El señor Baker hizo un alto en su camino-. Llevo un tiempo con ganas de hablar contigo, Ethan. Ese dinero que recibió tu mujer por la herencia de su hermano... Son más de cinco mil dólares, ¿no es cierto?

-Seis mil quinientos después de deducir impuestos -dijo Ethan.

-Bueno, lo tienes en el banco sin hacer nada. Habría que invertirlo. Me gustaría hablarte de eso. Hay que poner el dinero a trabajar.

-Seis mil quinientos dólares no pueden trabajar gran cosa, señor. Es una nadería que apenas sirve para un caso de emergencia.

-Yo no creo en el dinero ocioso, Ethan.

-Bueno, éste ya cumple su misión. Ahí está, a la espera.

El banquero adoptó un gélido tono de voz.

-No lo entiendo. -Por su inflexión, dio a entender claramente que lo entendía y que le parecía una soberana estupidez. Y su tono de voz desató un punto de amargura en Ethan, y la amargura dio pie a una mentira.

La escoba trazó una delicada curva sobre la acera.

-Así son las cosas, señor. Ese dinero es un seguro provisional que tiene Mary por si a mí algo me ocurriese.

-En ese caso, deberías utilizar una parte en un seguro de vida.

-Pero sólo es algo provisional, señor. Ese dinero era de la hacienda del hermano de Mary. Su madre sigue viva. Y puede que viva muchos años.

-Lo comprendo. Los ancianos pueden ser una pesada carga.

-Y también pueden ser obstinados con el dinero. -Ethan miró de reojo a la cara del señor Baker a la vez que decía la mentira, y vio que del cuello del banquero subía un trazo de color-. Ya lo ve, señor. Si invirtiera el dinero de Mary, podría perderlo tal como perdí el mío, tal como perdió mi padre su fortuna.

-Eso es agua pasada, Ethan. Y no mueve molino. Sé que te quemaste. Pero los tiempos están cambiando, ahora existen nuevas oportunidades.

-Yo ya tuve mi oportunidad, señor Baker. Tuve más oportunidad que sentido común. No olvide que esta tienda fue mía hasta después de la guerra. Tuve que vender media manzana para aprovisionarla. Las últimas propiedades inmobiliarias que nos quedaban.

-Ya lo sé, Ethan. Por algo soy tu banquero. Conozco tu estado de cuentas tal como tu médico conoce tu pulso.

-Desde luego que lo conoce. Me bastó con menos de dos años para estar al borde de la quiebra. Tuve que venderlo todo, con la excepción de mi casa, para pagar las deudas.

-No te eches toda la culpa por lo pasado. Acababas de salir del ejército, no tenías ninguna experiencia en los negocios. Y no te olvides de que te encontraste de golpe y porrazo en plena depresión, aunque la llamáramos recesión. Unos cuantos hombres de negocios bien curtidos en el ramo también se fueron a la ruina.

-Yo me arruiné del todo. Es la primera vez en la historia que un Hawley se ha convertido en dependiente de una tienda que es propiedad de un italiano.

-Eso es lo que no me cabe en la cabeza, Ethan. Cualquiera se puede arruinar, pero no entiendo por qué ha de ser así, por qué un hombre de tu familia y condición, con tu educación, sigue metido en el pozo de la ruina. Eso no tiene por qué ser permanente, a menos que además hayas perdido los arrestos. ¿Qué fue lo que acabó contigo, Ethan? ¿Qué es lo que te tiene apresado en la negra?

Ethan a punto estuvo de darle una respuesta enojada: pues claro que no lo entiende. A usted eso nunca le ha pasado... Y prefirió barrer un círculo de envoltorios de chicle y colillas de cigarrillos hasta formar una pirámide, que luego desplazó hacia la alcantarilla.

-Los hombres no se quedan apresados en la negra, como dice usted, o al menos pueden luchar contra grandes enemigos. Lo que los mata es la erosión: se ven empujados paso a paso hacia el fracaso. Se atemorizan poco a poco. Yo tengo miedo. La Compañía Eléctrica de Long Island podría cortarme el suministro de la luz. Mi mujer necesita ropa. Mis chicos... necesitan zapatos y pasarlo bien. ¿Y si no pudieran seguir estudiando? ¿Y las facturas de todos los meses, y el médico, y la operación de las amígdalas? ¿Y si además yo me pusiera enfermo y ni siquiera pudiera barrer esta maldita acera? Por supuesto que no lo entiende. Es un asunto muy lento. A uno se le pudre el ánimo. No puedo pensar en nada más allá de la próxima letra del frigorífico. Detesto mi trabajo y me muero de miedo de pensar sólo en perderlo. ¿Cómo demonios iba a entender usted una cosa así?

-¿Y qué me dices de la madre de Mary?

-Ya se lo he dicho. Es obstinada con el dinero, y seguirá siéndolo hasta el día en que se muera.

-No lo sabía. Creí que Mary era de familia pobre. En cambio, sé que cuando uno está enfermo necesita medicinas, o tal vez una operación, o un tratamiento de choque. Nuestra gente era gente osada. Y tú lo sabes. No se dejaron roer hasta la muerte. Ahora, los tiempos están cambiando. Existen oportunidades que nuestros ancestros ni siquiera pudieron soñar. Y son los extranjeros los que las están aprovechando. Los extranjeros nos están ganando la partida y se van a quedar con lo nuestro. Despierta, Ethan.

-¿Y qué me dice del frigorífico?

-Despréndete de él si no queda más remedio.

-¿Y Mary? ¿Y los chicos?

-Olvídate de ellos por un tiempo. Te querrán más si logras salir del agujero. Preocupándote por ellos no les ayudas nada.

-¿Y el dinero de Mary?

-Piérdelo si no queda más remedio, pero al menos arriésgalo. Con cuidado y con buenos consejos no tienes por qué perderlo. El riesgo no es una pérdida. Los nuestros siempre han sido gente que sabe calcular los riesgos, que no pierden. Te voy a decir una cosa desagradable, Ethan: estás defraudando la memoria del viejo capitán Hawley. Le debes algo a su memoria. Caramba, si mi padre y él eran los dueños del *Belle-Adair,* uno de los últimos barcos balleneros que se construyeron, y uno de los más hermosos... Sal de ese agujero, Ethan. Le debes algo al *Belle-Adair,* algo que no le has pagado con arrestos. Al demonio la financiera.

Con la punta de la escoba, Ethan echó a la alcantarilla un envoltorio de celofán que se le resistía.

-El *Belle-Adair* se quemó hasta la línea de flotación, señor -dijo en voz baja.

-Eso ya lo sé. ¿Y nos impidió seguir adelante? Ni mucho menos.

-Estaba asegurado.

-Por supuesto.

-Pero yo no. Salvé sólo mi casa, nada más.

-De eso tendrás que olvidarte. Estás removiendo cosas que pertenecen al pasado. Tienes que hacer acopio de valor, tienes que armarte de osadía. Por eso dije que deberías invertir el dinero de Mary. Sólo intento echarte una mano, Ethan.

-Gracias, señor.

-Hay que quitarte ese delantal. Se lo debes al viejo capitán Hawley. Si te viera, no daría crédito a sus ojos.

-Supongo que no.

-Bien dicho. Hay que quitarte ese delantal.

Si no fuera por Mary y por los chicos...

Olvídate de ellos, ya te lo he dicho. Es por su propio bien. Aquí, en New Baytown, van a suceder cosas interesantes. Y tú puedes formar parte de ello.

-Gracias, señor.

-Deja que me ocupe del asunto. Me voy a poner a pensar.

-El señor Morphy dice que se quedará trabajando cuando usted cierre el banco a mediodía. Le voy a preparar unos sandwiches. ¿Quiere que le lleve alguno también a usted?

-No, gracias. Ya se ocupará Joey del trabajo pendiente. Es un buen hombre. Hay algunas propiedades que quiero revisar. En el Registro del Condado, claro está.

Allí se está a gusto de las doce a las tres, seguro que no entra nadie. Tal vez encuentre algo para ti. Hablaremos pronto. Hasta luego.

Dio una larga zancada para arrancar sin pisar una juntura y atravesó el callejón para entrar por la puerta principal del First National. Ethan sonrió al verlo alejarse.

Terminó rápidamente de barrer, pues la gente empezaba a aparecer -poco a poco al principio, más abundantes después- camino del trabajo. Sacó a la entrada de la tienda las cajas de fruta fresca. Luego se cercioró de que no lo veía nadie, sacó tres latas de comida para perros y, metiendo la mano en el hueco, extrajo la sucia bolsita del dinero suelto; volvió a colocar en su sitio las latas de comida para perro y abrió la caja registradora para distribuir los billetes de veinte, diez, cinco y un dólar en sus respectivos cajetines, sujetándolos con la ruedecita de cada subdivisión. Sólo aparecieron unos cuantos clientes, niños cuyas madres los habían enviado a por una barra de pan o un litro de leche o medio kilo de café, niñas con el cabello revuelto, aún sin peinar.

Margie Young-Hunt entró muy derecha, con los pechos saltones y embutidos en un jersey color salmón. La falda de mezclilla se le ceñía deliciosamente a los muslos y le apretaba el trasero respingón con verdadero orgullo. Sin embargo, fue en sus ojos, en sus ojos castaños y miopes, donde Ethan vio algo que su mujer no llegaría a ver nunca, algo que no asomaba jamás cuando andaban cerca las esposas. Era una depredadora, una cazadora, una Artemisa en busca de hombres. El viejo capitán Hawley lo llamaba «la mirada guerrera». Era algo que se plasmaba también su voz: un susurro aterciopelado que con las esposas se convertía en una voz de tiple, rebosante de confianza.

-Buen día, Eth -dijo Margie-. ¡Qué día para ir de picnic!

-Buen día. Me apuesto lo que sea a que se te ha terminado el café.

-Si también adivinas que se me ha terminado el Alka-Seltzer, tendré que dejar de venir.

-¿Una noche divertida?

-Más o menos. Un viajante de comercio, ya se sabe. Perfecto para una mujer divorciada. El maletín lleno de muestras. Supongo que podría pasar por un vendedor a domicilio. Puede que lo conozcas. Se llama Bigger, o Bogger; es representante de BBD&D. Si lo comento, es porque dijo que tal vez viniera a hacerte una visita.

-Nosotros compramos casi todo a Waylands.

-Bueno, puede ser que ese señor Bugger ande en busca de nuevos clientes, siempre y cuando se sienta algo mejor que yo esta mañana. Una cosa: ¿me puedes dar un vaso de agua? De buena gana me tomaría un par de Alka-Seltzers ahora mismo.

Ethan fue a la trastienda. «Sea un grandullón, un pelma o un irlandés el tal viajante, ¿qué se me importa a mí?», se dijo. Volvió con un vaso de papel lleno de agua del grifo. Ella dejó caer tres tabletas y esperó a que hicieran burbujas abundantes.

-¡A tu salud! -dijo, y se la bebió de un trago-. A ver si sirven de algo, demonio -añadió.

-Tengo entendido que hoy le vas a echar las cartas a Mary.

-¡Ay, Dios! ¡Casi me olvido! Tendría que ponerme a hacerlo en serio, por dinero. Podría amasar una fortuna.

-A Mary le encanta. ¿Tan bien se te da eso?

-No se trata de que una tenga una habilidad especial. Hay que dejar que los demás, me refiero a las mujeres, claro, te hablen de sí mismas. Luego les cuentas lo que quieren oír, y terminan convencidas de que tienes dotes de adivina.

-¿Y a los desconocidos de gran estatura, morenos, de buena planta ?

-Ésa es la cuestión, desde luego. Si fuera capaz de adivinarles el futuro a los hombres, no me habría llevado tantos chascos. ¡Caramba! La verdad es que me equivoqué un par de veces. Vaya meteduras de pata.

-¿No se murió tu primer marido?

-No, se murió el segundo, así descansen sus cenizas en paz, el muy hijo de la... No, dejémoslo estar. Que descanse en paz.

Ethan saludó a la anciana señora Ezyzinski de un modo particularmente solícito, y se tomó con tiempo la venta de cien gramos de mantequilla; le dedicó un par de comentarios atinados sobre el buen tiempo. Margie Young-Hunt, relajada y sonriente, examinaba las latas doradas de paté de *foie gras* y los minúsculos, lujosos envases de caviar colocados al fondo, tras la caja registradora.

-Bueno... -dijo Margie cuando por fin salió la anciana, mascullando para sus adentros algo en polaco.

-¿Bueno... qué?

-Nada. Estaba pensando... Si conociera a los hombres tan bien como conozco a las mujeres, pondría una consulta con placa en la puerta. ¿Por qué no me enseñas cómo son los hombres, Ethan?

-Ya sabes bastante. Puede que sepas demasiado.

-¡Vamos, hombre! ¿Es que no tienes sentido del humor?

-¿Quieres que empecemos ahora mismo?

-A lo mejor, una noche de éstas.

-Magnífico -dijo-. Formaremos un grupo: Mary, los chicos y tú. Tema de conversación: los hombres, sus debilidades y estupideces, y cómo utilizarlas.

Margie hizo caso omiso de su tono de voz.

-¿Nunca te quedas trabajando hasta tarde? ¿Las cuentas a fin de mes y esas cosas ?

-Por supuesto. Me llevo el trabajo a casa.

Levantó los brazos por encima de la cabeza y se puso a enredarse con los dedos en el pelo.

-¿Y por qué?

-¿Y por qué los gatos cazan ratones?

-¿Ves cuánto podrías enseñarme si quisieras?

-«Y cuando terminaron de burlarse de Él -dijo Ethan-, lo despojaron de su túnica y cubriéndolo con sus propias vestiduras se lo llevaron para crucificarlo. Y al salir de la ciudad se encontraron con un hombre de Cirene que se llamaba Simón. Lo obligaron a llevar la cruz. Y cuando llegaron a un lugar llamado el Gólgota, esto es, el lugar de la calavera...»

-¡Oh, por Dios...!

-Sí, así es. Correcto.

-¿Sabes que eres un hijo de perra?

-Sí, ¡oh Hija de Jerusalén!

Ella sonrió de pronto.

-¿Sabes qué voy a hacer? Esta mañana voy a adivinarte el futuro como una posesa. Vas a ser un tipo de éxito, ¿lo sabías? Todo lo que toques se convertirá en oro. Manejarás a los hombres a tu antojo. -Se alejó rápidamente hacia la puerta. Antes de salir se volvió muy sonriente-. Te desafío a que cumplas mi predicción... ¡o a que no la cumplas! ¡Hasta la vista, Salvador!

Qué extraño el ruido de sus tacones en la acera, repicando con ira.

A las diez en punto cambió todo. Se abrieron las grandes puertas acristaladas del banco y un río de gente comenzó a entrar en busca de dinero, con el que luego pasaban por la tienda de Marullo para llevarse todos los comestibles de capricho que pide la Pascua. Ethan estuvo más ajetreado que un esquiador acuático hasta que dio la hora sexta.

La colérica campana de los bomberos, desde la cúpula del ayuntamiento, dio la hora sexta. Los clientes se marchaban con las bolsas cargadas de provisiones. Ethan metió en la tienda los cajones de la fruta y cerró la puerta de entrada. Por la simple razón de que las tinieblas habían caído sobre el mundo y sobre él, bajó las gruesas persianas verdes y se hizo la oscuridad en la tienda. Sólo el neón del mostrador de los fiambres proyectaba un resplandor fantasmal y azul.

Pasando al otro lado del mostrador, cortó cuatro generosas rebanadas de pan de centeno y sacó dos lonchas de queso suizo y tres de jamón.

-Lechuga y queso -dijo-, lechuga y queso. Cuando un hombre se casa, no quiere más que eso.

Untó dos de las rebanada de pan con mayonesa, las apretó contra las otras dos y cortó los bordes sobrantes de la lechuga y el jamón. Ahora, un litro de leche y un trozo de papel encerado para envolverlo. Estaba doblando las esquinas del papel cuando oyó una llave en la puerta y apareció Marullo, grande como un oso y voluminoso de pecho, tanto que los brazos parecían cortos y como si sobresalieran del cuerpo. Llevaba el sombrero en el cogote, de modo que los hirsutos cabellos grises asomaban sobre la frente como una gorra. Tenía los ojos húmedos, con una expresión entre taimada y adormecida; las fundas de oro de sus incisivos brillaban a la fría luz del mostrador. Los dos botones superiores del pantalón los llevaba desabrochados; enseñaba su recia ropa interior gris. Enganchó los pulgares romos en la tirilla del pantalón y parpadeó en la penumbra.

-Buen día, señor Marullo. O buenas tardes.

-Hola, muchacho. Veo que has cerrado bien pronto.

-En toda la ciudad han hecho igual. Supuse que estaría usted en el servicio religioso.

-Hoy no hay. Es el único día del año sin servicio religioso.

-¿De veras? No lo sabía. ¿Qué puedo hacer por usted?

Estiró los brazos cortos y gruesos y los balanceó desde el codo.

-Me duelen los brazos, muchacho. Artritis. Cada vez es peor.

-¿No se alivia con nada?

-Hago de todo: cataplasmas cAllentes, aceite de tiburón, pildoras... Me sigue doliendo. Veo que todo está en su sitio y bien cerrado. A lo mejor podemos charlar un poco, ¿eh muchacho? -Le relampaguearon los dientes. -¿Sucede algo?

-¿Algo? ¿De qué?

-Bueno, si me espera un minuto, llevaré estos sandwiches al banco. Me los ha encargado el señor Morphy.

-Eres listo. Atiendes bien a los clientes. Eso es buena cosa.

Ethan salió por la trastienda al callejón y llamó a la puerta trasera del banco. Entregó a Joey la leche y los sandwiches. -Gracias. No era necesario que se molestara. -Atención de la casa. Me lo ha dicho Marullo. -¿Me guarda un par de coca-colas en la cámara frigorífica? Tengo la boca reseca de tantos ceros.

Cuando volvió a la tienda, Marullo examinaba un cubo de la basura.

-¿Dónde quiere que hablemos, señor Marullo?

-Aquí mismo, muchacho. -Tomó unas hojas de coliflor de la basura-. Cortas demasiado.

-Es para que queden bien.

-La coliflor se vende al peso. Así, tiras el dinero a la basura. Conozco a un griego muy listo que es dueño puede que de veinte restaurantes. Según dice, el gran secreto está en vigilar los cubos de la basura. Lo que se tira no se vende. Ése sí que es un tipo listo.

-Sí, señor Marullo.

Ethan se movía sin descanso por la parte delantera de la tienda, con Marullo a la espalda, sin dejar de flexionar los codos en todos los sentidos posibles.

-¿Humedeces bien la verdura, como te enseñé?

-Desde luego.

El jefe tomó una hoja de lechuga.

-Pues parece seca.

-Demonios, Marullo, no las voy a cargar de agua. Tal como están, ya llevan una tercera parte de agua.

-Así parecerán más frescas, más crujientes. ¿Te crees que no lo sabré yo? Empecé con un carrito, con uno solo. Hay que aprender los trucos, muchacho; si no, te vas de cabeza a la ruina. La carne... Estás pagando demasiado.

-Bueno, es que anunciamos que sólo vendemos carne de la mejor.

-¿De la mejor? O de segunda, o de tercera. ¿Quién se va a dar cuenta? Lo pone en el tarjetón, ¿no? Mira, tú y yo vamos a tener que charlar un rato. Tenemos los libros de cuentas llenos de muertos. El que no pague a día quince... Fuera.

-Eso no lo podemos hacer. Hay clientes que compran aquí desde hace veinte años.

-¿Y eso de qué sirve? Así el dinero se estanca. Los establecimientos en cadena compran por toneladas. Nosotros no podemos hacer eso. Tienes que aprender, muchacho. ¡Desde luego, son gente simpática! El dinero también es simpático. Hay demasiados restos de carne en el cubo.

-Grasa y pellejo.

-De acuerdo, pero con tal que la peses antes de recortar. Hay que ser muy cuidadoso. Si no te esmeras al máximo, ¿quién lo hará? Tienes que aprender, muchacho. -Los dientes de oro ya no relampagueaban. Tenía la boca cerrada como una trampa.

La ira estalló en Ethan sin que se diera cuenta. Él mismo quedó sorprendido.

-Yo no soy un tramposo, Marullo.

-¿Quién es un tramposo? Eso es hacer bien los negocios. Sólo los negocios bien hechos son negocios que sirven para seguir en el negocio. ¿Tú crees que el señor Baker ofrece muestras gratuitas?

Ethan perdió los estribos.

-Escúcheme bien -gritó-. Los Hawley vivimos aquí desde mediados del siglo XVII. Usted es un extranjero. Ni siquiera se ha percatado de eso. Nos llevamos bien con los vecinos sin dejar de ser personas decentes. Si de veras cree que puede desembarcar procedente de Sicilia y cambiarlo todo de arriba abajo, debo decirle que se equivoca usted. Y si quiere quedarse con mi puesto de trabajo, se lo dejo disponible aquí y ahora mismo. Y deje de llamarme muchacho, o le suelto un puñetazo en toda la nariz.

A Marullo le centellearon los dientes.

-De acuerdo, de acuerdo. No te enfades. Sólo quise hacerte un favor.

-No me llame muchacho. Mi familia lleva aquí doscientos años. -A sus propios oídos le pareció una tontería. Amainó el temporal de su ira.

-Yo no hablo muy bien el inglés. Te creerás que Marullo es apellido de italianos, de *espaguetis,* de hispanos. Mis *genitori,* mi linaje, tiene a lo mejor dos, tres mil años de antigüedad. Marullus viene de Roma. Valerio Máximo ya lo menciona. ¿Qué son doscientos años?

-Usted no es de aquí.

-Hace doscientos años tú tampoco estabas aquí.

Ethan, ya vacío de su cólera, vio una de esas cosas que a un hombre le hacen dudar de la constancia de las realidades externas. Vio cómo ante sus propios ojos se metamorfoseaba el inmigrante, el italiano, el vendedor ambulante de fruta y golosinas. Vio la cúpula de la frente, la nariz fuerte y aguileña, los ojos fieros y hundidos en las cuencas; vio los recios músculos que sostenían la cabeza, vio un orgullo tan asentado y tan seguro de sí que hasta podía simular auténtica humildad. Fue uno de esos pasmosos descubrimientos que dejan atónito a un hombre, pensando: «Si he sido capaz de pasar por alto todo eso, ¿qué otras cosas no se me habrán escapado?».

-No tiene por qué hablar como un italiano emigrado -dijo suavemente.

-Se trata de hacer bien los negocios. Yo te voy a enseñar cómo. Tengo sesenta y ocho años. Mi mujer murió. ¡Y la artritis! No veas cómo duele. Intento enseñarte a hacer negocios. A lo mejor no aprendes; la mayoría no aprende nunca. Y se arruina.

-No tiene por qué refrotarme por la cara que yo me arruiné.

-No, en eso te equivocas. No me has entendido. Trato de enseñarte a hacer buenos negocios para que no te vuelvas a arruinar.

-Como si eso fuera posible. Ni siquiera tengo un negocio propio.

-Todavía eres un muchacho.

-Escúcheme bien, Marullo -le dijo Ethan-. Prácticamente me encargo yo de su negocio. Le llevo las cuentas, deposito el dinero en el banco, hago los pedidos, me ocupo de los clientes... Y los clientes vuelven. ¿No le parece que sé cuidar del negocio?

-Desde luego... Algo has aprendido. Ya no eres en realidad un muchacho. Además, te subes por las paredes cuando te llamo muchacho. ¿Cómo te voy a llamar, si a todo el mundo le llamo muchacho?

-Haga la prueba de llamarme por mi nombre.

-Eso no suena a verdadera amistad. Muchacho es un apelativo más cordial.

-Pero no es digno.

-La dignidad no es cordialidad.

Ethan se rió.

-Cuando uno es dependiente en la tienda de un inmigrante, ha de conservar algo de dignidad aunque sólo sea por la mujer, por los hijos. ¿Lo entiende?

-Eso es falso.

-Claro que lo es. Si yo tuviera auténtica dignidad, ni siquiera me pararía a pensarlo. A punto estaba de olvidar algo que me dijo mi padre no mucho antes de morir. Dijo que el umbral del insulto está en relación directa con la inteligencia y la seguridad. Dijo que las palabras «hijo de puta» son un insulto sólo para quien no esté muy seguro de su madre, y en cambio... ¿cómo va a insultar a Albert Einstein? Aún vivía por entonces. Así pues, siga llamándome muchacho si quiere.

-¿Lo ves, muchacho? Mucho más cordial, más amistoso.

-Muy bien, pues. ¿Y qué me iba a decir de los negocios que no hago?

-Los negocios son dinero. El dinero no es cordial. Muchacho, puede que seas demasiado cordial, demasiado bueno con la gente. El dinero no entiende de amistades. No tiene más amigos que más dinero.

-Eso son bobadas, Marullo. Conozco a muchos hombres de negocios que son simpáticos, cordiales, honrados.

-Sí, muchacho, pero sólo cuando no están haciendo negocios. Eso tienes que verlo por ti mismo. Cuando te quieras enterar, será demasiado tarde. Sabes llevar muy bien la tienda, muchacho, pero si fuera tu propia tienda puede que a fuerza de cordialidad y simpatía acabaras en la ruina. Te estoy enseñando una lección de las verdaderas, como en la escuela. Ahora, adiós, muchacho.

Marullo flexionó los brazos y salió rápidamente por la puerta, que cerró tras de sí. Ethan volvió a sentir que las tinieblas envolvían el mundo.

De pronto oyó en la puerta unos golpes apremiantes, metálicos. Ethan descorrió la cortina y dio una voz.

-Está cerrado hasta las tres.

-Déjeme entrar. Quiero hablar con usted.

Apareció el desconocido: un hombre sobrio, con perpetuo aire juvenil aun cuando nunca hubiera sido joven, vestido con elegancia, el cabello fino y reluciente, pegado al cráneo, los ojos contentos e inquietos.

-Siento molestarlo. Tengo que marcharme de la ciudad, voy con prisa. Pero quería verlo a usted a solas. Creí que el viejo no se iba a marchar nunca.

-¿Marullo?

-Sí. Estaba esperando en la acera de enfrente.

Ethan miró las manos inmaculadas. En el dedo corazón de la mano izquierda vio un gran ojo de gato engastado en un anillo de oro.

El desconocido había seguido su mirada.

-No lo voy a atracar -dijo-. Ayer noche conocí a una amiga suya.

-¿Sí?

-La señora Young-Hunt. Margie Young-Hunt.

Ethan notó el inquieto husmear mental del desconocido, que trataba de dar con una manera de entrar en conversación, un vínculo para trabar relación con él.

-Es buena chica. Me habló estupendamente de usted. Por eso pensé que... Me llamo Biggers. Soy representante de BBD&D en esta región.

-Nosotros le compramos casi todo a Waylands.

-Ya lo sé. Por eso mismo he venido. Pensé que tal vez le interesara variar, ramificarse. Somos nuevos en la zona, pero estamos avanzando a buen ritmo. Y siempre hay que hacer concesiones para poder meter aunque sea el pie en la puerta. Puede que le salga a cuenta sacar partido de eso.

-Tendría que hablar usted con Marullo. Tiene de siempre un trato preferencial con Waylands.

No bajó de tono, pero habló de un modo más confidencial.

-¿No es usted quien hace los pedidos?

-Bueno, sí. Es que Marullo tiene artritis, y además se ocupa de otros asuntos propios.

-Podríamos rebajarle un poco los precios.

-Creo que Marullo ya los consigue rebajados al máximo. Es mejor que hable con él.

-Pero eso es precisamente lo que yo no quiero hacer. Yo quiero hablar con el hombre que hace los pedidos, y ése es usted.

-No soy más que un empleado.

-Pero se encarga de los pedidos, señor Hawley. Le puedo hacer un descuento del cinco por ciento.

-Marullo podría aceptar ese descuento si la calidad fuese la misma.

-Veo que no me entiende. Yo no quiero hablar con Marullo. Ese cinco por ciento sería en efectivo: nada de cheques, ni de apuntes; nada de problemas con los chicos de hacienda. Unas cuantas hojas de lechuga que pasan de mi mano a la suya y de la suya a su bolsillo, nada más.

-¿Y por qué no puede ofrecer ese descuento a Marullo?

-Son convenios sobre precios.

-Muy bien. Supongamos que me quedo con el cinco por ciento y se lo paso a Marullo.

-Me parece que no conoce usted a los patrones como los conozco yo. Si le entrega ese dinero, se preguntará enseguida cuánto más se embolsa usted. Es perfectamente natural.

Ethan bajó la voz.

-¿Quiere que traicione al hombre para el cual trabajo?

-¿Quién dice nada de traiciones? Él no pierde nada y usted se embolsa unos dólares. Todo el mundo tiene derecho a sacar tajada. Margie me dijo que usted es un tipo listo.

-Hoy está oscuro el día -dijo Ethan.

-Ni mucho menos. Lo que pasa es que tiene echadas las cortinas. -Su mente atenta a olisquearlo todo detectó el peligro, un ratón confuso entre el olor del cepo y el aroma del queso-. Le voy a decir una cosa -dijo Biggers-. Piénselo bien. A ver si puede hacernos algunos pedidos. Pasaré a verlo más adelante, cuando esté en la zona. Vengo cada quince días. Aquí tiene mi tarjeta.

Ethan no movió la mano. Biggers dejó la tarjeta de visita sobre el mostrador de los fiambres.

-Y aquí tiene un pequeño recuerdo con el que obsequiamos a nuestros nuevos amigos.

De un bolsillo lateral sacó una billetera de piel de foca, un objeto muy bien hecho. Lo colocó junto a la tarjeta, sobre la porcelana blanca.

-Es muy bonita y muy útil. Tiene sitio para el permiso de conducir, los carnets...

Ethan no dijo nada.

-Volveré a verlo de aquí a dos semanas -dijo Biggers-. Piénselo. Descuide, que vendré a verlo. Tengo una cita con Margie. Es buena chica. -Como no recibiera respuesta, añadió-: No se moleste en acompañarme. Hasta pronto. -De repente se acercó más a Ethan--. No sea idiota. Lo hace todo el mundo -dijo-. ¡Todo el mundo! - Y rápidamente salió por la puerta y la cerró sin hacer ruido.

A oscuras, en el silencio de la tienda, Ethan oyó el rumor del transformador que alimentaba el tubo de neón del mostrador de los fiambres. Se volvió lentamente hacia el público ordenado y distribuido en hileras sobre los estantes.

-¡Y yo que pensé que erais mis amigos! Ni siquiera habéis levantado una mano. Las ostras, los encurtidos, la levadura para las tartas... ¡sois todos amigos sólo cuando las cosas marchan bien! Se acabó el *unimus* por mi parte. Me pregunto qué diría san Francisco si un perro le mordiese, o si le cagase un pájaro en toda la cabeza. ¿Gracias, señor perro? *¿Grazie tante,* señora paloma?

Un estrépito en la puerta del callejón lo interrumpió de repente.

-Hoy vienen más clientes que si tuviera la tienda abierta -murmuró al atravesar la trastienda a toda prisa.

Entró Joe Morphy tambaleándose, sujetándose el cuello con una mano.

-Por amor de Dios... -gimió-. Socorro... O, por lo menos, una pepsi-cola, que desfallezco, que me muero de sed. ¿Por qué está esto tan oscuro? ¿O es que ya me falla también la vista?

-Están bajadas las persianas. Trataba de ahuyentar a los banqueros sedientos.

Se dirigió a la cámara frigorífica y sacó una botella cubierta de escarcha; la abrió y echó mano de otra.

-Creo que yo también me tomaré una.

Joey se apoyó contra el vidrio iluminado y se bebió de un trago la mitad de la botella.

-¡Caramba! -dijo-. Alguien se ha olvidado la saca de caudales. -Tomó la billetera.

-Es un regalito del viajante de BBD&D. Me ha intentado convencer de que hagamos negocios.

-Bueno, pues no regala cacahuetes. Esto es de primera calidad, hijo. E incluso tiene sus iniciales grabadas en oro.

-¿De veras?

-¿No se ha dado cuenta?

-Se marchó hace un minuto.

Joey abrió la billetera y empezó a examinar los compartimentos de plástico para los carnets.

-Más le vale hacerse socio de lo que sea -le dijo. Abrió la parte de atrás-. Esto sí que es un detalle... -murmuró. Entre el índice y el pulgar extrajo un billete nuevo de veinte dólares-. Ya sabía yo que se movían así, pero no sabía que vinieran con semejante artillería. Es un regalo de los que vale la pena recordar.

-¿Estaba dentro?

-¿Cree que lo he puesto yo?

-Joey, quiero hablar con usted. Ese tipo me ofreció el cinco por ciento de todos los pedidos que le haga.

-¡Vaya, vaya, vaya! Por fin la prosperidad. Y ya se ve que no es una promesa en vano. Tendría que invitarme a la coca-cola. Hoy es su día de suerte.

-No me querrá decir que debo aceptar.

-¿Por qué no, si no aumentan los costes? ¿Quién sale perjudicado?

-Me dijo que no se lo dijera a Marullo, porque pensaría que le saco todavía más tajada.

-Seguro que lo pensaría. Hawley, ¿se puede saber qué le pasa? ¿O es que se ha vuelto loco? Debe de ser la luz. Se ha puesto verde. ¿Estoy verde yo también? ¿No estaría pensando en despreciar la oferta?

-Bastante me costó no echarlo a patadas.

-¡Ah! Ya entiendo. Usted y los dinosaurios... Tal para cual.

-Dijo que lo hace todo el mundo.

-Pero no a todo el mundo se lo proponen. Sólo a los tipos con suerte.

-No es honrado.

-¿Cómo que no? ¿A quien perjudica? ¿Es contrario a la ley?

-¿Quiere decir que usted lo aceptaría?

-¿Que si lo aceptaría? Yo pediría de rodillas una cosa así. En mi negocio tienen cerradas todas las lagunas legales. Prácticamente todo lo que se puede hacer en un

banco es contrario a la ley... a menos que uno sea el director o el presidente, claro. ¿Con qué pejigueras me viene? Si se lo quitara directamente al bueno de Alfio, yo diría que no es del todo correcto, pero ése no es el caso. Usted les hace un favor a ellos, ellos se lo devuelven: un bonito favor, verde y crujiente. No sea imbécil. Tiene usted mujer e hijos en los que pensar. La educación de los hijos no creo que se abarate en el futuro.

-Vayase, por favor.

Joey Morphy depositó bruscamente la botella sin terminar sobre el mostrador.

-Señor Hawley... No, señor Ethan Allen Hawley -dijo con frialdad-, si cree usted que soy capaz de hacer algo deshonesto o de sugerirle que lo haga usted, por mí como si se va usted a tomar viento fresco.

Joey se marchó hacia la trastienda.

-No, disculpe, no quise decir tal cosa. En serio que no quise decir eso, Joey. Es que hoy me he llevado un par de sobresaltos, y además... Esta festividad es terrible, ¡terrible!

Morphy se detuvo.

-¿Qué quiere decir? ¡Ah, sí, ya entiendo! Sí, ya lo entiendo. ¿Me cree?

-Y cada año que pasa, desde que era chico, va a peor, porque... Puede que sea porque ahora sé mejor qué significan esas palabras solitarias y terribles, *lama sabach thani.*

-Lo entiendo, Ethan. De veras que lo entiendo. Pero ya casi ha terminado. Olvide mi exabrupto, ¿de acuerdo?

Y sonó un tañido en la campana de los bomberos, sólo uno.

-Ya ha terminado -dijo Joey-. Ya ha terminado... Al menos hasta el año que viene.

Salió sigiloso por la trastienda y cerró sin hacer ruido la puerta del callejón.

Ethan levantó las persianas y volvió a abrir la tienda, aunque no hubo mucho movimiento: unos cuantos chiquillos que fueron a por el pan y la leche, una costilla de cordero y una lata de guisantes para la cena de la señorita Borcher, poco más. No andaba gente por la calle. Durante la media hora anterior a las seis, mientras Ethan recogía todo y se disponía a cerrar, no entró ni un alma. Cerró y ya estaba por marcharse cuando recordó el pedido de su mujer; tuvo que volver dentro y reunir todos los comestibles en dos bolsas grandes para cerrar de nuevo. Había tenido ganas de ir hasta la bahía caminando para aspirar el olor del mar y hablar con una gaviota parada sobre las boyas, con el pico al viento. Se acordó de un poema escrito por una mujer mucho tiempo atrás, escrito de hecho por una persona emocionada hasta rayar el frenesí por la espiral trazada por una gaviota en vuelo. El poema empezaba diciendo: «¡Oh, ave feliz! ¿Qué es lo que tanto te entusiasma?». Y la poetisa nunca llegó a descubrirlo, seguramente porque ni siquiera fue ésa su intención.

Las pesadas bolsas llenas de comestibles le disuadieron de dar el paseo. Cruzó con paso cansino High Street y tomó por Elm Street hacia la vieja casa de los Hawley.

2

Mary vino desde la cocina para tomar de sus brazos una de las grandes bolsas de comestibles.

-Tengo tantas cosas que contarte... No veía la hora de que llegaras.

La besó y ella percibió la textura de sus labios.

-¿Por qué? ¿Qué sucede? -preguntó ella.

-Estoy un poco cansado.

-Pero si cerraste durante tres horas...

-Es que había mucho que hacer.

-Espero que no estés desanimado.

-Hoy es un día desanimado.

-Ha sido un día maravilloso. Espera a que te cuente, ya verás.

-¿Dónde están los chicos?

-Arriba, oyendo la radio. También tienen algo que contarte.

-¿Problemas?

-¿Por qué dices eso?

-No lo sé.

-No te sientes bien.

-Maldita sea, que sí que estoy bien.

-Con todas las cosas deliciosas... Esperaré a después de la cena para contarte lo nuestro. Ya verás qué sorpresa te vas a llevar.

Allen y Mary Ellen bajaron la escalera a todo correr hasta llegar a la cocina.

-Ya está en casa -dijeron.

-Papá, ¿tenéis Peeks en la tienda?

-¿Te refieres a los cereales? Pues claro, Allen.

-Ojalá trajeras una caja. Son los que tienen una careta de ratón en la tapa, que se recorta...

-¿No crees que ya eres un poco mayorcito para ponerte a reunir caretas de ratón?

-Es que se envía la tapa de la caja y diez centavos y te envían una cosa de ventrílocuo con las instrucciones. Lo acabamos de oír en la radio.

-Decidle a vuestro padre lo que queréis -dijo Mary.

-Vamos a participar en el concurso nacional «Yo amo a América». El primer premio es un viaje a Washington para conocer al presidente... Con tus padres, y luego hay otro montón de premios.

-Excelente -dijo Ethan-. ¿En qué consiste? ¿Qué tenéis que hacer?

-Es un concurso de los periódicos Hearst -exclamó Ellen-. A nivel nacional. Se escribe una redacción explicando por qué amas a América. Los ganadores saldrán por televisión.

-Es fantástico -dijo Allen-. ¿ Qué te parece? Ir a Washington, hospedarse en un hotel, salir por televisión, conocer al presidente y toda la pesca. ¿No te parece que es fantástico?

-¿Y qué hay de la escuela?

-Será en verano. Se anuncian los ganadores el Cuatro de julio.

-Bueno, pues puede ser una buena idea. Y, en realidad, ¿qué es lo que os gusta de veras? ¿América o los premios?

-Vamos, padre -dijo Mary-. No les agües la fiesta.

-Sólo pretendía distinguir el cereal de la careta de ratón. Tienden a confundir unas cosas con otras.

-Papá, ¿dónde te parece que podríamos buscar ideas?

-¿Ideas?

-Claro. Por ejemplo, lo que hayan dicho otros tipos.

-Tu bisabuelo tenía algunos libros muy buenos. Están en el desván.

-¿Libros de qué?

-Por ejemplo, los discursos de Lincoln, de Daniel Webster, de Henry Clay. Podríais echar un vistazo a Thoreau o a Walt Whitman o a Emerson. Y también a Mark Twain. Están todos en el desván.

-¿Y tú los has leído, papá?

-Eran de mi abuelo. A veces me leía algunos trozos.

-A lo mejor podrías echarnos una mano con la redacción.

-Pero en ese caso no lo habríais hecho vosotros.

-Como quieras -repuso Allen-. Pero ¿te acordarás de traer Peeks? Tiene mucho hierro y todo lo demás.

-Lo intentaré.

-¿Podemos ir al cine?

-Creí que ibais a pintar los huevos de Pascua. Los estoy cociendo ahora mismo. Después de cenar los podéis sacar al porche.

-¿Podemos subir al desván a mirar los libros?

-Pero que no se os olvide apagar la luz al bajar. Una vez se pasó toda una semana encendida. Y fuiste tú, Ethan.

Cuando estuvieron solos otra vez, Mary le dijo:

-¿No te alegras de que vayan a participar en el concurso?

-Desde luego. Si lo hacen bien...

-Me muero de ganas de contarte... Margie vino hoy a echarme las cartas. Lo hizo hasta tres veces, pues dijo que nunca había visto nada parecido. ¡Tres veces! Yo misma vi salir las cartas.

-¡Oh, Dios mío!

-Dejarás de estar tan suspicaz cuando te enteres. Siempre te burlas de los desconocidos altos, morenos, de buen ver. Pues no te puedes imaginar de qué se trataba. A ver... ¿Te lo imaginas?

-Mary, escucha -dijo Ethan-. Te quiero advertir de...

-¿Advertirme? ¡Pero si ni siquiera sabes qué te voy a contar! ¡Y es que tú eres mi buena suerte!

Ethan masculló con amargura para sus adentros.

-¿Qué has dicho? -preguntóMary.

-Que vas aviada.

-Eso es lo que tú te crees, pero no es lo que opinan las cartas. Tres veces me las echó, tres veces las vi salir.

-¿Las cartas opinan?

-Las cartas saben -dijo Mary-. Ella me echó las cartas y me las leyó, y resulta que todo tenía que ver contigo. Vas a ser uno de los hombres más importantes de la ciudad. Eso es lo que dijo, uno de los más importantes. No pasará mucho tiempo hasta que así sea. No, será muy pronto. Todas las cartas que sacó mostraban dinero y más dinero. Vas a ser un hombre rico.

-Cariño -dijo él-, déjame que te advierta, por favor, déjame que te diga...

-Vas a hacer una inversión.

-¿Con qué?

-Bueno, pues estaba pensando en el dinero de mi hermano.

-No -gritó él-. No quiero ni tocarlo. Eso es tuyo. Y seguirá siendo tuyo. ¿Se te ha ocurrido a ti o...?

-Ella no dijo nada de eso. Y las cartas tampoco. Vas a hacer una inversión en julio, y de ahí en adelante todo irá sobre ruedas. Una cosa tras otra, un acierto tras otro. ¿No te parece que suena muy bien? Así lo dijo ella: «Tu buena suerte es Ethan. Va a ser un hombre muy rico, posiblemente el hombre más rico de la ciudad».

-Maldita sea... ¡Al diablo con ella! No tiene ningún derecho.

-¡Ethan!

-¿Tú sabes lo que está haciendo ella? ¿Sabes acaso lo que estás haciendo tú?

-Yo sólo sé que soy una buena esposa y que ella es una buena amiga. Y no quiero discutir cuando los chicos nos están oyendo. Margie Young es la mejor amiga que tengo. Ya sé que no te cae bien. Lo que pienso es que estás celoso de mis amigas, eso es lo que creo. Pasé una tarde estupenda, feliz, y ahora me la quieres estropear. No tiene ninguna gracia.

-La cara de Mary aparecía moteada por el enojo y la decepción; en su voz asomaba su contrariedad y su resentimiento ante ese obstáculo que se interponía en sus sueños-. Te limitas a quedarte ahí sentado, como si fueras un genio y lo supieras todo, y te dedicas a hacer trizas a todo el mundo. Te crees que Margie se lo ha inventado todo. Y no es así, porque yo corté la baraja en tres ocasiones. Pero aun suponiendo que así fuera, ¿por qué iba a hacerlo si no es por bondad, por amistad, por ayudar un poco? No, señor; como eres un genio y lo sabes todo, tienes que suponer que hay un motivo maligno.

-Ojalá lo supiera -dijo-. Podría ser pura malicia, desde luego. Ella no tiene ni marido ni trabajo. Bien podría ser por malicia.

Mary bajó el tono de voz y le habló con desdén.

-Hablas de malicia... y ni siquiera te darías cuenta de que existe, no sabrías dónde está ni aunque te diera en toda la cara. Tú no sabes las cosas que tiene que aguantar Mary. ¡Si esta ciudad está llena de hombres que van tras ella a todas horas! Hombres importantes, hombres casados, que le hablan en susurros y la apremian... Qué feo. A veces no sabe ni dónde meterse. Por eso me necesita a mí, a una mujer que sea su amiga. Ay, me ha contado algunas cosas que... Cosas de hombres que si te las dijera no te las podrías creer. Hay algunos que fingen tenerle antipatía en público, y que luego se cuelan en su casa o intentan que los reciba a solas. Unos santurrones que predican mucho la moral y que luego se contradicen con los hechos. Y tú me vienes a hablar de malicia.

-¿Te ha dicho quiénes son?

-No, y eso es buena prueba de que tengo razón. Margie no quiere hacer daño a nadie, ni siquiera si ella es la perjudicada. Sí que me dijo que hay uno que ni siquiera yo me lo podría creer. Dijo que si lo supiera, se me pondría el pelo blanco de la noche a la mañana.

Ethan respiró hondo, contuvo la respiración y lanzó al cabo un gran suspiro.

-A saber quién puede ser -siguió diciendo Mary-. Tal como lo dijo, da la impresión de que es alguien que conocemos bien, tanto que no podríamos imaginarnos algo así de una persona como él.

-Pero seguro que ella lo diría en según qué circunstancias -dijo Ethan con voz queda.

-Sólo si se viera obligada. Me lo dijo ella misma. Sólo por causas de fuerza mayor, por su honor o su buen nombre, ya sabes. ¿Tú quién crees que ha de ser?

-Creo que lo sé.

-¿Lo sabes? ¿Y quién es?

-Yo.

Ella se quedó boquiabierta.

-¡Oh! ¿Serás bobo? -dijo-. Si no me ando con ojo, me haces caer siempre en la trampa. Bueno, te prefiero así que cuando estás desanimado.

-Vaya lío. Un hombre confiesa sus pecados carnales con la mejor amiga de su mujer. Y encima se le ríen a la cara y se burlan de él.

-No me gusta que hables así.

-Tal vez el hombre tendría que haberlo desmentido. Así, al menos su esposa le habría concedido el honroso beneficio de la duda. Cariño, te juro por lo más sagrado que jamás, de palabra, obra u omisión, jamás me he tirado un lance con Margie Young-Hunt. ¿Vas a creer ahora que soy culpable?

-Desde luego... ¡cómo eres!

-No me crees suficientemente bueno, suficientemente deseable. Dicho con otras palabras... ¿no me crees capaz de una cosa así? ¿No sirvo para eso?

-Me gustan tus bromas. Lo sabes bien. Pero éste no es un asunto para tomárselo a broma. Espero que los chicos no anden revolviendo en los baúles. Luego nunca guardan las
cosas en su sitio.

-Lo voy a intentar de nuevo, mi bella y dulce esposa. Hay cierta mujer que responde a las iniciales de M.Y.-H., que me ha tendido toda suerte de trampas y señuelos por razones que sólo a ella se le alcanzan. Corro un grave peligro de caer en una de ellas, o en varias.

-¿Por qué no piensas en tu fortuna? Las cartas han dicho que será en julio, y lo dijeron tres veces. Yo lo vi con mis propios ojos. Vas a hacer dinero, mucho dinero. Piensa en eso.

-¿Tanto te importa el dinero, bolita de algodón?

-¿Qué si me importa el dinero? ¿Qué quieres decir?

-¿Tanto deseas tener dinero que incluso la nigromancia, la taumaturgia, el yuyu o cualquier otra práctica siniestra te parece justificada?

-¡Tú lo has dicho! Has empezado tú a hablar de todo esto. Ahora no voy a permitir que te escondas en tus palabras. ¿Que si tanto deseo tener dinero? No, el dinero no me importa. Pero tampoco me hacen ninguna gracia las preocupaciones. Me gustaría andar con la cabeza bien alta por toda la ciudad. No me hace ninguna gracia que los chicos anden abatidos o avergonzados porque no pueden vestir tan bien como los demás. Me gustaría andar con la cabeza bien alta. -¿Y crees que el dinero te la sostendría bien alta?

-Les borraría la sonrisita de la cara a cuatro santurrones.

-Nadie se burla de un Hawley.

-¡Eso es lo que tú te crees! Lo que pasa es que no te das cuenta.

-Será porque no me fijo en esas bobadas.

-¿Me vas a dar la lata ahora con el rancio abolengo de los Hawley?

-No, cariño. Eso ya no es un arma.

-Bueno, pues me alegro de que lo hayas comprobado. En esta ciudad, como en cualquier otra, un Hawley que trabaja de dependiente en una tienda sigue siendo un dependiente de una tienda, por más Hawley que se apellide.

-¿Me culpas a mí de mi fracaso?

-No. Por supuesto que no. Pero sí te culpo de quedarte mano sobre mano, como si encima te encantara. Podrías salir del pozo si no tuvieras tantas ideas raras y

anticuadas en la cabeza. Todo el mundo se ríe de ti. El gran caballero sin dinero no es más que un mendigo. -La palabra le explotó en la cabeza y se quedó callada por la vergüenza.

-Lo siento -dijo Ethan-. Me acabas de enseñar algo. Puede que tres cosas, conejito respingón. Son tres las cosas que nunca se quieren creer: lo verdadero, lo probable y lo lógico. Ahora ya sé adónde iré a buscar dinero para empezar a amasar mi fortuna.

-¿Adonde?

-Voy a asaltar un banco.

La campanilla del avisador de la cocina empezó a sonar a un ritmo lento y espaciado.

-Ve a llamar a los chicos. El estofado está listo. Recuérdales que apaguen la luz.

Se quedó escuchando los pasos de su marido que se alejaba.

3

Mi mujer, mi Mary, se queda dormida con la misma facilidad con que se cierra la puerta de un armario ropero. Cuántas veces no la habré contemplado con envidia. Su hermoso cuerpo rebulle unos instantes como si estuviera acomodándose bien dentro de una crisálida. Suspira una sola vez y, nada más terminado el suspiro, se le cierran los ojos y los labios, sosegados, adoptan esa sabia y arcaica sonrisa propia de los antiguos dioses griegos. Sonríe durante toda la noche, mientras duerme. Y ronronea: no, no son ronquidos, sino ronroneos de gata. Por un instante sube de tal modo la temperatura de su cuerpo que la siento resplandecer a mi lado, en la cama. Luego, desciende bruscamente y ella se va. No tengo ni idea de adonde se va, pero se evade. Dice que no sueña. Pero tiene que soñar, por descontado. Eso tan sólo significa que sus sueños no la molestan, o bien que la alteran tanto que los olvida antes de despertar. Le encanta dormir, el sueño siempre la recibe de buen grado. Ojalá me pasara igual. Yo trato de no dormirme al mismo tiempo que ansio conciliar el sueño.

He pensado que la diferencia podría estar en que mi Mary sabe que vivirá siempre, que se bajará del mundo de los vivos para ingresar en otra vida con la misma facilidad con que pasa del sueño a la vigilia. Es algo que sabe con todo su cuerpo, de un modo tan completo que ni siquiera ha de pensar en ello, tal como tampoco ha de pensar en respirar. Así pues, dispone de tiempo para dormir, tiempo para descansar, tiempo para dejar de existir al menos un rato.

En cambio, yo siento en mis huesos y en todos mis tejidos que un buen día, tarde o temprano, dejaré de vivir, de modo que lucho contra el sueño y me rebelo cuando me asedia, y lo imploro a la vez, e incluso trato de engatusarlo para que acuda a mí. El momento de mi sueño es un gran desgarramiento, una agonía. Lo sé porque he despertado en este preciso instante con la persistente sensación que deja un golpe terrible.

Y una vez dormido ando muy atareado. Mis sueños son los problemas del día llevados un paso más allá, hasta el absurdo, como hombrecillos que bailotean con sus cuernos y sus máscaras de animales.

Duermo mucho menos tiempo que Mary. Ella dice que necesita dormir muchísimo y yo estoy de acuerdo en que necesito bastante menos, pero lejos estoy de

creerlo. El cuerpo almacena una determinada cantidad de energía, aumentada como es natural por los alimentos que se ingieren. Uno la puede invertir rápidamente, del modo en que algunos chicos se zampan las golosinas, o bien desenvolverla despacio. Siempre hay una niña pequeña que se reserva parte del pirulí, que aún le queda cuando los zampabollos ya.no tienen nada. Creo que mi Mary vivirá mucho más que yo. Se habrá reservado parte de la vida para más adelante. Ahora que me paro a pensarlo, la mayoría de las mujeres vive más que los hombres.

El Viernes Santo siempre me ha trastornado. Ya de niño me invadía una gran tristeza no por la agonía de la crucifixión, sino al imaginar la arrasadora soledad del crucificado.

Y ya nunca se me ha desprendido esa pena que plantó en mí Mateo y que me fue leída con el tono seco y cortante de mi tía abuela Deborah, la de Nueva Inglaterra.

Tal vez este año haya sido peor que nunca. La verdad es que ésa es una historia que nos llega a lo más profundo. Hoy Marullo me ha dado una lección tal que por vez primera la he entendido: una lección sobre la naturaleza de los negocios. Inmediatamente después me han propuesto aceptar el primer soborno de mi vida. Es extraño decir una cosa así a mi edad, pero no recuerdo que haya ocurrido anteriormente. He de pensar a fondo en Margie Young-Hunt. ¿Es una mujer maligna? ¿Qué se propone exactamente? Sé que me ha prometido algo y que me amenaza si no lo acepto. ¿Es posible que un hombre piense de qué manera ha de vivir su vida, o tiene que seguir el camino trazado?

Son muchas las noches que he pasado tendido, despierto, oyendo el ronroneo de mi Mary a mi lado. Si miras a fondo a la oscuridad, empiezan a bailar ante tus ojos unas manchas rojas. Se hace largo. Mary se siente tan a gusto cuando duerme que siempre he tratado de proteger su sueño, aun cuando ese picor eléctrico me quemaba la piel. Se despierta si yo me levanto de la cama. Eso le preocupa. Como su única experiencia del insomnio ha sido en la enfermedad, tiende a pensar que yo no me encuentro bien.

Esta noche he tenido que levantarme y salir de la casa. Ella ronroneaba al respirar con gran dulzura; vi pintada en sus labios esa sonrisa arcaica. Quizás soñase con su buena suerte, con el dinero que yo estaba por ganar. Mary quiere sentirse orgullosa.

Es extraño que un hombre esté convencido de que puede pensar mejor en un lugar determinado. Yo tengo un lugar así, lo he tenido siempre, aunque sé que en él no me dedico exactamente a pensar, sino a sentir y experimentar y recordar. Es un lugar seguro; todo el mundo debe de tener un sitio parecido, aunque nunca he oído a nadie que lo diga. Los movimientos secretos, cautos, a menudo despiertan al que duerme, allí donde una acción normal e intencionada no lo despierta. También estoy convencido de que la mente del que duerme es capaz de colarse en los pensamientos de los demás. Me obligué a sentir la necesidad de ir al cuarto de baño; cuando llegó, me levanté y fui. Y después bajé a la planta baja sin hacer ruido, con la ropa bajo el brazo, y me vestí en la cocina.

Mary dice que yo comparto los problemas de los demás, problemas que en realidad no existen. Puede que así sea, pero sin embargo imaginé una escenita muy posible que se desarrollaría en la cocina en penumbra: Mary que despierta y que registra la casa entera en busca de mí, con cara de preocupación. Le dejé una nota en el bloc donde apuntaba las cosas de la tienda: «Cariño, estoy inquieto. He salido a dar una vuelta. Volveré enseguida». Creo que la dejé en medio de la mesa de la cocina, de modo que, si encendiera la llave de la luz nada más entrar, fuera lo primero que viese.

Abrí entonces la puerta de atrás sin hacer ruido y respiré el aire de la noche. Hacía frío, el aire olía a un residuo de blanca escarcha. Me envolví en una chaqueta gruesa y me puse un gorro de punto, de marinero, que me cubría las orejas. Gruñó el reloj eléctrico de la cocina. Eran las tres menos cuarto. Había estado en vela, tendido en la oscuridad, viendo las manchas rojas, desde las once de la noche.

Nuestra ciudad, New Baytown, es una localidad antigua y hermosa, una de las primeras poblaciones claramente definidas de toda Norteamérica. Sus primeros colonos y mis antepasados, tengo entendido, eran hijos de aquellos marineros inquietos, traicioneros, pendencieros, avaros, que tantos quebraderos de cabeza dieron a Europa en tiempos de la reina Isabel, que se adueñaron de las Antillas con el gobierno de Cromwell y acabaron por aposentarse aquí, en la costa norte, poseyendo incluso patentes de corso emitidas por Carlos Estuardo. Lograron combinar con éxito la piratería con eí puritanismo, cosa que a fin de cuentas no es tan difícil como parece: en el fondo, no son tan distintas si bien se piensa, no en vano tienen ambas una fuerte aversión por todo lo que se les oponga y a las dos se les van los ojos tras la propiedad ajena. Una vez aunadas, dieron por resultado un hatajo de monos encallecidos, resistentes. Algo sé de ellos, porque mi padre se encargó de que algo supiera. Era una especie de descendiente aficionado a sus ancestros; siempre me ha llamado la atención que los ancestros carezcan de aquellas cualidades que son propias de quienes más admiran. Mi padre era un idiota amable, bien avisado, mal aconsejado, a veces brillante. Él solito se encargó de perder la tierra, el dinero, el prestigio y el futuro; a decir verdad, perdió todo lo que los Allen y los Hawley habían acumulado a lo largo de varios siglos, todo salvo los apellidos, que a fin de cuentas eran lo único que a mi padre de veras le interesaba. A mi padre le gustaba darme lo que él llamaba lecciones «de herencia». Por eso sé tantas cosas de los chicos de antaño. Puede que por eso mismo sea un simple dependiente en la tienda que posee un siciliano en una manzana que antaño fue propiedad de los Hawley. Ojalá no me fastidiara tanto. No fue la depresión ni los tiempos duros lo que nos arruinó.

Todo esto viene a cuento porque dije que New Baytown es una bonita ciudad. Doblé por Elm Street a la derecha en vez de doblar a la izquierda y caminé deprisa por Porlock, que es casi paralela a High Street. Willie *el Flaco* oficial de nuestra policía municipal, estaría dormitando en su coche patrulla en High Street; no me apetecía pasar con él esas horas de la noche. «¿Qué andas haciendo por ahí tan tarde, Eth? ¿Te has conseguido alguna cosa rica?» Willie *el Flaco* pasa mucho tiempo solo y le encanta charlar, pero después habla por los codos de lo que habló en privado. Unos cuantos escándalos de poca monta, pero al fin y al cabo desagradables, han surgido de la soledad de Willie. El policía que tiene el turno de día se llama Stonewall Jackson Smith. No es un apodo, ni tiene nada que ver con el general confederado. Lo bautizaron así, Stonewall Jackson, y eso lo distingue de todos los demás Smith. No sé por qué los policías municipales tienen que ser tan opuestos, pero ésa es la norma general. Stoney Smith es un tipo que ni siquiera dirá a qué día estamos, a menos que tenga que declarar bajo juramento en el estrado de los testigos. El jefe Smith supervisa los trabajos de la policía municipal con verdadera aplicación: estudia los últimos métodos y ha hecho el curso del F.B.I. en Washington. Supongo que es uno de los mejores policías que se pueden encontrar, alto y apacible, con los ojos como dos cuentas de metal. Si uno se va a dedicar a delinquir, el jefe es un hombre con el que conviene no toparse.

Todo esto viene a cuento porque dije que tomé por Porlock Street para no tener que pararme a charlar con Wíllie *el Flaco.* En Porlock se encuentran las casas más

hermosas de New Baytown. A principios del siglo XVIII teníamos más de un centenar de barcos balleneros. Cuando volvían después de un año, a veces dos, tras haber llegado al Antártico o al mar de la China, regresaban cargados de aceite, muy enriquecidos. Habían atracado en infinidad de puertos del extranjero, de donde se traían objetos e ideas. Ésa es la razón de que haya tantos objetos chinos en las casas de Porlock Street. Algunos de aquellos capitanes y armadores tenían buen gusto. Gracias a su dinero se trajeron a los arquitectos ingleses que les construyeron sus casas. Por eso se nota tanta influencia de los hermanos Adam y tanto estilo renacimiento griego en Porlock Street. En Inglaterra estaba en boga ese estilo. Sin embargo, a pesar de los tragaluces y las columnas aflautadas, a pesar de los adornos griegos, nunca se olvidaron de poner un mirador en el techo. La idea era que las fieles esposas que apenas salían de casa subieran allí para esperar a los barcos de regreso a puerto, y es posible que algunas lo hicieran. Los Hawley y los Phillip, los Elgar y los Baker eran las familias más antiguas de la ciudad. Permanecieron en Elm Street; construyeron sus casas aí estilo que ahora se llama americano primitivo, con techos puntiagudos y paredes de maderas ensambladas. Así es mi casa, la vieja casa Hawley. Y los olmos gigantes son tan antiguos como las casas.

Porlock Street ha conservado las farolas de gas, sólo que ahora han colocado bombillas eléctricas en el interior de los globos. En verano, los turistas vienen a admirar la arquitectura de la ciudad y lo que llaman «el encanto de lo antiguo». ¿Por qué tendrá que ser necesariamente antiguo lo que tiene encanto?

Olvido que los Allen de Vermont se emparentaron con los Hawley. Sucedió poco después de la Revolución. Podría averiguarlo, por supuesto. En el desván tiene que haber un registro. Para cuando murió mi padre, mi Mary estaba bastante harta de la historia familiar de los Hawley, de modo que propuso que guardásemos todas esas cosas en el desván: me di perfecta cuenta de cómo se sentía. Es fácil acabar hastiado de una historia familiar ajena. Mary ni siquiera nació en New Baytown. Procede de una familia de origen irlandés, pero no es católica. Siempre hace hincapié en esa menudencia. Una familia del Ulster, dice ella. Mary nació en Boston.

No, la verdad no es ésa. Yo la conocí en Boston. Aún nos veo a los dos, puede que con más claridad ahora que entonces: el nervioso, asustado subteniente Hawley disfrutaba de su permiso de fin de semana con la jovencita encantadora, de mejillas como pétalos de flor y perfumada de dulzura, triplicado todo ello por la guerra y los libros de texto. Qué serios éramos entonces, qué terriblemente serios. Yo iba a morir en combate y ella estaba dispuesta a dedicar la vida entera a mi heroico recuerdo. El nuestro fue uno más entre un millón de sueños idénticos, uniformes verde oliva y vestidos estampados. Y bien pudo terminar con la tradicional carta que dice «Querido: lo siento mucho, pero...» si ella no hubiera dedicado la vida entera a su guerrero. Sus cartas, dulces y llenas de tenacidad, me siguieron a todas partes, su letra redonda y nítida en tinta azul oscuro sobre papel azul claro. Todo el regimiento reconocía sus cartas, todos estaban contentos por mí, curiosos por mis venturas. Aunque no hubiera querido casarme con Mary, su constancia me hubiera obligado a ello, en aras de la perpetuidad del sueño universal de las mujeres bellas y fieles.

Ella no ha flaqueado jamás, ni siquiera en el transplante de las casas irlandesas de alquiler, en Boston, a la vieja casa de los Hawley, en Elm Street. No ha flaqueado ni siquiera en el lento desplome, en el abatimiento de mi negocio, ni durante el nacimiento de nuestros hijos, ni en la parálisis de mis largos años como dependiente de una tienda. Sabe esperar, ahora lo entiendo con claridad. Y creo que después de tantísimo tiempo se ha cansado de esperar. Hasta ahora, nunca había salido a relucir el

hierro de sus deseos, porque mi Mary no es amiga de las burlas, y el desprecio no es su arma. Demasiado ajetreada ha estado siempre en capear de la mejor manera posible innumerables situaciones. Lo único que tiene esta crisis de notable es que no se haya producido antes. Qué veloces surgían las imágenes sobre el ruido de fondo de mis pasos triturando la escarcha en el silencio de la noche.

No hay motivo para sentirse culpable o caminar furtivo al recorrer de madrugada las calles de New Baytown. Willie *el Flaco* hará el chiste de siempre, pero la mayoría de las personas que me vieran caminar hacia la bahía a las tres de la mañana supondrá que me propongo ir a pescar y no se detendrá a preocuparse más del asunto. La gente de por aquí tiene toda suerte de teorías sobre la pesca, algunas de las cuales se guardan en secreto como viejas recetas de familia, de modo que estas cosas son respetadas y respetables.

El alumbrado público daba a la blanca escarcha que cubría los céspedes y las aceras, el brillo de millones de minúsculos diamantes. En esa escarcha se quedan marcadas las huellas, pero no había ninguna. Desde que era niño, siempre he sentido una curiosa emoción al caminar por la escarcha o la nieve sin hollar todavía. Es como ser el primero en llegar a un mundo nuevo, una profunda y satisfecha sensación de descubrimiento de algo limpio, nuevo, sin usar ni ensuciar aún. A los noctámbulos al uso, a los gatos, no les gusta caminar sobre la escarcha. Recuerdo que una vez, por una apuesta, caminé descalzo por un sendero cubierto de escarcha y me quemé como si fuera fuego. Ahora, con las botas de agua y los calcetines gruesos, dejo las primeras cicatrices en la blancura resplandeciente de la escarcha.

En la esquina de Porlock y Torquay, cerca de Hicks Street, donde está la fábrica de bicicletas, la escarcha inmaculada parecía herida por largas huellas de pasos arrastrados. Danny Taylor: un fantasma inquieto, con paso inseguro, siempre deseoso de estar en otra parte, a la cual llega casi a rastras, para desear enseguida estar en otra aún. Danny, el borracho del pueblo. Todos los pueblos tienen el suyo, digo yo. Danny Taylor -cuántas cabezas respetables se menean lentamente de un lado a otro y refunfuñan al oír su nombre-: de buena familia, una de las más antiguas, el último de su linaje, con una educación esmerada. ¿No tuvo alguna complicación en la Academia? ¿Por qué no se enmienda? Se está matando de tanto beber, y eso es una pena, porque Danny es un caballero. Da pena verlo mendigar para comprar alcohol. Es un consuelo que sus padres ya no vivan para verlo. Eso los mataría, sólo que ya están muertos. Pero eso son habladurías de New Baytown.

Danny me duele como una herida en carne viva de la que brota la culpa. Yo tendría que poder ayudarlo. Y lo he intentado, sólo que él no me deja. Danny es casi un hermano para mí, lo más parecido a un hermano que he tenido nunca: somos de la misma edad, crecimos a la par, con el mismo peso y la misma fuerza. Tal vez mi culpa se deba a que soy el guardián de mi hermano y no he sabido salvarlo. Mi sentimiento es tal que ni siquiera las excusas válidas sirven de alivio. Los Taylor son una familia de antigua raigambre, tanto como los Hawley o los Baker. No recuerdo ninguna excursión de mi infancia, ninguna visita al circo, competición o festejos de Navidad sin Danny a mi lado, tan cerca de mí como mi propio brazo. Quizás, si hubiéramos ido juntos a la universidad esto no habría ocurrido nunca. Yo fui a Harvard: disfruté con el estudio de otras lenguas, me sumergí en las humanidades, me alojé en lo antiguo, lo hermoso o lo impenetrable, regodeándome en la adquisición de un saber que luego me iba a resultar absolutamente inservible para dirigir un simple establecimiento comercial. Y siempre deseé que Danny pudiera estar a mi lado en esa brillante, apasionante peregrinación. Danny, en cambio, estaba hecho para el mar. Su ingreso en

la Academia Naval estaba planeado, verificado, garantizado ya desde que éramos dos niños. Su padre se aseguraba la reserva de plaza cada vez que teníamos un nuevo representante en el Congreso.

Tres años con honores y luego la expulsión. Dicen que eso mató a sus padres, y la verdad es que destruyó la mayor parte de Danny. Todo lo que de él quedó es esa penuria que se arrastra por las calles, esa penuria noctámbula y errante que va mendigando monedas sueltas para pagarse un par de tragos de quitapenas. Creo que los ingleses dirían que lo echó todo a rodar, pero es él quien sigue rodando. Siempre duele más la rueda que la rodera. Danny es ahora un vagabundo nocturno, un madrugador, solitario, arrastrado. Cuando pide una moneda para quitapenas, con la mirada te suplica que lo perdones, porque él no puede perdonarse. Duerme en una cabana, en la trasera del astillero donde los Wilbur armaban sus barcos. Me agaché sobre sus huellas por ver si se encaminaba a casa o si acababa de salir. Por la forma del rastro pareció que acababa de salir, y supuse que me lo podría encontrar por tanto en cualquier parte. Willie *el Flaco* no lo iba a encerrar. ¿De qué le serviría?

Yo no tenía la menor duda del destino de mis pasos. Lo había visto, sentido, olfateado incluso antes de levantarme de la cama. El Puerto Viejo está muy deteriorado. Después de levantar el nuevo rompeolas y el muelle municipal, la arena y el fango se depositaron poco a poco hasta rellenar el que fuera gran caladero protegido por los dientes afilados del acantilado de Pentecostés. Y en otro tiempo hubo allí planchas de atraque y escalas de soga, galpones y tinglados, familias enteras de toneleros que fabricaban los contenedores para el aceite de ballena, diques donde sobresalían los baupreses de los balleneros y proyectaban sus mascarones de proa bajo la soberbia de sus estays. Eran por lo común navios de tres mástiles con aparejos de vela cuadrada; el mástil de popa aparejaba maricangallas y vergas de cangreja. Eran barcos de casco hondo, hechos para bregar años en el mar, con cualquier temporal. El botalón del cuarto foque era una verga aparte, y el doble moco del bauprés servía de botavara.

Conservo un grabado al hierro donde aparece el Puerto Viejo abarrotado de barcos, y algunas fotografías borrosas, en estaño, aunque en realidad no las necesito. Conozco el puerto y conozco los barcos. Mi abuelo me lo reconstruyó con su bastón, hecho con el asta de un narval, y me hizo aprender la nomenclatura: llevaba el compás de los nombres con la contera del bastón, con el cual golpeaba el muñón lavado por las mareas de un pilar que en otros tiempos fuera el muelle de los Hawley. Era un viejo feroz, de patillas y bigote blancos. Yo lo quería tanto que me dolía.

-Muy bien -decía con un vozarrón tal que no necesitaba megáfono en el puente de mando-. Recita de cabo a rabo los aparejos, y que te oiga yo alto y claro. Detesto los cuchicheos.

Y yo me ponía a cantar, a la par que el golpeaba el pilar con su bastón de narval.

-Cuarto foque -decía yo, y él *¡zas!* con el bastón-. Foque exterior *(¡zas!),* foque interior *(¡zas!),* foque *(¡zas, zas!)*

-¡Alto y claro! ¡Estás cuchicheando!

-Periquito, juanete de proa, sobrejuanete, velacho... -y un ¡zas! por cada nombre.

-¡Ahora las mayores! ¡Alto y claro!

-Vela de gavia... -*¡zas!*

Pero a veces, a medida que iba envejeciendo, se cansaba.

-Deja a un lado las mayores -decía-. A ver, cántame las velas de mesana.

-Sí, señor. Mesana, mesana real, de cangrejo, cangreja de popa...

-¿Y?

-Maricangalla.

-¿Con qué aparejo?

-Verga de cangrejo.

¡Zas, zas, zas! El bastón de narval no dejaba de golpear contra el pilar.

A medida que se fue volviendo duro de oído, acusaba a menudo a todo el mundo de hablar en cuchicheos.

-Cuando algo es verdad, o aunque no lo sea y lo dices en serio, o quieres que al menos parezca que es verdad, dilo alto y claro -gritaba él a voz en cuello.

Puede ser que al final de su vida al viejo Capitán le fallara el oído, pero no así la memoria. Era capaz de recitar el tonelaje y la derrota de todos y cada uno de los barcos, de veras, que zarparon del Puerto Viejo, y el cargamento que trajeron a la vuelta, y cómo se dividió, y lo curioso es que los buenos tiempos de la caza de la ballena ya casi habían terminado cuando él llegó a capitán. Al queroseno lo llamaban «aceite de zorrino»; las lámparas de queroseno eran «las hediondas». Cuando se generalizó el uso de la luz eléctrica ya no le importaban tanto las cosas, o quizás se conformaba sólo con los recuerdos. Su muerte no me sorprendió. El viejo me había enseñado sobre la muerte tantas cosas como sobre los barcos. Supe qué tendría que hacer, lo supe por dentro y por fuera.

En la linde del Puerto Viejo, anegados por el fango y la arena, allí donde estaba el muelle de los Hawley, siguen en pie los cimientos de piedra. Llegan hasta el nivel mismo de la marea baja; la marea alta bate contra la obra cuadrada. A unos tres metros del extremo hay un pequeño pasaje, de casi metro y medio de anchura y otro tanto de alto y algo más de profundidad. Tiene un remate abovedado. Tal vez fuera un desagüe en otro tiempo, pero ahora la boca de tierra está cegada por la arena y las rocas sueltas. Ése es mi sitio, ese sitio que todo el mundo necesita tener. En el Puerto Viejo ahora no hay más que las chabolas de los pescadores que van a la almeja, unas construcciones que se tambalean y que suelen estar desiertas en invierno, aunque los pescadores de la almeja son gente muy tranquila. Apenas dicen ni pío en todo el día; caminan cabizbajos, con los hombros encorvados.

Ése era el sitio al que me dirigía. Allí pasé la marea nocturna en la víspera de entrar en el ejército, y otra marea nocturna la víspera de mi boda con Mary, y buena parte de la noche en que nació Ellen, que tan mal se lo hizo pasar. Me ganaba el impulso de ir a sentarme allí dentro, a escuchar cómo batían las olas pequeñas contra la base de la piedra, a contemplar los dientes aserrados de las rocas de Pentecostés. Estando en cama, esa noche lo volví a ver mientras veía en realidad el bailoteo de las manchas rojas, y supe que debía ir a sentarme allí. Son los grandes cambios los que me llevan a ese sitio. Sólo los grandes cambios.

South Devon corre a lo largo de la costa. Hay luces que iluminan la playa, luces que pusieron allí las buenas gentes para impedir que los amantes se vean en un aprieto. Tendrán que irse a otra parte. Una ordenanza municipal indica que Willie *el Flaco* haga la ronda al menos una vez cada hora. No se veía ni un alma en la playa. Ni un alma, cosa extraña, porque casi siempre hay alguien que sale a pescar o que está pescando, o que vuelve de pescar, prácticamente a todas horas del día y de la noche. Me colé bajo el borde y encontré el saledizo de piedra para introducirme en la pequeña cueva. Apenas me había acomodado cuando oí pasar el coche de Willie *el Flaco.* Era la segunda vez que evitaba el cruzarme con él para no tener que pasar un buen rato de charla.

Parece una incomodidad y una rematada tontería el tener que sentarse con las piernas cruzadas en una oquedad en la roca, como un Buda parpadeante, pero la verdad es que las rocas se adaptan a mí o me adapto yo a sus contornos. Tal vez sea porque he ido tantas veces a pasar un rato largo, pero mis posaderas han ido tomando la forma de la piedra. En cuanto a que sea una tontería, no es cosa que me preocupe. A veces, las tonterías son cosas divertidísimas, como cuando los niños juegan a las estatuas o se mueren de risa. A veces, hacerse el tonto ayuda a romper el ritmo y te permite empezar de nuevo casi sin darte cuenta. Cuando me acosan las preocupaciones, me hago el tonto de modo que mi amor no se dé cuenta de que estoy preocupado. Todavía no me ha descubierto; si me ha descubierto, mejor dicho, nunca me enteraré. Son tantas las cosas que desconozco acerca de mi Mary... Entre ellas, ¿cuánto sabe acerca de mí? No creo que tenga conocimiento de mi sitio. ¿Cómo iba a saber nada al respecto, si nunca le he dicho nada a nadie? Ni siquiera tiene un nombre especial; yo sólo lo llamo mi sitio. No tengo ritual, ni fórmula, ni nada por el estilo. No es más que un rincón donde maravillarse ante las cosas y meditar sobre ellas. No hay un hombre que de veras conozca bien a los demás. Lo mejor que cabe hacer es suponer que son como uno mismo. Sentado ahora en el sitio, a resguardo del viento, viendo a la luz de las farolas de vigía cómo iba subiendo la marea, agua negra con la negrura del cielo, me pregunté si todos los hombres tienen un sitio semejante o si necesitan tenerlo, o si tal vez lo desean y no lo tienen. A veces he visto en los ojos de los demás cierta mirada, una expresión como de animal asustado, como si estuvieran necesitados de un lugar tranquilo y secreto donde puedan calmarse los estremecimientos del alma, donde el hombre es uno consigo mismo y pueda sentirlo de veras. Por supuesto, estoy al corriente de esas teorías que hablan de regresar al útero materno y del deseo de muerte, y puede que sean muy ciertas en el caso de algunos hombres, pero dudo mucho que se me puedan aplicar, salvo como una manera bien fácil de decir algo que de fácil no tiene nada. A todo lo que sucede en el sitio yo le llamo «hacer inventario». Otros podrían llamarlo rezar, y puede que fuese lo mismo. Dudo mucho que sea pensar. Si quisiera crear una imagen para describírmelo, sería la de una sábana húmeda que se agita y revolotea al viento, secándose y blanqueándose cada vez más. Lo que ahí sucede a mí me sienta bien. Lo mismo da que sea bueno o que no.

Había muchas cuestiones que considerar, y todas ellas daban saltos y agitaban las manos para que les prestara atención, como los chiquillos en la escuela. Oí el lento petardeo de un motor de barca, un fuera borda, una embarcación de pesca. La luz del mástil se desplazaba hacia el sur, por detrás de las rocas de Pentecostés. Tuve que dejar todo a un lado hasta que vi que su luz roja y su luz verde enfilaban a salvo el canal. Tenía que ser un barco local, pues había encontrado la bocana con gran facilidad. Echó el ancla en los bajíos y dos hombres fueron a tierra en el chinchorro. Una serie de olas pequeñas lamieron la playa rozando la orilla y las gaviotas alteradas se tomaron un tiempo para posarse de nuevo en las boyas.

Ítem: estaba Mary, mi amor, dormida con la sonrisa del misterio en los labios, en quien debía yo pensar. Confié en que no despertara y saliera a buscarme. Si lo hiciera, ¿me lo llegaría a decir alguna vez? Lo dudo. Creo que Mary, a pesar de que parezca decirlo todo, cuenta muy poca cosa. Estaba por considerar el asunto de la fortuna. ¿Quería Mary una fortuna, o la quería para mí? El hecho de que fuera una falsa fortuna, amañada por Margie Young-Hunt por razones para mí desconocidas, no cambiaba las cosas en modo alguno. Una fortuna falsa vale tanto como una fortuna de verdad; es además posible que todas las fortunas tengan bastante falsedad a fin de cuentas. Cualquier hombre de inteligencia razonable puede ganar dinero si se lo

propone. En realidad, lo que quiere son mujeres, ropas de lujo, admiración. Y todo eso le defrauda. Los grandes artistas de las finanzas, como Morgan y Rockefeller, no se vieron defraudados. Querían dinero y lo tuvieron, nada más y nada menos. Lo que hicieran después con el dinero es harina de otro costal. Siempre he pensado que después les dio miedo el fantasma que habían invocado y que trataron de sobornarlo.

Ítem: al hablar de dinero, Mary.se refería a unas cortinas nuevas y a una educación segura para los chicos, al hecho de ir por ahí con la cabeza bien alta y, afrontémoslo, al hecho de estar orgullosa y no avergonzada de mí. Lo dijo cuando estaba enojada y era muy cierto.

Ítem: ¿quería yo el dinero? Pues no, la verdad. Algo había en mí que detestaba el hecho de ser un dependiente de una tienda. En el ejército llegué a ser capitán, pero sé de sobra qué me llevó al Cuerpo de Oficiales. Fue la familia y los enchufes. No me dieron el ascenso por mis lindos ojos, aunque sí fui un buen oficial, un muy buen oficial. Pero si de veras me hubiera gustado el mando, imponer mi voluntad a los demás y verlos saltar, podría haberme quedado en el ejército y a estas alturas sería coronel como mínimo. No fue así. Quise terminar con todo eso. Dicen, y dicen bien, que el buen soldado libra una batalla, pero nunca libra la guerra. Eso es para los civiles.

Ítem: Marullo me dijo la verdad acerca de los negocios, es decir, acerca del modo de amasar dinero. Y Joey Morphy me lo dijo a las claras, igual que el señor Baker y el viajante. Todos ellos me dijeron la verdad y me la dijeron a la cara. ¿Por qué razón me asqueó tanto y me dejó en la boca un sabor como a huevo podrido? ¿Soy acaso tan bueno, tan amable, tan justo? No lo creo. ¿Es acaso por orgullo? Bueno, algo de eso sí que hay. ¿Soy perezoso, demasiado perezoso para complicarme la vida? Hay horrores de amabilidad inactiva que no es en el fondo más que pereza, las ganas de no tomarse la molestia, de no verse metido en la confusión, de no hacer el esfuerzo.

Antes de que raye el alba hay una sensación, un olor a amanecer. Estaba ahora en el aire: se templó el viento, una estrella nueva o un planeta asomó por el horizonte hacia el este. Debiera saber qué estrella, qué planeta era, pero no lo sé. Con la falsa aurora, el viento amaina o se refuerza. Así es, de veras. Y pronto tendría que volver. El lucero del alba llegaba demasiado tarde para prosperar mucho antes de que fuera de día. ¿Cómo se suele decir? «Las estrellas se inclinan, no mandan.» De muchos financieros serios he oído decir que acuden a los astrólogos en busca de instrucciones antes de comprar acciones. ¿Se inclinan las estrellas hacia un valor en alza? ¿Influyen las estrellas en el comportamiento de la A.T.T.? Nada tan dulce y lejano en mi buena suerte como una estrella. Un baqueteado mazo de cartas del tarot en manos de una mujer ociosa y maligna, que encima hace trampas. ¿Se inclinan las cartas, pero no mandan? Fuera como fuese, las cartas me inclinaron a salir e ir al sitio en plena noche, y me inclinaron a dedicar más pensamientos de los que yo deseaba a un asunto que en el fondo detestaba. Ahí sí que hay propensión e inclinación más que suficiente. ¿Podrían inclinarme a tener una inteligencia en los negocios de la que jamás había hecho gala? ¿Podrían inclinarme a un afán de adquisición que nunca estuvo en mí? Están por una parte los que devoran, y por otra los que son devorados. Para empezar, ésa es una buena regla. Al final, todos son devorados, todos son engullidos por la tierra, incluidos los más fieros y los más avezados.

Los gallos del cerro de la Almeja llevaban ya un buen rato cantando, aunque yo los hubiera oído sólo a medias. Ojalá me hubiera podido quedar para ver salir el sol desde el sitio.

Dije antes que en el sitio no cumplía rito alguno, pero eso no es verdad del todo. Hay un momento en cada una de mis visitas en que me dedico a reconstruir mentalmente el Puerto Viejo sólo por darme el gusto: los muelles, los galpones, el bosque de mástiles y la maleza de los aparejos y el velamen enrollado. Y mis ancestros, la sangre de mi sangre... los jóvenes en cubierta, los adultos en el puente de mando. Nada de tonterías de Madison Avenue por entonces, nada de recortar demasiado las hojas de las coliflores. Sí que había entonces dignidad para el hombre, estatura moral. En aquel entonces un hombre podía respirar a sus anchas.

Así hablaba mi padre, el muy tonto. El viejo Capitán recordaba las peleas por las participaciones, las disputas por los tinglados, las suspicacias por cada tablón de embarque y cada sobrequilla, los pleitos, sí, y las muertes... ¿por las mujeres, la gloria y la aventura? No, para nada. Por dinero. Rara era la sociedad, decía, que duraba más de una travesía. Luego, las enemistades enconadas persistían mucho tiempo después, aun cuando se hubieran olvidado las causas.

Hubo una amargura que el viejo capitán Hawley no quiso olvidar jamás, un delito que no podía perdonar. Me lo tuvo que haber contado cien veces al menos, de pie o sentado junto al Puerto Viejo. Allí pasábamos mucho tiempo él y yo. Recuerdo haberlo visto señalar a lo lejos con su bastón de narval.

-Fíjate en la tercera roca del acantilado de Pentecostés -dijo-. ¿La tienes? Ahora, traza una línea entre esa roca y el sAllente de Porty Point cuando la marea está alta. ¿La ves? Bien, pues a medio cable de distancia, sobre esa línea, es donde está hundido o donde descansa al menos su quilla.

-¿El *Belle-Adair?*

-El *Belle-Adair.*

-Nuestro barco.

-La mitad era nuestra, lo teníamos en sociedad. Se quemó cuando estaba anclado. Hasta la línea de flotación. Nunca llegué a creer que fuera un accidente.

-¿Cree que le pegaron fuego, señor?

-En efecto.

-Pero... pero eso no es posible.

-Yo no hubiera podido hacerlo.

-¿Y quién...?

-No lo sé.

-¿Por qué?

-Por el seguro.

-Igual que ahora.

-No hay diferencias.

-Pero alguna tiene que existir.

-Solamente las hay en un hombre solo. Un hombre completamente solo. Es el único poder que existe, un hombre solo. No se puede uno fiar de nada más.

Nunca volvió a dirigirle la palabra al capitán Baker, según me contó mi padre, aunque no le aplicó la misma medida a su hijo, el banquero Baker. Era tan incapaz de una cosa así como de pegarle fuego a un barco.

Dios Santo, he de regresar a casa. Así lo hice. Casi eché a correr y subí por High Street sin pensar. Aún estaba oscuro, aunque al borde del mar asomaba un filo de claridad que tenía las olas de gris acero. Pasé por delante del monumento a los caídos en la guerra y la oficina de correos. En un portón estaba parado Danny Taylor tal como supuse, con las manos en los bolsillos, el cuello de su chaqueta andrajosa subido, su

vieja gorra de visera con las orejeras bajadas. Tenía la cara azul grisácea por el frío y el malestar.

-Eth -me dijo-. Perdona que te moleste, lo siento. He de tomar un lingotazo, un poco de quitapenas. Sabes que no te lo pediría si no me quedara más remedio.

-Lo sé. Quiero decir, no lo entiendo, pero te creo. -Le di un billete de un dólar-. ¿Te alcanza con eso?

Le temblaban los labios como a un niño a punto de echarse a llorar.

-Gracias, Eth -dijo-. Sí, con eso pasaré el día, y tal vez parte de la noche. -Sólo de pensarlo se le puso mejor aspecto.

-Danny... Tienes que terminar con esto. ¿Crees que lo he olvidado? Tú eras mi hermano, Danny. Todavía lo eres. Haría cualquier cosa en el mundo por ayudarte.

Le volvió algo de color a sus demacradas mejillas. Miró el dinero que tenía en la mano y fue como si se hubiera metido el primer lingotazo de quitapenas entre pecho y espalda. Me dirigió una mirada fría, dura.

-En primer lugar, a nadie le importa lo que yo haga. En segundo lugar, no tienes dinero, Eth. Estás tan ciego como yo, sólo que la tuya es otra clase de ceguera.

-Escúchame, Danny.

-¿Para qué? Caramba, si estoy mucho mejor que tú. Yo tengo mi as en la manga. ¿Te acuerdas de nuestra vieja casa de campo?

-¿La que se quemó? ¿La del sótano en que jugábamos de pequeños?

-Te acuerdas perfectamente. Pues aún es mía.

-Danny, podrías venderla y empezar de nuevo.

-No la pienso vender. El condado le pega un buen mordisco todos los años en impuestos. Pero el prado grande todavía me pertenece.

-¿Por qué no lo vendes?

-Porque eso es lo que soy. Ese prado es Daniel Taylor. Mientras sea mío, ningún cristiano hijo de perra me dirá qué tengo que hacer, ningún cabronazo podrá encerrarme por mi propio bien. ¿Lo entiendes?

-Escucha, Danny...

-No te pienso escuchar. Si crees que este dólar te da derecho a soltarme un sermón, ten, te lo devuelvo.

-Quédatelo.

-De acuerdo. No tienes ni idea de lo que estás diciendo. Tú nunca has sido... un borracho. Yo no te digo cómo tienes que envolver la panceta, ¿verdad que no? Ahora, si sigues tu camino, llamaré a una ventana que yo me sé y me darán algo de quitapenas. No lo olvides: estoy mucho mejor que tú. No soy un triste dependiente. -Se dio la vuelta y metió la cabeza en el rincón del portal cerrado, como un niño chico que reniega del mundo apartando la mirada. Y así se quedó hasta que me di por vencido y seguí mi camino.

Aparcado delante del hotel, Willie *el Flaco* se desperezó tras su sueñecito y bajó la ventanilla del Chevrolet.

-Buen día, Ethan -dijo-. ¿Te levantas temprano o te vas a acostar tarde?

-Las dos cosas.

-Pues tienes que haber encontrado una buena pieza.

-Desde luego, Willie. Una hurí.

-Venga ya, Eth. No me irás a decir que tienes un lío con una mujer de la calle.

-Te lo juro.

-Ya no me creo nada más. Me apuesto cualquier cosa a que estabas pescando. ¿Qué tal tu señora?

-Durmiendo.

-Justo lo que pienso hacer yo en cuanto venga el relevo.

Seguí mi camino sin recordarle que eso mismo era lo que había hecho hasta el momento.

Subí despacio por la escalera de atrás de mi casa y encendí la luz de la cocina. Mi nota seguía sobre la mesa, aunque un poco a la izquierda. Juraría que la había dejado en el centro.

Puse la cafetera al fuego y me quedé a la espera de que bullera, y había empezado a hervir el agua cuando bajó Mary. Mi amor parece una chiquilla cuando se despierta. Nadie diría que es la madre de dos mocosos crecidos. Y su piel despide un olor adorable, como la hierba recién cortada: el olor más grato y acogedor que conozco.

-¿Qué haces levantado tan temprano?

-Bien lo puedes preguntar. Entérate de que he estado en pie casi toda la noche. Observa mis botas junto a la puerta. Pálpalas, verás que aún retienen la humedad.

-¿Adonde has ido?

-A la orilla del mar hay una pequeña cueva, mi oca encopetada. Me colé allí dentro y me dediqué a estudiar la noche.

-A ver, espera un momento.

-Y vi surgir una estrella del mar, y como no tenía dueño la tomé por nuestra estrella. La domestiqué y la puse a engordar.

-No seas tonto. Creo que te acabas de levantar y que eso me ha despertado.

-Si no me crees, pregúntale a Willie *el Flaco.* Estuve hablando con él. O a Danny Taylor. Le di un dólar.

-Mal hecho. Se emborrachará.

-Lo sé. Ése era su deseo. ¿Dónde pondremos a dormir a nuestra estrella, helechito mío?

-¿No huele bien el café? Me alegra que vuelvas a tontear y que estés de buen humor. Es terrible cuando andas desanimado y decaído. Siento lo de la fortuna. No quiero que pienses que no soy feliz.

-No te preocupes, está en las cartas.

-¿El qué?

-Va en serio. Voy a amasar una fortuna.

-Nunca sé en qué estás pensando.

-Eso es lo más difícil que tiene el decir la verdad. ¿Puedo darles una buena tunda a los chicos, para festejar la víspera de la Resurrección? Te prometo que no les romperé ningún hueso.

-No me he lavado la cara -dijo ella-. Quería saber quién andaba trasteando por la cocina.

Cuando se fue al cuarto de baño, me guardé en el bolsillo la nota que le había dejado. Y yo aún no lo sabía. ¿Acaso llegamos alguna vez a conocer siquiera la capa más exterior de otra persona? ¿Cómo eres ahí dentro? ¿Mary? ¿Me oyes? ¿Quién eres ahí dentro?

4

Ese sábado por la mañana pareció estar cortado por un patrón especial. Me pregunto si cada día no tendrá el suyo. Fue un día retraído, ensimismado. Me vino a las mientes el mínimo susurro gris de mi tía Deborah: «Jesús está muerto, claro que sí. Es el único día, en todos los días del año, en que Él está muerto. Todos los hombres y todas las mujeres también están muertos. Jesús está en los infiernos. Pero mañana... ¡Ah, mañana! Espera a mañana, espera y verás».

No la recuerdo con demasiada claridad, tal como sucede con esas personas tan cercanas y a las que, sin embargo, apenas conocimos a fondo. Sin embargo, me leía las Sagradas Escrituras como si fuesen el periódico de cada día, y supongo que ella las veía de ese modo, como algo que había venido sucediendo eternamente, pero que siempre resultaba nuevo y emocionante. Cada Pascua, Jesús de veras se levantaba entre los muertos. Era una explosión esperada, pero siempre nueva. Para ella no había ocurrido dos mil años antes, sino ahora mismo. Y algo de eso me transmitió, desde luego.

No recuerdo haber tenido nunca ganas de abrir la tienda. Creo que detestaba cada una de esas mañanas perezosas, desmañadas. Ese día, en cambio, tuve deseos de ir. Quiero a mi Mary con todo mi corazón, en ciertos aspectos más que a mi propia vida, pero también es cierto que no siempre le presto toda la atención que debiera. Cuando me hace la crónica de las prendas de vestir, de la salud, de las conversaciones que le gustan y que la iluminan, no la escucho en absoluto. Algunas veces le da por exclamar: «¡Pero si tienes que saberlo! Te lo dije, estoy segura. ¡Recuerdo perfectamente que te lo dije el jueves por la mañana!». Y así tiene que haber sido, sin duda. Desde luego que me lo dijo. Hay algunas cosas sobre las cuales me lo cuenta todo.

Esta mañana no sólo no la escuchaba, sino que deseaba marcharme cuanto antes. Tal vez yo mismo tuviera ganas de hablar, sólo que no tenía nada que decir. Para ser justos, ella tampoco me presta atención, y a veces es mejor que así sea. Escucha el tono de voz, la entonación, y de ahí deduce lo que le digo, mi estado de salud, mi estado de ánimo, si estoy cansado o contento. Es una manera de atender como otra cualquiera. Ahora que me paro a pensarlo, ella no me escucha porque yo no le hablo a ella, sino que hablo con un oscuro oyente que está en mi interior. Y, en realidad, tampoco se dirige a mí cuando habla. Claro que cuando se trata de los chicos o cuando se presenta una de esas crisis infernales, todo cambia.

He pensado muy a menudo en que la forma de hablar varía según sea la naturaleza de quien escucha. Yo suelo hablar con los muertos, como mi tía Deborah, la de Plymouth Rock, o el viejo Capitán. Me encuentro a menudo discutiendo con ellos. Recuerdo que una vez, durante una fatigosa conversación, interpelé al viejo Capitán de este modo:

-A ver, ¿tengo que hacerlo?

-Pues claro que sí -me respondió con toda claridad-. Y no cuchichees.

Él no discutía. Nunca. Decía que era mi deber hacerlo, y asunto concluido. No tiene nada de misterioso, nada de místico. Es como pedir consejo o dar una disculpa por esa parte interior de uno mismo que está segura, resuelta.

En lo que se refiere puramente a decir, que es otra forma de preguntar, mis artículos envasados y embotellados, los de la tienda, son mudos y sirven a las mil maravillas. Igual sucede con un animal que pasa, o un pájaro. No discuten, no repiten.

-¿Ya te marchas? -dijo Mary-. Si aún tienes media hora. Eso es lo que pasa cuando uno se levanta tan temprano.

-Tengo un montón de cajas por abrir -le dije-. Montañas de cosas por poner en los estantes antes de la hora de abrir. Grandes decisiones. ¿Los encurtidos y los tomates deben ir en el mismo estante? ¿Está reñido el melocotón en almíbar con las peras? Ya sabes qué importancia tiene en un atuendo la combinación de los colores.

-Te burlas hasta de tu sombra -dijo Mary-. Pero me alegro. Te prefiero así que de mal humor. Hay tantos hombres gruñones por ahí...

Y era temprano, en efecto. *Red Baker* aún no había salido a la calle. Es tan puntual que se puede poner el reloj en hora observando sus paseos. Todos los perros lo son. Daría comienzo a su majestuoso recorrido dentro de media hora exactamente. Y Joey Morphy tampoco había asomado la jeta. El banco no abriría sus puertas, pero eso no quería decir que Joey no estuviera allí dentro, trabajando en los libros de cuentas. La ciudad estaba muy tranquila; mucha gente se había marchado a pasar fuera el fin de semana de Pascua. Junto con el Cuatro de julio y el Día del Trabajo, son las principales vacaciones de la gente. La gente se marcha incluso cuando no quiere. Creo que hasta los gorriones de Elm Street se habían marchado fuera.

En cambio, vi a Stonewall Jackson Smith en su puesto. Salía de tomar una taza de café en el Foremaster Grill. De tan magro y quebradizo que era, las pistolas y las esposas parecían desmesuradamente grandes. Lleva la gorra de oficial ladeada, con garbo, y se monda los dientes con una afilada pluma de ganso.

-Pues sí que trabajas, Stoney. Un largo día de trabajo

duro, que es lo suyo para ganar un buen dinero.

-¿Cómo dices? -dijo-. Si no hay nadie en la ciudad.

Quiso decir, en realidad, que ojalá tampoco estuviera él.

-¿Algún delito, Stoney? ¿Alguna cosa divertida?

-Nada, todo en calma -dijo-. Unos muchachos se estrellaron con un coche en el puente. Pero qué diablos: el coche era de su propiedad. El juez les hará pagar las reparaciones del puente. ¿Te has enterado del robo del banco en Floodhampton?

-No.

-¿Ni siquiera por televisión?

-Todavía no tenemos televisor. ¿Se llevaron mucho? -Trece mil, según dicen. Fue ayer, antes de cerrar. Eran tres. Alarma en los cuatro estados. Willie ha salido a patrullar por la autovía, renegando como un condenado. -Pero si duerme de sobra. -Lo sé, pero yo no. Estuve fuera toda la noche. -¿Y crees que los atraparán?

-Supongo que sí. Cuando hay dinero de por medio, los suelen atrapar. Las compañías de seguros no dejan de dar la lata. Nunca se rinden.

-Sería cojonudo que a uno no lo atrapasen.

-Desde luego -dijo.

-Stoney, me gustaría que le echaras un vistazo a Danny Taylor. Parece que estuviera muy enfermo.

-Es sólo cuestión de tiempo -dijo Stoney-. Pero haré lo que pueda. Es una pena. Buen tipo. Buena familia.

-A mí me mata verlo así. Le tengo un gran aprecio.

-En fin, pues no se puede hacer nada por él. Va a llover, Eth. Willie detesta tener que mojarse.

Por vez primera desde que alcanzo a recordar, entré en el callejón con verdadero placer y abrí la puerta de atrás incluso con emoción. El gato estaba pegado a la puerta, a la espera. No recuerdo una sola mañana en que ese gato flaco y eficiente haya dejado de esperarme pegado a la puerta, una sola mañana en que no le haya tirado un palo o lo haya ahuyentado de otro modo. Por lo que alcanzo a saber, nunca se ha colado en la tienda. Debe de ser macho, porque tiene las orejas desgarradas de tanta pelea nocturna. ¿Son extraños los gatos, o se parecen tanto a nosotros que nos resultan tan curiosos como los monos? Puede que sean seiscientas u ochocientas las veces en que ese gato ha intentado entrar, siempre sin conseguirlo.

-Te tengo preparada una cruel sorpresa -dije al gato. Estaba sentado de tal modo que la cola trazaba un círculo a su alrededor, y le asomaba entre las patas delanteras. Entré en la tienda a oscuras, saqué un envase de leche del estante, lo abrí y vertí un poco en un tazón. Llevé el tazón a la trastienda, lo deposité en el suelo y dejé la puerta entreabierta. Me miró con gravedad, miró la leche y se largó pasando por la valla de la parte posterior del banco.

Todavía lo estaba mirando cuando apareció Joe Morphy por el callejón; tenía ya en la mano la llave de la puerta de atrás del banco. Tenía mala cara y estaba desaliñado, como si no hubiera pegado ojo en toda la noche.

-Hola, señor Hawley.

-Creí que hoy no abría.

-Parece que no voy a cerrar nunca. Un error de treinta y seis dólares en los libros de asiento. Ayer trabajé hasta la medianoche.

-¿Faltan?

-No, sobran.

-Pues eso no está mal.

-¿Cómo dice? ¡Es un desastre! He de encontrar de dónde sobran.

-¿Tan honrados son los bancos?

-Los bancos lo son. Algunos hombres no lo son tanto. Si quiero tomarme un descanso, he de encontrar dónde está el error.

-Ojalá entendiera yo de cuentas y negocios.

-Yo se lo puedo explicar todo en un pispás. El dinero llama al dinero.

-Pues no me sirve de mucho.

-A mí tampoco. Pero le puedo dar consejo.

-¿Por ejemplo?

-Nunca acepte la primera oferta. Si alguien quiere vender, seguro que tiene sus motivos. Las cosas sólo tienen el valor que les dé quien las quiera comprar.

-¿Ese es un curso acelerado?

-Lo es, pero no tiene ningún sentido sin la primera premisa.

-¿Qué el dinero llama al dinero?

-Eso nos deja fuera a muchos.

-¿No hay gente que pide préstamos?

-Sí, pero para eso hay que tener crédito, garantías, y ésa es una forma de tener dinero aunque uno no lo tenga.

-Me parece que mejor será que siga con la tienda.

-Eso creo. ¿Se ha enterado de lo del banco de Floodhampton?

-Me lo contó Stoney. Tiene gracia, porque ayer mismo hablábamos de eso, ¿recuerda?

-Tengo un amigo allí. Eran tres tipos: uno con acento muy marcado, otro con cojera. Tres tipos. Seguro que los pillan. Les doy como mucho una semana. Dos a lo sumo.

-¡Perra suerte!

-No sé. No son muy listos. Y no ser muy listo es un delito que está penado por la ley.

-Siento lo de ayer.

-Olvídelo. Hablo demasiado. Ahí tiene usted otra regla: no hable demasiado. Yo nunca me lo meto en la cabeza. A propósito, tiene usted muy buen aspecto.

-Pues no sé por qué, porque no he dormido mucho.

-¿Alguien enfermo en casa?

-No. Ya sabe usted, ha sido una de esas noches...

-Ya, si lo sabré yo...

Barrí la entrada de la tienda y levanté las persianas sin saber si me gustaba lo que hacía o si lo odiaba. Las reglas de Joey no dejaban de darme vueltas en la cabeza. Y comenté el asunto con los amigos de los estantes, tal vez en voz alta, puede que no. No estoy seguro.

-Queridos socios -dije-, si todo es tan sencillo, ¿por qué no hay más personas que lo hagan? ¿Por qué casi todo el mundo comete los mismos errores una y otra vez? ¿Siempre habrá que olvidarse de algo? Puede que, en el fondo, la verdadera debilidad sea una forma de bondad. Marullo dice que el dinero no tiene corazón. ¿No cabe decir entonces que cualquier detalle de bondad sería una debilidad imperdonable en un hombre de dinero? ¿Cómo es posible conseguir que un tipo normal y corriente, un buen hombre, vaya y mate a otros tipos estupendos en la guerra? Desde luego que ayuda si el enemigo es diferente o habla diferente. Pero... ¿y la guerra civil? Los yanquis devoraban recién nacidos y los rebeldes mataban de hambre a los prisioneros. Eso sirve de ayuda. Enseguida me ocupo de ustedes, me refiero a las remolachas en rodajas y a los champiñones en lata. Ya sé que quieren que hable de ustedes. Eso les pasa a todos. Pero estoy a punto, sólo será un momento. Enseguida haré la debida referencia, eso es. Si las leyes del pensamiento son las leyes de las cosas, la moral también es relativa, y los modales, y el pecado... son relativos, cómo no, en un universo relativo. Así ha de ser. No hay forma de escaparse. Ahí tienen el punto de referencia.

-A ver, ustedes, los cereales con la careta de Mickey Mouse en la caja y el artilugio de un ventrílocuo en la etiqueta y los diez centavos de turno. Voy a tener que llevármelos a casa, pero por ahora quédense donde están y escuchen con atención. Lo que le dije a Mary en broma es una verdad como un templo. Mis antepasados, los muy respetados armadores, dueños de barcos, capitanes de altura, recibieron órdenes de asaltar los negocios durante la Revolución y también en 1812. Todo muy patriótico y muy virtuoso. Sin embargo, para los británicos eran piratas: la tajada que sacaban se la quedaban ellos. Ése es el origen de la fortuna de la familia, la que perdió mi padre. De ahí venía el dinero que llama al dinero. Podemos estar bien orgullosos.

Traje una caja de salsa de tomate, la rajé y apilé las encantadoras latas en el estante vacío.

-Puede que ustedes no lo sepan, porque a fin de cuentas son bastante extranjeras para entendernos. El dinero no sólo no tiene corazón, sino que tampoco tiene honor ni memoria. El dinero se vuelve automáticamente respetable si se retiene por un tiempo. No deben pensar ustedes que estoy haciendo una denuncia del dinero. No, lo admiro demasiado. Caballeros, permítanme presentarles a algunos recién llegados a nuestra

comunidad. Veamos, creo que los voy a colocar aquí, junto a los botes de ketchup. Den la bienvenida a estos pepinillos en vinagre tan de andar por casa, que se sientan como en la suya. Neoyorquinos de nacimiento, cortados en rodajas y enlatados. Estaba hablando de dinero con estos amigos de aquí. Una de nuestras mejores familias... ¡Seguro que conocen el apellido! Yo creo que lo conoce todo el mundo. En fin, pues tuvieron su gran oportunidad para hacer fortuna vendiendo carne de vacuno a los británicos cuando nuestro país estaba en guerra con Gran Bretaña, y su dinero es tan admirado como cualquier otro, tanto como admirada es la propia familia. Y hay otra dinastía, probablemente la de los banqueros más grandes que existen, cuyo fundador compró trescientos rifles al ejército. El ejército los había rechazado porque eran defectuosos y entrañaban cierto peligro, de modo que los pudo comprar a precio de ganga, puede que a cincuenta centavos la pieza. Al poco tiempo, el general Frémont estaba listo para emprender su heroica campaña por el Oeste, y compró esas armas a ciegas, sin haberlas visto, por veinte dólares cada una. No se llegó a saber nunca si explotaron o no en manos de sus tropas. Y ése era dinero que llama al dinero. Poco importa cómo se haga el dinero con tal de que se haga y luego se utilice para hacer más. No soy un cínico. Nuestro amo y señor, Marullo, el del apellido de la Roma antigua, tiene toda la razón. En lo que al dinero atañe, las reglas ordinarias de conducta se llaman andana. ¿Que por qué hablo con los comestibles? Pues puede que sea porque ustedes son la discreción en persona. Ustedes no van por ahí repitiendo mis palabras, ni se dedican a cotillear. El dinero es un asunto grosero y desagradable sólo cuando uno lo tiene. A los pobres les resulta fascinante. ¿No les parece que si uno se siente de pronto particularmente interesado por el dinero debería conocer al menos algo de su naturaleza, carácter y tendencias? Mucho me temo que sean muy pocos los hombres, si es que los hay, y seguro que serán grandes artistas o avaros miserables, que se interesen por el dinero en sí. Y ya pueden descartar de una patada a los avaros que están condicionados por el miedo.

Para entonces, había un montón considerable de cajas de cartón en el suelo. Las llevé a la trastienda para recortarlas y guardarlas. Mucha gente se lleva ahora la compra a casa en esas cajas. Como diría Marullo, «así nos ahorramos bolsas, muchacho».

Otra vez esa palabra, «muchacho». Ahora ya no me importa. Quiero que me llame «muchacho», que me considere un «muchacho». Mientras apilaba las cajas, alguien llamó estrepitosamente a la puerta. Consulté mi viejo reloj de plata, un reloj de ferroviario, y me di cuenta de que por vez primera en toda la vida no había abierto la tienda a las nueve en punto. Eran ya las nueve y cuarto nada menos. Toda esa discusión con los comestibles me había distraído. A través de la puerta de hierro y cristal vi que era Margie Young-Hunt. La verdad es que nunca la había mirado, nunca me había parado a inspeccionarla. Tal vez por eso se dedicaba a echar las cartas, para asegurarse de que yo tuviera conocimiento de su existencia. No debería cambiar demasiado deprisa.

Abrí la puerta.

-No era mi intención sobresaltarlo.

-Pero es que ya voy tarde.

-¿De veras?

-Claro. Ya pasan de las nueve.

Entró caminando despacio, como si fuera la dueña del lugar. Se le marcaba el trasero de un modo agradable, redondeado, rebotando lentamente, subiendo y bajando con cada paso que daba. Por delante también iba más que bien provista, de modo que

no tenía que preocuparse por hacerlas resaltar. Margie era lo que Joey llamaría «un buen bocado», y no me extrañaría que mi hijo Allen dijera lo mismo. Quizá me acababa de fijar bien en ella por primera vez. Tenía unas facciones regulares, la nariz un poco larga, los labios perfilados de modo que parecían más anchos de lo que eran en realidad, sobre todo el de abajo. Llevaba el cabello teñido de un hermoso color castaño que en la naturaleza nunca se presenta por sí solo, pero que le quedaba de maravilla. Tenía el mentón de aspecto frágil, algo huidizo, pero las mejillas y los pómulos anchos resultaban bastante musculosos. Había dedicado gran atención a sus ojos. Los tenía de ese color avellana que se torna azul o acero según sea la luz. Era el suyo un rostro duradero, que había aguantado lo suyo y seguiría aguantando lo que hiciera falta. Su mirada revoloteaba de los comestibles a mí y vuelta a empezar. Imaginé que era una muy atenta observadora, dotada además de una memoria excelente.

-Espero que no tengas el mismo problema que ayer.

Se rió.

-No... no. No recibo a un viajante de comercio todos los días. Esta vez me he quedado sin café.

-Suele pasar.

-¿Qué quieres decir?

-Que los primeros diez clientes de cada mañana son los que se han quedado sin café.

-¿De veras?

-Te lo digo totalmente en serio. Ah, y quiero darte las gracias por haberme enviado a tu viajante de comercio.

-Fue idea suya.

-Ya, pero lo mandaste tú. ¿Qué clase de café deseas?

-Cualquiera. Siempre me sale fatal, da lo mismo qué marca use.

-¿Lo mides?

-Sí, pero me sale fatal. El café no se me da nada bien.

-Prueba con esta mezcla. -Tomé un bote de la estantería y ella tendió el brazo para recogerlo. Con ese mínimo gesto, todas las partes de su cuerpo se movieron, se desplazaron, se hicieron presentes con nitidez y discreción. Hola, estoy aquí, soy la pierna. Encantado de conocerle, soy el muslo. Pero a mí no me gana: soy el vientre suave. Todo era nuevo, recién visto por vez primera. Contuve la respiración. Mary dice que una mujer puede emitir señales o no, según desee. De ser así, Margie tenía un sistema de comunicaciones que iba desde la punta de su zapato de charol hasta la curva de su melena de color castaño.

-Parece que hoy estás mejor que ayer.

-Es que ayer me dio muy fuerte, no sé por qué.

-A mí me sucede lo mismo. Y muchas veces ni siquiera sé por qué...

-Ayer estuviste muy bien cuando me echaste las cartas.

-¿Me guardas rencor por eso?

-No. Sólo que me gustaría saber cómo lo hiciste, eso es todo...

-Tú no crees en esas cosas.

-No se trata de creer o descreer. Dijiste algunas cosas con las que diste en el clavo. Son cosas en las que he pensado, cosas que he hecho...

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, que ya va siendo hora de cambiar.

-Sigues pensando que hice trampa con las cartas, ¿no es eso?

-Eso es lo de menos. Si las amañaste... ¿por qué lo hiciste? ¿Lo has pensado?

Me miró a los ojos con suspicacia. Una mirada interrogante, para sondearme.

-Sí... -dijo con voz queda-. O sea, no, nunca he pensado en eso. Si las amañé... ¿por qué lo hice? Eso sería como desentrampar la trampa.

El señor Baker asomó por la puerta.

-Buen día, Margie. Ethan, ¿ha pensado en mi sugerencia?

-Desde luego que sí. Y me gustaría hablar con usted.

-Cuando quiera, Ethan.

-Durante la semana no puedo salir. Ya sabe usted que Marullo apenas viene casi nunca. ¿Estará mañana en su casa?

-Después de misa, seguro. Buena idea. Tráigase a Mary, pueden venir a eso de las cuatro. Mientras las señoras hablan de sombreros de Pascua, nosotros hacemos un aparte y...

-Quiero hacerle un centenar de preguntas. Creo que será mejor que las apunte.

-Siempre y cuando sepa yo la respuesta, no deje de hacérmelas. Muy bien. Hasta mañana. Buen día, Margie.

-Es un comienzo muy veloz -dijo Margie cuando se hubo marchado el señor Baker.

-Puede que sólo sea el calentamiento previo. ¿Sabes qué sería interesante? ¿Y si echases las cartas con los ojos vendados o algo así, por ver cuánto se parece el resultado a lo de ayer?

-¡No! -dijo-. Eso no saldría bien. ¿Me estás tomando el pelo, o lo dices en serio?

-Tal como veo yo las cosas, no es cuestión de creer. Yo no creo en la percepción extrasensorial, ni en los relámpagos, ni en la bomba de hidrógeno, ni siquiera en las violetas, ni en los bancos de peces... pero sé que existen. No creo en los fantasmas, pero los he visto.

-Ahora te burlas de mí.

-No.

-No me pareces el mismo de siempre.

-Es que no lo soy. Tal vez nadie sea el mismo durante mucho tiempo.

-¿Y eso por qué ha sido, Eth?

-No lo sé. Tal vez porque me he hartado de ser dependiente de una tienda.

-Ya iba siendo hora.

-¿A ti de veras te gusta Mary?

-Desde luego. ¿Por qué me lo preguntas?

-Es que no pareces de la misma clase de... En fin, Margie, que eres muy diferente de ella.

-Sí, ya te entiendo. Pero me gusta. La amo.

-Yo también.

-Pues qué suerte.

-Sí, sé que tengo suerte.

-No, me refería a ella. Bueno, voy a preparar ese café que me sale fatal. Pensaré en lo de las cartas.

-Cuanto antes, mejor. No dejes que se enfríe.

Salió taconeando, meneándosele las nalgas como si las tuviera de caucho. No la había visto nunca, jamás, hasta ese momento. Me pregunto a cuántas personas he mirado en toda mi vida sin haberlas visto nunca. Da miedo pensarlo. Otra vez el punto de referencia. Cuando dos personas se encuentran, cada una es transformada por la otra, de modo que después del encuentro son dos personas distintas. Tal vez eso

significue... Demonios, qué complicado. Convine conmigo mismo en que sólo iba a pensar en esas cosas de noche, cuando no pudiera dormir. Haberme olvidado de abrir la tienda a la hora en punto me ha dado miedo. Es como que se te caiga el pañuelo en el lugar del crimen, o las gafas de esos como se llamen, los de Chicago. ¿Qué significa eso? ¿Qué crimen? ¿De qué asesinato hablo?

A mediodía me hice cuatro sandwiches de jamón y queso, con lechuga y mayonesa. Jamón y queso, jamón y queso... Cuando un hombre se casa, es como si viviera en los árboles. Me llevé dos de los sandwiches y una botella de coca-cola a la puerta de atrás del banco y se los pasé a Joey.

-¿Qué, ha aparecido el error?

-Todavía no. Estoy tan cerca que ya no veo ni dos en un burro.

-¿Por qué no lo deja para el lunes?

-No puedo. Los bancos son así de jodidos.

-A veces, cuando uno deja de pensar en algo, surge por sí sola la respuesta.

-Lo sé. Gracias por los sandwiches. -Miró dentro para cerciorarse de que llevaban lechuga y mayonesa.

El sábado por la tarde, antes de Pascua, el negocio es como «un cementerio», que diría mi augusto y analfabeto hijo. Sin embargo, sucedieron dos cosas que al menos me demostraron que dentro de mí, en el fondo, muy debajo de la superficie, se estaban produciendo algunos cambios. Dicho de otro modo, ayer mismo, o cualquier otro día anterior, no hubiera hecho lo que hice. Es como mirar muestras de papel de pared. Supongo que acababa de desplegar una muestra nueva.

Lo primero fue que apareció Marullo. La artritis lo traía a mal traer. No dejó de flexionar los brazos en ningún momento, como si fuera un levantador de pesas.

-¿Qué, cómo van las cosas?

-Regular, Alfio. -Nunca lo había llamado por su nombre de pila.

-Se ha marchado todo el mundo de la ciudad.

-Me gusta más que me llame «muchacho».

-Pues creí que no te gustaba.

-A todo se le coge el gusto, Alfio.

-Se han largado todos... -Debían de quemarle los hombros como si tuviera arena caliente en las articulaciones.

-¿Cuánto tiempo hace que vino de Sicilia?

-Cuarenta y siete años. Es mucho tiempo.

-¿No ha vuelto nunca?

-No.

-¿Por qué no va de visita?

-¿Para qué? Todo ha cambiado.

-¿No siente curiosidad?

-No mucha.

-¿No tiene allí familiares?

-Claro, mi hermano y sus hijos, y los hijos de sus hijos.

-¿Y no siente deseos de verlos?

Me miró, creo yo, como miré yo a Margie, como si me viese por primera vez.

-¿Qué estás pensando, muchacho?

-Que me da pena verlo sufrir por culpa de la artritis. Que en Sicilia hace calorcillo. Que a lo mejor le aliviaría sus dolores.

-¿Y a ti qué te pasa? -dijo mirándome con recelo.

-¿Qué quiere decir?

-Pareces cambiado.

-Ah, será porque me han dado una buena noticia.

-No vas a dejarme, ¿no?

-De momento, no. Si usted quisiera hacer un viaje a Italia, le podría prometer que me quedaría hasta entonces.

-¿Cuál es la buena noticia?

-Aún no puedo decírselo. Está así, así... -Puse la palma de la mano boca abajo y la hice oscilar.

-¿Asunto de dinero?

-Podría ser. Mire, usted ya es bastante rico. ¿Por qué no regresa a Sicilia y les enseña cómo son los norteamericanos ricos de verdad? Empápese de sol. Yo me ocuparé del negocio. Sabe que de mí se puede fiar.

-¿No me vas a dejar plantado?

-No, demonios. Me conoce usted lo suficiente para saber que yo no le dejaría plantado.

-Has cambiado, muchacho, y no entiendo por qué.

-Ya se lo he dicho. Hágame caso, vaya a jugar con los bambinos.

-Aquello no es para mí -dijo, pero me di cuenta de que la idea se le había prendido. Y también me di cuenta de que esa noche volvería a repasar los libros de cuentas. Es un cabronazo desconfiado.

Acababa de marcharse cuando -bueno, igualito que ayer- vino el representante de BBD&D.

-No vengo con asuntos de negocios -dijo-. Me quedo a pasar el fin de semana en Montauk. Pensé hacerle una simple visita de cortesía.

-Pues me alegro -dije-. Quiero darle esto. -Le tendí la billetera con el billete de veinte asomando una esquina.

-Pero si es un obsequio... Ya le dije que no he venido por asuntos de negocios.

-¡Tómela!

-¿Qué insinúa?

-Para mí, eso equivale a un contrato.

-¿Qué sucede? ¿Está enojado?

-Desde luego que no.

-¿Entonces...?

-¡Tómela! Aún no han llegado todas las ofertas.

-Caramba... ¿Le ha hecho Waylands una oferta mejor?

-No.

-Pues ¿quién ha sido? ¿Las malditas casas de descuento?

Le metí el billete de veinte dólares bien doblado en el bolsillo de la chaqueta, por detrás del pañuelo que sobresalía en pico.

-Me quedo con la billetera -le dije-. Es bonita.

-Mire, no puedo hacerle una oferta sin hablar antes con el jefe del despacho. No cierre el trato hasta el martes. Yo le llamaré por teléfono. Si digo que soy Hugh, ya sabrá que soy yo.

-Es usted quien paga la conferencia.

-Bueno, pues déjelo abierto, ¿de acuerdo?

-Está abierto -le dije-. ¿Qué, va a pescar?

-Solamente echo el anzuelo para pescar mujeres. Traté de llevarme a Margie, un bocado para chuparse los dedos, seguro, sólo que no se ha dejado convencer. Y por poco me rompo la cabeza, no vea cómo lo intenté. Ya se ve, no entiendo a las mujeres.

-Cada vez son más curiosas, más incomprensibles.

-Bien lo puede usted decir -dijo, y hace quince años por lo menos que no oía esa expresión. Me pareció preocupado-. No haga nada mientras no reciba noticias mías -añadió-. Caramba, y yo que pensé que las tenía tiesas con un chico del campo...

-Yo a mi jefe lo trato como merece.

-Bobadas. Lo único que ha hecho ha sido mejorar la apuesta.

-Si de veras necesita hablar del caso, diga que me he negado a aceptar un soborno.

Creo que eso es buena demostración de que he cambiado. El tipo me empezó a mirar con respeto. Eso me gustó. Me encantó. El tío pensaba que yo era como él, sólo que más hábil.

Estaba a punto de cerrar la tienda cuando me llamó Mary.

-Ethan -me dijo-. No te enojes, pero...

-¿Qué pasa, pajarito bobo?

-Bueno, es que está tan sola que pensé que... En fin, he invitado a Margie a cenar.

-¿Y por qué me iba a enojar?

-¿No estás enojado?

-Qué carajo, pues no.

-No digas palabrotas. Mañana es Pascua.

-Ahora que me acuerdo, plánchate el mejor vestido que tengas. Vamos a visitar a Baker a las cuatro.

-¿A su casa?

-Sí, a tomar el té.

-Pues tendré que ponerme lo mismo que me pongo para ir a la iglesia.

-Buena idea, pimpollito de repollo.

-¿No estás enojado por lo de Margie?

-Te quiero -le dije. Y es verdad. De veras la quiero. Recuerdo haber pensado en qué demonios puede llegar a convertirse un hombre.

5

Cuando caminaba por Elm Street y doblé por el camino de gravilla, me detuve a contemplar la vieja casa. Parecía diferente. La sentía mía. No de Mary, ni de mi padre, ni del viejo Capitán, sino mía. Podía venderla, quemarla o quedarme con ella.

Había subido tan sólo dos peldaños de la escalera del fondo cuando se abrió de golpe la mosquitera y salió Allen dando alaridos.

-¿Dónde está el Peeks? ¿Has traído el Peeks?

-No -dije. Y... ¡oh, maravilla de maravillas!, no se puso a gritar para expresar su contrariedad, su sensación de pérdida. No apeló a su madre para confirmar que yo se lo había prometido.

-Vaya -dijo, y se marchó en silencio.

-Buenas tardes -le dije cuando ya estaba de espaldas.

-Buenas tardes -dijo como si fueran palabras de una lengua extranjera que acabara de aprender.

Mary entró en la cocina.

-Te has cortado el pelo -dijo. Identifica cualquier rareza mía con un corte de pelo o un achaque de fiebre.

-No, rulito mío. No me he cortado el pelo.

-Bueno, pues he trabajado como una máquina para tener la casa a punto.

-¿A punto?

-Ya te dije que Margie viene a cenar.

-Lo sé, pero ¿a qué viene tanto bullicio y tanto festejo?

-No hemos tenido un invitado a cenar desde hace siglos.

-Es cierto, muy cierto.

-¿Te vas a poner el traje oscuro?

-No, me pondré el gris, el Old Dobbin.

-¿Por qué no te pones el oscuro?

-No quiero que se arrugue. Mañana lo llevaré a la iglesia.

-Te lo puedo volver a planchar mañana por la mañana.

-No, es igual. Me pondré el Old Dobbin, el traje más bonito que se puede encontrar en todo el país.

-¡Chicos! -gritó-. ¡No toquéis nada! Acabo de poner las nueces sobre la mesa. ¿Seguro que no quieres ponerte el traje oscuro?

-No.

-Margie vendrá toda peripuesta.

-A Margie le gusta el Old Dobbin.

-¿Y tú cómo lo sabes?

-Porque ella misma me lo dijo.

-Imposible.

-Escribió una carta al director del periódico para explicarlo.

-Por favor, no me tomes el pelo. ¿Vas a ser amable con ella?

-Voy a galantear con ella.

-Pensé que te gustaría ponerte el traje oscuro... precisamente como viene ella...

-Escucha, florecita. Cuando llegué, lo mismo me daba ponerme un traje u otro, o no ponerme nada. En un santiamén has conseguido que me sea imposible ponerme otra cosa que el Old Dobbin.

-¿Por pura maldad?

-Claro.

-¡Oh! -exclamó en el mismo tono que había usado Allen.

-¿Qué hay para cenar? Quiero ponerme una corbata que haga juego con la carne.

-Pollo asado, ¿o es que no lo hueles?

-Supongo que sí. Mary, yo... -pero no dije más. ¿Para qué? Es imposible domeñar un instinto nacional. Había comprado un pollo de oferta en el Safe Rite Store. Más barato que los de Marullo. Claro que yo los compraba al por mayor; le he explicado a Mary cómo funcionan las ofertas en las cadenas de establecimientos. La oferta atrae al cliente, que luego se lleva una docena de cosas que no están de oferta, simplemente por tenerlas al alcance de la mano. Lo sabe todo el mundo y todo el mundo hace igual.

El sermón que le iba a endilgar a Mary Flor de Loto murió antes de nacer. El nuevo Ethan Allen Hawley sigue la corriente a toda tontería nacional y las utiliza en provecho propio cuando puede.

-Espero que no te ofendas por haber sido desleal -dijo Mary.

-Cariño, ¿qué puede tener un pollo de virtuoso o pecaminoso?

-Estaba muy barato.

-Creo que has hecho lo que correspondía... como sabia esposa que eres.

-Ya te estás burlando de mí.

Allen me estaba esperando en mi dormitorio.

-¿Puedo mirar tu espada de caballero templario?

-Claro. Está en el rincón del armario.

Sabía perfectamente dónde estaba. Mientras me desvestía, la sacó de la vaina de cuero y expuso la hoja plateada a la luz, contemplando su noble postura en el espejo.

-¿Cómo va el trabajo para el concurso?

-¿Eh?

-Supongo que habrás querido decir: «¿Qué dices, papá?».

-Sí, papá.

-Dije que cómo va el trabajo para el concurso.

-Ah. Bien.

-¿Vas a hacerlo?

-Claro.

-¿Claro?

-Claro, papá.

-También puedes mirar el sombrero. Está en esa funda de cuero, la grande, en el estante. La pluma está un poco amarillenta.

Me metí en la vieja bañera, grande y ancha, con patas en forma de garras de león. En los viejos tiempos las hacían tan amplias para bañarse con toda comodidad. Con un cepillo me froté la piel para quitarme los residuos de Marullo y de todo el día, y me afeité en la bañera sin mirarme al espejo, palpándome con las yemas de los dedos. Cualquiera diría que es un acto bastante romano y decadente. Mientras me peinaba me miré al espejo. Hacía mucho tiempo que no me veía la cara. Es muy posible afeitarse todos los días y no verse nunca la cara, sobre todo si a uno le da igual. La belleza es puramente superficial; además, la belleza ha de venir de dentro. Por lo que a mí concierne, más vale que sea cierto lo segundo. No es que tenga una cara fea. Para mí, lo único que pasa es que no es interesante. Hice unas cuantas muecas y renuncié a seguir mirándome. No me salieron ni nobles ni amenazantes, ni orgullosas ni cómicas. Era la misma cara de siempre, por más muecas que hiciera.

Cuando volví al dormitorio, Allen se había puesto el sombrero emplumado del caballero templario. Si a mí me da ese aire de tonto, más vale que desista. La funda de cuero estaba abierta en el suelo. Tiene un refuerzo de cartón forrado de terciopelo que parece un cuenco de cereales vuelto del revés.

-Me pregunto si se podrá blanquear una pluma de avestruz o si tendré que conseguir una nueva.

-Si compras una nueva, ¿me puedo quedar con ésta?

-¿Por qué no? Por cierto, ¿dónde se ha metido Ellen? No he oído su dulce voz de pito.

-Está redactando su composición sobre «Yo amo a América».

-¿Y tú?

-Yo me lo estoy pensando. ¿Vas a traer una caja de Peeks?

-Lo más probable es que se me olvide. ¿Por qué no pasas tú por la tienda y la coges, eh?

-De acuerdo. ¿Te importa que te haga una pregunta... papá?

-Con mucho gusto.

-¿Es verdad que en otros tiempos éramos dueños de toda High Street, salvo de dos manzanas?

-Lo es.

-¿Y que teníamos barcos balleneros?

-En efecto.

-¿Por qué no los tenemos?

-Porque los perdimos.

-¿Cómo fue?

-Los perdimos, sin más.

-Eso es un chiste.

-Si te paras a pensarlo, es un chiste bastante serio. Basta con diseccionarlo.

-En la escuela estamos diseccionando a una rana.

-Me alegro por vosotros. No tanto por la rana. ¿Cuál de estas bellas corbatas me he de poner?

-La azul -dijo sin ningún interés-. Oye, cuando hayas terminado de vestirte, ¿puedes... tienes tiempo para subir al desván?

-Si es importante, sacaré el tiempo de donde sea.

-¿Vendrás?

-Vendré.

-De acuerdo. Entonces, subo a encender la luz.

-Estoy contigo en dos momentos. Lo que tarde en ponerme la corbata.

Sus pasos sonaron a hueco en la escalera del desván, que no tiene alfombra.

Si me pongo a pensar en la corbata mientras me la anudo, resulta que la corbata tiene tendencia a rotar; en cambio, si dejo que mis dedos hagan el nudo sin el concurso de mi pensamiento, lo hacen a la perfección. Encomendé el nudo a mis dedos y me puse a pensar en el desván de la vieja casa de los Hawley, mi casa, mi desván. No se trata de una cárcel siniestra y llena de telarañas, no está repleto de objetos rotos y abandonados. Tiene unas ventanas de cristales pequeños, tan antiguos que la luz se torna de un color lavanda y el exterior parece estar hecho a aguas, como un mundo submarino. Los libros que están guardados ahí arriba no esperan su turno para ir a la basura o para ser donados al Instituto de Ayuda a los Marineros. Esperan cómodamente en las estanterías a que alguien los redescubra. Y las sillas, algunas pasadas de moda, otras con los muelles saltados, son amplias y blandas. Tampoco es un sitio polvoriento. La limpieza de la casa exige la limpieza del desván, y como suele estar cerrado casi nunca entra mucho polvo. Me acuerdo de niño, revolviendo entre las láminas brillantes de los libros o, cuando estaba vapuleado por el sufrimiento, refugiándome en la espectral semivida que exige la soledad del desván, donde me tumbaba en una de esas enormes sillas blandas, a la luz entre violeta y lavanda que se filtraba por los cristales. Allí estudiaba las vigas labradas con azuela que sostenían el techo, me fijaba en cómo se unían entre sí, ensambladas unas con otras mediante espigas de roble. Cuando llueve, sea fina llovizna o sea rugiente diluvio en el tejado, el desván es un sitio hermoso y seguro. Luego, los libros teñidos de luz, los libros de láminas de niños ya crecidos, se podrían pudrir y desaparecían: *Chatterboxes* y la serie de Rollo, mil actos de Dios -*Incendios, Inundaciones, Maremotos, Terremotos,* todos ellos con abundantes ilustraciones-; el *Infierno* de Gustave Doré, con los cantos de

Dante intercalados a modo de ladrillos cuadrados; los desgarradores cuentos de Hans Christian Andersen, la violencia y la crueldad espeluznantes de los hermanos Grimm, la *Morte d'Arthur* con los majestuosos dibujos de Aubrey Beardsley, una criatura maltrecha, enfermiza, extraña elección para ilustrar al grandioso y varonil Malory.

Recuerdo haber pensado qué sabio era H.C. Andersen. El rey contaba sus secretos al brocal de un pozo, sus secretos estaban a salvo. Un hombre que cuenta secretos o historias debe pensar en quién le escucha o le lee, ya que una historia tiene tantas versiones como lectores. Cada cual toma lo que quiere o lo que puede, y así cambia la historia a su medida o a su antojo. Unos escogen algunos pasajes y descartan el resto, otros tamizan la historia en el cedazo de sus prejuicios, o bien la pintan a su gusto. Una historia ha de tener sus puntos de contacto con el lector, lograr que éste se sienta á sus anchas en ella. Sólo así podrá admitir las maravillas. El cuento que yo pueda contarle a Allen ha de estar construido de manera diferente a partir del mismo cuento que le haya contado a mi Mary, que a su vez habré de rehacer para Marullo si es que a Marullo se lo cuento. Pero quizás es mucho mejor el pozo de Andersen. Solamente recibe, y el eco que devuelve es tenue y efímero.

Creo que todos nosotros, o casi todos nosotros, somos los custodios de esa ciencia del siglo XIX que denegaba la existencia a todo aquello que no pudiera ser medido ni explicado en sus propios términos. Las cosas que no éramos capaces de explicar seguían existiendo, pero seguramente sin contar con nuestros parabienes. No veíamos siquiera aquello que no podíamos explicar; entretanto, gran parte del mundo quedaba abandonada a manos de los niños, los dementes, los locos y los místicos, a quienes interesa más lo que existe que cualquier porqué. Son muchas las cosas viejas y maravillosas que se guardan en el desván del mundo, y que ahí están porque no las queremos a nuestro alrededor, pero tampoco nos atrevemos a desprendernos de ellas.

Una sola bombilla sin pantalla cuelga de una de las vigas del techo. El piso del desván está hecho de planchas de pino trabajadas a mano, de unos diecisiete centímetros de anchura por cuatro de grosor, que constituyen un excelente soporte para las hileras de baúles y cajas bien apiladas, de lámparas envueltas en pape!, jarrones y toda suerte de adornos en el exilio. Y la luz se derramaba suavemente sobre generaciones de libros en anaqueles abiertos, limpios todos ellos, sin una mota de polvo. Mi Mary es severa e inflexible con la suciedad, y tan ordenada como un sargento de primera. Los libros están dispuestos por tamaños y colores.

Allen apoyó la frente sobre el canto superior de una estantería y contempló los libros de abajo. Tenía la mano derecha en la empuñadura de la espada del caballero templario, con la punta hacia abajo como un bastón.

-Qué estampa tan simbólica, hijo mío. Podía ser un cuadro titulado «La juventud, la guerra y la sabiduría».

-Quería preguntarte... Dijiste que aquí había libros donde buscar material.

-¿Qué clase de material?

-Ah, pues retazos de patriotismo... para la composición del concurso.

-Entiendo. Retazos de patriotismo. A ver qué te parece esto: «¿Es tan cara la vida o tan dulce la paz como para comprarlas al precio de las cadenas y la esclavitud? ¡No lo permita Dios Todopoderoso! Desconozco qué camino tomarán los otros, pero en lo que a mí se refiere... ¡dadme la libertad o dadme la muerte!».

-¡Fantástico! ¡Me viene que ni pintado!

-Seguro que sí. En aquellos tiempos, la tierra era hogar de gigantes.

-Me hubiera gustado vivir en aquel entonces. Barcos piratas. ¡La bomba! ¡Izad la bandera! Arcones llenos de oro y damas con vestidos de seda y joyas. De veras,

ojalá hubiera vivido en aquel entonces. Algunos de nuestros antepasados lo hicieron, ¿no? Tú mismo lo dijiste.

-La suya era una suerte de piratería elegante. Los llamaban corsarios. No creo que fuera todo tan bonito como lo pintan desde lejos. Carne en salazón y galletas. En la tierra, en aquellos tiempos también había escorbuto.

-No me importaría. Yo me apropiaría del oro y me lo traería a casa. Supongo que eso ya no está permitido.

-No. Ahora es algo más organizado y más amplio. Diplomacia, lo llaman ahora.

-Hay un chico en la escuela que ganó dos premios en la televisión: primero cincuenta, luego doscientos dólares. ¿Qué te parece?

-Que debe de ser un chico listo.

-¿Listo? Para nada. Dice que todo es puro truco. Hay que aprenderse el truco y sacarle un buen partido.

-¿Sacarle partido?

-Claro. Por ejemplo, eres inválido o mantienes a tu madre criando ranas. Eso le da un interés particular al público. Entonces te eligen. Tiene una revista en la que salen todos los concursos que se celebran en el país. ¿Puedo comprarla, papá?

-Bueno. Ya no hay piratería, pero es de suponer que el impulso persiste.

-¿Qué quieres decir?

-Eso es hacerse con algo por la cara. Riqueza sin esfuerzo.

-¿Puedo comprar la revista?

-Creí que esas cosas estaban de capa caída después de los escándalos del soborno.

-Diablos, no. Quiero decir... No, señor. Lo han cambiado un poco, eso es todo. Me gustaría sacar tajada del botín.

-Porque de un botín se trata, ¿no es verdad?

-La pasta es la pasta. Lo de menos es de dónde la saques.

-En eso no creo. Al dinero no le duele, pero sí le duele al que lo amasa de esa forma.

-No veo por qué. No es contrario a la ley. Si hasta algunas de las personas más importantes del país...

-Charles, hijo mío, hijo mío...

-¿Por qué me llamas Charles?

-¿Tienes que hacerte rico, Allen? ¿Se trata de una obligación?

-¿A ti te parece que me gusta vivir sin una motocicleta? Deben de ser como mínimo veinte los chicos que ya tienen moto. ¿Y qué te parece que se siente cuando tu familia ni siquiera tiene coche, y para qué hablar de un televisor?

-Me sorprendes profundamente.

-Tú no lo entiendes, papá. Un día, en clase, hice una redacción para explicar que mi abuelo era capitán de un ballenero.

-Así es.

-La clase entera se rió de mí. ¿Sabes cómo me llaman ahora? Ballewley. ¿Qué te parece?

-Lamentable.

-No lo sería tanto si tú fueras abogado o trabajaras en un banco o algo así. ¿Sabes lo que voy a hacer con la primera tajada que saque del botín?

-No. ¿Qué?

-Te voy a comprar un coche para que no te sientas un pobre diablo al ver que todos los demás tienen coche.

-Muchas gracias, Allen -le dije. Tenía la boca seca.

-Oh, de nada. De todos modos, yo aún no me puedo sacar el permiso de conducir.

-En ese estante encontrarás todos los grandes discursos de la nación, Allen. Cuento con que leas alguno.

-Lo haré. No me queda más remedio.

-Desde luego que sí. Que te vaya bien y encuentres lo que buscas.

Bajé en silencio la escalera y me humedecí los labios por el camino. Allen tenía toda la razón. Me sentía como un pobre diablo.

Cuando me senté en mi sillón, bajo la lámpara de lectura, Mary me trajo el periódico.

-Eres un gran consuelo con tanto contoneo -le dije.

-Ese traje te sienta muy bien.

-Eres buena perdedora y buena cocinera.

-La corbata te hace juego con los ojos.

-Algo te traes entre manos. Se te nota. Te cambio tu secreto por otro secreto.

-Pero si no tengo secretos -dijo.

-¡Pues te lo inventas!

-No puedo. Vamos, Ethan. Cuéntamelo.

-¿Algún chiquillo curioso nos escucha?

-No.

-Bien: hoy vino a verme Margie Young-Hunt. Se le había terminado el café, según dijo. Creo que está coladita por mí.

-Vamos, cuéntame.

-Pues nos pusimos a hablar de echarme las cartas y le dije que sería interesante que me las echase otra vez, a ver si salía el mismo resultado.

-¡No!

-Sí. Y dijo que sería interesante, sin duda.

-Pero si a ti no te gustan esas cosas.

-Sí que me gustan. Cuando son halagüeñas...

-¿Crees que lo hará esta noche?

-Si me ofreces un centavo por mis pensamientos, te diré que viene precisamente por eso.

-¡Ni mucho menos! Viene porque yo la invité.

-Pero la invitaste después de que ella te tendiese una celada.

-No le tienes ningún aprecio.

-Al contrario: me empieza a caer muy bien. E incluso siento respeto por ella.

-Ojalá supiera cuándo hablas en serio y cuándo estás de broma.

Llegó Ellen tan sigilosa que fue imposible saber si había estado escuchando en secreto, pero sospecho que sí. Ellen es una niña, niña, niña; se le nota a la legua. Es dulce y tristona, es alegre y delicada, se pone enfermiza cuando más falta le hace. Está en esa etapa en que la masa de harina empieza a asentarse. Puede que llegue a ser bonita, puede que no. Le gusta apoyarse, se apoya mucho en mí, me hace llegar su aliento, pero su aliento es dulce y suave como el de una vaca. También es muy tocona.

Ellen se apoyó en el brazo de mi sillón; con su hombro fino y pequeño me rozó el mío. Me pasó un dedo sonrosado por dentro de la manga de la chaqueta y me acarició el vello de la muñeca cosquilleándomelo. El vello rubio de su brazo brillaba como el oro a la luz de la lámpara. Es bastante engañosa, pero en el fondo todas las niñas de veras lo son.

-Llevas las uñas pintadas -le dije.

-Mamá me deja con tal de que sea esmalte rosa. Tú tienes las uñas ásperas.

-¿En serio?

-Pero las tienes limpias.

-Me las he cepillado.

-No me gustan nada las uñas sucias, como las de Allen.

-A lo mejor es que no te gusta Allen tal como es.

-Desde luego.

-Me alegro por ti. ¿Por qué no lo asesinas?

-Qué tonto eres... -Me hizo cosquillas detrás de la oreja. Probablemente ya ha empezado a poner muy nerviosos a algunos chicos.

-Tengo entendido que ya estás trabajando en tu redacción.

-Te lo ha dicho ese canalla.

-¿Te está saliendo bien?

-¡Desde luego! ¡Requetebién! Ya te la dejaré leer cuando la haya terminado.

-Será un honor. Veo que te has vestido muy elegante para la ocasión.

-¿Esta antigualla? Quiá. Me guardo el vestido nuevo para mañana.

-Buena idea. Mañana habrá chicos.

-Odio a los chicos. De veras que los odio.

-Ya lo sé. Tu lema es la hostilidad. A mí tampoco es que me caigan muy bien, la verdad. Ahora deja de sobarme. Quiero echar un vistazo al periódico.

Se alejó haciendo aspavientos como una estrella del cine de los años veinte, y se vengó de inmediato.

-¿Cuándo vas a ser rico?

Desde luego, es capaz de hacer pasar muy malos ratos a los hombres. Instintivamente estuve a punto de sujetarla y darle una azotaina, pero eso era exactamente lo que ella quería. Estoy convencido de que se había puesto sombra de ojos. Había en sus ojos tanta compasión como la que se advierte en la mirada de una pantera.

-El viernes que viene -le dije.

-Vaya, pues ya podías darte prisa. Estoy harta de ser pobre.

Y se largó a toda velocidad. Además, está claro que le ha dado por escuchar detrás de las puertas. De veras la quiero, y es extraño, porque tiene todas las cualidades que detesto en los demás. Sin embargo, la adoro.

Estaba visto que no iba a poder leer el periódico. Ni siquiera tuve tiempo de desdoblarlo cuando llegó Margie Young-Hunt. Iba peripuesta, arreglada de peluquería. Supongo que Mary sabrá cómo se hacen esas cosas, porque yo no tengo ni idea.

Por la mañana, la Margie que vino a por café me salió al paso como una trampa para osos. Esa misma tarde, en beneficio de Mary se presentó como una santa. Si le botaba el trasero, yo no llegué a verlo. Si llevaba algo bajo el vestido, lo disimulaba a la perfección. Fue la invitada ejemplar -para otra mujer-: dispuesta a ayudar, encantadora, llena de cumplidos, atenta, modesta. Me trató como si yo hubiera envejecido cuarenta años desde la mañana. Es de ver qué maravilla son las mujeres. Me llena de admiración todo lo que hacen, aunque no se me alcance el porqué.

Mientras Margie y Mary intercambiaban sus letanías y cortesías de rigor -«¿Qué te has hecho en el pelo?», «Me encanta», «Qué bien te sienta ese color; no deberías cambiártelo nunca»-, es decir, las inofensivas señales de reconocimiento que intercambian las mujeres, pensé en el cuento más femenino que haya oído jamás. Se encuentran dos mujeres. Una exclama: «¿Qué te has hecho en el pelo? Si parece una

peluca». Y la otra responde: «Es que es una peluca», a lo cual dice la primera: «Caramba, pues nadie lo diría».

Tal vez se trate de respuestas y estímulos más profundos de lo que nosotros conocemos, de lo que jamás llegaremos a conocer.

La cena consistió en una serie de exclamaciones sobre las excelencias del pollo asado por parte de la invitada y humildes negativas por parte de la anfitriona. Ellen estudió a la primera con ojo crítico, tomando buena nota de todos los detalles del peinado y del maquillaje. Comprendí entonces a qué edad tan temprana comienzan las mujeres con ese minucioso examen que después les sirve de base para eso que llaman su intuición. Ellen rehuía mi mirada. Sabía que había disparado a matar y esperaba una venganza. Muy bien, querida y salvaje hija mía: me vengaré de la más cruel de las maneras que puedas imaginar. Y la más sencilla: olvidándolo en el acto.

Y fue una buena cena, demasiado condimentada, abundante, como deben ser las cenas con invitados, con una montaña de platos que de ordinario no se utilizan. Y café, brebaje que no solemos tomar después de la cena.

-¿No te quita el sueño?

-Nada me quita el sueño.

-¿Ni siquiera yo?

-¡Ethan!

Luego, la guerra silenciosa y moral de los platos.

-Deja que te ayude.

-Ni muchísimo menos. Eres nuestra invitada.

-Bueno, deja por lo menos que los lleve.

Mary buscó con la mirada a los chicos y su espíritu los acorraló con la bayoneta calada. Ellos se dieron cuenta de la que se avecinaba, pero sin poder evitarla.

-Siempre se encargan los chicos -dijo-. Les gusta ayudar. Y lo hacen tan bien que me siento orgullosa de ellos.

-Pues qué maravilla. Esas cosas ya no se suelen ver.

-Lo sé. Nos sentimos muy afortunados de que sean tan serviciales.

Me pareció leer sus pensamientos de hurón, los dos en busca de una manera de salir del atolladero, ideando el modo de armar un lío, de declararse enfermos, de dejar caer los platos antiguos al suelo. Mary también debió de leer sus malignas mentes, porque enseguida añadió:

-Y lo más notable es que nunca rompen nada, ni siquiera cascan una copa.

-Pues qué suerte tienes -dijo Margie-. ¿Cómo les habéis enseñado?

-No les hemos enseñado. Lo hacen con espontaneidad. Ya sabes: hay gente que espontáneamente es torpe; Allen y Ellen son espontáneamente hábiles con las manos.

Miré de reojo a los chicos para ver cómo llevaban la situación. Los dos se dieron cuenta de que estaban atrapados. Creo que incluso se preguntaron para sus adentros si Margie Young-Hunt se había dado cuenta. Aún andaban en busca de una salida, de modo que les tiré encima la viga del techo.

-Claro que les encanta oír los cumplidos. Pero así sólo los retrasamos. Si no se ponen manos a la obra, se perderán el comienzo de la película.

Margie tuvo la elegancia de no soltar la carcajada y Mary me lanzó una veloz, asombrada mirada de admiración. Ni siquiera nos habían pedido permiso para ir al cine.

Aunque los chicos ya adolescentes no hagan ruido, todo está más tranquilo cuando se marchan. Es como si hicieran hervir el aire que los rodea. Cuando se fueron,

la casa entera pareció soltar un suspiro de alivio. No es de extrañar que los *poltergeists* sólo infesten las casas en las que hay adolescentes.

Los tres rodeábamos con cautela el tema que, como bien sabíamos cada cual por su cuenta, se avecinaba de manera irremisible. Me dirigí hacia la vitrina y saqué tres copas de cristal de tallo largo, en forma de lirio retorcido, traídas de Inglaterra a saber cuándo. Y serví el licor de una frasca cubierta por una cesta de mimbre ya descolorido con el tiempo.

-Ron de Jamaica -dije-. Los Hawley eran marineros.

-Debe de ser muy añejo -comentó Margie Young-Hunt.

-Tiene más años que tú, que yo y que mi padre.

-Te hará saltar la tapa de los sesos -dijo Mary-. Bueno, pues que siga la fiesta. Ethan sólo saca ese licor en los casamientos y en los funerales. ¿A ti te parece correcto, cariño? Quiero decir, antes de Pascua...

-El sacramento no es coca-cola, cielo.

-Mary, nunca había visto a tu marido tan contento.

-Será por la buena suerte que le predijiste -dijo Mary-. Ha cambiado de la noche a la mañana.

Realmente, es de ver el miedo que puede llegar a dar el ser humano, un amasijo de indicadores, diales y registros, de los cuales sólo podemos leer e interpretar algunos, y seguramente sin demasiada exactitud. Un desgarrón de dolor rojo y en llamas se me formó en las entrañas y ascendió hasta alancear y rasgar un punto situado justamente bajo mis costillas. Un vendaval me ensordeció momentáneamente con su rugido y me zarandeó como si fuera un barco a la deriva, desmantelándome sin darme tiempo siquiera a recoger el trapo. Sentí un amargo regusto a sal y vi cómo la estancia en que me encontraba comenzaba a vibrar y se bamboleaba. Todas las señales avisaban desatadas del peligro, daban alaridos para advertirme del desastre, de la catástrofe. Me dio semejante oleada de dolor cuando pasaba por detrás de donde estaban sentadas las damas y me doblegó de golpe, atenazándome en una agonía tremenda; con la misma rapidez que vino desapareció. Me enderecé y seguí mi camino y ellas ni siquiera llegaron a darse cuenta de lo ocurrido. Entiendo muy bien que en otro tiempo la gente creyera que el demonio era capaz de apoderarse de uno. No estoy muy seguro de no creer en ello. ¡La posesión! El nacimiento furioso de algo ajeno, extranjero a cada nervio que resiste y que pierde la batalla y se acomoda de nuevo, resignado, para hacer las paces con el invasor. Violación. Ésa podría ser la palabra, si uno es capaz de pensar en el sonido de una espada contorneada de llamas azules como un soplete.

La voz de mi amor llegó hasta mí.

-No hace mal a nadie escuchar cosas agradables -decía.

Probé mi voz, que me salió fuerte, normal.

-Un poco de esperanza, aunque sea infundada, no hace mal a nadie -dije, y guardé la frasca en la vitrina antes de volver a mi silla y beberme de un sorbo la mitad de la copa de ron añejo, fragante, y sentarme con las piernas cruzadas y las manos sobre el regazo.

-Yo es que no le entiendo -dijo Mary-. Siempre ha detestado a los que echan la suerte, siempre se ha reído de ellos. De veras, es que no le entiendo.

Tenía las terminaciones nerviosas crujientes como la hierba seca cuando la azota el viento, y los nudillos de las manos blancos de la presión.

-Trataré de explicárselo a la señora Young, quiero decir a Margie -dije-. Mary proviene de una noble y sin embargo empobrecida familia irlandesa.

-Tampoco éramos tan pobres.

-¿No se le nota en la manera de hablar?

-Bueno, ahora que lo dice...

-En fin. Mary es una santa, o al menos debiera serlo. Su abuela era una buena cristiana. ¿No es verdad, Mary?

Me pareció que una mínima hostilidad empezaba a transpirar en mi cielo. Seguí a lo que iba.

-Sin embargo, no tuvo el menor inconveniente en creer en los cuentos de hadas, los gnomos y demás, aunque de acuerdo con la estricta teología cristiana, la más inflexible, una cosa no casa con otra.

-Pero eso es diferente.

-Pues claro que lo es, cariño. Prácticamente todo es diferente. ¿O es que se puede descreer de algo que desconoces?

-Anda con cuidado -dijo Mary-. Te va a tender una trampa a base de palabras.

-No haré tal cosa. Yo no sé nada de la suerte ni de quien echa la suerte. ¿Cómo no iba a creer en ello? Creo que existe porque es algo que sucede.

-Pero en cambio no crees que sea cierto.

-Lo cierto es que hay millones de personas que lo practican y otros tantos que pagan por ello. Basta con saber eso para tener interés, ¿no crees?

-Pero tú no...

-¡Espera! No es cuestión de que descrea: es cuestión de que desconozco. Puede que sea parecido, pero no es lo mismo. No sé qué viene primero, si la suerte o el echar la suerte.

-Creo que ya entiendo lo que quiere decir...

-¿De veras? -Mary no parecía contenta.

-Supongamos que la adivina fuera sensible y percibiera cosas que de todos modos van a suceder. ¿Es eso lo que quieres decir?

-Es distinto. ¿Cómo lo pueden saber las cartas?

-Las cartas -dije- ni siquiera pueden moverse si alguien no las vuelve.

Margie no me miró, pero noté que había percibido el creciente nerviosismo de Mary y que deseaba recibir instrucciones.

-¿No podríamos hacer una prueba? -pregunté.

-Mira, tiene gracia. Estas cosas parece que se resienten de las pruebas y nada más verlas salen volando, pero no perdemos nada con probar. ¿Se te ocurre algo con qué probar?

-No habéis tocado ninguna de las dos las copas de ron. -Levantaron los vasos a la vez, dieron un sorbo, los dejaron en la mesa. Me terminé la mía y fui a por la frasca.

-Ethan, ¿te parece que debes...?

-Sí, amorcito. -Me volví a llenar la copa-. ¿Por qué no puedes echar las cartas con los ojos cerrados?

-Porque hay que leerlas.

-¿Qué pasaría si Mary y yo las volviéramos y tú las leyeras?

-Ha de haber cierta intimidad entre las cartas y quien las echa, pero no lo sé... Podríamos probar.

-Creo que si lo hacemos hemos de hacerlo como corresponde -dijo Mary. Siempre es así. No le gusta cambiar nada. No le gustan los pequeños cambios siquiera. Con los grandes se maneja mejor que nadie; se pone histérica con un pequeño tajo en el dedo, pero podría comportarse con toda calma y naturalidad ante un degüello. Tuve

un palpito de inquietud, porque había hablado de todo eso con Margie y era como si quisiéramos dar la impresión de que se nos acababa de ocurrir.

-Ya hablamos de eso esta mañana.

-Así es, cuando fui a por café. Llevo todo el día dándole vueltas. Me he traído las cartas.

Mary tiene una cierta tendencia a confundir la seriedad con el enojo y el enojo con la violencia, y la violencia le da pánico. Se lo puede agradecer a unos tíos carnales suyos, violentos en demasía, y es una verdadera pena. Me di cuenta de que cada vez tenía más miedo.

-No hagamos el bobo con esto -dijo-. Juguemos al tute, ¿eh?

Margie se dio cuenta de la táctica; probablemente la hubiera utilizado ella también alguna vez.

-Por mí, de acuerdo.

-Mi suerte está echada. Voy a ser rico. Dejémoslo estar.

-¿Lo ves? Te dije que él no cree en eso. Te lía con sus palabras, te enreda y luego se niega a jugar. A veces me pone histérica.

-¿En serio? Pues no se te nota. Siempre eres mi cariñosa esposa.

Es curioso cómo a veces se sienten corrientes y contracorrientes subterráneas. No siempre, sólo a veces. Mary no utiliza la mente para el pensamiento organizado; tal vez por eso mismo sea más receptiva a las impresiones. Noté que comenzaba a crecer la tensión entre nosotros tres. Se me pasó por la cabeza la idea de que tal vez no fuera tan buena amiga de Margie, que tal vez nunca se sintiera a sus anchas con ella.

-De veras me gustaría saber lo de las cartas -dije-, Soy un ignorante. Siempre he sabido que es cosa de gitanas. ¿Eres gitana? Creo que nunca he tratado a ninguna.

-Su apellido de soltera es ruso -dijo Mary-, pero proviene de Alaska.

Así se explicaban sus pómulos salientes.

-Me siento culpable de un secreto que nunca te he contado, Mary -dijo Margie-. Nunca te expliqué cómo llegamos a Alaska.

-Antes era de los rusos -dije-. Nosotros se la compramos.

-Sí, pero ¿sabíais que era una prisión, como Siberia, aunque para delitos más graves?

-¿Qué clase de delitos?

-Los peores. Mi bisabuela fue condenada a Alaska por brujería.

-¿Qué hacía?

-Invocaba a las tormentas.

-Ya veo que tú lo llevas en la sangre -dije riendo.

-¿Invocar a las tormentas?

-Echar las cartas. Puede que sea lo mismo.

-Ya estás de broma otra vez -dijo Mary-. Eso no es cierto.

-Puede que esté de broma, Mary, pero es verdad. Ése es el peor de los delitos, peor que el asesinato. Todavía tengo sus documentos, sólo que están en ruso, claro.

-¿Sabes hablar ruso?

-Sólo un poco.

-Puede que la brujería aún sea el peor de los delitos -dije.

-¿Ves lo que quiero decir? -dijo Mary-. Salta de una cosa a otra y nunca se sabe lo que está pensando de veras.

Ayer por la noche... Se levantó de la cama antes que fuera de día y se marchó a dar un paseo.

-Soy un pillo -dije-. Un bribón de siete suelas, un truhán empedernido.

-Me gustaría ver a Margie echar las cartas. Pero a su manera, sin que tú te metas para nada. Si seguimos charlando, volverán los chicos a casa y luego no podremos.

-Disculpadme un momento -dije, y subí la escalera a mi dormitorio. La espada estaba sobre la cama y la sombrerera abierta en el suelo. Entré en el cuarto de baño y tiré de la cadena. Se oye correr el agua por toda la casa. Humedecí una toalla con agua fría y me la apreté contra la frente y sobre todo contra los ojos. Era como si se me salieran de las cuencas debido a la presión interior. El agua fría me sentó bien. Me senté sobre la tapa del inodoro y apoyé la cara sobre la toalla húmeda. Cuando se calentó, volví a mojarla. Al atravesar el dormitorio, tomé el sombrero emplumado del caballero templario y bajé la escalera tras encasquetármelo.

-Oh, qué tonto eres -gritó Mary. Me pareció contenta y aliviada. Se disipó del todo la tensión.

-¿Se pueden blanquear las plumas de avestruz? -pregunté-. Ésta se ha vuelto amarilla.

-Creo que sí. Pregúntale al señor Schulz.

-Se la llevaré el lunes.

-Me gustaría que Margie echase las cartas -dijo Mary-. De veras, me encantaría.

Dejé el sombrero en el poste que remataba la balaustrada de la escalera. Pareció un almirante borracho, si es que tal cosa existe.

-Trae la mesa de cartas, Eth. Hace falta mucho espacio.

La tomé del armario del vestíbulo y desplegué las patas.

-A Margie le gustan las sillas de respaldo recto.

Alcancé una silla del comedor.

-¿Tenemos que hacer algo? -pregunté.

-Concentraros -dijo Margie.

-¿En qué?

-A ser posible, en nada. La baraja está en mi bolso, en el sofá.

Siempre había pensado que las cartas para adivinar la suerte son gruesas, grasientas, alabeadas, con las esquinas rotas; éstas en cambio estaban limpias y relucientes, como si las recubriese una capa de plástico. Eran más largas y más estrechas que las cartas de una baraja normal; eran muchas más de cincuenta y dos. Margie se sentó muy erguida ante la tabla y las distribuyó sobre la mesa. Imágenes de colores vivos e intrincados dibujos. Los nombres estaban en francés: *l'empereur, l'ermite, le chariot, la justice, le mat, le diable;* la tierra, el sol, la luna y las estrellas, y palos de espadas, copas, bastos y oros, creo, si es que *deniero* significa dinero, aunque el símbolo era una rosa heráldica y cada palo tenía su *roi, reine y chevalier.* Vi luego cartas extrañas, cartas escalofriantes: una torre alcanzada por un rayo, una rueda de la fortuna, un hombre que colgaba de la horca por un pie, llamado *le pendu,* y la Muerte, *la mort,* un esqueleto con una guadaña.

-Un poco siniestro -dije-. ¿Las imágenes tienen el significado que parece?

-Depende de la relación que se establezca entre ellas. Si caen boca abajo, se invierte el significado.

-¿Y hay variación de significado?

-Sí. Ésa es la interpretación.

En el momento en que tuvo las cartas en la mano, Margie se volvió muy seria. Bajo la luz, sus manos revelaban lo que yo había visto antes: que era más vieja de lo que aparentaba.

-¿Dónde lo has aprendido? -pregunté.

-Observando a mi abuela. Después empecé a hacerlo en las fiestas y reuniones. Supongo que por ganas de llamar la atención.

-¿Y de veras crees en ello?

-No lo sé. A veces salen cosas extraordinarias. No lo sé, no.

-¿Podrían ser las cartas un ritual de concentración, un mero ejercicio psíquico?

-A veces creo que sí. Cuando descubro que otorgo valor a una carta que antes no lo tenía, es cuando más exacta resulta.

Sus manos eran como dos seres vivos mientras barajaban y cortaban y barajaban y volvían a cortar las cartas, antes de pasármelas a mí para que cortase el mazo.

-¿A quién le leo?

-A Ethan -exclamó Mary-. A ver si sale igual que ayer.

Margie me miró.

-Cabello rubio -dijo-. Ojos azules. ¿Tienes menos de cuarenta años?

-Por muy poco.

-El rey de bastos. -Encontró la carta en el mazo-. Éste eres tú. -Una figura de rey con corona y manto, con un cetro enorme, rojo y azul, y la inscripción *Roi de Bâton* debajo. Lo colocó boca arriba y volvió a barajar. Luego volvió las cartas con rapidez y comenzó a hablar con voz de soniquete. Una carta sobre mi carta-. Ésta te cubre. -Otra cruzada encima-. Ésta te cruza. -Una encima-. Ésta te corona. -Una debajo-. Ésta es tu cimiento. Ésta ante ti, ésta detrás. -Había formado una cruz de cartas sobre la mesa. Rápidamente levantó cuatro en fila, a la izquierda de la cruz-. Tú, tu casa, tus esperanzas, tu futuro -dijo. La última carta era el hombre colgado boca abajo, *le pendu.* Desde donde yo estaba situado parecía estar del derecho.

-Pues vaya futuro.

-Puede significar la salvación -dijo ella. Con el dedo índice se recorrió al perfil del labio inferior.

-¿Hay dinero ahí? -preguntó Mary.

-Sí... Lo hay -dijo ella distraída. Y de pronto recogió las cartas, las barajó una y otra vez y las volvió a echar de nuevo, murmurando el ritual para sus adentros. No parecía estudiar las cartas una a una, sino que se esforzaba por ver el grupo en su conjunto. Tenía la mirada brumosa, lejana.

«Un buen truco», pensé. Un éxito seguro en los clubes femeninos... O en cualquier parte. Ese mismo aspecto debía de tener la Pitonisa: fría, serena, desconcertante. Si uno consigue tener a la gente en tensión, con la respiración contenida, expectante, durante un buen rato, podrá lograr que crean cualquier cosa. No se trata de teatro, ni menos aún de sobreactuar, sino de una técnica, de un cálculo acorde con el tiempo. Esa mujer estaba dilapidando su talento con viajantes de comercio, pero ¿qué quería de nosotros, o de mí? De súbito recogió las cartas, las golpeó hasta apilar el mazo y las guardó en una caja roja cuya etiqueta decía I. MULLER&CIE, FABRIQUE DE CARTES.

-No puedo -dijo-. A veces sucede.

-¿Has visto algo -preguntó Mary con el corazón en vilo- que no quieres decirnos?

-¡Oh, no! ¡Os lo diré ahora mismo! Una vez, cuando era yo pequeña, vi a una serpiente mudar de piel. Era una serpiente de cascabel de las montañas Rocosas. Vi muy bien toda la operación. Hace un momento, mientras miraba las cartas, las vi desaparecer y vi de nuevo a esa serpiente que mudaba de piel, por una parte

polvorienta y destrozada, por otra fresca y nueva. Tú misma puedes sacar las conclusiones.

-Parece que hayas entrado en trance -dije-. ¿Te había ocurrido alguna otra vez?

-Tres veces.

-¿Y tuvo algún sentido en esas ocasiones?

-No, al menos que yo sepa.

-¿Siempre la serpiente?

-¡Oh, no! ¡También otras cosas! Pero siempre igual de descabelladas.

-Tal vez -dijo Mary con entusiasmo- sea un símbolo del cambio de suerte que se le avecina a Ethan.

-¿Es él una serpiente de cascabel? -preguntó Margie.

-¡Ah, ya entiendo lo que quieres decir!

-Se me encogen las tripas sólo de pensarlo -dijo Margie-. Hace tiempo me gustaban bastante las serpientes, pero cuando crecí terminé por aborrecerlas. Me ponen la carne de gallina. Mejor será que me vaya.

-Ethan puede acompañarte a casa.

-No, de ninguna manera.

-Con mucho gusto.

Margie sonrió a Mary.

-Tú sujétalo aquí a tu lado -le dijo-. No sabes lo que es quedarte sin uno.

-Tonterías -dijo Mary-. Podrías conseguir un marido con sólo mover el dedo meñique.

-Eso es lo que hice antes. No sirve de nada. Si se consiguen con tanta facilidad, no vale la pena conservarlos. Ya te digo: sujétalo en casa. A lo mejor vienen a quitártelo. -Se puso la chaqueta mientras hablaba: rápida en marcharse, desde luego-. Una cena deliciosa. Espero que volváis a invitarme. Siento lo de la suerte, Ethan.

-¿Nos vemos mañana en la iglesia?

-No. Esta noche me voy a Montauk.

-Pero si hace frío y está lluvioso.

-Me encantan las mañanas allí, frente al mar. Buenas noches.

Y sin darme tiempo para abrirle la puerta se marchó como si algo la persiguiera.

-No sabía que tuviera pensado marcharse esta noche -dijo Mary.

Y no pude decirle que ella tampoco lo tenía pensado.

-Ethan -dijo al cabo-, ¿qué has sacado en claro de lo de las cartas?

-Si no nos ha leído una sola...

-Te olvidas de una cosa: dijo que habría dinero. Pero ¿qué sacas en claro? Yo creo que vio algo que no quiso decirnos. Vio algo y se asustó.

-Puede que tal vez viera una serpiente y se le quedara metida en la cabeza.

-¿Tú no crees que tuviera... algún significado?

-Bollito de nata, tú eres la experta en esto de la adivinación. ¿Cómo iba yo a saberlo?

-Bueno, da lo mismo. Estoy contenta de que no te resulte antipática. Creí que la detestabas.

-Soy un tramposo -dije-. Oculto mis verdaderos pensamientos.

-No, señor: a mí no me ocultas nada. Se van a quedar hasta el segundo pase.

-¿Cómo has dicho?

-Los chicos. Siempre se quedan al segundo pase. Ah, y estuviste fabuloso con lo de los platos.

-Soy engañoso -dije-. Y, a su debido tiempo, tengo aviesas intenciones sobre tu honor.

6

Siempre he tenido por costumbre aplazar alguna decisión para meditarla en el futuro. Un buen día, cuando me encuentro con un rato de tiempo libre y me dispongo a afrontar el problema, descubro que está ya completamente resuelto, solucionado, con el veredicto emitido e inapelable. Seguramente es algo que le pasa a todo el mundo, pero no tengo forma de comprobarlo. Es como si en las oscuras, desoladas cavernas de mi mente, un jurado sin rostro se hubiera reunido para emitir su fallo. Siempre he pensado que esta zona secreta e insomne de mi ser era una especie de charca negra, profunda, sin ondulaciones de ninguna especie, un lugar del que brota la vida, aunque sólo llegan a aflorar a la superficie algunas formas precisas. O tal vez se trate de una gran biblioteca en la que se registra todo lo que le ha sucedido a la materia viva desde el primer instante en que comenzó a existir.

Creo que algunas personas tienen más fácil acceso que otras a ese lugar. Por ejemplo, los poetas. En otros tiempos, cuando tenía que repartir los diarios por la vecindad y no tenía despertador, ideé una forma de enviar una señal y recibir una respuesta. Acostado en la cama, de noche, me veía de pie ante la orilla de esa charca negra. Imaginaba que tenía en las manos una piedra blanca, circular. Sobre la superficie de la piedra, con grandes caracteres, escribía: CUATRO DE LA MADRUGADA. Y entonces la tiraba al agua y la veía hundirse, dando vueltas y más vueltas, hasta que desaparecía. Era un método que siempre daba resultado. Me despertaba siempre a las cuatro en punto, ni un minuto antes, ni un minuto después. Más adelante lo utilicé para despertarme a las cuatro menos diez o a la cuatro y cuarto. Y no me falló nunca.

A veces, algo extraño, algo repulsivo asoma a la superficie, como si fuera una serpiente de mar o un *kraken* surgido de las profundidades abisales.

Hace tan sólo un año, Dennis, el hermano de Mary, murió en nuestra casa. Tuvo una muerte espantosa, a consecuencia de una infección de la glándula tiroides que le exprimió por dentro los zumos del miedo, convirtiéndolo en una persona violenta, aterrorizada, salvaje. Su bondadosa cara de caballo, típicamente irlandesa, se volvió una máscara bestial. Cuando lo atacaban las pesadillas de muerte tuve que ayudar a sujetarlo, a calmarlo, a sosegarlo en la medida de lo posible. Así fueron las cosas durante una semana entera, hasta que los pulmones comenzaron a encharcársele. No quise que Mary lo viera morir. Nunca había visto morir a nadie; esta muerte, según sabía yo, podría borrar del todo el dulce recuerdo de un hombre bueno, de su hermano. En un momento determinado, cuando estaba sentado junto a su lecho de muerte, surgió un monstruo del fondo de mi charca oscura. Lo odié en el acto. Quise matarlo, arrancarle el cuello de un mordisco. Se me tensaron los músculos de la mandíbula, creo que incluso le mostré los dientes, como un lobo ante su presa, antes de lanzarse al ataque.

Cuando todo hubo terminado, presa del pánico y de la culpabilidad le confesé al viejo doctor Peele mis sentimientos cuando vino a firmar el certificado de defunción.

-No me parece nada raro -me contestó-. Tal vez sea una simple regresión a los tiempos de la jauría, cuando un miembro herido o enfermo constituía un peligro para todos los demás. Algunos animales, y desde luego la mayoría de los peces, desgarran y devoran al hermano que se halla en inferioridad de condiciones.

-Pero yo no soy un animal... Ni menos aún un pez.

-No, claro que no. Tal vez por eso mismo le resulta tan extraño. Pero así son las cosas. Eso sigue siendo así.

El doctor Peele es un buen hombre, un viejo cansado. Lleva cincuenta años asistiéndonos en los partos y en los entierros.

Con respecto a ese Congreso en las Tinieblas... debe de llevar en marcha muchísimas horas. A veces, un hombre parece cambiar de tal manera que la gente dice: «No puede ser. Eso no concuerda con su personalidad». Tal vez no sea así. Puede que se trate de otro enfoque, o que las presiones» ya sean de arriba o de abajo, hayan modificado notablemente su forma de ser. Se suele ver a menudo en la guerra: un cobarde que se transforma en un héroe, un valiente que se desploma envuelto en llamas. Y en los periódicos a veces viene la noticia de que un bondadoso padre de familia ha hecho trizas a su mujer y a sus hijos a golpes de hacha. Yo creo que un hombre cambia en todo momento. Sin embargo, hay ocasiones en que ese cambio resulta mucho más manifiesto. Si quisiera profundizar lo suficiente, seguramente podría rastrear las semillas de mi transformación hasta el momento de mi nacimiento, o incluso antes. De un tiempo a esta parte es como si las cosas pequeñas hubieran empezado a formar el patrón de las cosas más importantes. Es como si los acontecimientos y las experiencias me hubieran llevado a empujones en una dirección contraria a la normal, o a la que estaba habituado a considerar como normal: la dirección de un simple dependiente de una tienda, del fracaso, del hombre sin verdaderas esperanzas, sin arrestos, vencido y anulado incluso por las responsabilidades propias del tener que alimentar y vestir a su familia, aprisionado por hábitos y actitudes que consideraba morales, incluso virtuosos. Y podría ser incluso que sintiera cierta complacencia por el hecho de ser lo que llamaba «un hombre bueno».

Desde luego, sabía muy bien qué estaba ocurriendo a mi alrededor. No hacía ninguna falta que me lo contase Marullo. Es imposible vivir en una ciudad del tamaño de New Baytown y no darse cuenta. Tampoco me paraba a pensar demasiado en ello. El juez Dorcas amañaba las multas de tráfico a cambio de favores. No era ningún secreto. Y un favor llama a otro favor. El secretario del ayuntamiento, que también trabajaba en Maquinaria para la Construcción Budd, vendía maquinaria al ayuntamiento a un precio desorbitado. Parte de esa maquinaria ni siquiera era necesaria. Si se anunciaba la pavimentación y urbanización de una nueva calle, resultaba que el señor Baker y Marullo y otra media docena de empresarios destacados habían comprado las parcelas con anterioridad a la creación del plan. Todas estas cosas eran propias de la misma naturaleza, pero siempre he pensado que no tenían nada que ver con mi naturaleza. Marullo y el señor Baker, y el viajante de comercio y Margie Young-Hunt y Joey Morphy, todos a una, me habían dado cada cual su empujoncito, sumados todos los cuales aquello fue un empellón muy considerable, para que reservase un poco de tiempo libre y me parase a pensarlo más a fondo.

Mi adorada esposa ronroneaba en sueños con una arcaica sonrisa en los labios y ese resplandor adicional, de satisfacción y solaz, que irradia después del amor. Una reposada plenitud.

Debiera haber tenido bastante sueño después de haberme pasado la noche anterior merodeando por ahí, pero no era el caso. He observado que es muy difícil que

me entre el sueño cuando sé que a la mañana siguiente podré dormir hasta bastante tarde. Las manchitas rojas daban vueltas ante mis ojos; la luz de la calle proyectaba sobre el techo las desnudas ramas de los olmos, trazando lentas y majestuosas sombras como cordeles enredados, pues soplaba la brisa de primavera. Estaba entornada la ventana y las cortinas blancas se henchían como las velas de un barco anclado. Mary se empeña en tener las cortinas blancas, y las lava a menudo. Le dan una sensación de decencia y de seguridad. Simula enojarse un poco cuando le digo que es su alma de irlandesa encariñada de las cortinas de puntillas.

También me sentía a gusto, satisfecho, pero así como Mary se había dormido como un tronco, yo no tenía ganas de dormir. Deseaba seguir saboreando al máximo mi bienestar. Me apetecía pensar en el concurso de trabajos escolares sobre el tema «Yo amo a América» en el que iban a participar mis hijos. Sin embargo, tras estas y otras cuestiones quería pensar sobre todo en lo que me estaba ocurriendo a mí, en lo que podría hacer al respecto, de modo que como es natural empecé por el final y descubrí que el siniestro jurado de las profundidades ya había tomado mi decisión. Allí estaba, trazada con total seguridad. Era como estar entrenándose para una carrera y encontrarse de repente en la línea de salida, con los tacos en las suelas de las zapatillas. Ya no hay vuelta atrás, ni posibilidad de elección. Uno echa a correr en cuanto oye el disparo de salida. Descubrí que estaba con los tacos puestos, a la espera de que sonase el disparo. Y, al parecer, iba a ser el último que se enterase. Durante todo el día la gente había comentado el buen aspecto que tenía, dando a entender que me encontraban distinto, más animado, cambiado. Ese viajante de comercio por la tarde me había parecido un tanto azorado. Y Joey tuvo la necesidad de pedir disculpas por algo que había hecho yo. Y Margie Young-Hunt... Tal vez era de largo la más avispada, con su sueño de la serpiente de cascabel. De algún modo, antes de que yo tuviera la menor idea al respecto, ella había descubierto una certeza en mí. Y el símbolo era la serpiente de cascabel. De pronto me di cuenta de que estaba sonriendo en la oscuridad. Después, confusa, recurrió a la artimaña más vieja del mundo: la amenaza de la infidelidad, un señuelo lanzado a la marea que fluye para averiguar qué clase de peces se alimentan ahí. No recordé el secreto susurro de su cuerpo escondido; no, la imagen que persistía en mí era la de sus manos como garras, que ponían en evidencia su edad y su nerviosismo y la crueldad que invade a ciertas personas cuando pierden el control de una situación.

A veces me encantaría conocer la naturaleza de los pensamientos nocturnos. Son parientes muy cercanos de los sueños. A veces consigo dirigirlos por donde quiero, pero otras veces ellos toman la delantera y se abalanzan sobre mí como una manada de caballos briosos, indomables.

También hizo acto de presencia Danny Taylor. No tenía ganas de pensar en él porque me iba a entristecer, pero a pesar de todo se presentó en mis pensamientos. Tuve que utilizar un ardid que me enseñó un viejo y rudo sargento, y que da resultado. En la guerra hubo un día y una noche y otro día que eran de una sola pieza, una sola unidad cuyas partes estaban soldadas por la suciedad y la inmundicia que suelen rebozar ese infernal asunto que es la guerra. Mientras aquello sucedía no estoy muy seguro de haberme dado cuenta de la agonía, porque estaba atareado, estaba indeciblemente cansado; después, esa unidad compuesta por un día y una noche y otro día volvió sobre mí una y otra vez, en mis pensamientos nocturnos, hasta convertirse en algo semejante a ese punto de demencia que se conoce como fatiga de batalla y que antes también se llamaba neurosis de guerra. A pesar de todos mis intentos, a pesar de haber empleado toda suerte de trucos, no lograba vencerla. Se me había metido de tal

modo en la cabeza que no me la podía quitar de encima. De día se ocultaba y de noche me atacaba una vez más. Una vez, bastante achispado de whisky, se lo dije a mi sargento, un viejo profesional del ejército que había prestado servicio en guerras que ya ni siquiera recordamos que hubieran tenido lugar. Si hubiera llevado puestas todas sus condecoraciones, no le habría cabido sitio para los botones de la guerrera. Se llamaba Mike Pulaski, era polaco de Chicago y no tenía ningún parentesco con el héroe. Por fortuna, también él estaba pasablemente borracho; de lo contrario, se hubiera cerrado en banda debido a la inveterada convicción de que no se debe confraternizar de ese modo con un superior.

Mike me dejó hablar largo y tendido, mirando fijamente a un punto situado entre mis ojos.

-Sí -me dijo-, sé bien qué se siente. Lo malo es que uno se empeña en quitárselo de la cabeza, y eso no sirve de nada. Lo que hay que hacer es acogerlo con los brazos abiertos.

-¿Qué quieres decir, Mike?

-Es un poco largo y trabajoso... Hay que empezar por el principio y recordar todo lo que puedas, paso a paso, hasta el final. Cada vez que vuelve, repites el proceso de cabo a rabo, sin saltarte ningún paso intermedio, hasta el final. De ese modo consigues que se canse, y empiezan a desaparecer algunos trozos. No ha de pasar mucho tiempo hasta que todo el asunto desaparece como por ensalmo.

Lo probé y dio resultado. No sé si los sabios reductores de cabezas expertos en lo que llaman psicología están al tanto, pero deberían saberlo.

Cuando apareció Danny Taylor en plena noche, le apliqué el tratamiento del sargento Mike.

Cuando los dos éramos chicos -de la misma edad, el mismo tamaño, el mismo peso- íbamos juntos al almacén de grano y forraje que estaba en High Street y nos subíamos a la balanza. Una semana, yo pesaba doscientos gramos más que Danny; a la semana siguiente me alcanzaba. Pescábamos juntos, íbamos juntos de caza, nadábamos juntos, salíamos con las mismas chicas. La familia de Danny gozaba de una buena posición, como casi todas las familias de abolengo que había en New Baytown. La casa de los Taylor es la que está en Porlock Street, la blanca de las columnas estriadas. Los Taylor también fueron dueños de una casa de campo a unos seis kilómetros de la ciudad.

Donde nosotros vivimos, el campo forma una serie de colinas suaves y cubiertas de arbolado, unas con pinos bajos y otras con robles de segunda generación, nogales, unos cuantos cedros. Antes de que yo naciera, los robles eran verdaderos monstruos, tan corpulentos que para los barcos del astillero local se habían cortado las quillas, las cuadernas, las planchas a corta distancia del mar, hasta que desapareció todo el arbolado. En ese terreno lleno de ondulaciones la casa de los Taylor ocupaba el centro de un gran prado, el único trecho realmente llano en muchos kilómetros a la redonda. Tuvo que ser en otro tiempo el fondo de un lago, porque era liso como una mesa y estaba rodeado por colinas bajas. Hace más o menos sesenta años la casa se quemó y nunca fue reconstruida. De chicos, Danny y yo íbamos por allí a andar en bicicleta. Jugábamos en el sótano de piedra; con los ladrillos de los cimientos nos construimos una especie de chabola. Aquellos jardines debían de haber sido una maravilla. Entre la maleza que volvía por sus fueros se veían aún las avenidas flanqueadas por los árboles, indicios de setos y canteros. Aquí y allá quedaba un tramo de balaustrada de piedra; una vez, encontramos un busto que representaba al dios Pan sobre una base cónica. Se había caído boca abajo, enterrando los cuernos y la barba en

el suelo arenoso. Lo pusimos en pie, lo limpiamos, nos entretuvimos con él durante un tiempo, pero al final nos ganaron la ambición y las muchachas. Al final lo llevamos a Floodhampton y se lo vendimos a un quincallero por cinco dólares. Debía de ser una pieza de valor, tal vez muy antigua.

Danny y yo éramos amigos, pues todos los chicos tienen amigos. Un buen día llegó su nombramiento para la Academia Naval. Lo vi una vez de uniforme y no lo volví a ver durante varios años. New Baytown era y es una ciudad cerrada, pequeña. Todo el mundo supo que a Danny lo expulsaron de la academia y nadie dijo nada. Murieron los Taylor, en fin, igual que murieron los Hawley. Yo soy el único que queda, aparte de Allen, mi hijo. Danny no volvió hasta que todos los suyos hubieron muerto. Y cuando volvió era un borrachín de tomo y lomo. Al principio traté de ayudarlo, pero no me quiso a su lado. No se dejó ayudar por nadie. A pesar de todo, seguíamos teniendo una amistad muy estrecha.

Repasé todo lo que pude recordar hasta esa misma mañana, hasta el momento en que le di un dólar para que fuese a encontrar su alivio en el olvido de siempre.

La estructura de mi transformación consistía en sensaciones, en percibir las presiones de fuera, el deseo de Mary, los deseos de Allen, la ira de Ellen, la ayuda del señor Baker. Sólo muy al final, cuando todo está montado y preparado, coloca el pensamiento un techo al edificio y aporta las palabras que lo expliquen y lo justifiquen. ¿Y si mi humilde e interminable condición de dependiente de tienda no fuera una virtud ni mucho menos, sino simple pereza moral? Para lograr cualquier éxito hace falta valor. Quizás yo sólo fuese un hombre tímido, temeroso de las consecuencias. En una palabra, un perezoso. En nuestra ciudad, los negocios que triunfan no son complicados ni siniestros. Y tampoco se trata de triunfos muy resonantes, ya que quienes los llevan a cabo han puesto límites artificiales a sus actividades. Sus delitos son de poca monta; sus éxitos no son gran cosa. Si el gobierno de la ciudad y el ambiente empresarial de New Baytown fueran objeto de una investigación a fondo, saldría a la luz que se han quebrantado cien disposiciones legales y mil normas morales, pero siempre en forma de pequeños delitos: fechorías de menor cuantía. Derogaban una parte del Decálogo y mantenían el resto en pie. Y cuando uno de nuestros triunfadores había logrado lo que quería, o lo que necesitaba, recuperaba su virtud con la misma facilidad que si se mudara de camisa, sin que en apariencia sus delitos lo hubieran perjudicado lo más mínimo, suponiendo, claro está, que nadie lo hubiera descubierto. ¿Reparaba alguno de ellos en ese detalle? No lo sé. En cambio, si era posible condonar las pequeñas fechorías por decisión propia, ¿por qué no cometer un delito rápido, violento, valiente? ¿Es acaso menos criminal el asesinato por presión lenta y continua que la puñalada rápida y misericordiosa? Yo no me siento culpable por los alemanes que haya matado. Supongamos que durante un tiempo limitado yo derogase todas las reglas, no sólo algunas. Una vez logrado el objetivo, ¿no podríamos volver a asumirlas como si tal cosa? No cabe duda de que los negocios son una especie de guerra. Así las cosas, ¿por qué no desencadenar una guerra total en busca de la paz? El señor Baker y sus amigos no mataron a mi padre a tiros, pero sí le asesoraron, y cuando su estructura financiera se vino abajo ellos heredaron lo suyo. ¿No es eso una especie de asesinato? ¿Acaso alguna de las grandes fortunas que tanto admiramos se ha amasado sin crueldad? No se me ocurre ninguna que esté libre de eso.

Y si yo dejara a un lado las normas, al menos por un tiempo, sé que me quedarían cicatrices, sin duda, pero ¿serían peores que las cicatrices del fracaso que ya llevaba en la piel? Seguir con vida es tener cicatrices.

Todos estos razonamientos no pasaban de ser más que una veleta en lo alto del edificio de la intranquilidad y la desazón. Estaba claro que se podía hacer, pues ya se había hecho en otras ocasiones. Sin embargo, si me diera por abrir esa puerta, ¿la podría volver a cerrar después? No estaba tan seguro. No podía saberlo mientras no la abriese. ¿Lo sabía el señor Baker? ¿Había reparado en eso el señor Baker? El viejo Capitán estaba convencido de que los Baker le habían pegado fuego al *Belle-Adair* para cobrar el seguro. ¿Podría ser ésa la razón de que el señor Baker quisiera ayudarme, sumada al infortunio de mi padre? ¿Eran ésas sus cicatrices?

Lo que estaba sucediendo se podría describir como un gran barco que es remolcado y empujado y arrastrado de acá para allá por muchos remolcadores pequeños. Cuando virase en redondo por efecto de la marea y los remolcadores, debería fijar un nuevo rumbo y poner las máquinas en marcha. En el puente de mando, que es el centro de operaciones, es preciso formular una pregunta: «Muy bien, sé adónde quiero ir. ¿Qué he de hacer para llegar allí? ¿Dónde están las rocas que acechan mi curso? ¿Qué tiempo tendré en la singladura?».

Uno de los escollos fatales que yo conocía bien era la conversación. Son muchos los que se traicionan antes de ser traicionados por otros. Y es debido a una suerte de melancólico afán de gloria, aunque sea la gloria del castigo. El pozo de Andersen es el único confidente digno de toda confianza. El pozo de Andersen.

Llamé a voz en cuello al viejo Capitán.

-¿Nos ponemos en marcha, señor? ¿Es un buen rumbo el que llevamos? ¿Me servirá para llegar a donde deseo?

Por vez primera me negó la orden.

-Tendrás que averiguarlo por tus propios medios. Lo que a uno le sirve, a otro le mata. Y no lo sabrás hasta después.

El viejo cabronazo podía haberme echado una mano, pero tal vez hubiera servido de poco. O de nada. Nadie busca consejos, sino corroboraciones.

7

Cuando desperté, mi vieja y soñolienta Mary ya estaba levantada y la casa olía a café y a panceta recién hecha. Y difícil hubiera sido encontrar un día más apto para la resurrección: un día verde y azul y amarillo. Desde la ventana del dormitorio se veía que todo resucitaba por momentos: la hierba, los árboles... Habían elegido para ello la estación idónea. Me puse mi bata de Navidad y mis zapatillas de cumpleaños. En el cuarto de baño encontré la gomina de Allen y me apliqué un poco, de modo que la cabeza, peinada y cepillada, se me quedó como una gorra tirante.

El desayuno del domingo de Pascua es como una orgía de huevos y panqueques, con la panceta rizada y crujiente encima de todo lo demás. Me acerqué de puntillas a Mary y le di un par de palmadas en el trasero cubierto de seda.

-*Kyrie eleison!* -le dije.

-¡Ay! -respondió-. No te había oído. -Me miró la bata de arriba abajo, el estampado de cachemira-. Qué bien te sienta -dijo-. Es una pena que no te la pongas más a menudo.

-Es que no tengo tiempo. No he tenido tiempo.

-Bueno, da lo mismo. Te sienta muy bien.

-Más le vale. La elegiste tú. ¿Están durmiendo los chicos a pesar de estos deliciosos olores?

-No, no. Están fuera, escondiendo los huevos. Me pregunto qué querrá el señor Baker...

Esa brusquedad con que cambia de tema nunca dejará de asombrarme.

-El señor Baker, el señor Baker... ¡Ah! Probablemente sólo quiere echarme una mano para que me labre una fortuna.

-¿Se lo has contado? ¿Lo de las cartas?

-No, claro que no. Pero a lo mejor lo ha adivinado por su cuenta. -Y entonces le hablé en serio-. Escucha, melocotoncito. ¿A ti te parece que tengo una buena cabeza para los negocios?

-¿Qué quieres decir? -Tenía un panqueque a punto de darle la vuelta y se le quedó del derecho.

-El señor Baker cree que debo invertir la herencia de tu hermano.

-Bueno, si lo dice el señor Baker...

-Un momento, un momento. Yo no quiero hacer tal cosa. Es tu dinero, tu seguridad.

-¿No sabe el señor Baker más que tú de estas cosas, cariño?

-No estoy tan seguro. Sólo sé que mi padre creía saber. Por eso trabajo para Marullo.

-Con todo, yo creo que el señor Baker...

-¿Te dejarás guiar por mí, amor de mi vida?

-Pues claro que sí...

-¿En todo?

-¿Ya te estás haciendo el tonto?

-Te lo digo completamente en serio. Totalmente en serio.

-Te creo, pero no puedes ir por ahí poniendo en duda lo que dice el señor Baker. Si es... si es...

-Es el señor Baker, y punto. Escucharemos todo lo que nos quiera decir, y entonces... Seguiré convencido de que lo mejor es que ese dinero se quede en el banco, justamente donde está a buen recaudo.

Allen entró corriendo por la puerta de atrás, como si fuese catapultado por una honda.

-Marullo -dijo-. El señor Marullo está ahí fuera. Dice que quiere hablar contigo.

-Y ahora... ¿qué será? -preguntó Mary.

-Bueno, pues dile que entre.

-Ya lo hice. Y dice que quiere verte fuera.

-Ethan, ¿qué sucede? No puedes salir así, en bata. Estamos en domingo de Pascua.

-Allen -dije-, dile al señor Marullo que no estoy vestido. Dile que venga más tarde. De todos modos, si tiene prisa dile que entre por la puerta de la calle. Si lo que quieres es verme a solas...

Allen salió corriendo.

-No sé qué tripa se le habrá roto. A lo mejor han robado en la tienda.

Allen volvió a la carrera.

-Dice que entra por la puerta de la calle.

-Escucha, querido: no permitas que te arruine el desayuno. ¿Me has entendido?

Atravesé la casa y abrí la puerta de la calle. Marullo esperaba en el porche, vestido con sus mejores galas para el servicio dominical: es decir, traje negro y reloj con gruesa leontina de oro.

Se había quitado el sombrero negro y lo sujetaba en la mano; me sonreía con nerviosismo, como un perro en territorio desconocido.

-Adelante, pase.

-No -dijo él-. Sólo quería decirte una cosa. Me he enterado de que ese tipo te ofreció un soborno.

-¿Sí?

-Y sé además que lo rechazaste sin contemplaciones.

-¿Quién se lo ha dicho?

-No lo puedo revelar. -Volvió a sonreír.

-Bueno, ¿y qué tiene de particular? No me vendrá a decir que debí aceptarlo, ¿eh?

Dio un paso adelante y me estrechó la mano dos veces con gran ceremonia.

-Eres un buen tipo -me dijo.

-Puede ser que no me ofreciera lo suficiente.

-¿ Estás de guasa ? Eres un buen tipo, eso es todo. Eres de veras un buen tipo. -Metió la mano en su abultado bolsillo lateral y sacó una bolsita-. Ten. -Me dio una palmada en el hombro y, sumamente azorado, se dio la vuelta y se largó; caminaba veloz pese a la cortedad de sus piernas. La nuca de obeso se le había enrojecido por encima del tieso cuello almidonado.

-¿Qué quería?

Miré la bolsita: huevos de Pascua coloreados. En la tienda teníamos un gran tarro lleno de esos mismos huevos.

-Trajo un regalo para los chicos.

-¿Marullo? ¿Un regalo? No me lo puedo creer.

-Pues así es.

-Pero... ¿por qué? Si nunca había hecho nada parecido...

-Creo que simplemente me aprecia.

-¿Hay algo de lo que no esté enterada?

-Patito mío, hay ocho millones de cosas que ninguno de los dos sabe. -Los chicos estaban mirando desde la puerta abierta. Les tendí la bolsita-. Un regalo de un admirador. Y no os los zampéis antes del desayuno...

-Me gustaría saber de qué se trata -comentó Mary mientras nos vestíamos para ir a la iglesia.

-¿Lo de Marullo? Pues tengo que reconocer, capullito de alhelí, que a mí también me gustaría saberlo.

-Una bolsita de dulces baratos...

-¿No crees que puede haber una razón de peso, y encima bien sencilla?

-No te entiendo.

-Se murió su mujer. No tiene ni hijos, ni familiares, ni perro que le ladre. Está haciéndose viejo. Puede ser... Bueno, a lo mejor es que se siente solo.

-Pero nunca había venido a casa. Deberías aprovecharte de que se siente solo y pedirle un aumento de sueldo. Él no va a visitar al señor Baker. Me pone nerviosa.

Me acicalé como las flores del campo con un traje oscuro, negro: el traje de ir a los entierros, con camisa y cuello almidonado tan blancos y resplandecientes que devolvían al sol la misma luz del sol, y una corbata azulada, con prudentes lunares blancos.

¿Y Margie Young-Hunt? ¿Habría sido ella la que conjurase tormentas ancestrales? ¿De dónde había obtenido Marullo su información? Sólo podía habérselo dicho el señor Bugger a la señora Young-Hunt y ésta al señor Marullo. Margie Young, en ti no tengo puesta mi confianza, aunque no sepa explicar por qué razón, Pero hay una cosa que sí sé a ciencia cierta, que me sé de corrido, y es que en ti ni tengo puesta ni puedo poner mi confianza, Margie Young. Y con esa cantinela en la cabeza me entretuve por el jardín en busca de una flor blanca para ponérmela en el ojal, como corresponde a la Pascua de Resurrección. En un rincón, entre los cimientos y la inclinada puerta del sótano, hay un sitio al resguardo, donde la tierra se calienta gracias a la caldera y está expuesta a todo el sol del invierno. Allí crecen las violetas blancas, traídas del cementerio donde crecen silvestres sobre las tumbas de mis antepasados. Escogí tres capullos resplandecientes para mi amor; hice un ramillete con sus propias hojas pálidas y las até con un poco de papel de aluminio.

-¡Qué bonitas! -exclamó Mary-. Espera a que encuentre un alfiler, que me las pondré para ir a la iglesia.

-Son las primeras, las primerísimas, mi gallinita ciega.

Soy tu esclavo. Cristo ha resucitado. Vivimos en el mejor de los mundos posibles.

-Por favor, no tontees con lo más sagrado, cielo.

-¿Qué diantre te has hecho en el pelo?

-¿Te gusta?

-Me encanta. Péinate siempre así.

-No estaba segura de que te gustara. Margie me dijo que ni siquiera te darías cuenta. Ya verás cuando se lo cuente.

-Se colocó un cuenco de flores sobre la cabeza, la ofrenda vernal a Eostre-. ¿Te gusta?

-Me encanta.

Les tocó el turno a los jóvenes: inspección de oídos, narices, brillo del calzado, hasta los más nimios detalles. Se resistieron en todo momento. Allen llevaba tan engominado el cabello que no podía pestañear. Tenía los tacones de los zapatos sin limpiar, pero había puesto un cuidado infinito en peinarse un mechón de modo que se le encrespase sobre la frente como una ola de verano.

Ellen estaba hecha una niña primorosa. Todo su ser estaba en orden, al menos en sus aspectos visibles. Volví a tentar la suerte.

-Ellen -le dije-, veo que te has cambiado el peinado. Te sienta bien. ¿No estás de acuerdo, Mary?

-Ah, es que se le empieza a subir el pavo -dijo Mary.

Fuimos en procesión por el sendero de entrada hasta Elm Street, donde doblamos a la izquierda, hacia Porlock, que es donde está nuestra parroquia, la vieja iglesia de cúpula blanca, íntegramente robada a Christopher Wren. Y formábamos parte de la corriente cada vez más densa; todas las mujeres, al pasar, se deshacían en lenguas al comentar lo atinado del sombrero que llevaba cada una de las demás.

-He diseñado un sombrero pascual -dije-. Una simple coronita de espinas, de oro, con gotitas de rubí sobre la frente.

-¡Ethan! -me reprendió Mary con severidad-. Que te pueden oír.

-No, ya me imagino que no les gustaría mucho el diseño.

-Eres peor que una calamidad -dijo Mary, y estuve de acuerdo: mucho peor. Sin embargo, me pregunté cómo reaccionaría el señor Baker si le hiciera un comentario sobre su cabello.

El arroyuelo familiar afluyó uniéndose con otros semejantes y pasó por majestuosos saludos hasta convertirse en río y desembocar en la iglesia Episcopaliana de St. Thomas, una iglesia tirando entre media y alta, puede que más ortodoxa de lo debido.

Cuando llegue el día en que deba impartir una lección a mi hijo sobre los misterios de la vida, que no me cabe duda de que ya conoce al dedillo, que no se me olvide instruirle sobre el cabello. Armado de una palabra amable sobre su cabello podrá ir todo lo lejos que ansíe su corazoncito concupiscente. Sin embargo, tendré que hacerle una advertencia. Podrá liarse a puntapiés o a tortazos con ellas, podrá dejarlas, maltratarlas o lo que le dé la gana, pero jamás -jamás- deberá meterse con sus peinados. Con ese saber en la yema de los dedos puede llegar a ser el rey.

Los Baker se nos habían adelantado al subir ía escalera. Intercambiamos decorosos saludos.

-Tengo entendido que vendrán a tomar el té con nosotros.

-Sí, desde luego. Le deseo un feliz domingo de Pascua.

-¿Ése es Allen? Dios mío, cómo ha crecido. Y Mary Ellen también, desde luego. Es imposible seguirles la pista. Qué rápido crecen...

Hay algo muy querido en la iglesia en la que uno creció desde chiquillo. Conozco todos los rincones secretos, todos los olores secretos de St. Thomas. En esa pila fui bautizado y ante esa balaustrada confirmado; en ese reclinatorio se han acomodado los Hawley sabe Dios desde hace cuánto, y no lo digo por decir. Debí de quedar hondamente impresionado por ía sacralidad, pues recuerdo perfectamente cada una de las profanaciones, y eso que fueron muchas. Creo que podría recorrer todos los sitios donde están grabadas mis iniciales con un clavo. Cuando Danny Taylor y yo perforamos todas las letras de una palabra especialmente obscena en el Libro de las Oraciones, nos pilló el señor Wheeler y nos castigó severamente, pero tuvieron que revisar luego todos los misales y los libros de oraciones y de himnos para asegurarse de que no había otras por el estilo.

Una vez, en ese sitial que hay bajo el atril, sucedió algo espantoso. Llevaba yo los encajes de monaguillo, portaba la cruz y cantaba con rotunda voz de soprano. Era una ocasión especial en la que oficiaba el obispo, un viejecito simpático, calvo como una cebolla cocida, que para mí resplandecía de santidad. Fue así que, embebido de inspiración devota, encajé el pie de la cruz en su soporte al final de la procesión y se me olvidó asegurarla con el pasador de bronce. Mientras procedía a la segunda lectura vi espeluznado que la pesada cruz de bronce se mecía antes de caer a plomo sobre la calva del santo. El obispo se desplomó como una vaca en el matadero tras el mazazo que le asestan. Perdí mi sitial en el coro, que fue a parar a un muchacho que no cantaba tan bien como yo y al que llamábamos *Pata de Mofeta* Hill. Ahora es antropólogo en algún lugar del Oeste. El incidente vino a demostrarme que no basta con las intenciones, sean buenas o malas. Siempre hay otra cosa -la suerte o el destino- que se encarga de los accidentes.

Permanecimos sentados durante todo el servicio religioso y nos enteramos de la buena nueva de que Cristo efectivamente había resucitado entre los muertos. Como siempre, me produjo un escalofrío. Comulgué de todo corazón. Allen y Mary aún no estaban confirmados, de modo que se mostraron bastante inquietos e incluso levantiscos, y tuvimos que lanzarles una mirada asesina para poner coto a sus desmanes. Cuando la mirada de Mary destila hostilidad es capaz de taladrar incluso la coraza de los adolescentes.

Luego, a la clara luz del sol, nos dimos la mano y nos saludamos y nos dimos la mano y nos deseamos lo mejor para la estación pascual a toda la comunidad de vecinos. A

todos los que habíamos saludado al entrar volvimos a saludarlos al salir, mera continuación de la liturgia o letanía prolongada en forma de decoro y buenos modales, callada súplica de que se nos tome en cuenta y se nos muestre el debido respeto. -Buen día. ¿Qué tal está usted en un día tan hermoso? -Muy bien, muchas gracias. ¿Y su madre de usted? -Pues se va haciendo vieja, la verdad. Ya sabe usted, los dolores y las penurias de la vejez. Le diré que me ha preguntado por ella.

Las palabras carecen de sentido salvo en términos de sentimiento. ¿Hay alguien que actúe a resultas del pensamiento, o es el sentimiento el que estimula la acción y a veces el pensamiento la pone en práctica? Al frente de nuestro pequeño desfile, al sol, caminaba el señor Baker sin pisar las grietas de la acera. Su madre, que llevaba muerta veinte años, estaba sana y salva: según la superstición, no le había partido la columna. Y la señora Baker, de nombre de pila Amelia, correteaba a su lado procurando mantenerse a la par pese a su zancada desigual, con pasos titubeantes: una mujercita menuda, un avecilla de ojos brillantes, aunque fuese un ave que se alimentara de semillas.

Allen, mi hijo, caminaba junto a su hermana, aunque ambos trataban de dar la impresión de ser dos perfectos desconocidos. Creo que ella lo desprecia y él la detesta. Es algo que puede durar toda su vida, mientras aprendan a disimularlo tras una nube rosada de palabras cariñosas. Dales el almuerzo, mi hermana, mi esposa; dales sus huevos duros con encurtidos, dales sus sandwiches de mantequilla de cacahuete con mermelada, sus aromáticas manzanas rojas, y déjalos en libertad en el mundo, que crezcan y se multipliquen.

Y eso es justamente lo que hacía ella. Ellos dos caminaban con sus bolsas de papel, cada uno hacia su propio mundo individual y distinto.

-¿Te ha gustado el servicio, cariño?

-¡Oh, desde luego! Siempre me gusta. Tú en cambio... A veces me pregunto si de veras crees... No, lo digo en serio. Es que, a veces, tus chistes y tus bromas...

-Arrima tu silla, gargarita cariñín.

-Tengo que preparar el almuerzo.

-Al diablo el almuerzo.

-A eso justamente me refiero. A tus bromas.

-El almuerzo no es sagrado, que yo sepa. Si hiciera más calor te llevaría en un bote de remos hasta más allá de la rompiente, a pescar pargos.

-Pero si vamos a casa de los Baker... ¿Tú sabes si crees o no en la Iglesia, Ethan? ¿Por qué me llamas siempre con esos nombres tan tontos? Apenas usas mi verdadero nombre...

-Así me ahorro el tedio de andar repitiendo siempre lo mismo, pero en el fondo de mi corazón tu nombre resuena claro como una campana. ¿Que si creo? ¡Vaya una pregunta! ¿Que si extraigo una por una todas las frases del credo del Concilio de Niza, cargado como una bala de fusil, para inspeccionarlas una por una? No. No me parece necesario. Es una cosa singular, Mary. Si mi mente y mi alma y mi cuerpo estuvieran tan resecos de fe como un haba seca, esa frase que dice «El Señor es mi pastor, nada me falta, pues Él me conduce a verdes praderas...», tendría el poder de revolverme las tripas y estremecerme el pecho y encenderme una luz en el cerebro.

-No te entiendo.

-Buena chica. Yo tampoco. Digamos que cuando era un bebé de pecho, con los huesos aún blandos y maleables, me pusieron dentro de una cajita cruciforme y episcopaliana y así cobré forma. Luego, cuando salí de la caja tal como sale un pollo del cascarón, ¿a quién iba a extrañar que conservase la forma de cruz? ¿No te ha llamado la atención que los pollos tengan una cierta forma de huevo?

-Dices cosas horrorosas, inclusive a los niños.

-Y ellos a mí. Anoche mismo, Ellen me dijo: «Papá, ¿cuándo seremos ricos?». Pero no le dije lo que sé: «Seremos ricos muy pronto, y tú que tan mal administras la pobreza igual de mal has de administrar la abundancia». Y es muy cierto. En la pobreza, es una envidiosa. En la abundancia bien podría ser una esnob. El dinero no cambia la enfermedad, sino que sólo modifica los síntomas.

-No hables de esa forma de tus propios hijos. ¿Qué dirás de mí en ese caso?

-De ti digo que eres una bendición, querida; eres la luz que alumbra mi vida brumosa.

-Pareces borracho... O embriagado al menos.

-Lo estoy.

-No lo estás. Te lo notaría en el aliento.

-Ya lo estás oliendo, cielito.

-¿Qué te está pasando?

-Ah, por fin te das cuenta, ¿no? Un cambio, un tremendo huracán de cambios. Y sólo percibes las olas más alejadas del centro.

-Me empiezas a preocupar, Ethan. De veras que sí. Estás como loco.

-¿Te acuerdas de mis condecoraciones?

-¿De tus medallas... de la guerra?

-Me las concedieron por locuras, por salvajadas. No hubo en el mundo otro hombre que tuviera tan poco amor al crimen como yo. Sin embargo, fabricaron otra caja y me embutieron en ella a la fuerza. El momento, las circunstancias exigían que asesinase a otros seres humanos, y vaya si lo hice.

-Estábamos en guerra y lo hiciste por tu patria.

-Siempre hay una suerte de momento. Yo hasta ahora he rehuido el mío. Fui un soldado excelente, calabacita mía. Listo, rápido, implacable: una unidad eficaz en tiempo de guerra. Tal vez en estos momentos pudiera llegar a ser una unidad no menos eficaz.

-Estás intentando decirme algo.

-Por triste que parezca, así es. Y a mí me suena a disculpa. Espero que no lo sea.

-Voy a preparar el almuerzo.

-Yo no tengo hambre después del desayuno pascual que nos hemos zampado.

-Bueno, algo picarás. ¿Te fijaste en el sombrero de la señora Baker? Debe de habérselo comprado en Nueva York.

-¿Qué se ha hecho en el pelo?

-¿Te has fijado? Se lo ha puesto casi de color fresa.

-«Para ser la luz que ilumine a los gentiles y la gloria de tu pueblo, Israel.»

-¿Por qué se habrá empeñado Margie en ir a Montauk en esta época del año?

-Le encanta madrugar.

-Pero si nunca se levanta temprano... Suelo bromear con ella al respecto. ¿Y de veras no te ha parecido rarísimo que Marullo trajera huevos de Pascua?

-¿Pones en relación una cosa con la otra? Margie se levanta temprano, Marullo trae huevos de Pascua.

-No seas tonto.

-No estoy tonteando. Para variar, al menos por una sola vez, no tonteo. Si te cuento un secreto, ¿prometes no decírselo a nadie?

-¡Ya estás de broma otra vez!

-De veras que no.

-En ese caso, te lo prometo.

-Creo que Marullo va a hacer un viaje a Italia.

-¿Y cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho él?

-No, no exactamente. Pero dos y dos son cuatro, y esto es fácil de deducir.

-Pero entonces te quedarías solo en la tienda. Tendrás que buscar a alguien que te ayude.

-Me las puedo arreglar.

-Ahora mismo ya lo haces prácticamente todo. Necesitas que alguien te eche una mano.

-Recuerda que no es seguro y que además es un secreto.

-Oh, nunca olvido una promesa.

-Pero harás insinuaciones.

-Ethan, de veras que no.

-¿Sabes lo que eres? Una conejita con flores en la cabeza.

-Sírvete lo que quieras en la cocina. Voy a ponerme cómoda.

Cuando se marchó, me repantigué en mi sillón y oí en lo más secreto del oído: «Señor, ten la.bondad de permitir que tu siervo parta en paz y hágase en mí según tu palabra». Y maldita sea si no me quedé dormido como una piedra en ese mismo instante. Me precipité al abismo de las tinieblas allí mismo, en medio del cuarto de estar. No me suele ocurrir a menudo. Y como había pensado antes en Danny Taylor, con Danny Taylor soñé. No éramos pequeños ni grandes; tan sólo estábamos crecidos y nos encontramos en el lecho seco del lago, con los cimientos de la casa vieja y la entrada del sótano. Era a comienzos de verano, pues me llamó la atención lo gruesas que eran las hojas y lo espesa que era la hierba, tanto que se doblaba por su propio peso. Y hacía uno de esos días en los que uno se siente pesado, como loco. Danny se colocó tras un enebro joven, derecho y esbelto como una columna. Oí su voz distorsionada y espesa, como si me dijera algo bajo el agua. Estuve entonces con él y lo vi derretirse, deshacerse dentro de su esqueleto. Con las palmas de las manos traté de impedir que se fuera de su cuerpo, intenté volverlo a su sitio, tal como uno trata de retener el cemento húmedo cuando se sale del molde, pero me resultaba imposible. Su esencia misma se me escapaba entre los dedos. Dicen que un sueño sólo precisa de un instante. Éste se prolongaba, duraba, se extendía; cuanto más me esforzaba yo, más se me fundía Danny.

Cuando me despertó Mary, estaba yo jadeando debido al esfuerzo.

-Fiebre de primavera -dijo-. Es el primer síntoma. Cuando yo era una niña aún en edad de crecer, dormía tanto que mi madre mandó llamar al doctor Grady. Ella pensaba que había contraído la enfermedad del sueño, pero sólo estaba creciendo y era primavera.

-He tenido una pesadilla diurna. No le deseo a nadie que tenga un sueño así.

-Es toda esta confusión... Anda, ve a peinarte y lávate la cara. Se te ve cansado, cariño. ¿Te encuentras bien? Ya casi es hora de que nos vayamos. Sin duda que lo necesitabas. Apenas has dormido un par de horas esta noche. Ay, cuánto me gustaría saber qué es lo que tiene en mente el señor Baker.

-Lo sabrás, cielo. Y prométeme que escucharás con atención cada una de sus palabras.

-Pero a lo mejor quiere hablar a solas contigo. Ya sabes que a los hombres de negocios no les hace gracia que los escuchen las señoras.

-Pues no podrá salirse con la suya. Yo quiero que estés presente.

-Sabes bien que no tengo experiencia en los negocios.

-Lo sé... Pero él va a hablar de tu dinero.

Es imposible conocer a gente como los Baker, a menos que uno los conozca de nacimiento. Tener cierto trato con ellos tener incluso amistad, es harina de otro costal. Yo los conozco porque los Hawley y los Baker eran idénticos por la sangre, lugar de origen, experiencia, fortunas previas. Así se forma una especie de núcleo amurallado y cerrado por un foso que lo defiende contra los desconocidos. Cuando mi padre perdió el dinero de la familia, no me vi del todo fuera. Para los Baker sigo siendo un Hawley perfectamente aceptable quizás durante lo que me quede de vida, pues de algún modo se sienten emparentados conmigo. No obstante, soy un pariente pobre. Los caballeros sin dinero poco a poco dejan de ser caballeros y la nobleza les vuelve la espalda. Allen, mi hijo, no conocerá a ningún Baker; su hijo, a su vez, será un marginado, poco importa cuáles sean su apellido y antecedentes familiares. Nos hemos convertido en hacendados sin tierras, comandantes sin tropas, jinetes de a pie. No podemos sobrevivir. Tal vez sea ésa una de las razones por las cuales sobrevenía en mí la transformación. Ni quiero ahora ni he querido nunca el dinero por sí mismo, pero el dinero es necesario para mantener el lugar que a uno le corresponde en la categoría a la que estoy acostumbrado, en la que más cómodo me siento. Todo esto debe de haberse desarrollado en un lugar oscuro al que no tiene acceso mi pensamiento consciente. No afloró en calidad de idea, sino de convicción.

-Buenas tardes -dijo la señora Baker-. Cuánto me alegro de que hayan venido. Mary, nos tiene usted muy descuidados. ¿No les ha parecido un día glorioso? ¿Les gustó el servicio religioso? Para ser clérigo, me parece un hombre interesantísimo.

-Es cierto que no les vemos a ustedes prácticamente nada de un tiempo a esta parte -dijo el señor Baker-. Me acuerdo en cambio de su abuelo sentado en ese mismo sillón, contándonos que esos cerdos de los españoles habían hundido el *Maine.* Se le derramaba el té, sólo que no era té. El viejo capitán Hawley solía aguar un poco el ron con unas gotas de té. Era un hombre truculento, algunos dicen que incluso pendenciero.

Noté que en un primer momento Mary se sentía turbada por tanta cordialidad, pero que luego se mostraba complacida. Obviamente, no sabía que yo la había ascendido a la categoría de heredera. Una reputación por tener dinero es algo casi tan negociable como el dinero en sí.

La señora Baker, a la cual le temblaba la cabeza a menudo de forma muy visible debido a un trastorno nervioso, sirvió el té en tazas tan finas y frágiles como los pétalos de magnolia. La mano con que lo sirvió era la única parte de ella que no estaba aquejada por el temblor.

El señor Baker agitó el té con ademán pensativo.

-No sé si me gusta más el té o la ceremonia de servirlo -dijo-. Me gustan todas las ceremonias, incluidas las más tontas.

-Creo que lo entiendo -dije-. Esta mañana me sentí muy cómodo durante el servicio religioso porque no contenía sorpresas de ninguna clase. Antes de oírlas, sabía cuáles iban a ser las palabras.

-Ethan, durante la guerra... Escúchenme bien, señoras, a ver si logran recordar algo parecido a esto; durante la guerra fui asesor del secretario de Guerra. Pasé algún tiempo en Washington.

-Fue odioso -dijo la señora Baker.

-Bien, pues se organizó un gran té para militares, una fiesta monstruo, tal vez con quinientos invitados. La dama de mayor rango era la esposa de un general de cinco estrellas; la seguía en importancia la esposa de un teniente general. La esposa del Secretario, que hacía las veces de anfitriona, pidió a la dama de cinco estrellas que sirviera el té y a la de tres estrellas que sirviera el café. La primera se negó a hacerlo porque, según sus palabras textuales, «Todo el mundo sabe que el café tiene más categoría que el té».

¿Han oído alguna vez cosa semejante? -y soltó una risita-. Tal como se desarrolló la reunión, el whisky tuvo más categoría que todo lo demás.

-En aquel sitio no había paz ni tranquilidad -dijo la señora Baker-. Todo el mundo se veía obligado a trasladarse a otro lugar antes de tener tiempo de forjarse unos hábitos o unas relaciones sociales.

Mary refirió una anécdota sobre un té irlandés en Boston, donde el agua hervía continuamente sobre el fuego y el té se servía con cucharones de estaño.

-No lo dejaban en infusión. Lo hierven -dijo-. Es un té capaz de desprender el barniz de las mesas.

Cualquier discusión o acción seria requiere sus preliminares rituales; cuanto más grave sea el asunto a tratar, más prolongado a la par que ligero habrá de ser el preludio. Cada uno de los presentes ha de aportar su detalle, su nota de color. Si Mary y la señora Baker no hubieran tomado parte de tan seria discusión, ya habrían establecido su propio patrón de charla. El señor Baker había vertido el vino de las libaciones en la tierra de la conversación, cosa que también había cumplido mi Mary con creces, de modo que estaba complacida y emocionada con tantas atenciones. Nos quedaba a la señora Baker y a mí hacer nuestra aportación a la charla; me pareció lo más decente ocupar el último lugar entre los presentes.

Ella aprovechó su turno y bebió de la fuente de la tetera, igual que todos los demás.

-Me acuerdo de cuando existían docenas de clases de te -comentó muy animada-. Todo el mundo tenía recetas casi para todo. Creo que no había hierba, ni hoja ni flor, que no se preparase en una infusión de una clase u otra. Ahora no quedan más que dos, el de India y el de China, y de la China hay bien poco. ¿Se acuerdan de los taninos y la manzanilla, del azahar y la flor de... y del té de encaje?

-¿Qué es el té de encaje? -preguntó Mary.

-Agua caliente y leche caliente a partes iguales. Con una pizca de azúcar. A los niños les encanta, porque no sabe a leche aguada. -Así concluyó su aportación la señora Baker.

Me tocaba la vez, y tenía la intención de hacer algunos comentarios cuidadosamente modulados, para que no tuvieran mayor relevancia, sobre el archifamoso Boston Tea Party, pero no siempre se puede hacer lo que uno se propone. Se cuelan las sorpresas sin esperar ningún permiso.

-Me quedé dormido al volver de la iglesia -me oí decir-. Y soñé con Danny Taylor. Un sueño horroroso. Recordarán ustedes a Danny...

-Pobre hombre -dijo el señor Baker.

-En otros tiempos éramos más que hermanos. Yo no tenía hermanos, claro. Supongo que en cierto modo éramos como hermanos de sangre. Claro que no lo cumplo a rajatabla, pero sigo pensando que debería ser el guardián de mi hermano Danny.

Mary se enojó conmigo por haber roto el decurso de la conversación. Se tomó una pequeña revancha.

-Ethan le da dinero. A mí no me parece bien; está claro que sólo se lo gasta en emborracharse.

-¡Caramba! -exclamó el señor Baker.

-Me pregunto... De todos modos, fue una pesadilla de mediodía. Es muy poco lo que le doy, un dólar muy de vez en cuando. ¿Qué otra cosa va a hacer con un dólar, si no es emborracharse? Quizás con una cantidad decente podría curarse.

-Nadie se atrevería a hacer una cosa así -exclamó Mary-. Eso sería igual que matarlo. ¿No le parece, señor Baker?

-Pobre diablo -dijo el señor Baker-. Y siendo de tan buena familia como eran los Taylor... Me pone enfermo verlo así, pero Mary tiene razón. Lo más probable es que bebiera hasta quitarse la vida.

-Eso es lo que hace. Pero no hay peligro en lo que a mí se refiere. No dispongo de dinero suficiente que darle.

-Es una simple cuestión de principios -dijo el señor Baker.

La señora Baker aportó una gota de salvajismo femenino.

-Debiera estar recluido en una institución en la que pudieran cuidarlo debidamente.

Los tres estaban molestos conmigo. Ojalá me hubiera limitado a contar alguna anécdota sobre el Boston Tea Party.

Es extraño cómo le da a uno la ventolera de ponerse a jugar a tontas y a locas, a la gallina ciega o a ponerle la cola al burro, en lugar de emplear todas sus capacidades de observación para hallar un camino seguro en un campo de minas, de planes secretos y obstáculos sumergidos. Yo entendía bien el sentido de la casa de los Baker y de la casa de los Hawley, las paredes y las cortinas oscuras, las fúnebres plantas de caucho que nunca veían la luz del sol, los retratos y los grabados y los recuerdos de tiempos pasados en la loza y en las piezas de artesanía marinera, en telas y maderas, que los anclan en la realidad y en la permanencia. Las sillas cambian de acuerdo con el estilo y la comodidad; en cambio, las cómodas y las mesas, las bibliotecas y los escritorios nos remiten a un sólido pasado. Los Hawley éramos más que una familia: éramos una casa. Por eso se aferraba el pobre Danny al prado de los Taylor. Sin él, sin familia, pronto sin apellido siquiera... Por el tono, la inflexión de las voces y los deseos, las tres personas allí presentes lo habían suprimido de un plumazo. Tal vez haya hombres que requieran de una casa solariega y una historia familiar para cerciorarse de que realmente existen, aunque no pase de ser ésa una vinculación bastante frágil. En la tienda, yo no pasaba de ser un mero dependiente, un fracasado, mientras que en mi casa era un Hawley; así pues, también yo debía sentirme inseguro. Un Baker podría tenderle la mano a un Hawley. Sin mi casa solariega, también yo podría haber sido víctima de una supresión tajante. No se trataba de una relación de hombre a hombre, de igual a igual, sino de casa a casa. Me dolía la supresión de Danny Taylor, expulsado del mundo real, pero no podía impedirla. Ese pensamiento me espabiló y me templó al mismo tiempo. Baker iba a tratar de reponer a los Hawley mediante la participación de Baker en la supuesta herencia de Mary. Así pues, me encontraba en la misma linde del campo de minas. Se endureció mi corazón y se predispuso en contra de mi generoso benefactor. Lo noté endurecerse, volverse cauto, peligroso. Y al mismo tiempo fue naciendo en mí la sensación del combate, las leyes del salvajismo controlado, la primera de las cuales dice así: que incluso tu defensa tenga la apariencia de un ataque.

-Señor Baker -le dije-, no hace falta entrar en detalles. Conoce usted mejor que yo la lentitud y la precisión con que perdió mi padre la fortuna de los Hawley. Yo estaba lejos, en la guerra. ¿Cómo sucedió?

-No fue ésa su intención, desde luego, pero su criterio...

-Sé que era un hombre con poca maña para las cosas de este mundo, pero ¿cómo sucedió?

-Bueno, aquella fue una época de inversiones alocadas. Y él invirtió sin ton ni son.

-¿No recibió asesoramiento?

-Invirtió sus fondos en municiones, un activo que ya estaba anticuado. Cuando se rescindieron los contratos, perdió su dinero.

-Usted estaba en Washington. ¿Tenía usted conocimiento de esos contratos?

-Sólo de un modo general.

-Y, sin embargo, no hizo inversión alguna.

-Así es.

-¿Asesoró usted a mi padre a ese respecto?

-Yo estaba en Washington.

-¿Sabía usted que para invertir había pedido un préstamo hipotecario, con la garantía de los bienes inmobiliarios de los Hawley?

-Sí, lo sabía.

-¿Y no lo disuadió?

-Es que yo estaba en Washington.

-Pero su banco ejecutó la hipoteca.

-Un banco no tiene posibilidad de elegir, Ethan. Usted lo sabe bien.

-Desde luego. Pero no deja de parecerme una lástima que usted no pudiera asesorarlo debidamente.

-No debería usted culparlo de nada, Ethan.

-Ahora que lo entiendo, no lo culpo de nada. No era mi intención cargarle la culpa, pero es que tampoco estaba al tanto de lo ocurrido.

Creo que el señor Baker había preparado una manera de abordar el asunto. Una vez perdida la oportunidad, tuvo que buscar a tientas, y deprisa, otra maniobra de abordaje. Tosió, se sonó con un pañuelo de papel que extrajo de un paquete de bolsillo, se secó los ojos con otro, limpió las gafas con un tercero. Cada cual tiene su método para ganar tiempo. Sé de más de uno al que le lleva sus buenos cinco minutos el mero acto de cargar y encender la pipa. Cuando lo vi preparado, insistí:

-Ya sé que no tengo derecho a pedirle ninguna ayuda, pero es usted quien ha sacado a relucir el asunto de la dilatada relación de sociedad que hubo entre nuestras familias.

-Buena gente -dijo-. Por lo común, hombres de criterio excelente, conservadores...

-Pero no tanto como para serlo a ciegas, señor mío -le dije-. Creo más bien que una vez decidían cuál era la ruta idónea, la seguían hasta el final.

-Desde luego que sí -reconoció.

-¿Le parece que llegaban hasta el final aun cuando se tratase de hundir al enemigo... o de quemar un barco?

-Recibían órdenes, por descontado.

-En 1801, señor mío, tengo entendido que se les interrogó acerca de quién era el enemigo.

-Después de una guerra siempre llegaba la hora de los reajustes.

-Seguramente. Pero no hablo por hablar de viejas cuestiones. Con toda franqueza, señor Baker, mi deseo es... recuperar mi fortuna.

-Ése es el espíritu que hay que tener, Ethan. He llegado a pensar, aunque no por mucho tiempo, que había perdido usted el tacto de los Hawley.

-Pues tal vez así fuese, o a lo mejor no llegué a desarrollarlo. Usted me ha ofrecido su ayuda. ¿Por dónde empezamos?

-Lo malo es que, para empezar, necesita un cierto capital.

-Ya, pero... si lo tuviera, ¿por dónde empezaría?

-Esto debe de resultar aburrido para las señoras -dijo el señor Baker-. Tal vez debiéramos pasar a la biblioteca. A las señoras, los negocios se les hacen fatigosos.

La señora Baker se puso en pie.

-Justamente estaba pensando en pedirle a Mary que me eche una mano y me dé su opinión para elegir el papel pintado con el que quiero empapelar el dormitorio grande. Tengo las muestras arriba, Mary.

-Yo quisiera que Mary se enterase...

Ella sin embargo los secundó, como era en el fondo de esperar.

-No entiendo ni palabra de negocios -comentó-. Pero sí de papeles de pared.

-Pero es que esto te importa, querida.

-Es que me confundo, Ethan. Ya sabes que así es.

-Puede que yo me confunda más sin ti, querida.

Es probable que el señor Baker hubiera insinuado a su señora la idea del papel pintado. Dudo que sea su esposa quien elige los papeles. Ninguna mujer en su sano juicio hubiera elegido el papel siniestro y geométrico de la sala en que nos encontrábamos.

-Cómo íbamos diciendo -prosiguió una vez estuvimos a solas-, su problema, Ethan, estriba en el capital. Pero es que su casa está libre de cargas. Podría hipotecarla.

-Eso ni lo sueñe.

-Si así lo desea, lo puedo respetar. Pero es la única garantía de que dispone. Por otra parte, está el dinero de Mary. No es gran cosa, pero con un poco de dinero se puede obtener otro poco más.

-No quiero ni tocarlo. Es su dinero, su seguridad.

-Está en una cuenta conjunta, y aún no devenga intereses.

-Supongamos que venciera yo mis escrúpulos. ¿Qué idea tiene en mente?

-¿Tiene usted idea de a cuánto asciende el montante de su suegra?

-No, pero yo diría que no es moco de pavo.

Volvió a limpiarse las gafas con gran cuidado.

-Lo que voy a decirle tiene un estricto carácter confidencial.

-Por supuesto.

-Por suerte, sé que no es usted un bocazas. Ninguno de los Hawley lo han sido, tal vez con la sola excepción de su padre. Ahora bien: como hombre de negocios que soy, estoy al tanto de que New Baytown va a prosperar. Cuenta con todo lo necesario: el puerto, las playas, las aguas interiores... Cuando esto empiece, no habrá quién lo pare. Un buen hombre de negocios debe contribuir al progreso de su ciudad.

-Y obtener de paso pingües beneficios.

-Naturalmente.

-¿Por qué no habrá progresado hasta ahora?

-Yo creo que eso lo sabe usted de sobra: los fósiles del ayuntamiento. Viven anclados en el pasado. Ellos impiden la llegada del progreso.

Siempre me ha interesado, y mucho, enterarme del punto hasta el cual la ganancia de un beneficio puede ser algo filantrópico. Despojado de su rebozo progresista, de benefactor de la comunidad, el señor Baker estaba justamente en el lugar que le correspondía: él y otros, aunque muy pocos, prestarían su apoyo al desarrollo de las administraciones locales de la ciudad al menos mientras no pudieran comprar o controlar directamente todas las futuras instalaciones. Entonces sí que darían puerta al consistorio y al administrador general del mismo para dejar que el progreso campase por sus respetos, momento en el cual, y sólo entonces, se llegaría a descubrir que eran los dueños de todas las avenidas por las cuales habría de llegar tan poderoso caballero. Por puro sentimentalismo, el señor Baker estaba dispuesto a concederme una pequeña participación en todo esto. No sé si tenía previsto -o no- ponerme al día del calendario, o si tal vez su entusiasmo lo llevó a cometer una indiscreción, pero lo cierto es que me enteré en medio de tantas vaguedades. Las elecciones municipales tendrían lugar el 7 de julio. Para enton-

ces, el grupo partidario de lo nuevo tendría bajo su estricto control las ruedas del progreso.

Dudo mucho que haya en el mundo un solo hombre al que no le agrade dar consejos. Como quiera que yo mantuve mi pequeña reticencia, mi maestro se volvió por momentos más vehemente y más concreto.

-Eso tendré que pensarlo, señor -dije-. Lo que a usted le parece cosa de coser y cantar, para mí es un misterio. Y claro está que tendré que hablarlo con Mary.

-Ahí es donde creo que se equivoca -dijo él-. En esto de los negocios hoy en día hay demasiadas faldas.

-Ya, pero es que se trata de su herencia.

-Lo mejor que puede usted hacer por ella es amasar algún dinero y luego darle una sorpresa. Eso sin duda que ha de gustarle.

-Espero no parecerle un desagradecido, señor Baker. Soy duro de mollera. Tendré que meditarlo. ¿Se ha enterado de que Marullo tiene previsto marchar a Italia?

Se afiló el brillo de sus ojos.

-¿Para quedarse?

-No, sólo una temporada.

-Pues confío que tome las medidas precisas para protegerlo a usted, caso de que algo sucediera. Ya no es un hombre joven. ¿Ha redactado testamento?

-No lo sé.

-Si apareciera por aquí un hatajo de parientes suyos, podría encontrarse usted sin empleo.

Me protegí con una suerte de vaguedad.

-Es mucho lo que me ha dado que pensar, señor Baker -le dije-. Sin embargo, me gustaría saber si puede darme alguna idea respecto al momento en que haya de empezar todo esto que me propone.

-Una cosa puedo decirle con toda seguridad: el progreso en gran medida depende de los transportes.

-Bueno, la construcción de las grandes autovías ya está en marcha.

-Pero tardarán en llegar hasta aquí. Los hombres con el dinero que deseamos atraer querrán viajar por avión.

-Y aquí no hay aeropuerto.

-Exactamente.

-Por si fuera poco, ni siquiera tenemos sitio para un aeropuerto. A menos que allanemos las colinas de los alrededores...

-Eso resultaría prohibitivo. Solamente en mano de obra se dispararía el coste.

-En tal caso, ¿qué plan tiene?

-Ethan, tendrá que confiar en mí y disculparme. Por ahora no puedo decírselo. En cambio, sí le puedo prometer que si logra reunir algo de capital me ocuparé personalmente de que participe en el proyecto. Y también le aseguro que existe una situación muy definida, aunque pendiente de solución.

-Supongo que es más de lo que merezco.

-Las familias de abolengo han de ayudarse unas a otras.

-¿Marullo forma parte del grupo?

-Desde luego que no. El va a su aire, con su gente.

-No les va nada mal, ¿eh?

-Mejor de lo que me parece saludable. No me hace ninguna gracia que se nos cuelen por todas partes estos extranjeros.

-Y el 7 de julio es el día de la verdad.

-¿Yo he dicho eso?

-No, serán imaginaciones mías.

-Sin duda.

Con eso, volvió Mary de sus papeles de pared. Cumplimos con los deberes que marca la cortesía y nos despedimos. Volvimos despacio a casa.

-Qué agradables han estado, ¿no crees? ¿Qué te ha dicho él?

-La misma historia de siempre. Que debería hacer uso de tu dinero para empezar al menos. Y no pienso hacerlo.

-Sé lo que estarás pensando de mí, cariño. Pero te aseguro que si no sigues su consejo, es que eres tonto.

-No me gusta, Mary. Supongamos que se equivoca. Te quedarías sin protección.

-Ethan, te voy a decir una cosa. Si no lo haces tú, saco yo el dinero y se lo llevo en mano.

-Dame unos días para pensarlo. No quiero que te compliques tú en un asunto de negocios.

-Ni siquiera es necesario. El dinero está en una cuenta conjunta. Ya sabes lo que dijeron las cartas.

-Ay, Señor... Otra vez las cartas.

-Digas lo que digas, yo me lo creo.

-Si yo perdiera tu fortuna, me detestarías.

-No. ¡Tú eres mi fortuna! Ya lo dijo Margie.

-Lo que dijo Margie permanecerá en mi memoria en letras rojas hasta el día en que me muera. Amén.

-No bromees con eso.

-Puede que no sea una broma. No dejes que la suerte eche a perder la dulzura de tu fracaso.

-No creo que un pellizco de dinero eche nada a perder. No es una cantidad desmesurada; sólo lo suficiente. -No le contesté-. ¿No opinas lo mismo?

-Oh, hija del príncipe -le dije-, no hay tal cosa. Nunca es suficiente. Sólo rigen dos medidas: o no tener nada o no tener lo suficiente.

-Eso no es verdad.

-Es verdad. ¿Te acuerdas del multimillonario de Texas que murió hace poco? Vivía en una habitación de hotel, con lo puesto en una maleta. No dejó testamento, ni herederos, pero su fortuna no era suficiente. Cuanto más tienes, menos te llega.

-Entonces -dijo con sarcasmo- dirás que te parece pecaminoso por mi parte que quiera unas cortinas nuevas para el cuarto de estar y una caldera tan grande como para que cuatro personas se puedan dar un baño el mismo día sin que le falte agua caliente para lavar los platos.

-No pretendía hacer un discurso contra el pecado, mi cántara de leche y miel. Me limitaba a exponer una verdad, una ley natural.

-A veces parece que no tengas el menor respeto por el natural del ser humano.

-Es que no me refiero al natural del ser humano, mi Mary, sino sólo a la naturaleza en general. Las ardillas almacenan nueces en cantidad diez veces superior a la necesaria. El topo, con el estómago lleno a reventar, aún se llena los carrillos como sacos sin fondo. Y, ya puestos, ¿sabe alguien qué cantidad de la miel fabricada por las abejas es la que consumen las propias abejas, con toda su sabiduría?

Cuando Mary se halla confusa o perpleja, la cólera se le sale por las orejas tal como expulsa tinta un calamar, y se oculta entonces tras la negra nube que genera.

-Me pones mala -dijo-. No puedes tolerar que cada cual tenga su trocito de felicidad.

-Amor mío, no se trata de eso. Lo que más miedo me da es una infelicidad desesperada, el pánico que el dinero trae consigo, los celos, la envidia.

Inconscientemente, tal vez tuviera miedo de lo mismo, pues me dio un codazo, buscó un lugar sensible y lo encontró, antes de hincar en él sus afiladas palabras:

-Mira tú, el dependiente de una tienda que no tiene un chavo y que se preocupa de lo malo que será todo cuando se haga rico. Te comportas como si pudieras hacerte con una fortuna enorme en cuanto te venga en gana.

-Es que creo que es así.

-¿Cómo?

-He ahí el quid de la cuestión.

-No tienes ni idea. De lo contrario, ya habrías dado ese paso. Te estás tirando un farol, como siempre. Eres un farolero.

El ánimo de herir despierta la ira. Noté que me subía esa fiebre por momentos. Desagradables palabras, insidiosas como el veneno, se agitaron en mi interior. Un odio amargo me embargó el alma.

-¡Mira! -exclamó Mary de pronto-. ¡Allá va! ¿La ves?

-¿Dónde... qué...?

-Acaba de pasar tras los árboles para meterse en nuestro jardín.

-¿Qué era, Mary? ¿De qué me hablas? ¿Qué has visto?

En la penumbra del atardecer la vi sonreír con su indescriptible, femenina sonrisa. La llaman sabiduría, sólo que no es eso exactamente. Es más bien una capacidad de comprensión que hace innecesaria la sabiduría.

-No has visto nada, Mary.

-He visto una trifulca que asomaba... y se largó.

La rodeé con el brazo y la traje hacia mí.

-Demos la vuelta a la manzana antes de entrar en casa.

Paseamos por el túnel de la noche. No volvimos a decir nada. Ni falta que hacía.

8

De pequeño me gustaba cazar y dar muerte a los animales pequeños. Lo hacía con entusiasmo y alegría. Abatía a los conejos y las ardillas, a los pájaros pequeños; después, abatía patos y gansos silvestres, a los que dejaba convertidos en montones distorsionados de huesos y sangre, plumas y pellejo. Ponía en semejantes empeños una especie de creatividad salvaje, sin el menor rastro de odio, de rencor o de culpa. La guerra me quitó luego el apetito de la destrucción. Tal vez fui como un niño al que se le ha permitido hartarse de dulces y golosinas. La explosión de un arma de fuego dejó de producirme un grito de pura felicidad.

A principios de esta primavera, dos conejos saltarines comenzaron a hacer visitas diarias a nuestro jardín. Lo que más les gustaban eran los claveles de mi Mary. Se los comían hasta dejar las corolas peladas.

-Tendrás que acabar con ellos -me dijo Mary.

Saqué mi escopeta de calibre 12, pegajosa de grasa, y encontré unos viejos cartuchos abombados del numero cinco. Al atardecer, me senté en los escalones de la puerta de atrás y, en cuanto los conejos se me pusieron a tiro, los despanzurré a los dos de un solo disparo. Luego enterré los despojos sanguinolentos bajo uno de los grandes lilos de flores color malva. Me puse fatal del estómago.

Lisa y llanamente, había perdido la costumbre de matar. Un hombre es capaz de acostumbrarse a todo: asesinar, enterrar, incluso ejecutar. El potro de tortura también es poco más que un trabajo cuando uno logra acostumbrarse.

Cuando se acostaron los niños, le dije a Mary:

-Voy a salir a dar una vuelta.

Mary no me preguntó ni adónde ni por qué, tal como hubiera hecho pocos días antes.

-¿Volverás tarde?

-No, no tardaré.

-No te esperaré despierta. Estoy que me caigo de sueño -dijo.

Fue como si, luego de aceptar una orden sobre el camino que debía seguir, hubiera avanzado mucho más que yo. Yo seguía entristecido por lo de los conejos. Tal vez sea natural que cuando un hombre ha destruido algo, trate de restablecer el equilibrio creando otra cosa. ¿Era ése el impulso que me guiaba?

A tientas, llegué hasta la perrera maloliente en que vivía Danny Taylor. En un platillo, junto a su catre del ejército, ardía una vela.

Danny tenía mala pinta: tenía la cara macilenta y demacrada, como si estuviera enfermo. La piel le brillaba como el peltre. Hubiera sido difícil no sentirse enfermo sólo de notar el olor de un lugar tan sucio, el tufo de un hombre que más bien era un guiñapo bajo un cobertor andrajoso. Tenía los ojos abiertos, vidriosos. Casi esperé que se pusiera a barbotar y a delirar. Me sorprendió que hablase con toda claridad, en el tono y con la voz de Danny Taylor.

-¿Qué se te ha perdido por aquí, Eth?

-He venido a ayudarte.

-Venga ya. Eso no se le ocurre ni al que asó la manteca.

-Estás enfermo.

-¿Y te parece que no me he dado cuenta? Eso lo sé me jor que nadie. -Buscó a tientas bajo el catre y sacó una botella de Old Forester. Le quedaba un tercio-. ¿Quieres un trago?

-No, Danny. Ese whisky es del caro.

-Es que uno tiene amigos.

-¿Quién te lo dio?

-Eso no es asunto tuyo, Eth. -Bebió un lingotazo y logró aguantarlo, aunque por un instante no pareció cosa fácil. Pronto le volvió la color. Se rió-. Mi amigo quería hablar de negocios, pero yo le di esquinazo. Me quedé dormido como un tronco antes de que pudiera decirme lo que me quería decir. No sabía qué poco necesito. ¿Tú quieres hablar de negocios, Eth? Te lo digo porque me puedo volver a dormir en un santiamén.

-¿No tienes el menor afecto por mí, Danny? ¿No me tienes confianza? ¿No tienes... algún sentimiento por mí?

-Pues claro que sí, pero a la hora de la verdad has de saber que soy un borracho, y lo que más quiere un borracho es su botella. Eso sí que despierta sentimientos.

-Si pudiera juntar el dinero, ¿estarías dispuesto a hacer una cura?

Lo que más miedo me daba era la rapidez con que había recuperado la normalidad, la tranquilidad con que aparentemente volvía a ser el mismo de siempre.

-Podría decir que sí, Eth. Pero tú no sabes cómo somos los borrachos. Me quedaría con tu dinero para la cura y me lo bebería en un pispás.

-Supongamos que yo pagara directamente al hospital o algo así.

-Estoy intentando decirte las cosas bien claras. Iría con mis mejores intenciones, y me escaparía al cabo de unos días. No se puede confiar en un borracho, Eth. Eso es lo que no consigues entender. Da lo mismo lo que diga, da lo mismo lo que haga... Siempre acabaría por largarme.

-¿Tú no quieres salir de ese pozo, Danny?

-Pues supongo que no. Supongo que tú sabes lo que quiero. -Volvió a empinar la botella y de nuevo me quedé atónito con la velocidad de su reacción. No sólo volvió a ser el viejo Danny que yo conocía bien, sino que sus percepciones parecieron agudizarse, aclararse tanto que de hecho me leyó el pensamiento-. Pero no te fíes -dijo-. Esto sólo dura un rato. El alcohol primero estimula y después deprime. Espero que no te quedes tanto como para ver la segunda parte. Ahora mismo, ni yo mismo me creo que eso vaya a suceder. Cuando estoy animado, nunca me lo creo. -Sus ojos, húmedos y luminosos a la luz de la vela, encontraron los míos-. Ethan -dijo-. Te has ofrecido a pagarme la cura. Pero tú no tienes el dinero, Ethan.

-Podría conseguirlo. Mary ha heredado algo de su hermano.

-¿Y me lo darías?

-Sí.

-¿Aun cuando te dijera que nunca debes fiarte de un borracho? ¿Aun cuando te asegurase que me quedaría con la pasta y te daría un buen disgusto?

-El disgusto ya me lo estás dando ahora, Danny. Ayer soñé contigo. Estábamos en la casa vieja, ¿recuerdas?

Alzó la botella y volvió a bajarla.

-No... Todavía no, Eth. No te fíes nunca de un borracho. Cuando el borracho... Cuando yo... esté más muerto que vivo, aún habrá algo inteligente en mí, algo activo, en funcionamiento... Y esa inteligencia no será tu amiga. Ahora mismo, en este preciso instante, soy un hombre que fue amigo tuyo. Te mentí cuando te dije que había perdido el sentido. Oh, desde luego que perdí el sentido, me quedé dormido como un tronco, pero en cambio sé muy bien dónde está la botella.

-Espera -le dije-, espera. Antes de que sigas... Si no, va a parecer que... Bueno, que vas a sospechar de mí. Fue Baker el que te trajo la botella, ¿no es cierto?

-Sí.

-Quiso que le firmases algo.

-Sí, pero yo perdí el sentido, me caí redondo. -Rió por lo bajo y de nuevo se llevó la botella a los labios. A la luz de la vela, apenas vi una minúscula burbuja. Había tomado nada más que una gota.

-Ésa es una de las cosas de que te quería hablar, Danny. ¿Era la casa vieja lo que venía buscando?

-Sí.

-¿Y cómo es que no la has vendido?

-Creí que ya te lo había dicho. La casa vieja me hace sentirme como un caballero. Sólo me falta portarme como tal.

-No la vendas, Danny. Aguanta.

-¿Y a ti qué más te da? ¿Por qué no la iba a vender?

-Por orgullo.

-A mí no me queda ni pizca de orgullo. Sólo tengo lo puesto.

-Sí que tienes orgullo. Cuando me pediste dinero, estabas avergonzado. Eso quiere decir que tienes orgullo.

-No, ya te lo dije. Eso fue un simple truco. Los borrachos son listos, te lo digo yo. A ti sí que te dio vergüenza, y me diste un pavo por pensar que yo estaba avergonzado. Yo sólo quería una copa.

-No la vendas, Danny. Tiene valor, y Baker lo sabe. Él no compra nada que no tenga verdadero valor.

-¿Por qué te parece que tiene valor?

-Es el único terreno suficientemente llano para la construcción de un aeródromo.

-Ya entiendo.

-Si aguantas, si eres capaz de conservarla, podría significar un nuevo comienzo para ti. No la sueltes, hombre. Podrías hacerte una cura. A tu regreso, tendrías algo para ir tirando.

-Pero no tendría algo en propiedad. No sé, a lo mejor es preferible venderla y bebérrnela... «Cuando se rompa la rama, el columpio caerá, y con él caerán el bebé, la cuna y todo lo demás.» Ya lo dice el refrán. -Lo dijo con voz chillona antes de echarse a reír-. ¿Tú quieres la casa, Eth? ¿Has venido por eso?

-Yo lo que quiero es que te pongas bien.

-Estoy bien.

-Quiero explicarte una cosa, Danny. Si fueras un mendigo y estuvieras sin blanca, serías libre de hacer lo que te diera la gana. Sin embargo, tienes algo que desea un grupo de ciudadanos progresistas, algo que necesita incluso.

-El prado de los Taylor. Y lo voy a conservar a toda costa. Yo también soy progresista. -Miró con afecto la botella.

-Danny, te lo he dicho bien claro: es el único lugar donde se puede construir un aeropuerto. Es un lugar clave. Lo van a conseguir al precio que sea... De lo contrario, tendrán que allanar las colinas, y dudo mucho que eso se lo puedan permitir.

-Pues entonces los tengo bien cogidos por el ying y por el yang, y se los pienso retorcer hasta hartar.

-Te olvidas de una cosa, Danny. Un hombre que sea dueño de una propiedad tan valiosa constituye un recipiente precioso. Tengo entendido que, según se cuenta por ahí, lo más amable sería acogerte a una institución en donde cuiden de ti como es debido.

-No se atreverán.

-Desde luego que se atreverán. Y encima se sentirán muy virtuosos. Ya sabes cuál es el procedimiento. El juez, lo conoces de sobra, te declararía incompetente para administrar tus bienes y propiedades. Nombraría un tutor, ya me imagino quién sería. Todo eso resultaría bastante costoso, de modo que habría que proceder a la venta de tus bienes para pagar las costas del procedimiento. Ahora sólo te falta adivinar quién estará dispuesto a comprar.

Le brillaban los ojos y me escuchaba con la boca entreabierta. Apartó la mirada.

-Tú sólo quieres asustarme, Eth. Has elegido un mal momento. Mejor será que me pilles por sorpresa a la mañana, cuando despierto congelado y el mundo es un vómito verdoso. Ahora mismo... tengo la fuerza de diez hombres porque tengo la botella al lado. -La blandió como una espada y entornó los ojos, que le formaron dos relucientes hendiduras a la luz de la vela-. ¿No te lo he dicho, Eth? Me parece que sí que te lo he dicho. Un borracho tiene una inteligencia maligna, especial...

-Y yo te he explicado qué es lo que va a ocurrir.

-Estoy de acuerdo contigo. Sé que es cierto. Me lo has hecho entender con toda claridad. Pero en vez de amedrentarme, has espabilado mis demonios. El que piense que un borracho es un desvalido, comete un craso error. Un borracho es un vehículo muy especial, dotado de habilidades especialísimas. Sé luchar, defenderme. Y ahora mismo casi hasta tengo ganas.

-¡Bien dicho! Eso es justo lo que yo quería oír.

Me miró por encima del cuello de la botella como si fuese el punto de mira de un rifle.

-¿Me prestarías el dinero de Mary?

-Sí.

-¿Sin garantías?

-Sí.

-¿A sabiendas de que tienes una posibilidad entre mil de que te lo devuelva?

-Sí.

-Hay una cosa fea, no, perversa, mejor dicho, en los borrachos, Eth. Y es que no te creo. -Se humedeció los labios-. ¿Pondrías el dinero en mis manos?

-Cuando tú quieras.

-Te he dicho que ni se te ocurra.

-Pero lo haré.

Esta vez empinó del todo la botella y del interior del cristal ascendió una gran burbuja. Cuando terminó el trago tenía los ojos más relucientes, aunque fríos e impersonales como los de una serpiente.

-¿Tendrás el dinero esta semana, Eth?

-Sí.

-¿El miércoles?

-Sí.

-¿Y no tendrás ahora un par de pavos?

A tanto sí me alcanzaba: tenía un billete de dólar, cincuenta centavos, un cuarto, dos de diez, una de cinco y tres centavos sueltos. Vertí toda la calderilla sobre su mano extendida.

Se terminó la botella y la dejó caer al suelo.

-No sé por qué, Eth, pero nunca me has parecido muy listo. ¿Tú sabes que una cura, por básica que sea, cuesta unos mil dólares?

-No hay problema.

-Esto tiene gracia, Eth. Esto no es una partida de ajedrez. ¡Esto es póquer! A mí el póquer antes se me daba muy bien. Estás apostando a que yo pondré mi prado por garantía. Estás apostando a que mil pavos de priva acabarán conmigo como una rata. Así, te encontrarás con el aeródromo en las manos sin haber movido un dedo.

-Eso es de muy mal gusto, Danny.

-Ya te lo avisé. Soy un tipo odioso.

-¿No eres capaz de creer que mis intenciones sean tal como te he explicado?

-No. Pero tengo una forma de... hacer que sea realmente como dices. ¿Te acuerdas de cómo era en los buenos tiempos, Eth? ¿Tú te crees que no me acuerdo de cómo eras tú? Tú eras un chico que llevaba un juez dentro. Muy bien. Me estoy quedando seco. La botella está vacía. Me largo. Mi precio son mil pavos.

-De acuerdo.

-En efectivo, el miércoles.

-Te los traeré.

-Nada de recibos, nada de firmas, nada de papeles. Y no vayas a pensar que me conoces, Eth, por cómo era en los viejos tiempos. Este amiguito de aquí al lado lo ha cambiado todo de los pies a la cabeza. No conozco la lealtad, ni la justicia. De aquí no te llevarás otra cosa que una carcajada en toda la jeta.

-Sólo te quiero pedir que lo intentes.

-Desde luego, eso te lo prometo, Eth. Pero también espero haberte convencido de que las promesas de un borracho valen lo que valen. Tú trae la pasta en metálico. Quédate todo el tiempo que quieras, mi casa es tu casa. Yo me largo. Nos vemos el miércoles, Eth.

Se levantó del viejo catre del ejército, tiró de cualquier manera el cobertor y salió caminando con paso inseguro. No se había abrochado el pantalón.

Me quedé sentado un rato, viento cómo goteaba la vela en la grasa sobre el platillo. Todo lo que me había dicho era la pura verdad, con una sola excepción. Y en esa excepción basaba yo mi apuesta. No había cambiado tanto como él creía. En algún rincón, al fondo de toda esa ruina, seguía estando Danny Taylor. Nunca llegué a pensar que él hubiera sido capaz de extirpar de sí al bueno de Danny. Yo amaba a ese Danny, y estaba dispuesto... a hacer lo que él me había dicho. De veras. Desde lo lejos le oí cantar con voz de falsete, alta y clara:

Apresúrate, mi barco, cual ave en el viento.
¡Adelante!, gritan los marinos.
Llevad al chico que ha nacido para rey
hasta la isla de Skye.

Al cabo de un rato a solas, apagué la vela de un soplido y volví a casa por High Street. Willy aún no se había dormido al volante del coche de la policía.

-Eth, me parece a mí que tú últimamente sales mucho -dijo.

-Ya sabes cómo son las cosas.

-Claro. La primavera, la juventud, los caprichos...

Mary estaba dormida y sonriente, pero cuando me colé en la cama a su lado se despertó a medias. Aún tenía metida la angustia en el estómago, una angustia fría, desgarradora. Mary se volvió de costado y me estrechó contra su cuerpo tibio, con olor a hierba.

Sentí que la necesitaba. Supe que la angustia menguaría, pero en ese momento tuve necesidad de ella. No sé si llegó a despertar del todo, pero incluso en sueños se dio cuenta de mi necesidad.

Y después, despierta del todo, me dijo:

-Supongo que tendrás hambre.

-Sí, Helen.

-¿Qué te apetece?

-Un sandwich. No, dos sandwiches de cebolla con pan de centeno.

-Tendré que tomarme uno para acompañarte.

-¿No te apetece?

-Claro que sí.

Bajó descalza la escalera y volvió al rato con los sandwiches, un envase de leche y dos vasos.

Era una cebolla bastante picante.

-Mary, está de vicio -empecé a decir.

-No hables con la boca llena.

-¿Me dijiste en serio que no querías saber nada de negocios? .

-¿Por qué...? Pues claro.

-Tengo una pista. Y quiero mil dólares.

-¿Qué ha sido? ¿Alguna cosa que te ha dicho el señor Baker?

-Sí, en cierto modo. Pero se trata de algo privado.

-Pues extiende un cheque.

-No, cariño. Quiero que me los des en metálico. En el banco puedes decir que vas a comprar muebles nuevos, o alfombras, o lo que sea.

-Pero eso no es verdad.

-¿Lo harás?

-¿Es un secreto?

-Tú misma dijiste que así lo querías.

-Sí... Bueno... Sí, es mejor así. Esta cebolla pica que rabia. ¿Lo verá con buenos ojos el señor Baker?

-Si lo hiciera él, desde luego que sí.

-¿Y cuándo lo quieres?

-Mañana.

-No puedo con esta cebolla. Y eso que ya debo de oler a rayos.

-Hueles como huele el cielo. Y eres un tesoro.

-No consigo entender lo de Marullo.

-¿Qué quieres decir?

-Mira que venir a casa y traer esos huevos de chocolate...

-Los caminos del Señor son inescrutables.

-No seas sacrilego, que aún no ha terminado la Pascua.

-Sí que ha terminado. Ya es la una y cuarto.

-¡Dios del amor! Mejor será que nos durmamos.

-¡Ah! Justo lo que dice Shakespeare.

-Eres capaz de hacer chistes con cualquier cosa.

Sólo que no era un chiste. No se me quitaba la angustia que me estrujaba el estómago. No es que pensara en ella, pero me seguía doliendo. A veces debería preguntarme por qué me duele. Los hombres son capaces de acostumbrarse a lo que sea, pero eso lleva su tiempo. Una vez, hace ya bastantes años, trabajé en una fábrica de dinamita; mi trabajo consistía en transportar la nitroglicerina en un carrito. El sueldo era muy alto, porque se trata de un asunto delicado. Al principio me devanaba los sesos a cada paso que daba, pero al cabo de una semana me pareció que era un trabajo como cualquier otro. Incluso me acostumbraría con el tiempo a ser dependiente de una tienda. Hay algo deseable en todo lo que uno se acostumbre a hacer, por oposición a lo que se desconoce.

En la oscuridad, viendo bailar las manchas rojas en los ojos, me pregunté por eso que antes llamaban asuntos de conciencia, y no encontré ni rastro de una herida. Me pregunté si, una vez fijado mi rumbo, podría modificar mi ruta e incluso desviarme noventa grados de la brújula. Y pensé que no me resultaría difícil, sólo que no deseaba hacerlo.

Me encontraba en una nueva dimensión, y eso me fascinaba. Fue como descubrir un conjunto de músculos desconocido hasta el momento, o igual que convertir en realidad mi sueño de niño: poder volar. A menudo, soy capaz de repasar acontecimientos, escenas, conversaciones, y descubrir detalles que se me escaparon en un primer momento.

A Mary le había resultado extraño que Marullo viniera a casa a traer los huevos de chocolate. Yo me fío de la intuición de Mary, y más cuando algo le parece extraño. Me pareció que se trataba de un gesto de agradecimiento por no haberlo engañado. Sin embargo, el apunte de Mary me llevó a inspeccionar de nuevo todo el asunto en busca de algo que yo debía saber, pero que se me había pasado por alto. Marullo nunca daba una recompensa por algo pasado; sólo sobornaba con vistas al futuro. El único interés que pudiera tener por mí existía en la medida en que yo pudiera serle de alguna utilidad. Repasé sus instrucciones comerciales y la charla acerca de Sicilia. En algún punto había perdido su certeza, En cierto modo, necesitaba algo de mí, o al menos quería algo de mí. Había una manera de averiguarlo. Si le preguntara yo alguna cosa que él por lo común rehusara, y si consiguiera sonsacársela, entonces sabría sin lugar a dudas que había perdido pie y que se encontraba hondamente alterado. Dejé a Marullo a un lado y volví a Margie. Margie... Así se hace uno idea de la edad que tiene. «Margie, siempre estoy soñando contigo. Margie, daría un mundo por...»

Rebobiné las escenas de Margie sobre el fondo de las manchitas rojas que bailoteaban en el techo. Durante mucho tiempo, dos años tal vez, había existido una tal señora Young-Hunt que era amiga de mi esposa, parte de las conversaciones a las que yo no prestaba la menor atención. De pronto apareció Margie Young-Hunt, y luego Margie a secas. Sin duda había visitado la tienda antes del Viernes Santo, pero yo no lo recordaba. Ese día fue como si se hubiera anunciado. Antes es posible que ella no me viera, tal como tampoco yo la había visto a ella. Sin embargo, a partir de ese instante estaba presente en todo momento, moviéndose y contoneándose. ¿Qué querría? ¿Podía tratarse de pura maldad por parte de una mujer sin nada mejor que hacer? ¿O acaso obedecía a un plan? Me pareció, en efecto, que se había presentado ante mí, que me hizo tomar conciencia de ella y que me mantuvo sobre aviso al respecto. Me dio la impresión de que la segunda vez que me echó las cartas lo hizo con buena fe, con la intención de representar la misma función de siempre, con destreza y profesionalidad. Entonces sucedió algo, algo que lo echó todo a perder. Ni Mary ni yo habíamos dicho nada que pudiera haberle provocado esa tensión. ¿Había visto de veras la serpiente? Ésa sería seguramente la explicación más simple y tal vez la más exacta. Quizá se trataba de una mujer realmente intuitiva, una intrusa capaz de entrometerse en la mente de los demás sin su consentimiento. El hecho de que me hubiera sorprendido en plena metamorfosis me invitaba a creer que así era, aunque también podía haber sido por pura casualidad. En cualquier caso, ¿qué le hizo irse corriendo a Montauk cuando no era ésa su intención? ¿Qué le hizo reunirse con el viajante de comercio, contárselo todo a Marullo? No sé por qué, pero no me parecía una mujer capaz de decir cosas que no se había propuesto decir. En algún estante del desván había un libro sobre la vida de... ¿era Bering? No, Baranov, Alexander Baranov, el gobernador ruso, más o menos de 1800. Tal vez existiera alguna referencia a que en Alaska se encarcelaba a las brujas. Era una historia demasiado extraña para que se la hubiera inventado. Tendría que echar un vistazo a fondo. Pensé que tal vez pudiera subir en ese preciso instante, sin despertar a Mary.

En ese momento oí un crujido en la vieja escalera de roble. Luego otro, y un tercero. Comprendí que no era que la casa se hubiera reacomodado tras un cambio de temperatura. Debía de ser Ellen, que volvía a caminar en sueños.

Por supuesto que quiero a mi hija, por no decir que la adoro, pero a veces me da miedo: parece muy lista de nacimiento, a la vez que celosa y cariñosa. Siempre ha estado celosa de su hermano; a menudo tengo la sensación de que está celosa de mí. Siempre he pensado que su preocupación por el sexo empezó muy pronto. Es posible

que los padres a la fuerza tengamos esa impresión. Cuando era muy chica, su desinhibido interés por los genitales masculinos nos hacía pasar mucha vergüenza. Entonces atravesó la etapa secreta de la transformación. Y no fue la suya esa angelical adolescencia que pintan en las revistas. La casa hervía de nerviosismo, las paredes vibraban de inquietud. He leído en alguna parte que en la Edad Media se pensaba que las adolescentes eran sospechosas de brujería. No estoy muy seguro de que no sea cierto. Durante una temporada fuimos víctimas de lo que, para restarle importancia, llamábamos las bromas de un *poltergeist.* Se caían los cuadros de los clavos, se estrellaban los platos contra el suelo. Se oían pisotones en el desván y golpes en el sótano. Desconozco cuál pudiera ser la causa, pero me interesó lo suficiente para no perder de vista a Ellen. No le quitaba ojo de encima en sus secretas idas y venidas. Parecía una gata noctámbula. Me cercioré de que no era ella la responsable de las caídas, los golpes, los pisotones; también descubrí que jamás se producían cuando ella estaba fuera de casa. Tal vez estuviera con la mirada perdida cuando aparecía el *poltergeist,* pero siempre estaba presente.

De niño, recuerdo haber oído contar que la vieja casa de los Hawley hace mucho tiempo estuvo habitada por el fantasma de uno de los ancestros piratas y puritanos de la familia. Sin embargo, de acuerdo con las versiones del caso, era un fantasma normal y corriente, que caminaba y se perdía y gemía como debe ser. La escalera crujía bajo su peso invisible; golpeaba quedo en una pared cuando era inminente una muerte, todo dentro del buen gusto. El *poltergeist* era en cambio algo muy diferente: malicioso, maligno, travieso y vengativo. Nunca rompía un objeto que no tuviera cierto valor. Un buen día se largó. Yo, la verdad, nunca llegué a creer en su existencia. Era más bien una broma de familia, con la particularidad de que existía. Allí estaban los cuadros rotos y la porcelana hecha añicos.

Cuando desapareció el *poltergeist,* Ellen empezó a caminar en sueños, como ahora. Oí sus pasos lentos pero inequívocos al bajar la escalera. Al mismo tiempo, mi Mary lanzó un profundo suspiro y murmuró algo a mi lado. Y se levantó un golpe de brisa que movió las sombras de las ramas llenas de brotes, proyectadas sobre el techo.

Me levanté de la cama en silencio y me puse el albornoz. Al igual que todo el mundo, estaba convencido de que no se debe despertar de repente a una sonámbula.

Esto que digo tal vez dé la impresión de que mi hija no me resultaba simpática, pero nada más alejado de la realidad. La quiero, sólo que me da un poco de miedo porque sencillamente no la entiendo.

Si uno pisa los peldaños de la escalera bien pegado a la pared, la escalera no cruje. Lo había descubierto cuando era un jovenzuelo, al volver a casa de madrugada después de rondar por las afueras de la ciudad. Todavía me aprovecho de ese conocimiento cuando no quiero molestar a Mary. Lo usé en ese momento; avancé en silencio pegado a la pared, recorriéndola con las yemas de los dedos para no perderme. Desde la calle entraba una luz tenue, filtrada por las cortinas de encaje, que disipaba la oscuridad incluso lejos de la ventana. Vi a Ellen. Parecía irradiar cierto resplandor, tal vez por la blancura de su camisón. Tenía el rostro en sombras, pero en sus brazos y en sus manos se reflejaba la luz. Se encontraba frente a la vitrina en la que se guardan los tesoros sin valor de la familia: los adornos tallados, las ballenas y los barcos con sus remos, sus arpones y su tripulación, el arponero de pie en la proa -todo ello tallado en barbas de ballena, o en dientes y colmillos de morsa-; una reproducción a escala del *Belle-Adair,* resplandeciente de barniz, con el velamen recogido y el cordaje polvoriento y oscuro. Había algunas piezas de *chinoiserie* que los capitanes de antaño se traían del Oriente luego de haber limpiado de ballenas los mares de China, piezas de

ébano y marfil, diosecillos serios y sonrientes, Budas serenos y subidos de tono, flores talladas en cuarzo rosado, esteatita y jade -sí, jade bueno de verdad-, y tazas finísimas, traslúcidas, hermosas. Algunos de esos objetos tal vez tuvieran algún valor -por ejemplo, los caballitos informes que aún tenían vida propia-, en cuyo caso era mero accidente, sin duda era producto del azar. ¿Cómo iban a distinguir la veta de la ganga aquellos navegantes balleneros? ¿O acaso sí sabían distinguir lo valioso de lo que carecía de valor? ¿Y si eran muy capaces?

Para mí, la vitrina siempre había sido el sagrado lugar de los *parenti:* máscaras romanas de los ancestros, los lares y penates, un meteorito o una roca desprendida de la luna. Teníamos incluso una raíz de mandragora: un hombrecillo perfecto, brotado del esperma de un ahorcado en el momento de la muerte, y también teníamos una sirena harto verosímil, bastante decrépita, pero confeccionada de un modo sumamente hábil, utilizando la parte superior de un mono y la parte inferior de un pez debidamente cosidas una con la otra. Con el paso de los años se había encogido, se le veían las puntadas en los bordes, pero en sus dientecillos afilados aún asomaba una sonrisa feroz.

Supongo que en todas las familias hay algo mágico, una especie de continuidad que enciende el ánimo, que es fuente de consuelo y de inspiración, una generación tras otra. En nuestro caso era... ¿cómo diría? Era una especie de piedra traslúcida, quizás de cuarzo, o de jade, o de esteatita. Tenía forma de círculo, de unos diez centímetros de diámetro y casi tres en la punta redondeada. Tallada en la superficie se veía una figura interminable, entrelazada, que parecía moverse, pero que no iba a ninguna parte. Tenía vida, pero carecía de cabeza y pies, de principio y fin. La superficie pulida de la piedra no era lisa al tacto, sino ligeramente adherente, como la carne, y siempre estaba cálida. Se veía su interior, pero no de través. Supongo que algún viejo marino de la familia se la habría traído de China. Era mágica: agradable de mirar, de tocar, de frotar contra la piel, de acariciar con los dedos. Esta piedra mágica y extraña vivía en el interior de la vitrina. De niño, de joven, de adulto, se me permitía tocarla, jugar con ella, manipularla, pero no llevármela a otro lugar. Su color y sus volutas, su textura misma, cambiaba según cambiaran mis necesidades. A veces me parecía un seno femenino; de chico se me antojaba el *yoni,* inflamado y dolorido. Es posible que más adelante evolucionara y que se convirtiera en un cerebro, incluso en un enigma, en algo carente de principio y fin, en algo en constante movimiento, la pregunta que es completa en sí misma, que no necesita respuesta que la destruya ní fronteras que la delimiten.

La vitrina tenía una cerradura de latón de los tiempos coloniales. La llave cuadrada, también de latón, siempre estaba puesta.

Mi hija adormilada tenía el mágico montículo en las manos, lo acariciaba con los dedos, lo mimaba con ternura, como si estuviera vivo. Oprimió la piedra contra su pecho todavía sin formar, se la apretó contra la mejilla, bajo la oreja, la rozó con los labios como si fuera un cachorrillo amamantándose, le tarareó una canción lenta como un gemido de placer y de anhelo. Había algo destructor en ella. Al principio me dio miedo que se le apeteciera estrellarla contra el suelo o esconderla en algún sitio, pero en ese momento vi que en sus manos la piedra era madre, amante e hija.

Me pregunté cómo podría despertarla sin que se sobresaltase. Pero... ¿por qué hay que despertar a los sonámbulos? ¿Por miedo a que se hagan daño? Nunca he oído que les suceda nada cuando están en trance, salvo cuando se les despierta. ¿Por qué iba a interferir? No estaba viviendo una pesadilla dolorosa, ni llena de miedos, sino un sueño evidentemente placentero, una asociación mental que iba más allá del despertar

y de toda posibilidad de comprensión. ¿Qué derecho tenía yo a estropeárselo? Retrocedí despacio y tomé asiento en el sillón, decidido a esperar.

En penumbra, la estancia parecía hervir de partículas de luz brillante que se desplazasen de un lado a otro y revoloteasen como nubes de murciélagos. Supongo que en realidad no existían, que eran solamente aguijonazos de fatiga que nadaban en el fluido de mis órbitas oculares, pero resultaron convincentes, ya lo creo. Y parecía cierto que mi hija Ellen irradiase de veras un resplandor no sólo debido a la blancura de su camisón, sino también a su piel. Le vi la cara, y eso que no debiera haberme sido posible en la habitación oscurecida. No me pareció la cara de una chiquilla; tampoco es que fuera la de una persona mayor, pero me pareció madura y bien formada. Tenía los labios cerrados con firmeza, cosa que no solía hacer casi nunca.

Al cabo de un rato, Ellen depositó el talismán con gesto preciso en su sitio, con seguridad, y cerró la puerta acristalada de la vitrina antes de dar media vuelta a la llave de latón. Se volvió, pasó a mi lado y subió la escalera. Dos cosas es posible que imaginara: una, que no caminaba como una niña, sino como una mujer hecha y derecha; dos, que al desplazarse pareció abandonarla toda luminosidad. Puede que sean meras impresiones, criaturas de mi fantasía, pero hay una tercera que no puede serlo. Cuando subió la escalera no se oyó un solo crujido en ninguno de los peldaños. Debía de haber subido muy pegada a la pared, donde los pasos no suscitan quejas de la tablazón.

Al cabo de unos momentos la seguí y la encontré en la cama, dormida y bien tapada. Respiraba por la boca, con el sosiego de una niña dormida.

Seguí un impulso, bajé la escalera y abrí la vitrina. Tomé en las manos el montículo de piedra. Seguía cálido, impregnado del calor de Ellen. Tal como había hecho mil veces en mi niñez, recorrí con la punta del dedo el movimiento interminable e impreso en las circunvoluciones de la superficie. Me sentí reconfortado. Y me sentí por ello más próximo a Ellen.

Me pregunto si la piedra la había acercado también a mí y a los Hawley.

9

El lunes, la perfidia de la primavera la llevó a regresar de golpe al invierno, y amaneció con lluvia, frío y un viento inclemente que hizo trizas los tiernos brotes de los árboles, excesivamente confiados en su afán por retoñar. Los osados, concupiscentes gorriones de los parques, que sólo tienen presente la lujuria, eran zarandeados de acá para allá, arremolinados fuera de su ruta y de sus metas, y prorrumpían en irritadas chácharas contra la inconstancia del tiempo.

Saludé a *Red Baker* por el camino; sacudía la cola de costado cual bandera de batalla. Me miró como se mira a un viejo amigo, entornando los ojos para protegerse de la lluvia.

-De ahora en adelante -le dije- seguiremos siendo buenos amigos, pero me parece de recibo avisarte que nuestras sonrisas, creo, ocultarán una disputa enconada, un conflicto de intereses.

Bien pude añadir algo más, pero era evidente que él estaba deseoso por dar fin a sus tareas y guarecerse cuanto antes.

El Morph llegó puntual. Tal vez me estuviera esperando; es lo más probable.

-Asco de día -comentó, y la gabardina aleteaba en torno a sus piernas henchida por el viento-. Tengo entendido que estuvo de visita en casa de mi jefe.

-Necesitaba asesoramiento. Y también me invitó a tomar el té.

-Es muy capaz de una cosa así.

-Ya sabe usted lo que pasa con los consejos. Uno los acepta solamente si concuerdan con lo que ya tenía previsto hacer.

-Parece que se trata de una inversión.

-Mi Mary quiere comprar muebles nuevos. Cuando una mujer quiere algo, empieza por presentarlo como si fuera una buena inversión.

-No sólo las mujeres. Yo hago lo mismo.

-Ah, claro, pero es que el dinero es suyo. Quiere hacer algunas compras, ver si encuentra alguna ganga...

En la esquina de High Street vimos cómo arrancaba el viento un rótulo de latón en la fachada de la juguetería de Rapp, para hacerlo rodar por media calle con el estrépito de un accidente de circulación.

-Me han comentado que su jefe está pensando en irse de viaje a Italia.

-No lo sé. Y me parece extraño que no lo haya hecho antes, porque esas familias suelen estar muy unidas.

-¿Tiene tiempo para tomarse un café?

-Tendrá que ser deprisa. Después de tanto día festivo seguramente tendré una mañana de mucho ajetreo.

-¡Oh, vamos! La vida hay que vivirla. Y un amigo íntimo del señor Baker bien puede tomarse un rato libre para paladear una taza de café.

Conste que no lo dijo con el tono de mala intención que parece revestir por escrito. Ese hombre es capaz de decir cualquier cosa con absoluta inocencia.

En todos estos años no había entrado ni una sola vez al Foremaster Grill para tomar una taza de café. Seguramente era el único de toda la ciudad que no lo frecuentaba. Nos acomodamos en sendos taburetes ante la barra y la señorita Lynch -había sido compañera mía de clase cuando éramos pequeños- nos sirvió los cafés sin derramar una gota en el platillo. Con los dos platos golpeó una diminuta jarrita de leche; la señorita Lynch hizo rodar sobre el mostrador dos azucarillos como si fueran dos dados y hubiera salido el uno doble, de modo que Morph exclamó:

-Los ojos de la serpiente; la banca gana.

Señorita Lynch... Ay, señorita Lynch. Lo de «señorita» ya formaba parte inseparable de su nombre, de su propia persona. Supongo que jamás conseguirá amputárselo. Se le enrojece la nariz más y más a cada año que pasa, pero es por culpa de la sinusitis, no por darle al frasco.

-Buen día, Ethan -dijo-. ¿Estáis celebrando algo?

-Es él quien me ha traído -respondí, y a modo de experimento, por probar a ser amable, añadí-: Annie.

Volvió la cabeza como si alguien acabara de disparar un tiro al aire y, a medida que la idea se concretó y se le metió en la cabeza, sonrió muy despacio; podrá parecer increíble, pero volvió a ser la misma que cuando estábamos en quinto de primaria, la naricilla roja incluida.

-Me alegro de verte, Ethan -dijo, y se sonó con una servilleta de papel.

-Cuando me enteré, me sorprendió -dijo Morph. Tomó el azucarillo entre los dedos. Tenía las uñas impecables-. Uno se forma una idea, se le afinca en la cabeza y termina por convencerse de que es verdad. Cuando no es así, uno se queda de pasta.

-No sé de qué me habla.

-Ya. Yo creo que tampoco. Malditos envoltorios... ¿Por qué no los pondrán sueltos en un cuenco?

-Será porque la gente usaría muchos más.

-Supongo que sí. Una vez conocí a un tipo que vivió una temporada sólo a base de azúcar. Iba al expendedor automático. Diez centavos por una taza de café. Se tomaba la mitad y la rellenaba de azúcar. Al menos, no se murió de hambre el buen hombre.

Como de costumbre, me pregunté si el tipo en cuestión no sería el propio Morph: un Morph, eso sí, extraño, encallecido, sin hacerse la manicura. Creo que era un hombre con muy buena educación, aunque debida tan sólo a sus procesos, a su técnica de pensamiento. Su erudición ocultaba un dialecto mundano, el lenguaje de los brillantes, duros, descarados literatos.

-¿Por eso echa solamente un terrón de azúcar? -le pregunté.

-Cada cual tiene su teoría -sonrió-. Igual da que un tipo sea de lo más *beat,* que sus teorías tendrá. Y una teoría te puede llevar al huerto por el mero hecho de seguirla, en vez de seguir las señales de tráfico. Me temo que eso es lo que me llamó a engaño con respecto a su jefe.

Había transcurrido una eternidad desde la última vez en que tomé café fuera de casa. Aquello no era gran cosa. En realidad, era un mejunje que ni siquiera sabía a café, pero estaba caliente. Y como se me derramó una gota en la camisa, también sé que era marrón.

-Creo que no entiendo bien lo que me quiere decir.

-Trato de averiguar de dónde sale esa idea. Supongo que será porque él me dijo que lleva aquí cuarenta años, que no es poco. Creo que si hubiera dicho treinta y siete o treinta y ocho, fantástico, pero cuarenta suena raro.

-Sigo sin ligar...

-Es que eso nos llevaría a 1920. ¿Sigue sin captarlo? Cuando uno trabaja en un banco hay que calar enseguida a la gente, ponerse a cubierto, pillar a los posibles embaucadores. ¿No me entiende? Muy pronto se encuentra uno con un conjunto de reglas inapelables. Ya ni siquiera se piensa en ello: todo encaja automáticamente. Y uno se puede equivocar. Tal vez viniera en 1920. Yo podría ser el que está equivocado.

Me terminé el café.

-Hora de que me largue -dije.

-También usted me desorienta -dijo Morph-. Si me hiciera preguntas, difícil sería que yo se las contestase. Pero no hace preguntas, de modo que se lo puedo decir con toda paz. En 1921 se aprobó la primera ley de emergencia sobre la inmigración.

-¿Y qué?

-En 1920 pudo haber llegado. En 1921 es improbable que pudiera.

-¿Y?

-Pues... que será mi cerebro de alimaña, pero me da en la nariz que llegó después de 1921 y por la puerta de atrás. Por eso no puede volver a su patria: porque le resulta imposible conseguir un pasaporte para salir del país.

-Dios, cómo me alegro de no ser banquero.

-Pues seguramente sería mejor que yo. Yo en el fondo hablo demasiado. Si regresa es que estoy equivocado. Espere, yo también me voy. Le invito al café.

-Adiós, Annie -le dije.

-No dejes de volver, Ethan. Nunca te dejas ver por aquí.

-Descuida, lo haré.

Al cruzar la calle, Morph tomó la palabra.

-Que su eminencia el siciliano no se entere de que ando por ahí diciendo que es carnaza de expatriación, ¿de acuerdo?

-¿Y por qué iba yo a decírselo?

-¿Porque lo he dicho yo? A propósito: ¿qué lleva en ese estuche?

-La pluma del sombrero de caballero templario. Está amarillenta. Voy a ver si me la pueden blanquear.

-¿Pertenece usted a la orden?

-Son cosas de familia. En realidad, somos masones desde antes de que George Washington alcanzase el grado de Gran Maestre.

-¿En serio? ¿Y el señor Baker también?

-También es propio de su familia, sí.

Habíamos llegado al callejón. Morph buscó en los bolsillos la llave de la puerta posterior del banco.

-Será por eso que al abrir la caja de seguridad parece una reunión en una logia. Lo mismo daría que sujetásemos cirios encendidos. Parece una ceremonia sagrada.

-Morph -le dije-, esta mañana está usted que se sale. Parece que la Pascua no lo ha purificado en absoluto.

-Lo sabré de aquí a una semana, ocho días a lo sumo. De veras. A las nueve de la mañana en punto nos ponemos los dos ante el sacramento más sagrado. Entonces se acciona la cerradura sincronizada y el padre Baker se postra de hinojos, o hace una simple genuflexión, y abre la caja fuerte y todos nos prosternamos ante el Gran Dios Moneda.

-Morph, está usted como una cabra.

-Quién sabe. Maldita sea la cerradura. Se podría abrir con un picahielos, pero no con la llave que le corresponde. -Meneó la llave en el cerrojo y la emprendió a empellones con la puerta, hasta que por fin la pudo abrir. Sacó un kleenex del bolsillo y lo embutió en el ojo de la cerradura.

A punto estuve de preguntarle si eso no era peligroso.

Respondió sin necesidad de que formulase yo la pregunta.

-Este maldito trasto no se abre ni a la de tres. Claro que Baker se cuida muy mucho de comprobar que está cerrado en cuanto abre la caja fuerte. Insisto en que no transmita mis dudosas sospechas a Marullo, ¿entendido? Es demasiado solvente.

-Entendido, Morph -le dije, y me volví hacia la puerta de la tienda, hacia mi lateral del callejón. Miré en derredor, por si rondaba el gato que tanto se empeña en entrar, pero no vi ni rastro.

Una vez dentro, la tienda me pareció transformada, distinta. Vi cosas que jamás había visto, mientras se me pasaron por alto cosas que de siempre me habían preocupado e irritado incluso. ¿Por qué no iba a ser así? Basta con mirar el mundo con ojos nuevos, e incluso con gafas nuevas, para que -¡presto!- el mundo se rehaga por completo y cobre otro aspecto distinto.

La válvula floja de la vieja cisterna goteaba entre susurros. Marullo era incapaz de cambiarla por la sencilla razón de que no se medía el consumo de agua, de modo que daba igual que perdiera. Me dirigí a la entrada de la tienda y tomé una pesa de un kilo de la anticuada balanza de platillos. Volví al retrete y colgué la pesa de la cadena, enganchándola de la ranura por la anilla de madera de roble. Se descargó la cisterna y siguió vaciándose. Volví a la parte delantera de la tienda y agucé el oído; distinguí con toda claridad el ruido del agua que rezongaba y se precipitaba en el inodoro. Es un ruido inconfundible. Coloqué de nuevo la pesa en su sitio, sobre la balanza, y ocupé el

que me correspondía, en el púlpito, tras el mostrador. Mi congregación de fieles esperaba alineada en los estantes. Pobres diablos; era imposible que se largasen de allí. Me fijé en particular en la careta de Mickey Mouse que sonreía desde la caja, en el banco de los preparados para el desayuno. Me acordé de la promesa que le había hecho a Allen. Tomé el artilugio con el que se pescan los objetos de las estanterías más altas, una especie de pinza unida a un palo de escoba, y enganché una de las cajas para colocarla bajo mi chaqueta, en la trastienda. De vuelta al público, el siguiente Mickey Mouse de la hilera me sonreía igual que el anterior.

Metí la mano tras las latas de conserva y saqué la bolsita de lino gris donde guardamos los cambios de la caja registradora. Me acordé de otra cosa de repente y metí la mano más adentro aún, hasta encontrar el viejo y grasiento revólver del calibre 38 que estaba allí desde siempre. Era un Iver Johnson con baño de plata, aunque estaba bastante descascarillado. Lo abrí. Los proyectiles estaban verdes de herrumbre. El tambor estaba tan atorado de grasa antiquísima que cedió con bastante dificultad. Guardé el arma deteriorada, y posiblemente peligrosa, en el cajón de debajo de la caja registradora; saqué un delantal limpio, me lo até a la cintura doblando en un pliegue la parte superior para que no se viesen las cintas.

¿Hay acaso alguien que alguna vez no se haya preguntado por las decisiones, las hazañas, las campañas de los poderosos de la tierra? ¿Nacen tal vez del raciocinio, las dicta la virtud o bien -al menos algunos- son mero producto de un accidente, una ensoñación, un capricho de la imaginación, de los cuentos que nosotros mismos nos contamos? Por lo que a mí respecta, sé de sobra cuánto tiempo llevo dedicado a un juego de la imaginación, pues sé al dedillo que comenzó con los consejos impartidos por Morph de cara a un atraco perfecto. Había repasado y meditado sus palabras con un placer infantil que los adultos por lo general no reconocerían jamás. Era un juego, una partida en paralelo a la vida de la tienda: todo lo que había acontecido parecía encajar con toda exactitud en su sitio. El inodoro cuya cisterna perdía agua, la careta de Mickey Mouse que quería Allen, el relato del modo de apertura de la caja fuerte. Nuevas curvas, nuevos ángulos encajaban uno a uno en su sitio, como el kleenex metido a presión en el cerrojo del callejón, en la puerta de atrás del banco. Poco a poco, el juego fue cobrando nuevas dimensiones, aunque hasta esta mañana fuera única y exclusivamente en mi imaginario. Colocar la pesa de un kilo en la cadena del retrete fue la primera contribución física que hice a ese ballet mental. Sacar la vieja pistola fue la segunda. Empecé a preguntarme por el modo de sincronizarlo todo. El juego aumentaba también por lo que a la exactitud se refiere.

Aún uso el viejo reloj de plata, reloj de ferroviario, marca Hamilton, que perteneció a mi padre. Las manecillas son gruesas y los dígitos grandes y negros. Es un magnífico reloj para dar la hora, ya que no por su belleza. Esta mañana me lo guardé en el bolsillo de la camisa antes de ponerme a barrer la acera de delante de la tienda. Y verifiqué la hora, de modo que a las nueve menos cinco tenía ya la puerta abierta y había dado los primeros escobazos decididos por la acera. Es asombroso la basura que se acumula en un simple fin de semana. Como había llovido, la basura era más bien un barrizal.

Qué maravilloso instrumento de precisión es nuestro banco, igualito que el reloj de ferroviario que fuera de mi padre. A las nueve y cinco, el señor Baker llegó por sotavento, por Elm Street. Harry Robbit y Edith Alden debían de estar al tanto, pues salieron del Foremaster Grill y se unieron con él a mitad de la calle.

-Buen día, señor Baker -le grité-. Buen día, Edith. Buen día, Harry.

-Buen día, Ethan. ¡Vas a tener que pegar un manguerazo!

Y entraron en el banco.

Dejé apoyada la escoba a la entrada de la tienda, tomé el peso de la báscula, me coloqué tras la caja registradora, abrí el cajón y seguí con el resto de mi rápida pero decidida pantomima. Me metí en la trastienda, colgué el peso de la cadena del retrete. Me remetí el delantal bajo la cinturilla, me puse la gabardina, salí a la puerta de atrás y la abrí una rendija. Cuando la manecilla negra del minutero de mi reloj cruzó la frontera de las doce, comenzó a tronar la campana de los bomberos. Conté ocho pasos por el callejón y mentalmente conté otros veinte. Moví la mano, pero no los labios; dejé que pasaran diez segundos, moví la mano de nuevo. Todo esto lo vi en la imaginación; seguí contando mientras con las manos hacía ciertos gestos. Veinte pasos rápidos y decididos, y otros ocho más. Cerré la puerta del callejón, me quité la gabardina, me desenganché el delantal; fui al retrete, quité la pesa de la cadena, dejó de correr el agua; volví al mostrador, abrí el cajón, tomé el estuche del sombrero, lo cerré y aseguré bien la tapa, me planté a la entrada de la tienda. Pasaban dos minutos y veinte segundos de las nueve en punto. No estuvo mal del todo, aunque con más práctica podría hacerlo, sin duda, en menos de dos minutos.

Iba por la mitad de la acera, sin terminar de barrerla, cuando se presentó Stoney, el jefe de policía. Venía del Foremaster Grill.

-Buen día, Eth. ¿Me pone cuanto antes un cuarto de mantequilla, medio de panceta, una botella de leche y una docena de huevos? A mi mujer se le ha terminado todo de golpe.

-Por descontado, jefe. ¿Qué, cómo van las cosas? -le dije a la vez que le preparaba el pedido y se lo iba metiendo en una bolsa de papel.

-Pues todo bien -respondió al punto-. Vine hace un momento, pero oí que estaba usted ocupado en el retrete.

-Me va a costar una semana entera soltar el lastre de tanto huevo duro.

-Muy cierto -dijo Stoney-. Así son las cosas. Cuando a uno le toca, no hay quien se lo impida.

De modo que esa parte funcionaba a pedir de boca.

A punto estaba de marcharse, pero dijo:

-¿Qué le pasa a su amigo, a Danny Taylor?

-No tengo ni idea. ¿Se ha metido en una buena?

-No, al contrario. Tenía una pinta espléndida, se le veía muy aseado. Estaba yo sentado en el coche patrulla, y se me acercó para que le certificara una firma.

-¿Para qué?

-Ni idea. Llevaba dos papeles, pero estaban doblados. No llegué a ver de qué se trataba.

-¿Dos papeles?

-Sí, dos. Firmó dos veces y se la certifiqué las dos.

-¿Estaba sobrio?

-O al menos lo parecía. Se había cortado el pelo y llevaba una corbata.

-Ojalá me lo pudiera creer, jefe.

-Lo mismo digo. Pobre tipo. Supongo que nunca dejan de intentarlo. Bueno, me voy. Tengo que ir pronto a casa. -Y salió al galope. La mujer de Stoney es veinte años más joven que él. Seguí barriendo el grueso de la basura depositada en la acera.

Me sentí francamente mal. Imagino que la primera vez siempre se hace difícil.

No me había equivocado al suponer que la clientela sería abundante. A la mitad de la ciudad se le había terminado las provisiones. Como nuestro reparto de frutas y verduras no llegaba hasta eso del mediodía, no había mucho entre lo cual elegir. Sin

embargo, a pesar de lo poco que había, los clientes me tuvieron toda la mañana sin resuello.

Marullo llegó a eso de las diez y, para variar, me echó una mano: se dedicó a pesar y envolver y cobrar con la caja registradora. No había echado una mano en la tienda desde mucho tiempo atrás. Sobre todo se dedicaba a echar un vistazo antes de marcharse por donde había venido, como un terrateniente absentista. En cambio, esta mañana me echó una mano al abrir las cajas y cajones de productos frescos nada más llegaron. Me pareció que estaba inquieto, que me estudiaba atentamente cuando creía que yo estaba distraído. No tuvimos tiempo para charlar, pero no dejé de notar sus ojos clavados en mí. Pensé que sería por estar al tanto del soborno que yo había rechazado. Tal vez Morph estuviera en lo cierto. Hay una determinada clase de hombres que, si se enteran de que uno ha sido honrado, buscan cuál ha sido la falta de honradez que provocó el gesto. Esa actitud del que recela, del que piensa «¿qué tajada sacará ése de todo esto?», debe de ser particularmente poderosa en los hombres que se la juegan como si la vida misma fuese una partida de póquer. La idea me causó una sonrisa, sólo que muy en el fondo. Ni siquiera afloró una burbuja a la superficie.

A eso de las once llegó mi Mary, resplandeciente con un vestido nuevo de algodón estampado. Estaba guapa y feliz, aunque también sin resuello, como si acabase de hacer algo grato a la par que peligroso. Y así era. Me dio un sobre marrón de papel manila.

-Pensé que te iba a hacer falta -dijo. Dedicó a Marullo esa sonrisa superficial y deslumbrante, de pájaro, que suele dedicar a los que no le caen bien. Y Marullo no le caía bien, ni le gustaba lo más mínimo. Siempre lo achacó al hecho de que a una mujer es imposible que le caiga bien el jefe o la secretaria de su marido.

-Gracias, cariño -le dije-. Muy atento por tu parte. Siento no poder llevarte ahora mismo a dar un paseo en barco por el Nilo.

-Ya se ve que estás muy ocupado.

-¿No se te ha terminado a ti la mitad de la despensa?

-Desde luego que sí. Mira, te traigo la lista. ¿Lo traerás todo esta noche? Ya sé que ahora estás demasiado ajetreado para ponerme el pedido.

-Vale, pero nada de huevos duros.

-No, cariño. Al menos, hasta el año que viene.

-Los conejitos de Pascua estuvieron muy liados.

-Margie quiere que vayamos esta noche a cenar en el Foremaster. Dice que nunca tiene ocasión de agasajarnos.

-Por mí, excelente -le dije.

-Dice que su casa es muy pequeña.

-¿De veras lo es?

-No te dejo trabajar -dijo ella.

Marullo no quitaba ojo del sobre que yo tenía en la mano. Me lo guardé en el bolsillo por debajo del delantal. Se había percatado de que era un sobre de banco. Adiviné que andaba a la caza, con la mente venteando como un terrier en pos de las ratas del basurero municipal.

-No he tenido la oportunidad de agradecerle el detalle de los huevos, señor Marullo -dijo Mary-. A los chicos les gustaron horrores.

-Sólo quise desearles una feliz Pascua -dijo-. Viste usted como la primavera misma.

-Ah, muchas gracias. Me he mojado por el camino. Creí que ya no llovería, pero ha vuelto a caer un chaparrón.

-Llévate mi gabardina, Mary.

-No, no. Ni mucho menos. Seguro que escampa enseguida. Tú sigue atendiendo a tus clientes.

La cosa fue a peor. El señor Baker entró a echar un vistazo, vio toda la gente que estaba haciendo cola y se largó.

-Volveré más tarde -dijo.

Y siguieron viniendo sin cesar hasta el mediodía. Luego, como sucede tantas veces, la clientela dejó de acudir de golpe. Todo el mundo estaba almorzando. Disminuyó el tráfico en la calle. Por vez primera en toda la mañana, no hubo nadie a la espera de que lo atendiera. Bebí más leche del envase que había abierto. Todo lo que tomaba de la tienda, lo anotaba y lo descontaba después de mi paga. Marullo me dejaba las provisiones a precio de mayorista. La diferencia es grande. De otro modo, mucho dudo que hubiéramos podido vivir de mi salario.

Se apoyó en el mostrador y cruzó los brazos, aunque en esa postura le dolían. Se metió las manos en los bolsillos hasta que también así terminaron por dolerle.

-Me alegro mucho de que me haya echado una mano -le dije-. Nunca vi tantas apreturas en la tienda. Claro que no podían seguir tirando de los restos de una ensalada de patatas del día anterior.

-Trabajas de maravilla, muchacho.

-No. Sólo trabajo.

-Qué va. Por algo vuelven siempre. Es porque les caes en gracia.

-Están acostumbrados a verme. Siempre me tienen aquí. -Y tenté la suerte con una pequeña prueba-. Me imagino que arde usted en deseos de ver el caluroso sol de Sicilia. En Sicilia hace calor. Lo sé porque estuve allí durante la guerra.

-Aún no me he decidido -dijo Marullo, y apartó la mirada.

-¿Por qué no?

-Es que hace mucho tiempo que falto de allí. Son cuarenta años. Allí no conozco a nadie.

-Pero tiene parientes.

-Tampoco ellos me conocen a mí.

-A mí me encantaría tomarme unas vacaciones en Italia, pero sin rifle y sin mochila de reglamento. Cuarenta años realmente son mucho tiempo. ¿En qué año llegó usted?

-En 1920. Hace una eternidad.

Así pues, Morph parecía haber dado en el clavo. Tal vez los banqueros, los policías y los agentes de aduana desarrollan un instinto especial para estas cosas. Se me ocurrió entonces otra prueba de mayor calado. Abrí el cajón y saqué el viejo revólver para dejarlo sobre el mostrador. Marullo se llevó las manos a la espalda.

-¿Qué es eso que tienes ahí, muchacho?

-Se me ocurrió que le va a hacer falta un permiso, si es que no lo tiene. La Ley Sullivan, sobre la tenencia de armas, es bastante explícita.

-¿De dónde ha salido?

-Del mismo sitio de siempre.

-No lo había visto nunca. No me pertenece. Debe de ser tuyo.

-No, no es mío. Nunca lo había visto hasta ahora. Pero de alguien tiene que ser. Como resulta que está aquí, ¿no le parece procedente solicitar el permiso? ¿Está seguro de que no es suyo?

-Te digo que no lo había visto jamás. No me gustan las armas.

-Tiene gracia, porque pensé que a todos los capitostes de la mafia les encantaban las armas.

-¿Qué quieres decir con eso de la mafia? ¿Insinúas que yo soy de la mafia?

Hice un chiste todo lo inocente que pude.

-Según tengo entendido, todos los sicilianos son mafiosos.

-Eso es una bobada. Ni siquiera he tenido tratos con la mafia.

Volví a guardar el revólver en el cajón.

-Vivir para ver... -dije-. Bien, puede estar seguro de que yo no lo quiero. Quizá lo mejor sea entregárselo a Stoney, contarle que ha aparecido detrás de alguna cosa, porque así ha sido.

-Eso es lo que tienes que hacer:-dijo Marullo-. No lo había visto en toda mi vida. No lo quiero. No me pertenece.

-Entendido -dije-. Se lo entregaré.

Conforme a la ley Sullivan, hacen falta unos cuantos papeles para conseguir un permiso de armas. Casi tantos, de hecho, como para sacarse un pasaporte.

Mi jefe tenía un hormigueo por todo el cuerpo. Tal vez eran demasiadas las cosas de poca monta que habían ocurrido todas juntas.

La anciana señorita Elgar, princesa real de New Baytown, llegó muy tiesa, con el velamen desplegado a todo trapo. Entre la señorita Elgar y el mundo en general hay dos hojas de cristal irrompible, con un espacio intermedio. Vino a llevarse una docena de huevos. Como me conoce desde que yo era un crío, nunca me ha visto de otra manera. Me di cuenta de que le sorprendía tanto como le complacía el que yo hubiera aprendido a contar las vueltas.

-Te lo agradezco, Ethan -me dijo. Deslizó la mirada sobre el molinillo del café y sobre Marullo, prestando a ambos la misma atención-. ¿Qué tal está tu padre, Ethan?

-Muy bien, señorita Elgar -repuse.

-Preséntale mis respetos, sé buen chico.

-Cómo no, señora. Faltaría más. -No tenía yo la menor intención de corregir su sentido del tiempo. Dicen que todos los domingos aún pone en hora el reloj de su abuelo y le da cuerda, aunque lo tiene electrificado desde hace muchos años. No puede ser nada malo vivir de esa manera, suspenso en el tiempo. No puede ser nada malo, una sucesión interminable de tardes en las que siempre es ahora. Antes de salir hizo una acusada reverencia dirigiéndose al molinillo de café.

-Como una cabra -dijo Marullo cuando se largó, y se apretó el índice contra la sien.

-No cambia nadie. Nadie sale perjudicado.

-Tu padre ha muerto. ¿Por qué no se lo dices?

-Aunque me creyera, se le olvidaría. Siempre me pregunta por él. No hace tanto tiempo que dejó de preguntarme por mi abuelo. Según dicen, era muy amiga del viejo chivo.

-Está como una cabra -remató Marullo. En cambio, por la razón que fuera, sin duda emparentada con la insólita relación que con el tiempo tenía la señorita Elgar, Marullo había recuperado el dominio de sí mismo. Cuesta trabajo darse cuenta de lo sencillo o complicado que puede ser un nombre. Una vez estás demasiado seguro, lo más normal es que te hayas equivocado. Por experiencia y por la fuerza de la costumbre, creo que Marullo había limitado su manera de tratar a los hombres a tres actitudes elementales: la orden, la lisonja, el soborno. Y parece claro que las tres debían de haberle salido a pedir de boca, no pocas veces, para fiarse de ellas por

completo. En sus tratos conmigo, a saber en qué momento había perdido la primera de las tres opciones.

-Eres un buen muchacho -dijo-. Y te tengo también por buen amigo.

-Al viejo Capitán, es decir, a mi abuelo, le gustaba decir que «quien quiera un amigo, que no lo ponga a prueba».

-Inteligente.

-Es que lo era.

-Muchacho, me he pasado el domingo entero pensando. Hasta en la iglesia estuve pensando, sin dejar de darle vueltas.

Sabía que le había preocupado el asunto del soborno, o al menos me lo parecía, de modo que me adelanté para ahorrarle algo de tiempo.

-Habrá sido en ese espléndido regalo, ¿no?

-Sí. -Me miró con admiración-. También tú eres bien listo.

-Pero no tanto como para trabajar por mi cuenta.

-¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Doce años ya?

-Exacto. Demasiado tiempo. Y ya va siendo hora de cambiar, ¿no se lo parece?

-Y nunca te has llevado ni una moneda suelta; nunca te has llevado nada de género sin dejarlo anotado en la libreta.

-A mí la honradez me parece esencial.

-No te lo tomes a broma. Lo que digo es cierto. Yo me encargo de las cuentas. Lo sé mejor que nadie.

-Puede ponerme la medalla en la solapa. Mejor a la izquierda.

-Todo el mundo roba. Unos más, otros menos. Pero tú no.

-A lo mejor estoy agazapado, a la espera de robárselo todo.

-No hagas chistes. Lo que digo, lo digo en serio.

-Alfio, tiene usted una alhaja. No me saque demasiado brillo. A lo mejor se nota que es falsa.

-¿Por qué no nos asociamos?

-¿Con qué base? ¿Con lo que yo gano?

-A lo mejor se nos ocurre algo.

-Entonces no podría robarle a usted sin robarme mis propios dineros.

Se rió con ganas.

-Eres listo, muchacho. Pero no eres un ladrón.

-No ha prestado atención a lo que acabo de decirle. A lo mejor tengo planeado quedarme con todo.

-Eres honesto, muchacho.

-Eso es justo lo que trato de decirle. Cuando más honesto soy, nadie me cree. Le voy a decir una cosa, Alfio: para ocultar nuestros motivos, hay que decir la verdad.

-¿Qué me estás diciendo?

-*Ars est celare artem.*

Movió los labios para decir algo y se echó a reír.

-¡Ja! -exclamó-. ¡Ja, ja, ja! *Hic erat demonstrandum.*

-¿Le apetece una coca-cola bien fría?

-¡Me sentaría fatal! -dijo, y se señaló con ambas manos el abdomen.

-No tiene usted edad para tener problemas de estómago. Ni siquiera tiene cincuenta años.

-Tengo exactamente cincuenta y dos. Y tengo problemas de estómago, te lo aseguro.

-Como quiera. Pero en tal caso, cuando vino aquí, si es que fue en 1920, tenía doce años. A lo que se ve, en Sicilia empiezan pronto a enseñar el latín.

-Yo cantaba en el coro de la iglesia.

-Yo también portaba la cruz del coro. Voy a tomar una coca-cola, Alfio -le dije-. Usted piense en una forma de que yo compre una parte del negocio, que la estudiaré encantado. Pero le advierto por adelantado que no tengo dinero.

-Ya veremos.

-Sin embargo, voy a tener dinero.

Me clavó la mirada en la cara, como si no pudiera quitármela de encima.

-*lo lo credo* -dijo Marullo en voz baja.

El poder, que no la gloria, me inundó por entero. Abrí una coca-cola y, con el primer trago, miré a través de la botella castaña hacia los ojos de Marullo.

-Eres un buen muchacho -dijo por enésima vez, y me estrechó la mano antes de largarse de la tienda.

Impulsivamente, lo llamé.

-¿Cómo tiene el brazo?

-Ya no me duele -dijo volviéndose para mirarme con aire de asombro. Y siguió su camino hablando para sus adentros-: Ya no me duele -repitió.

De pronto volvió sobre sus pasos, visiblemente excitado.

-Tienes que aceptar ese dinero.

-¿Qué dinero?

-Ese cinco por ciento.

-¿Para qué?

-Tienes que aceptarlo. Podrías comprarme una participación del negocio. Poco a poco, puedes hacerte con tu parte. Pero tienes que proponer que sea el seis por ciento.

-Nanay.

-¿Cómo que no, si yo te digo que sí?

-No lo necesito, Alfio. Si me hiciera falta, lo hubiese aceptado, pero es que no lo necesito.

Lanzó un hondo suspiro.

El ajetreo de la tarde no fue tanto como a la mañana, aunque tampoco fue poca cosa. Siempre se hacía una pausa entre las tres y las cuatro; por lo corriente, de veinte minutos o media hora, nunca sabré el porqué. Luego, la cosa va a más, pero se trata de gente que vuelve a casa del trabajo, o amas de casa que entran a última hora para comprar algo con lo que improvisar la cena.

En ese rato de placidez se presentó el señor Baker. Esperó, contempló el queso y las salchichas de la cámara frigorífica, hasta que se fueron de la tienda dos clientas, dos compradoras torpes, de las que ni siquiera saben qué andan buscando, de las que manosean toda la mercancía, con la esperanza de que algo les salte a los brazos y les pida a gritos que lo compren.

Por fin terminaron la transacción y se fueron.

-Ethan -me dijo-, ¿sabe usted que Mary ha retirado mil dólares?

-Sí, señor. Ella misma me dijo que ésa era su intención.

-¿Y sabe usted para qué?

-Claro que sí. Hace meses que no habla de otra cosa. Ya sabe usted cómo son las mujeres. Se estropea un poco el mobiliario, pero en el momento en que deciden comprar otros muebles nuevos, resulta que los viejos se desvencijan de repente.

-¿No le parece una estupidez gastar ese dinero precisamente en este momento? Ayer le dije que iba a surgir una gran oportunidad

-El dinero es de ella, señor.

-No hablo de jugárselo, Ethan. Hablaba de inversiones seguras. Creo que con esos mil dólares podría haber comprado los muebles dentro de un año sin perder los mil dólares en cuestión.

-Señor Baker, dése cuenta de que no puedo prohibir a mi mujer que se gaste su propio dinero como le venga en gana.

-¿No se le ocurrió persuadirla de lo contrario, razonar con ella?

-No, no se me ocurrió.

-Eso es muy propio de usted, Ethan. Igualito que su padre. Y son bobadas sin fundamento. Si he de ayudarlo a que de nuevo levante la cabeza, no puedo admitir esas bobadas sin fundamento.

-Como diga, señor.

-Si por lo menos a su mujer le diera por comprar aquí... Pero no, irá a esos establecimientos de descuento y pagará en efectivo. No quiero ni pensar qué comprará. Los comerciantes de aquí tal vez le cobrasen más, pero si se presenta alguna complicación seguro que se la resuelven sobre la marcha. Tendría que imponerse usted, Ethan. Obligue a que vuelva a depositarlo. O dígale que ponga su dinero en mis manos. De eso, le aseguro que jamás se arrepentiría.

-Es el dinero que le dejó su hermano en herencia, señor.

-Ya lo sé. Cuando vino a retirar esa cantidad traté de convencerla. De pronto, su mirada se volvió vaga y azul. Dijo que le apetecía mirar por ahí. Y digo yo: ¿no puede ir a mirar lo que quiera sin llevar mil dólares en el bolso? Si ella no es tan sensata, usted debería hacer gala de más sentido común.

-Será que me falta la práctica, señor Baker. Verá usted: desde que nos casamos, nunca hemos tenido dinero.

-Pues entonces más le vale aprender. Y más le vale aprender deprisa. De lo contrario, el dinero no le va a durar mucho tiempo. Las ganas de gastar, para algunas mujeres, son iguales que una droga.

-No creo que Mary tenga ocasión de adquirir ese hábito, señor.

-Descuide, ya verá cómo sí. Deje que sepa a qué sabe la sangre y se volverá una asesina.

-Señor Baker, no creo que lo pueda decir en serio.

-Yo tampoco.

-Nunca ha existido esposa más cuidadosa con el dinero. A la fuerza tuvo que serlo.

Por la razón que fuera, él había desencadenado una tempestad.

-Es usted quien me decepciona, Ethan. Si vamos a hacer algo juntos, es preciso que imponga su criterio y que mande dentro de su propia casa. Creo que podrían haber esperado un poco para comprar muebles nuevos.

-Yo sí. Ella no.

Se me ocurrió que tal vez los banqueros adquieran una mirada dotada de rayos X en cuestiones de dinero. Me pareció posible que el señor Baker estuviera viendo el sobre a través de mis ropas.

-Trataré de razonar con ella, señor Baker.

-Ya, pero será si no se lo ha gastado todo. ¿Está ahora en casa?

-Dijo que iba a tomar un autobús a Ridgehampton.

-¡Dios del Cielo! ¡Despídase de los mil dólares!

-Ya, pero aún le queda algo de capital.

-Ésa no es la cuestión. El dinero es la única manera que tiene usted de entrar en el negocio.

-Dinero llama a dinero -susurré.

-Así es. Si lo pierde de vista, seguirá siendo un simple dependiente el resto de su vida.

-Lamentaría que así fuese.

-Más le vale ser usted el que imponga las normas en casa.

-Las mujeres son curiosas, señor. A lo mejor, como ayer habló usted de hacer inversiones a ella se le metió en la cabeza que es bien fácil de hacer.

-Pues póngale los puntos sobre las íes, porque sin dinero es imposible hacer dinero.

-¿Le apetece una coca-cola bien fría, señor?

-Sí, gracias.

No quiso beber directamente a morro. Tuve que abrir un paquete de vasos de papel. Al menos se sosegó un poco. Murmuró como el trueno cuando se bate en retirada.

Entraron dos señoras de color que viven al otro lado de las vías del tren. El señor Baker tuvo que tragarse la coca-cola y la rabia.

-Hable con ella -me dijo enfurecido, y salió con aire de enojo antes de cruzar la calle para encaminarse a su casa. Me pregunté si la cólera tendría alguna relación con la suspicacia, pero no me lo pareció. No, creo que estaba colérico sólo porque se dio cuenta de que había perdido la costumbre de mandar. No es tan raro enfurecerse con alguien que no hace caso de tus consejos.

Las señoras de color eran de trato amable. Al otro lado de la vía del tren hay una comunidad de negros que son muy buena gente. No vienen a comprarnos mucho, pues tienen su propia tienda; sólo de vez en cuando vienen a hacer alguna que otra compra con mero afán de comparar, por ver si sus lealtades raciales no les salen demasiado caras. Más que compras hicieron preguntas sobre los precios. Las comprendí. Además, eran hermosas mujeres, con sus piernas largas, esbeltas, bien torneadas. Es una maravilla lo que puede hacer por el cuerpo humano la carencia de la desnutrición en la infancia. Y, ya que hablo de eso, por el espíritu también.

Antes de la hora de cierre llamé a Mary.

-Pichoncíto, voy a llegar un poco tarde.

-No te olvides de que cenamos con Margie en el Foremaster.

-Descuida, no me olvido.

-¿Cuánto vas a tardar?

-Diez minutos, un cuarto de hora. Quiero bajar al puerto y echar un vistazo a la draga.

-¿Para qué?

-Estoy pensando en comprarla.

-¡Caramba!

-¿Quieres que compre algo de pescado?

-Si ves algún lenguado que tenga buena pinta... No creo que haya mucho más.

-De acuerdo. Voy pitando.

-No quiero que tardes. Tienes que bañarte y cambiarte de ropa. Vamos al Foremaster, ya sabes.

-No tardaré, mi bella, mi adorada. No veas la reprimenda que me ha echado el señor Baker por dejarte gastar los mil dólares.

-¿Cómo se le ocurre al viejo chivo?

-¡Mary, Mary! ¡Que las paredes tienen oídos!

-Dile de mi parte lo que puede hacer con sus sermones.

-No puede hacer nada. Además, él cree que eres una cabeza de chorlito.

-¿Cómo?

-Y que yo soy una tontería andante. Ya sabes cómo soy.

Mary rió con su risa adorable. Es algo que aún me pone la carne de gallina de puro placer y me eriza el alma.

-Date prisa, cariño -dijo-. No tardes en venir.

Y es de ver cómo se siente uno cuando le dicen eso. Cuando colgué, me quedé un momento pegado al teléfono, sin fuerzas, conmovido, feliz, si es que se puede estar así al mismo tiempo. Traté de recordar cómo era la vida antes de Mary, pero no pude; quise pensar en cómo sería sin ella y tampoco logré imaginarla. Sería una condición luctuosa, un tarjetón bordeado de negro. Todo el mundo, en un momento u otro, escribe su epitafio. El mío sería: «Adiós, cobarde».

Ya se había puesto el sol tras las colinas del oeste, aunque una gran nube algodonosa aún prendía toda su luz y la proyectaba sobre el puerto, sobre el rompeolas y el mismo mar, de modo que, a lo lejos, la espuma de las olas adquiría tintes rosáceos. Los pilares del muelle son columnas formadas por tres troncos cada una, sujetos por una abrazadera de hierro, ordenados de mayor a menor, protegidos por pilotes para que no los magulle el hielo del invierno. En lo alto de cada una se veía una gaviota inmóvil, por lo común un macho de plumaje blanco, inmaculado, y alas gris claro. Me pregunto si cada uno es dueño de su sitio, si puede alquilarlo o venderlo a su antojo.

Habían entrado a puerto algunos barcos pesqueros. Conozco a todos los pescadores, los conozco desde siempre. Y Mary tenía razón. Sólo traían lenguado. Le compré cuatro estupendas piezas a Joe Logan y esperé a que me los filetease, deslizando el cuchillo por la espina con la facilidad con que hubiera hendido el agua. Si hay en primavera un tema de conversación que no falla, es cuándo llegará el rodaballo. De pequeños decíamos que cuando florecen los lirios aparece el rodaballo, pero no es infalible. Me da la impresión de haberme pasado la vida oyendo que los rodaballos aún no han llegado, o que ya han emigrado a otros caladeros. Y es de ver qué bellos son cuando se los consigue, esbeltos como la trucha, limpios, plateados como la misma plata. Joe Logan no había pescado ni uno solo.

-A mí lo que me gusta es el pez globo -dijo Joe-. Tiene gracia: tú lo llamas así y nadie los quiere ver ni en pintura, pero como los llames «pollo de mar» te los quitan de las manos.

-¿Cómo está tu hija, Joe?

-Pues parece que mejora, pero enseguida vuelve a decaer. Me está matando.

-Qué lástima. Lo siento.

-Si hubiera alguna cosa que se pudiera hacer...

-Lo sé. Pobrecilla. Aquí tengo una bolsa de papel. Pon los lenguados dentro. Y dale recuerdos de mi parte, Joe.

Me miró un buen rato a los ojos, como si esperase extraerme algún consuelo, algún medicamento.

-Desde luego, Eth -me dijo-. Se los daré.

A este lado del rompeolas faenaba la draga del condado, aspirando el fango con la gigantesca maquinaria, a la vez que las bombas lo propulsaban a lo largo de las tuberías dispuestas sobre los pontones para depositarlo tras los mamparos renegridos y alquitranados, en la orilla. Llevaba encendidas todas las luces de posición, así como dos faros rojos para indicar que estaba faenando. Un pálido cocinero, de blanco gorro

y delantal, se acodó con los brazos desnudos sobre la balaustrada y contempló las aguas turbulentas, en las cuales escupió de vez en cuando. El viento soplaba de tierra, esparciendo el hedor a barro y a conchas putrefactas, a algas podridas, con el dulce aroma a canela de una tarta de manzana recién horneada. La gran pala de la draga subía y bajaba majestuosamente, ahondando en el canal de entrada.

Como un relámpago de color rosa, las velas de un yate esbelto captaron el último resplandor del día, viraron, perdieron la luz. Volví a caminar y doblé a la izquierda, por delante de la nueva dársena y del viejo club náutico, de la Sala de la Legión Americana, con los cañones pintados de marrón y montados en los flancos de la escalinata.

A pesar de lo avanzado de la hora aún seguían trabajando en el astillero, tratando de repintar y reparar todos los barcos antes de que llegase el verano. El insólito frío de ese comienzo de la primavera había atrasado los trabajos de pintura, calafateado y barnizado.

Dejé atrás el astillero y los tinglados y bajé por el trecho que cubre la maleza en dirección al puerto, pero cambié de idea y volví sobre mis pasos hacia la desvencijada chabola en que vivía Danny Taylor. Y silbé una vieja tonada, por más que a él con toda seguridad no le hiciese ninguna gracia.

Y así fue, porque en la chabola no había nadie, si bien yo estuve seguro, con tanta certeza como si lo estuviera viendo, de que Danny estaba escondido entre la maleza, tal vez entre los grandes maderos esparcidos por doquier. Como sabía además que iba a regresar en cuanto yo me hubiera largado, saqué el sobre de papel manila del bolsillo y lo coloqué sobre su catre antes de marcharme sin dejar de silbar, aunque no sin parar un momento para decir en voz baja.

-Adiós, Danny. Buena suerte.

Volví silbando por las calles, hasta Porlock y las grandes mansiones de Elm Street, por donde llegué a la mía, a la casa de los Hawley.

Encontré a mi Mary en el ojo de una tormenta, rotando lentamente, en calma, en medio de los residuos, desplazando a cada paso potentes rachas de viento. Dirigía toda esa devastación vestida sólo con la combinación de nylon blanco y unas chinelas; llevaba el cabello recién lavado, sujeto con rulos en toda la cabeza, como una larga ristra de salchichas finas. No recuerdo cuándo fue la última vez en que salimos a cenar a un restaurante. No nos lo podíamos permitir, habíamos perdido la costumbre. La excitación de Mary contagiaba a los chicos, situados en la linde de su personal huracán. Les dio de cenar, les ordenó asearse, emitió órdenes, rescindió órdenes. El burro de la plancha estaba en la cocina, con mis mejores prendas de vestir ya planchadas y colgadas del respaldo de las sillas. De vez en cuando, Mary tascaba su galope desaforado para darle una pasada con la plancha al vestido que se pensaba poner. Los chicos estaban demasiado excitados para cenar nada, pero cumplieron las órdenes.

Tengo cinco trajes de los mejores, que no es mal número para ser un mero dependiente. Los conté tal como estaban, colgados del respaldo de las sillas. Se llamaban Azul Viejo, Duke Marrón George, Gris de Dorian, Negro de Funeral y, cómo no, Dobbin.

-¿Cuál te parece que me ponga, tesoro?

-¿Tesoro? ¡Ah! Verás... No es una ocasión formal, es lunes por la noche... Yo diría que el Dulce Marrón George o el Dorian, sí, mejor el Dorian. Es bastante serio sin ser serio del todo.

-¿Y la pajarita de lunares?

-Por supuesto.

-¡Papá! -nos interrumpió Ellen-. ¡No te puedes poner una pajarita! Ya eres demasiado viejo para eso.

-No es verdad. Soy joven, alegre y alocado.

-Vas a ser el hazmerreír de todos. Me alegro de no ir con vosotros.

-Yo también me alegro. ¿De dónde sacas la idea de que soy tan viejo que se reirán de mí por llevar la pajarita?

-Bueno, es que no eres viejo, pero sí lo eres para llevar pajarita.

-Eres una pequeña conformista.

-Si tú te empeñas en ser el hazmerreír...

-Eso es lo que quiero ser. Mary, ¿tú no quieres que sea un hazmerreír?

-Dejad en paz a vuestro padre, que se tiene que bañar. Te dejé una camisa encima de la cama.

-Voy por la mitad de mi redacción sobre «Yo amo América» -dijo Allen de pronto.

-Eso está bien. Me alegro, porque apenas llegue el verano te voy a poner a trabajar.

-¿A trabajar?

-En la tienda.

-¡Ah! -No pareció precisamente entusiasmado.

Ellen prorrumpió en una exclamación, pero una vez le prestamos atención ya no dijo nada. Mary repitió las ochenta y cinco cosas que debían hacer los chicos, y las que no, mientras no estuviéramos en casa. Me metí en el cuarto de baño.

Trataba de ponerme la pajarita de lunares, la única pajarita de lunares que tengo, cuando Ellen se apoyó en el quicio de la puerta.

-Estarías estupendamente si fueras más joven -dijo con terrible feminidad.

-Cariño, cuando te cases se las vas a hacer pasar canutas a tu feliz marido.

-En el instituto, ni siquiera los del último curso se pondrían una cosa así.

-El primer ministro de Inglaterra, Macmillan, sí que la usa.

-Eso es distinto. Papi, ¿es trampa copiar algo de un libro?

-Explícate.

-A ver: si una persona... Si yo estuviera escribiendo mi redacción y tomase parte de un libro, ¿qué pasaría?

-Pues que depende de cómo lo hagas.

-Según tú dices, explícate.

-¿No será «como dices tú»?

-Sí.

-Pues si lo pones entre comillas y añades una nota a pie de página refiriendo quién lo ha escrito, daría más dignidad y autoridad a tu trabajo. Creo que la mitad de lo que se escribe en América son citas, cuando no son antologías. ¿Ahora te gusta más mi corbata?

-Supongamos que no pusiera las comillas.

-Entonces sería un robo como cualquier otro. No habrás hecho eso, ¿verdad?

-No.

-Entonces, ¿qué problema tienes?

-¿Te pueden meter en la cárcel?

-Podrían... Si recibes dinero a cambio de hacerlo. No lo hagas, mi niña. Ahora, ¿qué te parece mi corbata?

-Pues que eres imposible -dijo.

-Si piensas reunirte con el resto de la familia, puedes decirle al tarugo de tu hermano que le he traído la.dichosa careta de Mickey Mouse, y que me da vergüenza.

-La verdad es que nunca escuchas con atención.

-Sí que lo hago.

-No, no es verdad. Y un día te vas a arrepentir.

-Adiós, Leda. Saludos al cisne.

Se alejó con languidez, voluptuosa y pequeña en su niñez. Las niñas me vuelven loco. A fin de cuentas, resultan ser niñas.

Mi Mary estaba radiante, hermosísima. Una luz interior se le derramaba por todos los poros. Me tomó del brazo cuando íbamos caminando por Elm Street, bajo las copas de los árboles, a la luz de las farolas. Juro que nuestros pasos eran medidos al avanzar con la misma ternura y el orgullo de los purasangres cuando llegan a la jaula de salida.

-¡Es preciso que vengas a Roma! Egipto ya no es suficientemente grande para ti. Te llama el gran mundo.

Se rió. Juro que su risita cristalina hubiera hecho justicia a nuestra propia hija.

-Tenemos que salir más a menudo, cielo.

-¿Cuándo?

-Cuando seamos ricos.

-¿Y eso? ¿Cuándo ha de ser?

-Pronto. Voy a enseñarte a llevar zapatos de tacón.

-¿Y encenderás los puros con billetes de diez?

-No, de veinte.

-Me gustas.

-Caramba, señora. Debería decírmelo más a menudo. ¿No ve que me pongo colorado?

No hace mucho tiempo que los dueños del Foremaster colocaron unas vidrieras con vistas a la calle, rematadas por cuadraditos de cristal de botella, con el afán de dar al lugar un aire más anticuado y auténtico. Y lo consiguieron, sin duda. Lo curioso es que las personas que se sientan en las mesas de los miradores se ven con la cara distorsionada por las aguas del cristal. Una cara es todo mentón, otra es un enorme ojo vacío. Sin embargo, fue un buen subrayado de la autenticidad del Foremaster, igual que los geranios y lobelias que decoraban los alféizares.

Margie nos estaba esperando, perfecta anfitriona de los pies a la cabeza. Nos presentó a su acompañante, un tal señor Hartog, de Nueva York, con bronceado de lámpara de rayos solares y una dentadura que parecía tomada de *Country Genlteman.* El señor Hartog me recordó un envoltorio cubierto de laca, pero es cierto que contestaba a todas las frases con una risa de admiración. Ésa fue su aportación a la charla. No estuvo nada mal.

-¿Qué tal les va? -dijo Mary.

El señor Hartog rió.

-Espero que esté al tanto de que su acompañante es una bruja.

El señor Hartog rió. Reinaba el buen humor.

-He pedido una mesa junto al ventanal -dijo Margie-. Es aquélla.

-También has encargado flores en especial, Margie.

-Mary, algo tengo que hacer para devolveros vuestras muchas amabilidades.

Siguieron por ese derrotero hasta después de que Margie nos acomodara en la mesa. El señor Hartog se reía a cada pausa; era claramente un hombre de buen

conformar. Me propuse cambiar alguna palabra con él, pero tendría que ser más adelante.

La mesa estaba puesta con elegancia, un mantel muy blanco y una cubertería de plata que no lo era, pero que parecía especialmente plateada.

-Yo soy la anfitriona -dijo Margie-, y eso significa que mando yo, de modo que martinis para todos, tanto si quieren como si no.

El señor Hartog rió.

Llegaron los martinis no en vasos pequeños, sino en copas grandes como bañeras, adornadas con cortezas de limón. El primer trago sabe un poco a picadura de vampiro, pero surtió sus efectos anestésicos, tras lo cual se suavizaba la copa y al final sabía realmente bien.

-Vamos a tomar dos -dijo Margie-. La comida está muy bien, pero tampoco es como para tirar cohetes.

Les conté entonces que desde siempre he tenido la intención de abrir un bar en el que sólo se pudiera servir un segundo martini. Seguro que me haría de oro.

Volvió a reírse el señor Hartog. Aparecieron sobre la mesa otras cuatro bañeras cuando yo todavía paladeaba la primera cáscara de limón.

Con el primer sorbo de la segunda copa, el señor Hartog adquirió el don del habla. Tenía una voz grave pero vibrante, como la de un actor, o un cantante tal vez, o la de un vendedor de un producto que nadie quiere comprar. Tenía una voz de cama.

-La señora Young-Hunt me ha dicho que se dedica usted a los negocios -dijo-. Ésta es una ciudad fascinante, todavía sin estropear, sin explotar apenas.

A punto estaba de explicarle exactamente en qué consistían mis negocios cuando Margie tomó la palabra.

-El señor Hawley es uno de los valores en alza en el condado.

-¿De veras? ¿Y a qué se dedica, señor Hawley?

-A todo -dijo Margie-. Absolutamente a todo, aunque no de un modo manifiesto, como comprenderá usted. -Le brillaba el alcohol en los ojos. Miré a los de Mary, que empezaban a iluminarse. Por eso deduje que ellos dos ya se habían tomado un par de copas antes de que llegásemos nosotros, o que al menos Margie lo había hecho.

-Eso me ahorra el tener que desmentirlo -dije.

El señor Hartog volvió a sus risas.

-Tiene usted una esposa encantadora. Con eso, ya tiene ganada la mitad de la batalla.

-No, ésa es toda la batalla completa.

-Ethan, le harás creer que reñimos y nos peleamos de continuo.

-¡Pues claro que lo hacemos! -Ventilé media copa de un trago y noté el calor que me subía por dentro, hasta detrás de los ojos. Y me quedé mirando el culo de botella de uno de los pequeños paneles del ventanal. Brillaba en ella la llama de las velas y parecía girar despacio. Tal vez fuera auto-hipnosis, pues oí de pronto mi propia voz como si no me perteneciera.

-Margie es la Bruja del Este. Un martini no es una copa. Es una poción. -El brillo del cristal me tenía hechizado.

-¡Oh, no! Siempre me había tenido por Ozma. ¿No era mala la Bruja del Este?

-Ya lo creo que lo era.

-¿Y no se derritió al final?

A través de las desigualdades del cristal vi caminar a un hombre por la acera. Estaba deformado por las distorsiones, pero llevaba la cabeza ladeada a la izquierda y caminaba de un modo curioso, con la parte exterior de los pies. Así caminaba Danny.

Me vi levantarme de un salto y correr tras él; me vi llegar hasta la esquina de Elm Street, pero ya había desaparecido. Tal vez se hubiera escondido en el jardín trasero de la segunda casa. «¡Danny, Danny! -lo llamé-. Devuélveme ese dinero. Por favor, Danny, dámelo. No lo tomes. Está envenenado. ¡Yo lo envenené!»

Oí una risa: era el señor Hartog.

-Pues prefiero ser Ozma, la verdad -dijo Margie.

Me sequé las lágrimas con la servilleta.

-Tendría que limitarme a beber el alcohol, y no humedecerme los ojos con él. Quema.

-Se te han puesto rojos los ojos -dijo Mary.

No pude volver del todo al espíritu de la cena, a pesar de lo cual me oí hablar y contar anécdotas y escuché a mi Mary reír que daba gloria, de modo que es de suponer que estuve divertido, encantador incluso, por más que me fuera imposible volver del todo a la mesa. Y creo que Margie se dio perfecta cuenta. Me miraba como si me formulase una pregunta disimulada, maldita sea. Era una bruja.

No sé qué platos cenamos. Sí recuerdo el vino blanco, de modo que seguramente fue pescado. El cristal quebradizo giraba como una hélice. Y luego tomamos brandy, de modo que seguramente tomé café. Y luego terminó todo.

Al salir, cuando Mary y el señor Hartog se adelantaron unos pasos, Margie me abordó de inmediato.

-¿Adonde has ido?

-No sé a qué te refieres.

-A que no estabas del todo presente con nosotros. Sólo estuviste en parte.

-¡*Vade retro,* bruja!

-Entendido, primo -dijo ella.

De camino a casa busqué por las sombras de los jardines. Mary iba cogida de mi brazo, con paso algo inseguro.

-¡Qué bien lo he pasado! -dijo-. Nunca me había divertido tanto.

-Ha estado bien.

-Margie es la perfecta anfitriona. No sé cómo voy a organizar yo una velada que esté a la altura.

-Desde luego que lo es.

-Y tú, Ethan... Sabía que puedes ser muy gracioso, pero es que hoy no hemos parado de reír con tus chistes. El señor Hartog me ha dicho que le entró la risa floja cuando te oyó hablar del señor *Red Baker.*

¿Les había contado yo eso? Seguramente. ¡Ay, Danny! ¡Devuélveme el dinero, por favor!

-Eres todo un espectáculo -me lisonjeó mi Mary. Y en la entrada de casa la sujeté tan fuerte que se quejó-. Estás bebido, amor. Me haces daño. Por favor, no despertemos a los chicos.

Tenía la intención de esperar a que se durmiera para salir luego a la chita callando, ir a la chabola, localizarlo, e incluso echarle a la policía encima, pero comprendí que era inútil. Danny se había largado. Supe que ya no lo iba a encontrar. Y me quedé acostado, a oscuras, viendo cómo bailaban las manchas rojas en el agua de mis ojos. Supe lo que había hecho yo, tal como lo sabía Danny. Pensé en la matanza de los conejos. Tal vez sólo se sufra la primera vez. Eso hay que afrontarlo. En el mundo

de los negocios y en la política, el hombre debe abrirse paso entre sus semejantes a mandoble partido, soltando hachazos a diestro y siniestro, si ha de ser el rey de la Montaña. Una vez en lo más alto puede mostrarse magnánimo, bondadoso, pero antes ha de llegar allí.

10

El aeródromo de Templeton se encuentra sólo a unos sesenta kilómetros de New Baytown. Para un avión a reacción, eso supone sólo cinco minutos de vuelo. Llegan cada vez más a menudo, con más regularidad, como enjambres de mortíferos vampiros. Ojalá me despertasen admiración, ojalá les pudiera tener cariño, como le sucede a mi hijo Allen. Tal vez si tuvieran más de una función me sería posible tomarles algún aprecio, pero su único objeto es el de matar, y de eso estoy más que harto. Todavía no he aprendido, como Allen, a localizarlos a oído, según el ruido que hagan. Atraviesan la barrera del sonido con un estruendo que me lleva a pensar en que ha explotado la caldera. Cuando pasan volando en plena noche, se cuelan en mis sueños y despierto con un melancólico malestar, como si tuviera una úlcera en el alma.

Muy temprano pasó una escuadrilla rugiendo como de costumbre, de un modo atronador, y me desperté sobresaltado. Seguramente me habían hecho soñar con aquellos cañones alemanes, las baterías de 88 milímetros, que tanto admirábamos y tanto miedo nos daban a la vez

Húmedo el cuerpo por el sudor del miedo, permanecí tendido mientras aumentaba la luz de la mañana, escuchando esos ovillos de maldad que se devanan en lontananza. Pensé en los tiempos en que ese mismo estremecimiento recorría la piel del mundo entero, y no me refiero a la mente, sino a la piel y a todo lo que cubre. No es tanto por los aviones a reacción, sino por la finalidad que tienen.

Cuando una situación o un problema se tornan algo desmesurado, el ser humano tiene la ventaja de protegerse al no pensar en ello. Sin embargo, es algo que penetra hasta lo más hondo y se mezcla con muchas otras cosas que ya estaban allí de todo lo cual brota la inquietud y la desazón, la culpa y la compulsión de obtener algo, lo que sea, antes de que todo haya desaparecido. Es posible que los psicoanalistas de las cadenas de montaje, los que trabajan a destajo con todo hijo de vecino, no debieran ocuparse de los complejos, ni mucho menos, sino de aquellos cuyas cabezas nucleares un buen día tal vez sean nubes en forma de hongo. A día de hoy tengo la impresión de que prácticamente todo el mundo que me encuentro está nervioso, intranquilo, ruidoso y alegremente enloquecido, como la gente que se emborracha en Nochevieja. Para no olvidar a las viejas amistades, renovar los píos deseos y besar a la esposa del vecino.

Volví la cabeza hacia la mía. No sonreía en sueños. Tenía la boca cerrada, contraída, las comisuras hacia abajo, y los ojos demasiado apretados, de modo que sin duda estaba enferma: ése es el aspecto que se le pone cuando no se encuentra bien. Es la más sana y la mejor esposa del mundo hasta el momento en que se pone enferma, cosa que no sucede a menudo. Entonces se convierte en la más enferma de las esposas que en el mundo existan.

Otra escuadrilla de aviones a reacción reventó la barrera del sonido con una estampida tremenda. Hemos tenido quizás medio millón de años para acostumbrarnos al fuego, y menos de quince para construir el pensamiento necesario y familiarizarnos con esta fuerza extraordinariamente más fiera que la del fuego. ¿Conseguiremos alguna vez que se convierta en una herramienta útil? Si las leyes del pensamiento son las mismas que rigen la materia, ¿es posible que la fisión tenga lugar en el alma? ¿Será eso lo que me ocurre a mí, y a todos en mayor o menor grado?

Recuerdo una historia que me contó la tía Deborah hace ya mucho tiempo. A comienzos del siglo pasado, parte de mi familia pertenecía a una secta llamada «los cambellistas». En aquel entonces Deborah no pasaba de ser más que una cría, pero recordaba que en un momento determinado se anunció la inminencia del fin del mundo. Sus padres renunciaron a todas sus pertenencias, regalaron todo lo que tenían en casa con la sola excepción de las sábanas. En ellas se envolvieron y, a la hora señalada, subieron a las colinas a recibir el Fin del Mundo. Ataviados con las sábanas, cientos de personas se dedicaron a rezar y a entonar salmos. Llegó la noche y arreciaron los cánticos, los bailes; cuando ya casi era la hora surcó el cielo una estrella fugaz, según dijo, y todos los presentes se pusieron a gritar. La tía Deborah aseguraba que aún recordaba el grito con toda claridad; según decía, fue como el aullido de los lobos, las hienas, aun cuando jamás hubiera oído a una hiena. Hombres y mujeres y niños ataviados de blanco contuvieron la respiración. Se prolongaron sin medida aquellos instantes terribles. Los niños se pusieron morados a fuerza de no respirar, y al cabo todo terminó. Lo hecho, hecho estaba; habían sido engañados por creer en la destrucción. Al rayar el alba, descendieron de la colina y trataron de recuperar las prendas que habían regalado, los enseres domésticos, el ganado, la mula y el buey. Y recuerdo haber comprendido con toda exactitud qué mal debieron de sentirse.

Creo que todo eso me lo recordaron los aviones a reacción, semejante esfuerzo desmedido, semejante despilfarro de tiempo y de dinero, sólo para amontonar la muerte. ¿Nos sentiríamos defraudados si jamás la utilizásemos? Podemos lanzar cohetes al espacio exterior, pero no podemos curar la ira ni la desazón.

Mi Mary abrió los ojos.

-Ethan -dijo-, estás hablando en pensamientos. No sé de qué va, pero se te nota a la legua. Deja de pensar, Ethan.

A punto estuve de sugerirle que dejase ella de beber, pero la encontré con un aspecto lastimoso. No siempre sé bien cuándo he de abstenerme de hacer chistes. Esta vez me di cuenta.

-¿La cabeza? -le dije.

-Sí.

-¿El estómago?

-Sí.

-¿Todo el cuerpo?

-Todo el cuerpo.

-Voy a traerte algo.

-Tráeme una tumba.

-Quédate quieta.

-No puedo. He de preparar el desayuno para los chicos.

-Yo me encargo.

-Tienes que ir a trabajar.

Pasado un instante, añadió:

-Ethan, no creo que pueda levantarme. Me siento fatal.

-¿Quieres que llame al médico?

-No.

-No puedo dejarte sola. ¿No puede quedarse Ellen contigo?

-No, tiene un examen.

-¿Quieres que llame a Margie Young para que te haga compañía?

-No le funciona el teléfono. Le están poniendo no sé qué trasto nuevo.

-Puedo ir a visitarla y decírselo.

-Te mataría si la despertaras a estas horas.

-Puedo pasarle una nota por debajo de la puerta.

-No, no quiero que vayas.

-No me cuesta nada.

-No. ¡Que no quiero que vayas! No quiero.

-No te puedo dejar sola.

-Es curioso. Me siento mejor. Creo que me ha sentado bien darte un par de gritos. Sí, desde luego... -dijo, y para demostrármelo se levantó y se puso la bata. Me pareció que estaba mejor.

-Eres una maravilla, cielo.

Me corté cuando me afeitaba. Bajé a desayunar con una bolita roja de papel higiénico pegada a la cara.

No me encontré a Morph mondándose los dientes al pasar. Me alegré, pues no tenía ganas de verlo. Me di prisa, no fuera que apareciese y le diera por pegar la hebra conmigo.

Cuando abrí la puerta del callejón vi un envoltorio marrón del banco que alguien había colado por la ranura. Estaba cerrado. Los sobres del banco son muy resistentes. Tuve que sacar el cortaplumas para abrirlo.

Contenía tres hojas de papel rayado, de bloc de escolar, escritas con un lápiz de mina blanda. Un testamento: «Estando en pleno dominio de mis facultades...» y «En consonancia, yo...». Una nota manuscrita: «Me comprometo a devolver y reconozco mi...». Los dos papeles estaban firmados, la caligrafía era nítidas, precisa. «Querido Eth: esto es lo que tú quieres».

La piel de la cara se me endureció más que el caparazón de un cangrejo. Cerré la puerta del callejón despacio, como cerraría uno una caja fuerte. Doblé con todo cuidado las dos primeras hojas de papel y me las guardé en la cartera. La otra la arrugué, la arrojé al retrete, tiré de la cadena. Es una de esas cisternas antiguas, altas, y la taza tiene una especie de escalón en el conducto de desagüe. La bola de papel se resistió a desaparecer, pero al fina! cedió.

Cuando salí de la trastienda me encontré entreabierta la puerta del callejón. Vaya, creí haberla cerrado. Al acercarme, oí un ruido y levanté la mirada para encontrarme con el maldito gato callejero encaramado a uno de los estantes del almacén, tratando de aferrar con las garras un trozo de panceta colgado a secar. Tomé la escoba y me costó bastante conseguir que saliera al callejón. Cuando salió huyendo de mis embates, le tiré un escobazo y fallé. Se partió la escoba contra el quicio de la puerta.

Esa mañana no hubo sermón para las conservas. No se me ocurrió qué decirles. En cambio, saqué una manguera para limpiar la acera y la alcantarilla. Después limpié la tienda entera, hasta los rincones tiempo atrás olvidados, llenos de polvo. E incluso me dio por cantar:

Ya el invierno de mi desazón

se ha vuelto radiante verano
gracias a este sol de York.

Ya sé que no es una canción, pero me puse a cantarla.

SEGUNDA PARTE

11

New Baytown es una hermosa ciudad. Su puerto marítimo, en tiempos tan importante, se resguarda de los vendavales del nordeste gracias a una isla cercana a la costa. La localidad se encuentra esparcida por un dédalo de aguas interiores que bañan las mareas, que a cada flujo y reflujo se lanza en desaforadas carreras por los estrechos canales que se comunican con el puerto y con el mar abierto. No es que sea una ciudad demasiado populosa ni urbanizada. Con la salvedad de las grandes casas de los balleneros, desaparecidos tiempo atrás, las viviendas son pequeñas y coquetas, distribuidas por espléndidas calles jalonadas de árboles vetustos: robles, arces, olmos, nogales y algún ciprés que otro. Exceptuando los viejos olmos de las primeras calles, la madera local tiende a ser de roble. En otro tiempo, los robledales vírgenes eran

tantos, y tan amplios, que varios astilleros se aprovisionaban en ellos para fabricar las planchas y las quillas, las sobrequillas y las cuadernas.

Al igual que las personas, las comunidades pasan por fases de salud y de enfermedad; también experimentan la juventud y la senectud, las rachas de esperanza y de desolación. Hubo una época en que un puñado de localidades como New Baytown proporcionaban el aceite de ballena que daba luz a todo el mundo occidental. Las lámparas de los estudiosos, incluso en Oxford y en Cambridge, se surtían de esta producción americana. Luego brotó en Pensilvania el petróleo, el llamado aceite de la piedra, y la baratura del queroseno, el aceite de carbón, vino a sustituir al aceite de ballena e impuso el retiro forzoso a los cazadores del mar. El abatimiento o la desesperación azotaron New Baytown, la totalidad de cuya población activa trabajaba en barcos de cuatro mástiles, dedicados a la ballena. Tal vez la ciudad se hundiera entonces en el sopor y ya no reaccionase jamás. Crecieron otras ciudades no muy lejanas, prosperaron gracias a otros productos y energías. La serpiente de los habitantes que salían a rastras de Nueva York pasó por New Baytown de puntillas, pasó de largo, dejándola abandonada a sus recuerdos. Como suele ser común, los habitantes de New Baytown se convencieron de que así eran felices. Se libraron, por así decir, del ruido y de los desperdicios de los veraneantes, del chusco resplandor de los rótulos de neón, de los gastos de los turistas, de su desenfado. Sólo se construyeron unas cuantas casas nuevas a orillas de las espléndidas aguas interiores de la región. No obstante, esa serpiente de población siguió extendiéndose, y todo el mundo se dio cuenta de que tarde o temprano vendría a engullir la localidad de New Baytown. Ese desenlace comenzó a ser algo que los lugareños anhelaban y detestaban al mismo tiempo. Las ciudades colindantes se habían enriquecido, desbordaban gracias al botín de los turistas, se hinchaban de despojos, resplandecientes de lujo gracias a las casas de los nuevos ricos. La vieja Baytown seguía dedicada a la artesanía, la cerámica, los pensamientos, al tiempo que la maldita progenie de Lesbos, con sus anchos pies, se dedicaba a tejer telas caseras a mano, a las pequeñas intrigas domésticas. En todo New Baytown se hablaba de los viejos tiempos, de los lenguados en abundancia, del día en que llegarían los rodaballos.

Entre los juncos de los canales anidaban los ánades y criaban sus flotillas de vástagos, mientras las ratas almizcleras excavaban sus guaridas subterráneas y nadaban con destreza a primera hora de la mañana. Sobrevolaban el cielo las águilas calzadas, dispuestas a caer en picado sobre los peces; las gaviotas se llevaban las almejas y las ostras prendidas en el pico hasta lo más alto, antes de dejarlas caer para partirlas y devorar su contenido. Aún surcaban las aguas algunas nutrias como susurros secretos de escurridizo pelaje; se colaban los conejos silvestres por los jardines, se desplazaban las ardillas grises como oleadas por las calles de la localidad. Aleteaban los faisanes, tosían al cacarear. Las garcetas azules se posaban sobre el agua como agudos estoques; de noche, los alcaravanes chillaban como espectros solitarios.

Llega tarde la primavera a New Baytown y más aún tarda en llegar el verano, pero cuando de veras se presentan lo hacen con sonidos suaves, silvestres, especiales, amén de llegar cargadas de olores y sentimiento. A comienzos de junio, el mundo de la fronda y la hierba y las flores parece estallar de golpe, y cada crepúsculo es distinto del anterior. Con la caída de la tarde lanza la codorniz el repicar de su nombre escueto; con la noche, los chotacabras tejen una densa pantalla de trinos y piares. Engordan los robles, se cargan de follaje, sueltan sobre la hierba sus flores tachonadas. Los perros de las distintas casas se juntan y se van de parranda, vagan divertidos, felices, por el bosque, y a veces tardan días enteros en regresar a sus hogares.

En junio, acicateado por el instinto, el hombre siega la hierba, acribilla de semillas la tierra, se enzarza en combates sin cuento con los topos y los conejos, las hormigas y los escarabajos, las aves y todos los demás seres que se reúnen dispuestos a arrebatarle su jardín. Mira la mujer los rizados pétalos de una rosa, se derrite un poco y suspira, y es su piel la que se torna pétalo y son estambres sus ojos.

Junio es alegría, frescura y calor, humedad y algarabía debida al crecimiento, a la reproducción de todo lo que resulta dulce y perjudicial, de todo el que construye y del que rapiña y estropea. Las jovencitas de pantalones ajustados deambulan por High Street tomadas de la mano, los transistores al hombro, musitándose canciones de amor al oído. Los chicos, rebosantes de savia, se acomodan en los taburetes del bar del Tanger's Drugstore a ingerir futuros granos y espinillas por una pajita. Miran a las chicas con ojos de carnero degollado, o con un punto de descaro, y terminan por hacer comentarios desdeñosos mientras les crujen los dentros de las ganas.

En junio, los hombres de negocios entran como si tal cosa en el bar de Al and Sue o en el Foremaster, en principio con la sola idea de tomarse una cerveza, pero se quedan a empapuzarse de whisky y terminan por emborracharse sudorosos según avanza la tarde. Incluso por la tarde llegan los coches polvorientos hasta la desolada puerta de entrada a una casa recóndita, despintada, donde todas las persianas están bajadas; se halla al final de Mill Street, y es allí donde Alice, la furcia del lugar, recibe a los hombres acosados por el mes de junio y trata por las tardes sus problemas. Durante el día entero, los botes de remos anclan cerca del rompeolas y son felices los hombres y las mujeres que tratan de arrancar la cena de las entrañas del mar.

Junio es un mes para pintar y podar, para hacer planes y proyectos. Raro es el hombre que no lleva a casa bloques de hormigón o ladrillos, y que no esboza en el dorso de un sobre su propia versión del Taj Mahal. Un centenar de botes yacen panza abajo y quilla al aire sobre la arena, relucientes de pintura antióxido los cascos, al lado de sus dueños sonrientes y muy puestos, con la mirada perdida en las lentas, inmóviles balas de heno. Aún sujeta la escuela a las intransigentes criaturas, y así habrá de ser casi hasta fin de mes; cuando llega la hora de los exámenes, toman cuerpo las rebeliones y menudeán los catarros hasta ser epidemia, plaga que desaparece justo el último día de clase.

Germina en junio la feliz simiente del verano. «¿Adónde iremos a pasar el glorioso Cuatro de julio? Ya va siendo hora de planear nuestras vacaciones.» Junio es el padre de todas las posibilidades, de los polluelos de pato que nadan valerosos tal vez hasta las fauces de las tortugas asesinas, de las lechugas que crecen ansiosas camino de la sequía, de los tomates que tienden sus zarcillos desafiantes hacia las larvas de la plaga y de las familias que equiparan los méritos de la arena y las quemaduras con los de las inquietas noches en la montaña, donde resuena la sinfonía de los mosquitos. «Este año pienso dedicarme sólo a descansar. No pienso fatigarme. Este año no pienso consentir que los chiquillos hagan de mis dos semanas de vacaciones un infierno sobre ruedas. Me paso el año trabajando. Ahora me toca a mí. Trabajo todo el año como un burro de carga.» Los planes de las vacaciones ganan al recuerdo, y todo va como la seda en el mundo entero.

Mucho tiempo llevaba dormida New Baytown. Los hombres que la gobernaban política, moral, económicamente, tanto habían perpetuado sus costumbres que ya se habían sentado como norma. El intendente del municipio, el ayuntamiento entero, los jueces, los oficiales de policía eran eternos. El primero, responsable de intendencia, vendía maquinaria al propio municipio; los jueces amañaban las multas de tráfico, y desde tanto tiempo atrás que ya nadie recordaba si era práctica ilegal; al menos, los

manuales hablaban de cohecho. Todos los hombres poseen una dimensión moral. Sólo sus vecinos carecen de ella.

El amarillo de la tarde tenía el cálido aliento del verano. Unos cuantos paseantes tempraneros, los que no tienen hijos que los sujeten hasta el final de curso, se desplazaban por la calle como extraviados, desconocidos unos de los otros. Pasaban algunos coches, algunos de los cuales llevaban a remolque un bote, una lancha neumática e incluso alguna motora de gran eslora en una camioneta. Ethan hubiera distinguido a los veraneantes con los ojos cerrados. Todos le compraban fiambres, queso en porciones, galletas, sardinas en lata.

Joey Morphy se acercó a tomar un refresco a media tarde, como hacía a diario desde que entró el buen tiempo. Agitó la botella en dirección al mostrador.

-Tendría que montar una pequeña expendeduría de refrescos -dijo.

-Ya, y ponerme dos brazos ortopédicos, o dividirme en dos dependientes, por geminación espontánea. Vecino Joey, se olvida usted de que yo no soy el dueño del negocio.

-Pues debería serlo.

-¿Es preciso que le cuente la triste historia de cómo murieron los reyes?

-Ya conozco esa historia. No supo usted distinguir su espárrago del agujero en que se encontraba, de acuerdo con los libros de contabilidad doble. Tuvo que aprender a golpes, pero aprendió. ¿No es cierto?

-De poca cosa me ha servido.

-Si ahora la tienda fuera suya, buen dinero ganaría.

-Pero es que no lo es.

-Si abriese un negocio similar en el local de al lado, se quedaría con toda la clientela.

-¿Qué le hace pensar tal cosa?

-Pues bien sencillo: que todo el mundo compra a quien bien conoce. Eso se llama buena voluntad, y le aseguro que funciona.

-Antes no fue así. Todos me conocían, al menos en la ciudad. Y me fui a la ruina.

-Razones técnicas. No supo cómo proceder a la compra.

-Puede que siga sin saberlo.

-Sí que lo sabe. Lo malo es que ni siquiera va a reconocer que ha aprendido. Lo malo del caso es que sigue teniendo la actitud mental de un fracasado. Juéguesela, señor Hawley. Juéguesela, Ethan.

-Gracias.

-Me cae usted bien. ¿Cuándo se marcha Marullo a Italia?

-No me lo ha dicho. Escuche, Joey: ¿cuánto dinero tiene? No, no me lo diga. Es mejor así. Ya sé que de estas cosas no conviene hablar con los clientes.

-Por un amigo puedo saltarme la regla, Ethan. Desconozco cuáles son todos los asuntos en que anda metido, pero si la cuenta que tiene con nosotros significa algo, yo diría que está forrado. Ha metido mano en asuntos de toda clase: una propiedad aquí, un terreno allá, casas en primera línea de playa, y tiene un manojo de hipotecas más gordo que su antebrazo.

-¿Cómo lo sabe?

-Lo tiene todo depositado en la caja de seguridad. Ha alquilado una de las más grandes. Cuando viene a abrirla, él tiene una llave y yo tengo la otra. Debo reconocer que he echado un vistazo. Mucho me temo que soy un fisgón.

-Pero todo eso es natural, ¿cierto? Quiero decir... A todas horas se entera uno en los diarios de cosas parecidas, en fin, de drogas y escándalos y cosas por el estilo.

-No sabría decirle. Él no suelta prenda sobre sus negocios. Saca algo de metálico, ingresa otro tanto. Y no sé en qué otro banco puede tener cuenta. Se fijará en que no le doy cifras.

-Tampoco se las he pedido yo.

-¿Me permite tomar una cerveza?

En el local no tenemos permiso para el consumo de bebidas alcohólicas. Se la puedo poner en un vaso de papel y tendrá que tomársela fuera.

-No le pediría que infringiera la ley.

-¡Al cuerno! -Ethan le abrió una lata-. Si entra alguien, procure que no se le vea.

-Gracias. La verdad, Ethan, es que he pensado mucho en usted.

-¿Por qué?

-Pues será porque soy un metomentodo. El fracaso es un estado de ánimo. Se parece a una de esas trampas de arena que excavan las hormigas león. El insecto que cae en ella en todo momento resbala hacia el interior. Hay que dar un salto tremendo para lograr salir de ella. Y usted tiene que dar ese salto, Eth. Cuando consiga salir, se dará cuenta de que el éxito también es, ante todo, un estado de ánimo.

-¿Será también una trampa?

-Si lo fuera, desde luego que le resultará bastante más llevadera.

-Supongamos que un hombre da el salto, pero que hace tropezar a otro que cae en la trampa.

-Sólo Dios ve caer a los gorriones, pero ni siquiera Él hace algo por remediarlo.

-Ojalá entendiera qué es lo que trata usted de decirme.

-Ojalá lo supiera yo también, porque en tal caso quizás intentase yo hacer lo propio. Los cajeros de banco no llegamos a presidentes. Los que tienen un buen fajo de acciones sí pueden conseguirlo. Imagino que lo que trato de decirle es que se agarre a todo lo que se le ponga a tiro. Tal vez no vuelva a presentarse la ocasión.

-Es usted todo un filósofo, Joey. Un filósofo de las finanzas.

-No me lo eche en cara. Cuando algo nos falta, pensamos en ello. Cuando el hombre está solo, le da por pensar. Usted sabe que la mayoría de la gente vive en un noventa por ciento del pasado, en un siete por ciento del presente, y que sólo les queda un margen del tres por ciento para el futuro. El viejo Satchel Paige, gran jugador de béisbol, dijo algo muy oportuno al respecto. Dijo lo más sabio que he oído nunca. «No mires atrás», dijo. «Algo puede estar por alcanzarte de lleno.» Bueno, tengo que volver. El señor Baker se marcha mañana a Nueva York a pasar unos días. Está más ajetreado que nunca.

-¿Y a qué se debe?

-¡Qué sé yo! No obstante, yo clasifico las cartas. Últimamente ha recibido muchas de Albany.

-¿Anda metido en política?

-Yo sólo clasifico las cartas. No las leo. ¿Siempre tiene tan poca clientela como ahora?

-A eso de las cuatro apenas viene nadie. De aquí a diez minutos empiezan a venir más clientes.

-¿Lo ve? Algo lleva aprendido. Me juego cualquier cosa a que eso no lo sabía antes de arruinarse. En fin, hasta la vista. Agárrese al anillo de oro y dé una vuelta gratis.

La pequeña erupción de las compras, esa afluencia de clientela entre las cinco y las seis, se produjo con puntualidad. El sol, debido al horario de verano para ahorrar el consumo eléctrico, aún estaba alto; cuando Ethan introdujo en la tienda los cajones de la fruta y cerró la puerta de entrada y las persianas verdes, las calles estaban iluminadas como a media tarde. Consultó la lista, hizo acopio de los artículos que debía llevar a casa y los colocó en una bolsa grande de papel de estraza. Ya sin el delantal, con la chaqueta y el sombrero puestos, se sentó en el mostrador y contempló los estantes de sus fieles congregados.

-¡Hoy no hay mensaje! -dijo-. Recuerden solamente las palabras de Satchel Paige. Creo que tengo que aplicarme el cuento y no mirar atrás.

Tomó las hojas dobladas que llevaba en la cartera y fabricó un pequeño sobre de papel encerado, en el cual las guardó. Abrió la portezuela esmaltada que daba al motor de refrigeración del expositor y deslizó el sobrecito en un rincón, detrás del compresor, antes de cerrar la portezuela.

Debajo de la caja registradora, en un estante, descansaba el listín telefónico de Manhattan, polvoriento, con las esquinas dobladas, pues se guardaba allí por si fuera preciso hacer un pedido de emergencia a los proveedores. En la U encontró «United States»; bajo la J, «Justicia, Departamento de»... Fue bajando el dedo por la columna; dejó atrás el «Tribunal de Justicia de la División Antitrust», la «División de Aduanas», la «Central de Arrestos», el «FBI»; debajo, encontró el «Departamento de Inmigración y Naturalización, 20 West Broadway, BA 7-0300. Fuera de horarios de oficina, OL 6-5888».

-OL 6-5888-se dijo en voz alta-, OL 6-5888, porque ya es tarde. -Y habló con sus latas de conservas, pero sin dignarse mirarlas siquiera-. Si se hace todo como es debido, a nadie se puede perjudicar.

Ethan se acercó a la puerta del callejón, salió y la cerró. Fue con la bolsa de comestibles, atravesando la calle, al Foremaster Grill. El bar era una barahúnda de clientes que tomaban copas, pero no estaba tan ruidoso el vestíbulo donde se encontraba el teléfono público. Allí ni siquiera estaba el empleado. Cerró la puerta acristalada, dejó la bolsa de comestibles en el suelo, colocó unas cuantas monedas sobre la repisa, insertó una y marcó la O.

-Operadora. ¡Ah, operadora! Quiero poner una conferencia con Nueva York.

-¿Quiere marcar directamente, por favor?

Y lo hizo.

Ethan regresó del trabajo con la bolsa de comestibles. ¡Qué gratas son esas largas tardes! El césped de la entrada estaba tan crecido y lujuriante que sus pasos quedaron impresos en la hierba. Dedicó a Mary un beso largo y húmedo.

-Caperucita -le dijo-, el césped está demasiado crecido. ¿Crees que podría convencer a Allen de que lo corte?

-Es que tiene exámenes. Ya sabes cómo son esas cosas, con el fin de curso a la vuelta de la esquina.

-¿Qué son esos chillidos ultraterrenos que se oyen desde la habitación?

-Está ensayando con su aparato de proyectar la voz. Tiene previsto actuar en el instituto en la fiesta de fin de curso.

-Pues tendré que cortar yo el césped.

-Lo siento, cariño, pero ya sabes cómo son.

-Sí, creo que empiezo a comprender cómo son.

-¿Estás de mal humor? ¿Has tenido mucho trabajo?

-Veamos... No, creo que no ha sido para tanto. Pero llevo todo el día de pie, y sólo de pensar en ponerme a empujar el cortacéspedes de un lado a otro no es que me entren ganas de reír mucho que digamos.

-Tendríamos que tener uno eléctrico. Los Johnson tienen uno que se conduce sentado.

-Tendríamos que tener más bien un jardinero con su ayudante y todo. Mi abuelo los tenía contratados. ¿Dices que se conduce sentado? En ese caso, a lo mejor Allen sí estaría dispuesto a cortar el césped.

-No seas malo con él. Sólo tiene catorce años. A esas edades, todos son así.

-¿Quién te parece el responsable de esa falacia según la cual los niños son tan monos?

-Pues sí que estás de mal humor.

-Veamos... Sí, creo que estoy de mal humor. Y todo ese griterío me está poniendo de los nervios.

-Es que está ensayando.

-Ya me lo has dicho.

-No la vayas a tomar con él, ¿eh?

-De acuerdo, pero te aseguro que me aliviaría si me desquitara con él.

Ethan abrió la puerta del cuarto de estar, donde Allen daba voces a duras penas reconocibles con una lengüeta vibrante que se había colocado sobre la lengua.

-¿Qué demonios es eso?

Allen se escupió en la palma de la mano.

-Venía en la caja de Peeks. Es para aprender ventriloquia.

-¿Te has comido los cereales?

-No, no me gustan. Papá, tengo que ensayar.

-Un momento. -Ethan tomó asiento-. ¿Qué piensas hacer de tu vida?

-¿Eh?

-Te hablo del futuro. ¿O es que de eso no os dicen nada en el instituto? El futuro está en tus manos.

Ellen se coló dentro de la sala y, como una gata, se hizo un ovillo en el sofá. Soltó una risita afilada como el acero.

-Quiere dedicarse a la televisión -dijo.

-Un chico de sólo trece años ganó ciento treinta mil dólares en un programa concurso de preguntas y acertijos.

-Luego resultó que estaba amañado -dijo Ellen.

-¿Y qué? Sigue teniendo en el bolsillo ciento treinta de los grandes.

-¿No te molestan los aspectos morales del caso? -dijo Ethan en voz baja.

-Sigue siendo un montón de pasta.

-¿No te parece deshonesto?

-Caramba, todo el mundo lo hace.

-¿Y los que se ofrecen en bandeja de plata, pero nadie los desea? Esos son los que no tienen ni honestidad ni dinero.

-Ése es el riesgo que hay que correr. Todo depende de por dónde sople el viento.

-Así que sopla el viento, ¿no? -dijo Ethan-. ¡Y encima se ha llevado al guano tu buena educación! ¡Ponte derecho! ¿Ha desaparecido de tu lenguaje la palabra «señor»?

-No, señor.

-¿Cómo te van las cosas en clase?

-Creo que bien.

-Ibas a escribir una redacción sobre el tema de tu amor por América. ¿Acaso tu determinación de destruirla ha puesto fin al proyecto?

-¿Destruirla, señor? No lo entiendo.

-Con toda honestidad, dime una cosa. ¿Es posible que te agrade algo deshonesto?

-Joder, papá, si lo hace todo el mundo.

-Pues mal de muchos, consuelo de tontos.

-A estudiar en serio sólo se dedican algunos cerebrines. Por cierto, terminé la redacción.

-Muy bien, porque me gustaría leerla.

-Ya la envié.

-Tendrás una copia.

-No, señor.

-¿Y si se pierde en el correo?

-No se me había ocurrido. Papá, me gustaría ir de campamento, como hacen todos los demás chicos de la clase.

-No nos lo podemos permitir. Y tampoco van todos los demás. Sólo algunos afortunados.

-Ojalá tuviéramos dinero... -Se miró las manos y se humedeció los labios.

Ellen entornó los ojos, concentrada.

Ethan miró a fondo a su hijo.

-Yo voy a hacer que sea posible -dijo.

-¿He oído bien, señor?

-Creo que puedo conseguirte un empleo, este verano, en la tienda.

-¿Cómo, trabajo?

-¿No deberías preguntar, más bien, «qué clase de trabajo»? Te encargarás de los recados, limpiarás los estantes, barrerás la acera y, si lo haces bien, hasta es posible que puedas atender a los clientes.

-Es que quiero ir de campamento.

-Pero también quieres ganar cien mil dólares.

A lo mejor gano ese concurso de redacción. Por lo menos será un viaje a Washington. Unas cortas vacaciones, después de pasar todo el año en clase.

-¡Allen! Hay normas de conducta, de cortesía, de honestidad, e incluso de energía, ya lo creo, que no cambiarán nunca. Es hora de que te enseñe a respetarlas, por lo menos de boquilla. Así que vas a ponerte a trabajar.

El chico lo miró con descaro.

-Ni se te ocurra.

-¿Cómo has dicho?

-Las leyes de protección del menor. Ni siquiera podría conseguir un permiso de trabajo antes de los dieciséis. ¿O quieres que infrinja las leyes?

-¿Tú de veras crees que todos los chicos y chicas que echan una mano a sus padres son a medias esclavos y a medias delincuentes?

La ira de Ethan resultó tan desnuda y tan despiadada como el amor mismo. Allen apartó la mirada.

-No quise decir eso, señor.

-Espero que no. Y no lo volverás a decir. Te has pasado por el arco del triunfo a veinte generaciones de los Hawley y los Allen. Y eran hombres de palabra, de honor. Tal vez un día estés a la altura y merezcas que se te considere así.

-Sí, señor. ¿Puedo subir a mi habitación?

-Sí, puedes.

Allen subió la escalera lentamente.

Cuando desapareció, Ellen desenroscó las piernas como si fueran una hélice. Se incorporó y se bajó la falda sobre las rodillas, como una señorita bien educada.

-Últimamente he leído los discursos de Henry Clay. Era muy bueno.

-Desde luego. -¿Los recuerdas?

-La verdad es que no. Ha pasado mucho tiempo desde que los leí.

-Es fenomenal.

-Pero no me parece una lectura adecuada para una chica de tu edad.

-Es que es fenomenal.

Ethan se levantó del sillón.

El cansancio de un largo día a punto estuvo de sujetarlo sentado en donde estaba.

En la cocina se encontró a Mary, con los ojos enrojecidos y enojada.

-Te he oído -dijo-. No entiendo qué te crees que estás haciendo. No es más que un chiquillo.

-Por eso es el momento de empezar, cariño.

-A mí no me vengas con cariños. No pienso aguantar a un tirano.

-¿A un tirano? ¡Dios del Cielo!

-No es más que un chiquillo. Te has ensañado con él.

-Creo que ahora se siente mejor.

-No entiendo qué quieres decir. Lo has aplastado como si fuera un insecto.

-No, cielo. Sólo le he enseñado a mirar el mundo tal como es, porque se empezaba a construir un mundo bastante falso.

-¿Quién te crees que eres? ¿Por qué piensas que sabes cómo es el mundo?

Ethan se encaminó hacia la puerta de atrás.

-¿Adonde vas?

-A cortar el césped.

-Creí que estabas cansado.

-Lo estoy. O lo estaba. -La miró por encima del hombro, al otro lado de la mosquitera-. El hombre es un ser solitario -dijo, y le dedicó una sonrisa antes de ir a buscar el cortacéspedes.

Mary oyó las hojas de la máquina, el ronroneo con que cortaban la hierba suave y flexible.

Se detuvo el ronroneo ante la puerta.

-Mary, Mary, mi amor -gritó Ethan-. Te adoro.

Y el ronroneo de las hojas afiladas siguió su camino por el césped crecido.

12

Margie Young-Hunt era una mujer atractiva, bien informada, lista; tan lista que sabía de calle cuándo y cómo enmascarar su inteligencia. Sus matrimonios habían fracasado, los dos maridos le habían fallado, uno por débil, otro por serlo aún más: no en vano se le murió. Las citas con hombres ya no se le presentaban por azar. Las

apañaba, mantenía vivas sus relaciones mediante frecuentes llamadas telefónicas, cartas, tarjetas postales repletas de buenos deseos, e incluso concertaba encuentros que luego parecían casuales. Llevaba a los enfermos caldo hecho en casa, no se olvidaba de los cumpleaños de nadie. Por medios tan simples mantenía al mundo al tanto de su existencia.

Más incluso que cualquier otra mujer de la ciudad conservaba el vientre liso, el cutis limpio y reluciente, los dientes resplandecientes, tensa la línea del mentón. Parte apreciable de sus ingresos se le iba en el esmero con que se cuidaba las uñas y el cabello, en los masajes, los potingues y los ungüentos de toda condición. «Debe de ser más vieja de lo que aparenta», decían otras mujeres de la ciudad.

Cuando los músculos de sus senos dejaron de responder al efecto de las cremas, los masajes, los ejercicios, se los empezó a sostener vistosamente en su sitio de tal modo que lucían altos y briosos. Cada vez le costaba más tiempo maquiliarse. Su cabello tenía todo el brillo y la docilidad, la ondulación que prometen los anuncios televisivos. Cuando salía con alguien, cenaba, bailaba, reía, se mostraba divertida, entretenía a su acompañante con una red de mínimos imanes, ¿y quién iba a percatarse de su frialdad en la repetición de los gestos? Tras un margen de tiempo más o menos decente y de una inversión no desdeñable, se acostaba con él si es que discretamente le venía en gana. Luego, vuelta a sus trabajos de reparación de las relaciones. Tarde o temprano, la cama que compartía con quien se prestara y lo mereciera había de ser la trampa donde cazara la presa que le garantizase su futura seguridad, su paz de ánimo definitiva. Sin embargo, esa hipotética presa se le escapaba una y otra vez de las fauces de terciopelo y seda. Cada vez más, sus hombres eran los casados, los enfermos, los cautos, los vacilantes. Y Margie sabía mejor que nadie que se le empezaba a agotar el tiempo. Las cartas del tarot no daban respuesta cuando buscaba consejo para sí.

Margie había conocido a muchos hombres, a la mayor parte con un punto de culpa, o a hombres de vanidad herida, desesperados, de modo que había terminado por sentir un notorio desprecio por sus presas, como le sucede a un cazador profesional de alimañas dañinas. Era fácil manejar a esos hombres, valerse de sus miedos y vanidades. En el fondo, tanto les apetecía a ellos caer en el engaño que ella había dejado de tener la menor sensación de saborear el triunfo, de modo que sólo experimentaba cierta compasión teñida de repugnancia. Tales eran sus amigos y conocidos. Los protegía incluso del posible descubrimiento de que eran sus amigos y sus conocidos. Les daba lo mejor de sí precisamente porque ellos no le pedían nada a cambio. Los mantenía en secreto, porque en el fondo no era tanta la admiración en que se tenía a sí misma. Danny Taylor era uno de ellos, y Alfio Marullo otro, y el jefe de policía Stonewall Jackson Smith un tercero, y había bastantes más. Confiaban en ella; Margie también tenía entera confianza en ellos, de modo, que su existencia secreta era la única muestra de cálida honestidad en que podía refugiarse para reparar fuerzas. Estas amistades hablaban con ella libremente, sin temores ni rebozos, porque para ellos Margie era una especie de Pozo de Andersen: receptiva en todo momento, nunca crítica, callada. Como todo el mundo tiene sus vicios secretos, es probable que Margie Young-Hunt tuviera una virtud secreta. Debido a este sigiloso motivo, es probable que supiera de New Baytown, e incluso del condado de Wessex, más que ninguna otra persona, y es más posible aún que ese conocimiento no estuviera deformado porque ella no quería, ni podía, usarlo en provecho propio. En cambio, en otros muchos sentidos aprovechaba todo lo que le caía en mano.

Librodot

Su proyecto, sus ideas respecto a Ethan Allen Hawley, empezó a formarse de un modo casual, quizás por no tener nada mejor que hacer. En cierto modo, Ethan no se equivocó cuando supuso que era pura malicia, una suerte de manera maliciosa de que Margie probara sus poderes. Muchos de los hombres tristes que acudían a ella en busca de consuelo, de aliento, estaban maniatados por la impotencia, inmovilizados, desamparados por los traumas sexuales que infectaban todas las demás parcelas de sus vidas. Y a ella le resultaba facilísimo irlos liberando mediante lisonjas y palabras de animo, ponerlos en condiciones de hacer frente una vez más a sus esposas, provistas todas de un látigo de siete colas. Sentía verdadero afecto por Mary Hawley, y a través de ella comenzó a tomar conciencia de Ethan, maniatado por otra clase de trauma, por una serie de ataduras socioeconómicas que le habían mermado la fuerza y arrancado las certezas. Como no tenía trabajo, ni amor, ni hijos, se preguntaba si sería capaz de liberar y encauzar a ese hombre disminuido hacia una nueva finalidad. Era un juego, una suerte de rompecabezas, una prueba, producto no de la bondad, sino sólo de la curiosidad y la pereza. Ethan era un hombre de marca mayor. Dirigirlo, encauzarlo, sería buena prueba de su propia superioridad, algo que cada vez necesitaba de un modo más apremiante.

Es probable que fuera ella la única persona en condiciones de apreciar la hondura del cambio que se obraba en Ethan, y eso le daba miedo, pues lo creía resultado de sus atenciones. Al ratón le crecía melena de león. Ella advertía los músculos bajo la tela de sus trajes, notaba la crueldad que empezaba a despuntar en su mirada. Así tuvo que sentirse el bondadoso Einstein cuando su soñado concepto de la naturaleza de la materia reventó sobre Hiroshima.

Margie sentía un gran afecto por Mary Hawley, pero no le tenía la menor simpatía, ninguna compasión. La desgracia es una fatalidad natural que resulta aceptable para las mujeres, sobre todo cuando recae sobre otras mujeres.

En su pequeña e inmaculada vivienda, situada en medio de un jardín grande y descuidado cerca del Puerto Viejo, se inclinó hacia el espejo donde se maquillaba para inspeccionar sus herramientas, y atravesó con la mirada la capa de crema, polvos, cosméticos, pestañas cargadas de rímel, para ver las arrugas ocultas, la falta de elasticidad de la piel. Notó que los años ascendían por ella como la marea en torno a una roca, en medio de una mar en calma. Existe todo un arsenal en la madurez, en los años intermedios, pero para formarlo se requiere una destreza, un tesón del que ella aún carecía. Era preciso que lo adquiriese antes de que la armazón de la juventud y la vitalidad apasionada se desmoronase del todo y la dejara desnuda, podrida, ridícula. Su éxito radicaba en que nunca bajaba los brazos, ni siquiera cuando estaba sola. A modo de experimento, dejó que su boca adoptase de un modo espontáneo el gesto que apetecía, que sus párpados cayeran a media asta. Bajó la barbilla que siempre llevaba bien alta y apareció una soga trenzada de hebras lacias. Ante sus ojos en el espejo, veinte años se le vinieron encima de golpe, y se estremeció cuando un gélido susurro vino a decirle lo que le estaba esperando. Se había retrasado más de la cuenta. Una mujer debe tener un escaparate en el cual envejecer, con sus luces, sus detalles de atrezzo, su terciopelo negro, sus hijos, y encanecer y engordar, soltar risas falsas y cometer alguna pillería, gozar del amor, de la protección, de abundante dinero de bolsillo, de serenidad, de un marido no demasiado exigente o bien de un testamento no menos sereno, pero menos exigente, que le dejase un buen capital. Una mujer que envejece sola es un desperdicio inútil, una obscenidad arrugada sin esclavos jorobados que reclamen sus dolores y le administren friegas para paliarlos.

Librodot

Se le formó en la boca del estómago la ardiente punzada del miedo. Había tenido suerte con su primer marido. Era un débil, y ella no tardó en descubrir la válvula de su debilidad. Él estaba rendidamente enamorado de ella, de modo que cuando quiso divorciarse él ni siquiera incluyó una cláusula relativa a una nueva boda por parte de ella en el convenio de divorcio que le aseguraba el pago de una generosa pensión.

Su segundo marido creyó que ella era dueña de una gran fortuna, y en cierto modo así era. No le dejó gran cosa a su muerte, pero con la pensión del primero pudo seguir viviendo con desahogo, vestir con elegancia, dedicarse a disfrutar del ocio. Si su primer marido llegase a morir... Ésa era la punzada del miedo. Ésa era la pesadilla nocturna y diurna, mental, en forma de cheque.

En enero lo había visto en el cruce de Madison Avenue con la calle Cincuenta y siete. Le pareció viejo y demacrado.

A ella le obsesionó que él pudiera morir. Si el muy cabrón se le muriese cualquier día, dejaría de recibir su dinero. Creyó que posiblemente era ella la única persona del mundo capaz de rezar de todo corazón por la salud del infeliz.

Su rostro flaco y silencioso, sus ojos mortecinos volvieron a la pantalla de su memoria y rozaron la punzada ardiente que tenía en la boca del estómago. Si el muy hijo de puta se muriese...

Inclinada hacia el espejo, Margie se detuvo y lanzó su voluntad como si fuese una jabalina. Alzó el mentón, desaparecieron las sogas del cuello; se le acrecentó el brillo de los ojos, se le adhirió mejor la piel al cráneo, se le enderezaron los hombros. Se puso en pie y dio unos pasos de vals, con destreza, sobre la gruesa alfombra roja. Estaba descalza, se había pintado relucientes las perfiladas uñas de los pies. Tenía que darse prisa, hacer algo antes de que fuese ya tarde.

Abrió el armario de par en par y sacó el hermoso, provocativo vestido que tenía reservado para el fin de semana del Cuatro de julio, los zapatos de tacón tan escueto como un lápiz, las medias tan finas que era como si no las llevara. No había en ella ni rastro de languidez. Se vistió con la rapidez y la eficacia con que afila un carnicero el cuchillo, y se contempló de arriba abajo en un espejo de cuerpo entero, del modo en que un carnicero prueba el filo del cuchillo apretándolo contra el pulgar. Velocidad sí, pero nada de precipitación, velocidad para alcanzar al hombre que no ha de esperar, y luego... la lentitud indiferente y casual de la dama culta, elegante, moderna, desbordante de confianza en sí misma, la dama de las bellas piernas, de los inmaculados guantes blancos. Ninguno de los hombres con que se cruzó dejó de reparar en ella. El camionero de Miller Brothers lanzó un silbido de admiración al cruzar a su paso con su carga de leña, y dos muchachitos del instituto la miraron con descaro, con ojos de Valentino, tragando dolorosamente la saliva que les inundó las bocas entreabiertas.

-¿Tú has visto eso? -dijo uno.

-Pues claro -repuso el otro.

-¿Te gustaría...?

-¡Ya te digo!

Una dama no vagabundea por ahí, y menos en New Baytown. Es preciso que vaya a un sitio definido, que tenga cosas que hacer, por insignificantes que sean sus quehaceres. Mientras transitaba a pasos cortos por High Street, saludó de gesto y de palabra a algunos transeúntes, a los que repasó automáticamente.

El señor Hall: vivía de prestado desde tiempo atrás.

Stoney: un hombre duro, viril, pero ¿qué mujer podría vivir con el salario o la pensión de jubilación de un policía? Además, era amigo suyo.

Harold Beck, con sus más que abundantes propiedades inmobiliarias, sólo que Harold era más raro que un perro verde. Y más marica que nadie. Probablemente lo sabía todo el mundo menos él.

MacDowell: «Cómo me alegro de verle, señor. ¿Qué tal está Milly?». Imposible: escocés, agarrado, atado a su mujer. Un inválido, sólo que de esos que nunca mueren. Todo un misterio, además, pues nadie conocía el valor aproximado de sus bienes.

Donald Randolph, el de los ojos húmedos: espléndido en la barra de un bar, en el taburete de al lado. Todo un caballero en el bar, cuyos buenos modales persistían con la borrachera. Inútil del todo, a no ser que una quisiera instalarse para siempre en el taburete de un bar.

Harold Luce: se rumoreaba que era pariente del dueño de la revista *Time,* pero ¿de quién emanaban semejantes rumores, sino de sus propios labios? Un hombre duro como el pedernal, famoso por una sabiduría que se basaba en el hecho, bien sencillo, de carecer de toda capacidad de habla.

Ed Wantoner: un mentiroso, un tramposo, un ladrón. Al parecer, dueño de una fortuna. Y su esposa estaba a punto de morir, pero lo malo era que Ed no se fiaba ni de su sombra. No se fiaba ni de su perro: lo tenía siempre atado, por más que aullase.

Paul Strait: toda una potencia del partido republicano. Su mujer se llamaba nada menos que Butterfly, y no era un apelativo cariñoso. Butterfly Strait, nombre recibido en la pila bautismal. Por éstas que son cruces. A Paul le iban muy bien las cosas mientras el estado de Nueva York tuviera un gobernador republicano. Era dueño del vertedero municipal, donde costaba un cuarto de dólar descargar un camión de basura. Según se contaba, cuando las ratas llegaron a ser tan grandes y tan numerosas que la cosa se puso peligrosa, Paul vendió entradas para disfrutar del privilegio de liarse a tiros con las ratas, amén de alquilar linternas y rifles debidamente cargados con cartuchos del 22. Tenía tal pinta de presidente que en media ciudad lo apodaban Ike. En cambio, una vez en que estaba comedida, tranquilamente borracho, Danny Taylor lo había bautizado «el más noble de los Pauls», y se le quedó el sobrenombre. El noble Paul pasó a ser su nombre siempre que él no estuviera presente.

Marullo: está más enfermo que antes. Ya se ha puesto de color gris. Los ojos de Marullo eran los de un hombre al que le hubieran descerrajado un tiro en las tripas con un revólver del 45. Había pasado por delante de su tienda sin entrar siquiera. Margie sí entró en la tienda contoneando su trasero respingón.

Ethan estaba conversando con un desconocido, un hombre más bien joven, de cabellos oscuros, elegantes pantalones de universitario fino y un sombrero de ala estrecha. Rondaría los cuarenta años; parecía un tipo duro, concentrado, muy atento a lo que estaba haciendo. Estaba apoyado sobre el mostrador, como si fuese a examinarle a Ethan las amígdalas.

-¡Hola! Ya veo que estás ocupado, así que volveré más tarde- dijo Margie.

Una mujer de paseo, sin nada mejor que hacer, puede entretenerse con infinidad de cosas de poca monta, pero legítimas todas ellas, en un banco. Margie cruzó la boca del callejón y entró en el templo de mármol y acero lustrado.

Joey Morphy iluminó con su sonrisa toda la ventanilla de la caja, incluidos los barrotes, nada más verla. Qué sonrisa, qué personaje, qué buen compañero de juergas, qué desastroso candidato a marido. Margie lo tenía por un solterón de los pies a la

cabeza, recalcitrante, capaz de morir luchando por seguirlo siendo. Para Joey no habría una tumba de dos plazas.

-Por favor, señor -le dijo ella-, ¿tiene dinerito fresco, que no esté en salmuera?

-Discúlpeme, señora, que voy a ver si hay. Estoy casi seguro de que algo habrá en algún sitio. ¿Cuánto quiere que le sirva?

-Pues unos doscientos gramos, señor mío. -Sacó una chequera del bolso de cabritilla blanca y extendió un cheque por valor de veinte dólares.

Joey se echó a reír. Le gustaba Margie. De vez en cuando, aunque tampoco muy a menudo, la sacaba a cenar y se acostaba con ella. En cambio, también le agradaba su compañía, su sentido del humor.

-Señora Young-Hunt -le dijo-, esto me recuerda lo que me contó un amigo que estuvo en México con Pancho Villa. ¿Lo recuerda?

-No lo he visto en mi vida.

-Se lo digo en serio, es una anécdota que me contó ese tipo. Me dijo que cuando Pancho estaba por el norte del país, hizo imprimir en la casa de la moneda tantos billetes de veinte pesos que sus hombres renunciaron a contarlos. Tampoco es que se les dieran los números nada bien, la verdad sea dicha. Tuvieron que optar por pesarlos en una balanza.

-Joey -dijo Margie-, la autobiografía es superior a tus fuerzas.

-Caramba, señora Young-Hunt. No se trata de eso, no. Por aquel entonces yo no pasaba, creo, de los cinco o seis años de edad. Es una anécdota. Y sucede que una dama espléndidamente dotada, india pero a fin de cuentas bien provista, se presentó ante él y le dijo: «Mi general, ha ejecutado usted a mi marido y me ha dejado convertida en una pobre viuda con cinco hijos. ¿Le parece una bonita manera de iniciar una revolución popular?».

»Pancho Villa revisó los atributos de la dama tal como hago yo ahora.

-Tú no estás hipotecado, Joey.

-Lo sé, no es más que una anécdota. Total, que Pancho va y le dice a uno de sus lugartenientes: «Pésale cinco kilos de dinero, que se los lleve».

»Cinco kilos en billetes son un buen montón. Se los ataron con una hebra de alambre y la mujer salió llevando en alto la bala de pasta. El lugarteniente dio entonces un paso al frente, saludó y dijo: "Mi general *(mi gral,* decían ellos), nosotros no hemos ejecutado a su marido. Lo que pasa es que estaba como una cuba. Lo hemos metido en la cárcel, a la vuelta de la esquina".

»Pancho no había quitado ojo de encima de la señora que se marchaba con el mazo de billetes. Y dijo: "Pues vayan a pegarle un tiro. No vamos a darle una decepción a la pobre viuda".

-Joey, eres imposible.

Es una historia verdadera. Yo me lo creo. -Dio la vuelta al cheque-. ¿Lo quiere en billetes de veinte, de cincuenta o de cien?

-Casi como que me los das de uno en uno.

Se lo pasaban bien juntos.

El señor Baker asomó por la puerta de su despacho, de cristal esmerilado.

Por ése sí que valía la pena apostar. Baker le hizo una vez una proposición gramaticalmente impecable, pero bastante oscura. El señor Baker era el mismísimo Don Dinero en persona. Desde luego que tenía esposa, pero Margie conocía de sobra a los Baker de este mundo. Siempre podrían encontrar una razón moral de verdadero peso para hacer lo que les viniera en gana. Se alegró de haberlo rechazado en su día. Así, aún estaba pendiente de resolución.

Recogió los cuatro billetes de cinco dólares que le había entregado Joey, nuevecitos, e hizo ademán de aproximarse al canoso banquero, pero en ese preciso instante el hombre al que vio antes conversar con Ethan apareció sin hacer ruido, pasó por delante de ella, mostró una tarjeta de visita y entró sobre la marcha al despacho del señor Baker, cuya puerta se cerró en el acto.

-Caramba, que me aspen -le dijo ella a Joey.

-Sería aspar a la más bella del condado de Wessex-dijo Joey-. ¿Te apetece salir esta noche? ¿Vamos a bailar, a cenar y todo eso?

-No puedo -repuso ella-. ¿Quién era ése?

-No lo había visto en mi vida. Yo diría que es uno de esos inspectores que hacen auditorías. En este momento me siento feliz de ser honrado, y más aún de saber sumar y restar.

¿Sabes una cosa, Joey? El día menos pensado vas a convertir a una mujer fiel en una espléndida fugitiva.

-Eso espero, señora. A Dios rogando...

-Hasta la vista.

Salió, atravesó el callejón y volvió a entrar en la tienda de Marullo.

-Hola, Eth.

-Hola, Margie.

-¿Quién era ese apuesto desconocido?

-¿Hoy no has venido con la bola de cristal?

-¿Agente secreto?

-Peor aún. Margie, ¿a todo el mundo le da tanto miedo la pasma? Aunque no haya hecho nada de nada, me dan un miedo tremendo.

-¿Era detective esa alhaja de hombre, ese trocito de la Santa Cruz con rizos?

-No exactamente. Dijo que era agente federal.

-¿En qué andas metido, Ethan?

-¿Metido? ¿Andar metido yo?

-¿Y qué quería?

-Sólo sé qué me preguntó. No sé lo que quería.

-¿Y qué te preguntó?

-Desde cuando conozco a mi jefe. Quién más lo conoce por aquí. Cuándo llegó a New Baytown.

-¿Qué le contestaste?

-Que cuando ingresé en el ejército para combatir al enemigo no lo conocía. Que a mi vuelta él ya estaba aquí. Que cuando me arruiné se quedó él con la tienda y me dio un puesto de trabajo.

-¿Tú de qué crees que se trata?

-A saber.

Margie se había esforzado por leer algo en sus ojos. «Se las está dando de tonto -pensó-. Me pregunto qué querría ese tipo realmente.»

-No me crees, lo presiento -dijo él en voz tan baja que ella se asustó-. ¿Sabes qué te digo, Margie? Nadie se cree nunca la verdad.

-¿Toda la verdad? Cuando troceas un pollo, Eth, toda la carne es de pollo, pero hay vetas claras y vetas oscuras.

-Supongo que sí. Con sinceridad, estoy preocupado, Margie. Necesito este puesto de trabajo. Si algo le sucediera a Alfio, me vería de patitas en la calle.

-Oye, ¿no se te olvida que vas a ser rico?

-Eso es difícil de tener en cuenta cuando resulta que no lo soy.

-Ethan, a ver si te acuerdas de otra cosa. Fue por primavera, casi en Pascua. Entré en la tienda y me llamaste Hija de Jerusalén.

-Estábamos a Viernes Santo.

-Veo que lo recuerdas. Bueno, pues lo he encontrado. Es de san Mateo. Es muy hermoso. Y da miedo.

-Sí.

-¿Y qué tripa se te rompió?

-Mi tía abuela Deborah. Me crucificaba una vez al año. Todavía no ha terminado.

-Ahora estás de broma, pero aquel día ibas en serio

-No, no iba en serio. Y ahora tampoco.

La buena fortuna -comentó Margie con aire juguetón que te eché empieza a convertirse ahora en realidad.

-Ya lo sé.

-¿Y no te parece que me debes algo?

-Desde luego.

-¿Cuándo me lo piensas pagar?

-¿Te importa que pasemos a la trastienda ahora mismo?

-No creo que fueras capaz.

-¿En serio?

-No, Ethan, y tú tampoco te lo crees. No has echado un polvo rápido, ni te has dado un revolcón en un pajar en toda tu vida.

-Siempre estoy a tiempo de aprender.

-No serías capaz de darte al fornicio ni por más que quisieras.

-Al menos, podría intentarlo.

-Haría falta amor u odio para excitarte, y cualquiera de los dos lleva consigo un procedimiento lento y laborioso.

-Puede que tengas razón. ¿Cómo lo sabías?

-Nunca sé cómo lo sé.

Él abrió la puerta de la cámara, sacó una coca-cola que de inmediato se revistió de una capa de escarcha, la abrió y se la pasó a Margie mientras abría otra.

-¿Qué es lo que quieres de mí?

-Nunca he conocido a un hombre como tú. Tal vez desee saber qué se siente al ser amada u odiada con tanta intensidad.

-¡Eres una bruja! ¿Por qué no silbas, a ver si sopla un vendaval?

-No sé silbar, pero puedo desencadenar una tormenta en la mayoría de los hombres sólo con enarcar las cejas. ¿Qué tal voy? ¿Te prendo el fuego, o no?

-Puede que sí.

Él la estudió atentamente, sin tratar de disimular su inspección.

-Estás hecha como un cobertizo de ladrillos -dijo- Suave, lisa, fuerte, bien hecha...

-¿Cómo lo sabes, si nunca me has tocado?

-Si alguna vez llego a tocarte, más te vale salir por piernas.

-Amor mío.

-¡Vamos! No me vengas con ésas. Bastante engreído soy para saber el calibre de mi propio atractivo. ¿Qué es lo que quieres? Desde luego, eres un pedazo de mujer, pero también, muy lista. ¿Qué andas buscando?

-Ya eché la suerte, y ahora resulta que es verdad.

-Así que quieres tu parte.

-Sí.

-Ahora sí te creo. -Levantó los ojos al cielo-. Mary de mi corazón -comenzó a decir-, contempla a tu marido, a tu amante, a tu querido amigo. Guárdame de todo mal, del mal de dentro y del mal que viene de fuera. Rezo y suplico tu ayuda, Mary, porque el hombre tiene extrañas y levantiscas necesidades, y lo acosa el dolor eterno, el afán de esparcir su simiente por doquier. *Ora pro me.*

-Ethan, eres un falsario.

-Ya lo sé. ¿No puedo al menos ser un falsario humilde?

-Ahora sí que me das miedo. Antes no me pasaba eso.

-Pues no entiendo por qué.

Ella lo miraba con ojos de pitonisa. Él se dio cuenta.

-Marullo...

-¿Qué pasa con él?

-Eso te pregunto.

-Enseguida estoy con usted, señora. Media docena de huevos, un trozo de mantequilla, eso es. ¿Y quiere café?

-Sí, me gusta en lata. Me gusta tenerlo en el estante. ¿Qué tal es Whumpdum, esa marca de carne picada en lata?

-No la he probado. Dicen que es muy buena. Enseguida estoy con usted, señor Baker. ¿No se llevó alguna vez la señora Baker esa carne picada en lata?

-Pues no tengo ni idea, Ethan. Yo como a diario lo que me ponen delante. Señora Young-Hunt, a cada día que pasa la encuentro a usted más guapa.

-Es muy amable, señor.

-No, es que es verdad. Además, viste usted que da gusto.

-Lo mismo pensaba yo de usted. Quiero decir, no es que sea usted un Adonis, pero tiene un sastre magnífico.

-Supongo que sí, que lo es. Por lo menos, cobra como si lo fuera.

-¿Se acuerda de aquél que dijo que «los modales hacen al hombre»? Pues ya no es así. Ahora son los sastres los que hacen al hombre, a la imagen que les venga en gana.

-El problema de un traje de buen corte y buena hechura es que dura demasiado. Éste ya tiene diez años.

-Increíble, señor Baker. Por cierto, ¿qué tal la señora Baker?

-Tan bien como para quejarse. ¿Por qué no va a visitarla, señora Young-Hunt? A veces se siente bastante sola. No hay muchas personas de su generación que sean capaces de conversar con inteligencia. Ah, y conste que fue Wickham quien lo dijo. Es el lema de Winchester College.

-Muéstreme otro banquero en toda Norteamérica -dijo Margie volviéndose a Ethan- que sepa decir una cosa así.

El señor Baker se tornó más rubicundo.

-Mi mujer es suscriptora de la serie «Los grandes libros». Es una gran lectora. Por favor, no deje de ir a visitarla.

-Me encantaría. Póngame las cosas en una bolsa, señor Hawley. Las recogeré más tarde, cuando vuelva a casa.

-Como diga, señora.

-Es una mujer todavía joven, de muy buen ver y realmente excepcional -dijo el señor Baker.

-Mary y ella se llevan muy bien.

-Ethan, dígame una cosa. ¿Ha venido por aquí ese hombre del gobierno?

-Sí.

-¿Y qué quiere?

-No lo sé. Me hizo algunas preguntas acerca del señor Marullo. No pude darle las respuestas que apetecía.

El señor Baker se desprendió de la imagen de Margie con la misma lentitud con que una anémona de mar se desprende de la cáscara de un cangrejo íntegramente succionado.

-Ethan, ¿ha visto a Danny Taylor últimamente?

-No, la verdad es que no.

-¿Y sabe dónde está?

-No tengo ni idea.

-Tengo que ponerme en contacto con él. ¿No se le ocurre dónde puede estar?

-No lo he visto desde... Bueno, desde el mes de mayo. Sé que iba a intentar someterse de nuevo a una cura.

-¿No sabe usted dónde?

-No me lo dijo. Sólo sé que quería intentarlo.

-¿En una institución pública?

-Pues no lo creo, señor. Me pidió dinero prestado.

-¿Cómo dice?

-Que le presté algo de dinero.

-¿Cuánto?

-Perdón, ¿cómo dice usted?

-Disculpe, Ethan. Ustedes son viejos amigos. Lo lamento. ¿Tenía más dinero?

-Yo creo que sí.

-¿No sabe cuánto?

-No, señor. Sólo me pareció que tenía algo más de lo que yo le presté.

-Si llega a enterarse de su paradero, ¿me hará el favor de decírmelo?

-Si me enterase se lo diría, señor Baker. Tal vez lo mejor confeccione una lista de esos sitios donde se puede hacer la cura y que llame por teléfono.

-¿Le prestó ese dinero en metálico?

-Sí.

-Entonces, no servirá de nada. Se habrá registrado con un nombre falso.

-¿Por qué iba a hacer una cosa así?

-Cuando son de buena familia, siempre hacen lo mismo. Ethan, y ese dinero... ¿se lo sacó a Mary?

-¿A ella no le importó?

-Nunca supo para qué era.

-Veo que aprende usted deprisa.

-Es que aprendo de usted, señor.

-Bien, pues no lo olvide.

-Es posible que vaya aprendiendo poco a poco. Sobre todo, lo que más aprendo es lo mucho que no sé.

-Eso es buena cosa. ¿Qué tal está Mary?

-Perfectamente. Como un roble. Ojalá pudiera llevármela de vacaciones, eso sí. Hace años que no salimos de la ciudad.

-Ya llegará el momento, Ethan. Yo creo que iremos a Maine a pasar el Cuatro de julio. Ya no aguanto tanto ruido.

-Supongo que tienen suerte ustedes los banqueros. ¿No ha estado recientemente en Albany, señor Baker?

-¿De dónde saca esa idea?

-No sé, en alguna parte la habré oído. Es posible que la señora Baker se lo dijera a Mary.

-Imposible. Ella no lo sabía. Por favor, piense en dónde la ha podido oír.

-A lo mejor sólo han sido imaginaciones mías.

-Esto me preocupa, Ethan. Piense a fondo, trate de recordar dónde ha oído una cosa así.

-No puedo, señor. Además, ¿qué más dará, si no es verdad?

-Le voy a decir confidencialmente por qué me preocupa. Es porque, lisa y llanamente, es verdad. Me citó el gobernador. Se trata de un asunto muy serio. Me pregunto dónde podrá estar la filtración.

-¿No lo habrá visto alguien allí?

-Pues... Ahora que lo pienso, no lo creo. Fui y volví en avión, en el día. Esto es grave. Voy a decirle algo más. Si se airea, sabré de dónde viene.

-En tal caso, no deseo saber nada más.

-Ya no tiene posibilidad de elección. Si está enterado de mi viaje a Albany... Las autoridades del estado están revisando a fondo los asuntos internos del condado y de la ciudad.

-¿Por qué?

-Supongo que será porque el olor ha llegado hasta Albany.

-¿No es una cuestión política?

-Todo lo que haga el gobernador es en mayor o menor medida una cuestión política.

-Señor Baker, dígame una cosa: ¿por qué no puede saberse?

-Le voy a decir por qué. En otras partes del estado se ha corrido la voz, y cuando llegaron los investigadores indicados la mayor parte de los registros habían desaparecido.

-Ya entiendo. Ojalá no me hubiera dicho nada. Yo no soy un parlanchín, pero preferiría no haber sabido nada.

-En ese sentido, Ethan, lo mismo preferiría yo.

-Las elecciones serán el 7 de julio. ¿Se sabrá con anterioridad?

No lo sé. Depende de las autoridades del estado.

¿Cree que Marullo tiene algo que ver con todo eso? No me puedo permitir el lujo de perder mi trabajo.

-No lo creo, la verdad. Ése era un agente federal, del Departamento de Justicia. ¿No le pidió usted sus credenciales?

-No se me ocurrió. Me mostró la placa, pero no me tomé la molestia.

-Pues debería, Ethan. Eso siempre hay que hacerlo.

-En tal caso, ¿no sería mejor que se quedase usted el fin de semana?

-Oh, eso es lo de menos. Durante los festejos del 4 de julio nunca pasa nada. Si hasta los japoneses atacaron Pearl Harbour en fin de semana. Sabían que no habría nadie allí.

-Ojalá pudiera llevar a Mary a alguna parte.

-Es posible que más adelante pueda. Ahora, quiero que se estruje la sesera y que trate de averiguar dónde para Taylor.

-¿Por qué? ¿Tan importante le parece?

-Lo es. Ahora mismo, no puedo decirle el porqué.

-Pues de veras le digo que ojalá pueda encontrarlo.

-Si pudiera dar con él, tal vez ni siquiera tenga necesidad de este trabajo.

-Si es así, le aseguro que lo intentaré por todos los medios.

-Así me gusta, Ethan. Seguro que lo hará. Si lo localiza, no deje de llamarme a cualquier hora del día o de la noche.

13

Me pregunto por qué habrá gente que dice que no tiene tiempo para ponerse a pensar. Yo pienso todo lo que quiero. Pienso a manos llenas. He descubierto que ni pesar las verduras y cortarlas, ni pasar el tiempo con los clientes, ni pelearme con Mary o amarla, ni aguantar a los chicos, lo que sea, nada me impide desarrollar una segunda, continuada capa de pensamiento, de conjeturas, de suposiciones. Seguro que lo mismo le sucede a todo el mundo. Es posible que no tener tiempo para ponerse a pensar equivalga a no tener el menor deseo de pensar.

En ese territorio extraño y sin mapas en el que había entrado de sopetón, tal vez no me quedase más remedio. Todos los asuntos empezaban a ponerse candentes, al rojo vivo, de modo que exigían que les prestase toda mi atención. Y aquél era un mundo tan nuevo que me desconcertaba, me rompía la cabeza resolviendo asuntos que los residentes más antiguos del mismo habían resuelto y descartado desde la más tierna infancia.

-Se me había ocurrido que tal vez pudiera poner en marcha un proceso y controlar al detalle cada una de sus fases, e incluso detenerlo en seco cuando me viniera en gana. Poco a poco me fui dando cuenta de que ese proceso podía adquirir independencia, vida propia, ser casi una persona con sus propíos fines y sus medios, íntegramente ajena a su creador. Y se me ocurrió otra cosa inquietante. ¿Sería cierto que yo lo puse en marcha, o más bien me limité a no presentar resistencia? Tal vez fuera yo el impulsor, pero ¿no me había visto entretanto impulsado yo también? Una vez en camino, y era largo el camino por delante, parecían no existir cruces, bifurcaciones ni elección posible.

La única elección radicaba en la primera evaluación que se hiciera. ¿Qué es la moral? ¿Es algo más que mera palabrería? ¿Era honorable enjuiciar las debilidades de mi padre, que en el fondo fue un hombre generoso, y el sueño infundado de que otros hombres fueran no menos generosos? No, lisa y llanamente fue un buen negocio cavarle la fosa. Cayó él mismo, sin ayuda. Nadie tuvo que empujarlo. ¿Fue acaso inmoral hacerlo trizas cuando ya había caído? Aparentemente, no.

Ahora había comenzado en New Baytown un movimiento envolvente y decidido, puesto en marcha además por hombres honorables. Si diera resultado, esa maniobra nadie la tomaría por algo defectuoso, sino por un golpe de inteligencia. Y si surgiera un factor imprevisto, algo que se les hubiera pasado por alto, ¿sería inmoral, o deshonroso al menos? Creo que eso dependería a la postre del éxito que pudiera tener. Para la mayoría, el éxito nunca es malo. Recuerdo que mientras Hitler avanzaba sin traba ni cortapisa alguna, triunfal, muchos hombres honorables buscaron en él virtudes que sin duda encontraron a la postre. Mussoíini logró que los trenes llegaran y salieran con absoluta puntualidad, Vichy colaboró con el invasor por el bien de Francia; digan lo que digan, Stalin fue un hombre de enorme fortaleza. La fortaleza y el éxito están

muy por encima de la moralidad, por encima de toda crítica. Así las cosas, da la impresión de que no es cuestión de lo que uno haga, sino más bien del modo en que lo haga y del nombre que se ponga a lo hecho. ¿Hay dentro del hombre, muy en el fondo, una traba que lo detiene o lo castiga? No me lo parece. El único castigo existente se reserva al fracaso. En realidad, no hay delito cometido a no ser que se detenga al delincuente. En la maniobra que se comenzaba a urdir de cara al futuro inmediato de New Baytown, algunos tendrían que salir perjudicados a la fuerza, y otros incluso destruidos, pero eso no iba a ser impedimento para que los planes siguieran su curso.

No podría decir que esto constituyese una lucha con mi conciencia. Una vez percibido el perfil de las cosas, una vez aceptado, el camino quedaba bien trazado y los riesgos resultaban visibles con claridad meridiana. Lo que más me asombraba era que el plan pareciera deberse a sí mismo; unas cosas daban pie a las otras y todo encajaba a la perfección en el conjunto. Me limité a verlo crecer, a guiarlo mediante un leve toquecito.

Lo que hubiera hecho, lo que planease hacer, lo emprendí con pleno conocimiento de que me era ajeno, a la vez que tan necesario como es un estribo para montar un caballo de gran alzada. Sin embargo, una vez montado en la grupa ese estribo tal vez resulte superfluo. Quizás no pudiera yo poner coto al proceso, pero tampoco necesitaría jamás poner otro en marcha. No tenía por qué ser un ciudadano de ese mundo gris y peligroso; ni siquiera tenía que aspirar a serlo. No tenía nada que ver con la inminente tragedia del 7 de julio. No era un proceso que me perteneciera, pero al menos podía anticiparme, preverlo, aprovecharme.

Uno de nuestros mitos más antiguos y más a menudo desacreditados es aquél según el cual los pensamientos del hombre son visibles en su rostro, y que los ojos son los espejos del alma. No es así. Sólo sale a relucir la enfermedad, la derrota, la desesperación, que a fin de cuentas son enfermedades de distinta especie. Hay personas peculiares que son capaces de percibir lo oculto, de notar un cambio, de oír una señal secreta. Yo creo que mi Mary notó un cambio, pero no lo interpretó como es debido; creo que Margie Young-Hunt se dio cuenta, pero es que era una bruja, lo cual siempre resulta algo enojoso. Me parecía que era inteligente, aparte de tener sus indudables dotes de magia; eso, más que enojoso puede llegar a resultar angustioso.

Estaba seguro de que el señor Baker se iría de vacaciones, probablemente el viernes por la tarde, víspera del fin de semana del Cuatro de julio. La tormenta tendría que estallar el viernes o el sábado, de modo que tuviera tiempo de surtir efecto antes de las elecciones del día 7. Era lógico suponer que el señor Baker preferiría estar ausente cuando se produjera el impacto. Como es natural, a mí me daba más o menos lo mismo. Era más bien un ejercicio de anticipación, razón por la cual iba a ser preciso poner en práctica varias jugadas el jueves, por si acaso se marchara esa misma noche. Lo del sábado era un asunto tan minuciosamente práctico que sería capaz incluso de llevarlo a cabo durmiendo. Si me inspiraba algún temor, era más bien ese miedo escénico y pasajero del que se tiene que enfrentar con el público.

El lunes 27 de junio, Marullo entró en la tienda poco después de que yo abriese al público. Comenzó a mirar de un modo extraño por los estantes, la caja registradora, la cámara frigorífica, el expositor; se metió en la trastienda, volvió enseguida. A juzgar por su expresión, diríase que estaba contemplando todo aquello por vez primera.

-¿Se marcha de viaje durante el día 4? -le dije.

-¿Por qué me lo preguntas?

-Todo el que se lo puede permitir se marcha.

-Ya, ¿y adónde iría yo?

-¿Adónde va todo el mundo? Pues a los Catskills, a pasear por el monte, e incluso a Montauk, de pesca. Abundan los atunes en esta época del año.

Sólo de pensar en luchar a brazo partido contra un pez de quince kilos se le recrudecieron los dolores de sus articulaciones artríticas, de modo que flexionó ambos brazos e hizo una mueca.

A punto estuve de preguntarle cuándo tenía previsto viajar a Italia, pero me pareció excesivo. Por el contrario, me acerqué y lo tomé con suavidad por el codo derecho.

-Alfio -le dije-, creo que usted está mal de la cabeza. ¿Por qué no va a Nueva York, a que le vea el mejor especialista? Algo tiene que haber que le alivie ese dolor.

-Lo dudo.

-No tiene nada que perder, haga la prueba. Adelante, inténtelo.

-¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro?

-Nadie. Pero he trabajado aquí mucho tiempo, muchos años al servicio de un idiota *espagueti* hijo de la gran perra. Si un chucho callejero lo pasara tan mal, también acabaría por sentirlo yo. Viene usted aquí y flexiona los brazos y pasa media hora antes de que pueda enderezarse.

-¿Me estás diciendo que me tienes afecto?

-No, demontre. Sólo le hago la pelota para que me suba el sueldo.

Me miró con ojos de perro perdiguero, enrojecidos, el iris castaño oscuro y la pupila de una sola pieza. Pareció que iba a decirme algo, pero cambió de idea.

-Eres un buen muchacho.

-Usted no se fíe.

-¡Un buen muchacho! -exclamó con vehemencia, y como si le pasmara su propia efusión de emociones salió de la tienda y se largó caminando.

Estaba pesando un kilo de judías para la señora Davidson cuando volvió Marullo a la carga. Se plantó en la puerta y me dio un grito.

-Llévate mi Pontiac.

-¿Cómo dice?

-Que vayas a algún sitio a pasar el domingo y el lunes que te presto el auto.

-No me lo puedo permitir, no me sobra el dinero.

-Vete al infierno. Y llévate a los chicos. -Me lanzó por el aire algo que no supe distinguir y que cayó entre las judías. La señora Davidson lo vio largarse de nuevo por la calle. Recogí el proyectil verde entre las judías: tres billetes de veinte pavos bien doblados en un cuadrado prieto.

-¿Qué es lo que le pasa?

-Pues que es un italiano de sangre caliente.

-¡A la fuerza ha de serlo... si anda tirando el dinero de ese modo!

No volvió a asomar por la tienda durante el resto de la semana, de modo que, por mí, excelente. Nunca se había marchado sin comunicármelo. Era como ver pasar un desfile, verlo pasar de pie, a sabiendas de cuál había de ser la siguiente carroza, pero contemplándolo todo con sumo detalle, a pesar de lo previsible que fuera.

No me podía esperar lo del Pontiac. Nunca prestaba su coche a nadie. Eran tiempos extraños. Alguna fuerza o designio exterior parecía haberse apoderado de los acontecimientos, de modo que se apiñaban tal como hace el ganado en la rampa de carga. Ya sé que también lo contrario puede ser cierto. A veces, esa fuerza o designio deshace o destruye, poco importa el esmero y la hondura que se ponga en planificar los detalles. Supongo que por eso mismo creemos en la buena o la mala suerte.

El jueves, 30 de junio, desperté como de costumbre con la luz negra y perlada del alba, es decir, muy temprano, teniendo en cuenta que estábamos en pleno verano. La silla y la cómoda eran negros manchurrones, los cuadros meras insinuaciones más claras. Los blancos visillos de la ventana parecían mecerse y suspirar como si respirasen al compás, pues raro es el amanecer en que no se agita una mínima brisa al menos sobre la tierra.

Recién despierto, y no del todo, jugaba con la ventaja de dos mundos, el firmamento superpuesto de los sueños y los rasgos provisionales de la mente en vela. Me estiré voluptuosamente; fue una sensación agradable, estimulante. Es como si la piel de noche hubiera encogido y uno tuviera que cederla hasta darle el tamaño diurno hinchando los músculos. Provoca una sensación de placer cosquilleante.

Primero me remití a los sueños que recordaba tal como hubiera hecho al ojear un periódico, sólo por ver si contenía algo de interés, alguna cosa digna de mención. Luego exploré el día que se avecinaba, en busca de acontecimientos que aún no se habían producido. Acto seguido me dediqué a realizar una rutina que aprendí del mejor oficial que he conocido nunca. Se llamaba Charley Edwards, comandante de mediana edad, tal vez ya pasado de vueltas, aunque no mucho, para ser oficial de combate en el frente, si bien era de los mejores. Tenía familia numerosa, una esposa guapa, cuatro chicos muy seguidos, y el corazón a veces le rebosaba y le dolía de amor, de nostalgia por ellos, cuando se dejaba ganar por la mano. Fue él quien me lo contó porque le vino en gana. En su mortífero oficio no podía permitirse que su concentración quedara desgarrada, alabeada por el amor, y para que no le sucediera eso había ideado el siguiente método: por la mañana, siempre y cuando no lo arrancase del sueño una llamada de alerta, abría el ánimo y el corazón a los suyos. Se detenía en todos ellos uno por uno; reparaba en cómo eran, en cómo se comportaban; los acariciaba, los besaba, les garantizaba su amor una vez más. Era como si tomara objetos de valor incalculable de una vitrina, los contemplase uno por uno, los acariciara, los besara y volviera a guardarlos a cada cual en su sitio. Todo el procedimiento le llevaba media hora escasa cuando disponía de ella; después, ya no tenía que -no podía- pensar en su familia a lo largo del día entero. Era capaz de dedicar toda su concentración, libre de conflictos, de pensamientos y sentimientos encontrados, al cometido que tenía entre manos: a matar hombres. Era el mejor oficial que he conocido en la vida. Le pedí permiso para utilizar ese procedimiento, y me lo dio con generosidad. Cuando lo mataron, sólo pude pensar en que había llevado una vida llena de bondad, de eficacia. Había gozado de sus placeres, había saboreado su amor, había pagado sus deudas. ¿Cuántos son los que puedan decir lo mismo?

No siempre utilizaba el método del comandante Charley, pero un día como este jueves, cuando toda mi atención debiera estar concentrada e indivisa en la medida de lo posible, desperté al rayar el alba, entreabrió la puerta la luz, y visité a mi familia tal como lo hubiera hecho el comandante Charley.

Los repasé por orden cronológico, empezando por mi tía Deborah. Así se llamaba por la profetisa Débora, del Libro de los Jueces de Israel. Tengo leído que los jueces eran por entonces caudillos militares. Tal vez hiciera honor al origen de su nombre. Acaudillaba en efecto las falanges del pensamiento. Mi júbilo al aprender cosas sin beneficio aparente se lo debía a ella por completo. Por severa que fuese, era una mujer rebosante de curiosidad, que experimentaba poca o ninguna simpatía por todo el que no fuera de natural curioso. A ella consagré toda mi obediencia. Rendí un espectral homenaje al viejo Capitán e incliné la cabeza en deferencia ante mi padre. Incluso cumplí el deber de visitar ese desocupado agujero del pasado que había

Librodot

conocido en vez de madre. A ella nunca la llegué a conocer. Murió antes de que yo tuviera tiempo, y sólo dejó esa oquedad en el pasado, allí donde debiera haber tenido su sitio.

Sin embargo, algo me preocupaba. Ni la tía Deborah ni el viejo Capitán, ni tampoco mi padre, acudieron con claridad a mi evocación. Eran difusas sus facciones, escurridizas, en lugar de aparecer nítidas como en las fotografías. En fin, tal vez sea que en la memoria palidecen los recuerdos igual que los ajados ferrotipos. El fondo engulle a las figuras que estaban en primer plano. No podría retenerlos por siempre en la memoria.

Luego debí haber reparado en Mary, pero la dejé para más tarde.

Me centré en Allen. No pude dar con su rostro de chiquillo, con aquella cara llena de alegría y viveza que antaño me convenció de la perfectibilidad del hombre. Sólo se presentó tal como era con el tiempo: un jovenzuelo malhumorado, presumido, resentido, distante y amigo de los secretos, sumido en el sufrimiento y la perplejidad de su pubertad, época terrible, llena de torturas, en la que se ve animado a morder a todo el que le rodea, incluido a sí mismo, como si fuese un perro atrapado en un cepo. Ni siquiera en mi imagen mental pudo desprenderse de su triste desazón, de modo que lo dejé aparte no sin antes decirle que lo sé. Que recuerdo lo mal que se pasa, que es inevitable, que no puedo hacer nada por ti. Sólo te puedo asegurar de que terminará tarde o temprano. Y ya lo sé, eso es algo que no te puedes creer. Ve en paz, ve con todo mi cariño aun cuando durante todo este tiempo no podamos soportarnos el uno al otro.

Ellen me procuró un ramalazo de complacencia. Será hermosa, más incluso que su madre, pues cuando cristalicen sus rasgos faciales en una forma definitiva tendrá la extraña autoridad de la tía Deborah. Sus estados de ánimo, sus crueldades, sus momentos de nerviosismo son los ingredientes precisos para que sea una mujer bella y deseada. Lo sé muy bien, pues no en vano la vi caminar en sueños con el talismán rosaceo pegado al pecho, como si fuese una mujer en la plenitud de la edad. Y así como el talismán fue y es importante para mí, así lo es para Ellen. Tal vez sea Ellen la que porte y transmita todo lo que en mí hay de inmortal. Y en mi salud la estreché entre mis brazos y ella, fiel a su manera de ser, me hizo cosquillas en la oreja y soltó una risita. Mi Ellen. Mi hija.

Volví la cabeza hacia Mary, que dormía sonriente a mi derecha. Ése es su sitio en la cama, de modo que cuando llega el momento oportuno y a ella le apetece, puede buscar refugio apoyando la cabeza sobre mi hombro derecho, con lo cual me deja libre la mano izquierda libre para acariciarla.

Pocos días antes me había hecho un corte en el dedo índice con el cuchillo curvo de la tienda, y se me había formado una dureza en la base de la yema. Le acaricié con ella la hermosa línea que recorría el hombro hasta la oreja, aunque despacio y suave, para no sobresaltarla, y con la firmeza necesaria para que no le hiciera cosquillas. Suspiró, que es lo que hace siempre: una aspiración profunda, amplia, y luego una lenta y exuberante espiración. A algunas personas les molesta el despertar, pero no es el caso de Mary. Siempre acude al día con la esperanza de que le depare algo bueno. A sabiendas de que así despierta, trato de hacerle una pequeña ofrenda que justifique su convicción. Y trato de reservar las ofrendas para las grandes ocasiones, como la que acababa de ocurrírseme de repente.

Abrió los ojos, velados por el sueño.

-¿Ya es la hora? -preguntó, y miró por la ventana para ver si el día ya despuntaba. Sobre la cómoda hay un cuadro: árboles en torno a un lago, una vaca que

se encuentra paciendo a la orilla. Divisé la cola de la vaca desde la cama y supe que, en efecto, ya era de día.

-Te traigo buenas nuevas que te darán gran alegría, mi ardilla voladora.

-Tú estás loco.

-¿Te he mentido yo alguna vez?

-A lo mejor.

-Estás despierta para que te dé las buenas nuevas?

-No.

-Entonces, espero.

Se volvió sobre el hombro izquierdo y se le formó un pliegue hondo en sus carnes suaves.

-Eres un bromista. Si me vas a decir que piensas cubrir el césped con una capa de cemento...

-Para nada.

-O que piensas montar un criadero de grillos...

-Ni mucho menos. Pero veo que al menos recuerdas los viejos planes que he ido descartando.

-¿Es una broma?

-En fin, es una cosa tan extraña y tan mágica que vas a tener que armarte de valor para creértela.

Tenía límpida la mirada, despierta del todo, y vi que los labios le temblaban un poco por las comisuras, como si se preparase a reír.

-Cuéntame.

-¿Conoces a un individuo de extracción italiana que se llama Marullo?

-Tú estás loco... O te haces el tonto.

-Ya lo verás. El tal Marullo se ha ausentado de la ciudad por un tiempo.

-¿Adónde ha ido?

-No me lo dijo.

-¿Cuándo piensa regresar?

-Deja de hacerme preguntas, que me confundes. Eso tampoco me lo dijo. Lo que sí me dijo, y ante mis protestas rne lo ordenó, es que hagamos uso de su automóvil y nos vayamos a hacer un viajecito durante los días festivos que se avecinan.

-Me estás tomando el pelo.

-¿Te iba yo a contar una mentira que luego te entristezca ?

-Pero... ¿por qué?

-Eso no te lo puedo decir. Lo que sí te puedo jurar, y te doy mi palabra de boy scout o mi más solemne juramento ante el Papa de Roma, es que el Pontiac con tapicería de armiño, con el tanque lleno de gasolina virgen, espera vuestras órdenes, mi Alteza Real.

-¿Y adonde vamos a ir?

-Eso, mi adorado insecto de esposa, es lo que tú decidirás, y te tomarás todo el día de hoy, el de mañana y el sábado para planearlo.

-Pero es que el lunes es festivo. Son dos días enteros.

-En efecto.

-¿Nos lo podemos permitir? A lo mejor hemos de encontrar un motel o algo así.

-Podamos o no podamos, vamos a ir. Tengo unos ahorrillos.

-Tonto, conozco de sobra tus ahorrillos. No puedo hacerme a la idea de que nos haya prestado el coche.

-Yo tampoco, pero así es.

-No te olvides de que trajo dulces por Pascua.

-Eso es pura muestra de senilidad.

-Me pregunto qué es lo que busca.

-Eso es indigno de mi mujercita. A lo mejor sólo quiere que lo queramos un poco.

-Voy a tener que hacer un millón de cosas.

-Ya lo sé. -Me la imaginé en el momento de arar las posibilidades como si su ánimo fuera una pala excavadora. Supe que ya no disfrutaba de su atención, y que seguramente no podría recuperarla. Tal vez fuera mejor así.

Durante el desayuno, antes de tomarme la segunda taza de café, Mary ya había elegido y descartado la mitad de los lugares de recreo de toda la costa este de Norteamérica. Mi pobre amada no se había divertido gran cosa en estos últimos años.

-Cloe -le dije-, sé que me va a costar trabajo recabar de nuevo tu atención. Se nos ha ofrecido una inversión de gran importancia. Quiero que me cedas algo más de tu dinero La primera inversión va sobre ruedas.

-¿Está enterado el señor Baker?

-Ha sido idea suya.

-Entonces, tómalo. Firma un cheque y lo sacas tú.

-¿No quieres saber a cuánto asciende?

-Pues creo que no.

-¿No quieres saber de qué inversión se trata? ¿No quieres conocer las cifras, las fluctuaciones, las gráficas, las ganancias probables, el bullarengue fiscal y todo lo demás?

-No entendería ni jota.

-Desde luego que lo entenderías.

-En tal caso, será que no tengo ganas de entender nada.

-No me extraña que te llamen la zorra más pérfida de Wall Street. Esa mentalidad financiera fría como el hielo, cortante como el mejor de los diamantes... Da miedo.

-Nos vamos de viaje -dijo ella-. Nos vamos dos días de viaje.

¿Cómo demonios iba a abstenerse un hombre de amarla, de adorarla incluso?

-¿Quién es Mary... y qué es ella? -canturreé, y recogí las botellas de leche ya vacías antes de irme a trabajar.

Tuve la necesidad de ponerme al día con Joey, más que nada por saber cómo andaba, pero seguramente llegué con un momento de retraso o con otro de antelación. Entraba en el café cuando enfilé yo por High Street. Le seguí y ocupé el taburete contiguo al suyo, ante la barra.

-Me ha hecho aficionarme a la costumbre, Joey.

-Buen día, señor Hawley. El café es francamente bueno.

Saludé a mi antigua compañera de clase.

-Buen día, Annie.

¿Te vas a convertir en cliente habitual, Eth?

-Pues eso parece. Una taza, por favor. Solo.

-¿Sólo? Negro sí que está.

-Negro es el ojo de la desesperación.

-¿Cómo?

-Que lo tomaré solo.

-Como veas una gota de leche en ese café, Eth, te sirvo otro.

-¿Y cómo van las cosas, Morph?

-Igual que siempre, sólo que peor.

-¿Quiere que nos cambiemos de empleo, el suyo por el mío?

-Por mí, encantado. Y más antes de un fin de semana tan largo como el que se avecina.

-No es usted el único que tiene problemas. A los clientes también les gusta aprovisionarse de comida en sus casas.

-Supongo que sí. No me había parado a pensarlo.

-Artículos para ir de picnic, encurtidos, salchichas y, Dios nos libre, malvaviscos a porrillo. ¿Y tiene mucho trabajo?

-Como el 4 cae en lunes y hace un tiempo espléndido, espero que no me lo diga de broma. Aún peor es que a Dios Todopoderoso le haya dado por descansar y largarse a una zona de recreo en la montaña.

-¿Me habla del señor Baker?

-Hombre, no le iba a hablar de James G. Blaine ni de politicastros por el estilo.

-Quiero verle. Necesito que nos veamos -dije.

-Pues a ver si es capaz de pescarlo al vuelo, porque últimamente da más saltos que una moneda de cuarto de dólar dentro de una pandereta.

-Puedo llevarle unos sandwiches a su puesto de combate, Joey.

-Es posible que se lo pida. -Esta vez le invito yo -dije.

-De acuerdo.

Cruzamos la calle juntos y entramos en el callejón.

-Lo encuentro bajo de ánimo, Joey.

-Es que lo estoy. A veces me fatiga el dinero de los demás. Tengo una cita estupenda para el fin de semana, pero es probable que me encuentre tan cansado que no sepa estar a la altura de las circunstancias. -Metió un envoltorio de chicle en la cerradura, entró y se despidió-. Hasta luego -dijo antes de cerrar la puerta.

La sujeté para que no se cerrase.

-¡Joey! ¿Hoy no quiere un sandwich?

-No, gracias -contestó desde el interior en penumbra, con olor a cera para la madera del suelo-. Tal vez el viernes sí. El sábado, con toda seguridad.

-¿No cierra al mediodía?

-Ya se lo dije antes. El banco puede que cierre, pero Morphy siempre sigue al pie del cañón.

-Venga a verme si quiere algo.

-Gracias. Gracias, señor Hawley.

Esa mañana no tuve nada que decir a mi tropa de los estantes, salvo un sencillo «¡Buen día, señores! ¡Descansen!». Momentos antes de las nueve, con el delantal puesto y la escoba en ristre, estaba barriendo la acera.

El señor Baker es tan puntual que se le oye dar las horas. Seguro que lleva un muelle en el pecho, al que debe dar cuerda sin falta. Las ocho cincuenta y seis, cincuenta y siete a lo sumo, y cruza la calle; las ocho cincuenta y ocho, y apareció caminando por Elm Street; las ocho cincuenta y nueve, y estaba ante la puerta acristalada, donde yo, con la escoba en las manos, tuve que salir a su encuentro.

-Señor Baker, deseo hablar con usted. Buen día, Ethan. ¿Puede esperar un minuto? Pase, pase.

Lo seguí al interior y vi todo aquello que Joey me había descrito como una ceremonia religiosa. Estaban prácticamente en posición de firmes cuando la manecilla del reloj señaló las nueve en punto. Se oyó un *clic* y un zumbido en la puerta reforzada de la caja de seguridad. Joey marcó los números místicos e hizo girar la rueda que

desplaza los cerrojos. Se abrió de golpe el sanctasanctórum de un modo suntuoso, y el señor Baker recibió el saludo de todo el dinero allí reunido. Me mantuve al margen, al otro lado de la balaustrada, como un humilde feligrés que esperase a recibir un sacramento.

El señor Baker se dio la vuelta.

-Bien, Ethan. ¿Qué puedo hacer por usted?

-Deseo -le dije en voz baja- hablar con usted en privado, pero no puedo salir de la tienda y dejar a la clientela sin atender.

-¿Se trata de algo que no puede esperar?

-Pues me temo que no.

-Tendría que contar usted con un ayudante en el negocio.

-Ya lo sé.

-Si dispongo de algún momento libre, me pasaré a verle sin falta. ¿Alguna noticia de Taylor?

-Todavía no, pero ya he tendido mis redes.

-Trataré de acercarme...

-Gracias, señor -le dije, aunque ya estaba seguro de que vendría.

Así fue. En menos de una hora, decidió esperar hasta que se fueron los clientes a los que atendía en esos momentos.

-A ver, Ethan. ¿De qué se trata?

-Señor Baker. Con los médicos y los abogados, o los propios sacerdotes, se sabe que han de guardar secreto en relación con sus asuntos profesionales. ¿Sucede lo mismo con un banquero?

-¿Ha oído alguna vez que un banquero comentase los asuntos particulares de un cliente, Ethan?

-No.

-Bueno, pues alguna vez haga la prueba, y a ver qué saca en limpio. Al margen de esa costumbre inveterada, Ethan, yo soy su amigo.

-Lo sé. Será que estoy un poco intranquilo. Y es que hace quizás demasiado tiempo desde la última vez que tuve un respiro.

-¿Un respiro?

-Voy a poner las cartas boca arriba, señor Baker. Marullo anda en apuros.

Se acercó más hacia mí.

-¿Qué clase de apuros?

-Con exactitud, señor, no lo sé. Debe de ser un asunto de entrada ilegal en el país.

-¿Cómo lo sabe, Ethan?

-Él mismo me lo dijo, aunque no con esas palabras. Ya sabe usted cómo es.

Me di cuenta de que mentalmente daba un salto, tomaba las piezas sueltas, las hacía encajar.

-Siga -dijo-. Eso implica la expatriación.

-Pues mucho me temo que sí. Pero es que él se ha portado bien conmigo, señor Baker. Yo no haría nada que le pudiera perjudicar.

-Pero es que a veces hay que pensar en uno mismo, Ethan. ¿Qué es lo que le ha propuesto?

-No se trata de una mera proposición. Tuve que ir atando cabos hasta sacar algo en claro, pues habló mucho sin decir nada. Estaba de los nervios. Sin embargo, deduje que si tuviera cinco mil en efectivo, podría comprarle la tienda.

A juzgar por lo que dice, da la impresión de que tiene previsto darse a la fuga. Pero eso usted no lo sabe. No, señor. La verdad es que no sé nada. En tal caso, no hay peligro de que nadie lo acuse de complicidad. ¿No le ha dicho nada en concreto?

-No, señor.

-¿Y cómo ha llegado a calcular esa cifra?

-Muy sencillo, señor. Es todo lo que tenemos.

-Pues tal vez pudiera conseguir el negocio por una cantidad inferior.

-Puede ser.

Con rápida mirada repasó la tienda como si la tasara.

-Si no se equivoca en sus suposiciones, se encuentra usted en condiciones óptimas para hacer un buen negocio.

-Eso no se me da nada bien.

-Sabe muy bien que no me gustan los tratos bajo mano. Tal vez pudiera hablar con él.

-Es que ha salido de la ciudad.

-¿Y cuándo ha de regresar?

-No lo sé, señor. Recuerde que sólo se trata de una impresión, pero creo que podría aparecer en cualquier momento y, si yo tuviera el dinero en metálico, cerrar un trato. Me tiene simpatía, ¿sabe?

-Lo sé.

-No quisiera aprovecharme de la situación.

-Siempre podrá vendérselo a otro. Con gran facilidad podría conseguir diez mil... de cualquiera.

-Entonces a lo mejor peco de excesivo optimismo.

-No se achique, Ethan. Tiene que pensar en lo primordial.

-De eso quería hablarle. Es el dinero de Mary.

-Lo es. Bien, ¿y qué es lo que tiene en mente?

-Pues había pensado que podría prepararme algunos papeles, y dejar la fecha y la cantidad en blanco. Yo podría retirar el dinero mañana viernes.

-¿Por qué el viernes?

-Bueno, sigue siendo una suposición, pero algo dijo el acerca de que todo el mundo está fuera durante los días festivos. Supuse que él podría aparecer entonces. ¿No tiene usted su número de cuenta?

-No, por Dios. Retiró todo su efectivo hace poco tiempo. Según dijo, iba a comprar unas acciones. No me llamó la atención, pues eso mismo ya lo ha hecho otras veces y siempre volvió a hacer ingresos superiores a la cantidad retirada en cada ocasión. -Miró largo y tendido a una miss Rheingold de vivos colores, que anunciaba la cerveza de la misma marca desde un cartel colgado sobre el mostrador de los fiambres, pero no reaccionó ante la sonrisa de su invitación-. ¿Sabe usted que corre un terrible riesgo?

-¿Qué quiere decir?

-Por una parte, podría vender el negocio a media docena de personas; por otra, tal vez esté hasta el cuello de hipotecas. No se han hecho las pertinentes indagaciones.

-Quizás podría enterarme de la situación en el registro del condado. Sé que está usted muy ocupado, señor Baker. Estoy aprovechándome de la amistad que mantiene usted de antaño con mi familia. Además, es usted el único amigo que tengo, el único, quiero decir, que entiende de estos asuntos.

-Llamaré a Tom Watson para que me informe sobre el título de propiedad. Maldita sea, Ethan. Es un mal momento. Mañana por la noche quisiera emprender un

corto viaje. Si es cierta su suposición y él es un estafador en potencia, podría quedarse usted no ya de patitas en la calle, sino compuesto y sin novia, si me permite la expresión.

Tal vez lo mejor sea que renuncie al empeño. De todos modos, señor Baker, se lo digo muy en serio: estoy harto de ssser un mero dependiente de tienda.

-Yo no le he dicho que renuncie. Sólo le dije que corre un riesgo.

-Mary sería tan feliz si yo fuera el dueño de la tienda... En fin, supongo que tiene usted razón: no debo arriesgar un dinero que en el fondo es de ella. Creo que mi deber es llamar a los hombres de la policía federal.

-Eso le llevaría a perder toda la ventaja que aún pueda tener.

-¿Cómo?

-Si se procede a su deportación, podría vender sus haberes por medio de un agente, y esta tienda costaría mucho más de lo que usted puede pagar. Ni siquiera está usted seguro de que él esté por largarse. ¿Cómo va a decírselo a los agentes federales si ni siquiera lo sabe con certeza? Ni siquiera sabe si ellos lo han descubierto

-Eso es verdad.

-En honor a la verdad, usted no sabe nada acerca de él, al menos con una mínima certeza. Todo lo que me ha dicho no pasa de ser un puñado de vagas sospechas, ¿no es cierto?

-Así es.

-Pues es mejor que las olvide.

-¿No sería un desastre si pagase en efectivo sin que al menos quedara constancia del pago?

-Podría hacer un apunte en el cheque. Por ejemplo, «para invertir en el negocio con A. Marullo». Así quedaría constancia de sus intenciones.

-Supongamos que todo queda en agua de borrajas.

-En tal caso, vuelva a depositar el dinero en el banco.

-¿Le parece que vale la pena correr ese riesgo?

-Todo es un riesgo, Ethan. De hecho, llevar tanto dinero encima ya es un riesgo.

-De eso me ocupo yo.

-Lamento tener que irme de viaje.

Lo que antes comenté acerca del momento oportuno, y de cómo elegirlo, seguía siendo verdad. Durante todo ese rato no entró nadie en la tienda, pero apenas llegamos a este punto apareció media docena de personas: tres mujeres, un hombre de edad avanzada, dos mozalbetes.

-Le daré el dinero en billetes de cien -dijo el señor Baker acercándoseme, en voz muy baja-. Y tomaré nota de la numeración de los billetes. Si lo pescan con ellos, los podrá recuperar.

Saludó con seriedad a las tres mujeres, dijo un sucinto «Buen día, George» al anciano y pasó los dedos por los hirsutos cabellos de los dos chicos. El señor Baker es un hombre muy inteligente.

14

Primero de julio. Parte el año en dos con la exactitud de la raya del pelo. Había previsto que para mí fuera una suerte de límite: hasta ayer, una especie de mí; a partir de mañana, un yo distinto. Había puesto en práctica una serie de jugadas que ya no tenía vuelta atrás. El tiempo y sus incidentes habían secundado mi plan a pedir de

boca, como si quisieran colaborar con mis intenciones. Ni siquiera me propuse aparentar, y menos aún ante mí mismo, que desconocía todo lo que estaba haciendo. Provisionalmente, cambié mis hábitos de conducta y mis actitudes de puertas afuera, en busca de una comodidad, una dignidad, una seguridad aparente que nunca había sentido del todo. Demasiado fácil sería reconocer que lo hice por mi familia, pues sabía que en la comodidad y la seguridad de ellos hallaría yo toda mi dignidad. No obstante, mis objetivos eran harto limitados; una vez los consiguiera, podría reanudar mis hábitos de conducta como si tal cosa. De eso estaba seguro. La guerra no me había convertido en un asesino, por más que durante bastante tiempo me dedicase a matar a otros hombres. Despachar a las patrullas, a sabiendas de que algunos hombres iban a morir, no suscitaba en mí el menor alborozo en el sacrificio, al contrario de lo que les pasaba a muchos otros. Lo principal era contemplar el objetivo debidamente limitado, tal cual era y, una vez alcanzado, detener en seco el proceso, no dar un paso. Eso sólo podría conseguirlo si supiera a la perfección qué estaba haciendo, si no me engañase al respecto: seguridad y dignidad sin salirme de esos límites estrictos. Gracias a la guerra era consciente de que las víctimas lo son en aras de un proceso, no por culpa de la ira, del odio, de la crueldad. Y creo que en el momento de la aceptación, entre quien gana y quien pierde, entre quien mata y quien muere, sólo hay amor.

No obstante, los papeles garabateados por Danny me dolían como una pena negra, igual que la mirada de gratitud de Marullo.

No había permanecido velando mis armas la víspera de la batalla, como se dice que hacen los hombres. Llegó rápido el sueño, llegó pesado, llegó por completo y me liberó con idéntica facilidad antes del alba, dejándome descansado. No yací a oscuras, como era mi costumbre. Tuve el impulso apremiante de volver a visitar mi vida de cabo a rabo, entera, tal como había transcurrido. Me deslicé de la cama sin hacer ruido, me vestí en el cuarto de baño y bajé la escalera muy pegado a la pared. Me sorprendió dirigirme a la vitrina, abrirla con sigilo y reconocer al tacto el montículo de piedra rosácea. Me lo eché al bolsillo y cerré la vitrina con llave. En toda mi vida, jamás lo había sacado de allí, y no se me pasó por la cabeza que pudiera hacerlo esta mañana. La memoria me guió por la cocina a oscuras y por la puerta de atrás hacia ei jardín, que empezaba a ponerse gris. Las curvadas copas de los olmos estaban repletas de hojas y formaban una verdadera cueva negra. De haber tenido entonces el Pontiac de Marullo tal vez hubiera salido de New Baytown al volante, obedeciendo al impulso de mis primeros recuerdos, que despertaban de un mundo adormecido. Con el dedo recorrí el sinuoso perfil del talismán cálido como la carne, preso en mi bolsillo. ¿Era de veras un talismán?

Esa Deborah que de niño me envió al Gólgota era una máquina de precisión absoluta con las palabras. No les toleraba el menor desmán, ni me permitía a mí un descuido con ellas. ¡Qué poderes tenía aquella anciana! Si había aspirado a ser inmortal, en mi cerebro había encontrado la inmortalidad que buscaba. Al verme recorrer aquel rompecabezas con el dedo, me dijo: «Ethan, esa extraña piedra bien podría ser tu talismán».

«¿Y qué es un talismán?»

«Si te lo digo, como me sueles hacer caso a medias sólo te enterarás de la mitad. Míralo en el diccionario.»

Son muchas las palabras que me pertenecen porque tía Deborah despertó mi curiosidad por ellas y porque luego me obligó a satisfacerla por mis propios medios. «¿Y qué más dará?», le contesté, por supuesto, aunque ella sabía de sobra que luego iría a buscarla por mi cuenta, de modo que me la deletreó alto y claro: t-a-1-i-s-m-á-n.

Mucho le importaban las palabras, y detestaba una barbaridad que se emplearan mal, tal como le molestaba que manosearan un objeto delicado. Ahora, al cabo de tantos ciclos, aún veo la página, aún me veo deletrear con errores la palabra *talismán.* En árabe era sólo una línea que culebreaba con un bulbo de remate al final. En griego pude pronunciarla gracias al empeño de la anciana. «Una piedra u otro objeto semejante, grabada con figuras o caracteres, a la cual se atribuye el poder oculto de las influencias planetarias y configuraciones celestes bajo las cuales fue esculpida. Se usa corrientemente como amuleto para espantar maleficios o traer suerte a quien la ostenta.» Tuve que buscar entonces el significado de «oculto», «planetario», «celeste» y «amuleto». Siempre me pasaba igual. Una palabra encendía a las demás como una traca de fuegos artificiales.

Cuando después le pregunté «¿Crees en los talismanes?», me respondió así: «¿Qué tendrán que ver mis creencias?».

La puse en sus manos.

«¿Qué significa esa figura, o ese signo?»

«Es tu talismán, no el mío. Significa lo que tú quieras que signifique. Ahora vuelve a colocarlo en la vitrina, que ahí te ha de esperar.»

Ahora, mientras caminaba bajo la caverna de los olmos, tía Deborah estaba más viva que nunca, y ésa es la auténtica inmortalidad. La línea grabada iba y venía sobre sí misma y por debajo, una serpiente sin cabeza ni cola, sin principio ni fin. Y por vez primera me la había llevado conmigo, no sé bien si para espantar el maleficio o para que me diera suerte. No creo en las predicciones de la fortuna, y la inmortalidad siempre me ha parecido una enfermiza promesa para los decepcionados.

La franja de luz que asomaba por el este ya era de julio, pues junio se había desvanecido a lo largo de la noche. Julio es tan de bronce como junio es de oro, y es de plomo donde junio era de plata. Las hojas de julio son gruesas, pesadas, apiñadas. En julio, los trinos de los pájaros son flatulentos estribillos sin un ápice de pasión, pues los nidos ya están desiertos y los pichones rechonchos pían con torpeza. No, julio no es un mes de promesas ni de cumplimientos. Crece y madura la fruta, pero sin dulzura y sin color; el maíz es un lacio haz de verde, con un puñado de flecos tiernos y amarillentos. Las calabazas aún llevan la corona umbilical de los pétalos secos.

Fui caminando hasta Porlock Street. Porlock, regordeta y satisfecha. El tono bronceado del alba me mostraba los rosales cargados de flores ya maduras, semejantes a esas mujeres cuyos corsés ya no disimulan una barriga abultada, por bellas que sigan teniendo las piernas.

Caminando con lentitud, me encontré a punto no de decir sino de sentir la despedida, que no el adiós. El adiós tiene una dulce cadencia de repulsa. La despedida a secas es definitiva, es una palabra de colmillos afilados con los que rasga el cordel que anuda el pasado al futuro.

Llegué hasta el Puerto Viejo. Adiós, sí, pero ¿a qué? No lo sé. No logré recordarlo. Creo que tenía ganas de ir a mi sitio, pero el hombre que bien conoce el mar sin duda sabe que estaba alta la marea y que el sitio estaría anegado de agua oscura. Por la noche vi la luna de sólo cuatro días, crecida como un grueso y curvo bisturí, aunque ya con la fuerza necesaria para tirar de la marea hasta la boca de la cueva donde estaba mi sitio.

Tampoco tuve necesidad de visitar la chabola de Danny con una incierta esperanza. Había luz suficiente para ver las briznas de hierba erguidas en medio del camino, allí donde las pisadas de Danny las habían aplastado.

El Puerto Viejo estaba salpicado de embarcaciones de recreo, esbeltos cascos con las velas cubiertas por fundas de lona; aquí y allá se veía algún que otro madrugador aficionado que aparejaba su barco, poniendo en orden el botalón y el foque y la escota de mayor, desenrollando el génova como si fuera un gran nido blanco y desmadejado.

En el puerto nuevo había bastante más actividad. Atracadas en el muelle, las embarcaciones de alquiler esperaban a sus pasajeros, los frenéticos pescadores de veraneo que pagan las tasas y encharcan la cubierta de piezas cobradas y, por la tarde, se preguntan qué van a hacer con semejante cantidad de pescado, cestos y más cestos llenos de pargos y peces globo y otra media docena de especies, todos a la espera de ser desgarrados con avidez, de morir, de ser arrojados a las gaviotas. Las gaviotas se arremolinan impacientes, a sabiendas de que los pescadores de veraneo han de hastiarse de tanta abundancia. ¿A quién le apetece desescamar y limpia un cesto entero de peces? Cuesta más regalar los pescados que pescarlos.

La bahía estaba lisa como un plato de aceite, la luz broncínea se derramaba por toda ella. Las boyas permanecían sin mecerse en los márgenes del canal, cada una de ellas con su gemela en el espejo del agua.

Doblé por donde está el mástil y el monumento en recuerdo de los caídos en combate y encontré mi nombre entre los héroes que sobrevivieron, las letras destacadas en plata CAPT. E.A. HAWLEY-; debajo, en letras de oro, los nombres de los dieciocho nativos de New Baytown que habían perdido la vida en el frente. Me los sabía de memoria, y en otro tiempo incluso conocí a todos los hombres. No eran distintos de los demás, aunque ahora sí, debido al oro. Durante un fugaz instante quise estar abajo, entre ellos, con letras doradas: Capt. E.A. Hawley. Los miserables y los malandrines, los cobardes y los héroes, todos juntos y destacados en letras de oro. No sólo mueren los valientes, pero tienen sin duda mejores ocasiones para perder la vida.

Willie *el Gordo* apareció en su automóvil y aparcó junto al monumento y tomó la bandera del asiento de al lado.

-Hola, Eth -dijo. Hizo pasar las arandelas de bronce por la guía e izó la bandera muy despacio hasta lo más alto del mástil, donde quedó lacia como un ahorcado-. A duras penas ha llegado -dijo Willie jadeando un poco por el esfuerzo-. Mírala. Aún le quedan dos días. Luego tendremos una nueva.

-¿Con las cincuenta estrellas?

-Ya lo puedes decir. De nylon, enorme, el doble que esta de paño, aunque no pesa ni la mitad.

-¿Qué tal van las cosas, Willie?

-Pues no me puedo quejar, pero me quejo. Este glorioso Cuatro de julio siempre es un follón. Como además cae en lunes, habrá más accidentes y trifulcas y borrachos, borrachos forasteros. ¿Quieres que te acerque hasta la tienda?

Gracias, pero tengo que pasar por la oficina de correos, y pensé que me tomaría también una taza de café.

-Como quieras. Te llevo. Te invitaría al café, pero Stoney está de un humor de perros.

-¿Qué mosca le ha picado?

-A saber. Se fue un par de días fuera de la ciudad y ha vuelto de lo más intratable.

-¿Y adonde se fue?

-No me lo dijo, pero lo cierto es que ha vuelto hecho un basilisco. Te espero mientras recoges el correo.

-No te molestes, Willie. Tengo que despachar algunas cosas.

-Como quieras... -dio marcha atrás y siguió su camino por High Street.

La oficina de correos aún estaba en penumbra y el suelo recién encerado. Estaba puesto el cartel: CUIDADO, SUELO RESBALADIZO.

Desde que se construyó el viejo edificio de correos teníamos adjudicado el apartado número 7. Marqué G 1/2 R y saqué un montón de planes y promesas dirigidas al «Titular del apartado». No había nada más: carne de papelera, vaya. Subí por High Street con la intención de tomarme una taza de café, pero en el último momento se me quitaron las ganas, o no tuve ganas de charlar o... no sé por qué, pero no quise entrar en el Foremaster. Dios del Cielo, qué revoltijo de impulsos desmadejados constituye a cada hombre. E imagino que también a cada mujer.

Estaba barriendo la acera cuando el señor Baker apareció como un reloj por Elm Street y entró a concelebrar la ceremonia de la cerradura sincronizada. Sin demasiado entusiasmo me dedicaba yo a colocar unas sandías en los estantes de la entrada cuando un coche blindado de los de antes, verde, se detuvo delante del banco. Dos guardias de seguridad armados como los comandos salieron por la trasera e introdujeron las grises sacas de dinero en el banco. En cosa de diez minutos salieron y se metieron en su fortaleza rodante y remachada antes de largarse por donde habían venido. Supongo que tuvieron que esperar mientras Morph hacía el recuento y el señor Baker lo verificaba antes de darles un recibí. Es harto complicado velar por el dinero ajeno. Como suele decir Morph, es muy fácil que a uno le entre verdadera repugnancia por el dinero ajeno. Y a juzgar por el tamaño y el peso de las sacas, los del banco debían de haber calculado que serían ingentes las retiradas en metálico de cara a las vacaciones. Si fuera yo un atracador del montón, ése hubiera sido el momento perfecto para dar el palo. Sólo que yo no era un atracador del montón. Todos mis conocimientos se los debía a mi amigo Joey. El sí que hubiera sido uno de los grandes con sólo habérselo propuesto a fondo. Lo cierto es que me pregunté por qué no lo habría hecho, aun cuando sólo fuera para demostrar la validez de sus teorías.

Esa mañana hubo muchísimo trajín en la tienda. Fue mucho peor de lo que me había supuesto. Quemaba el sol y apenas soplaba la brisa. Hacía esa clase de tiempo que obliga a la gente a salir de vacaciones tanto si quieren como si no. Tenía una larga cola de clientes a la espera de que los atendiese. Una cosa sí que estaba clara: pasara lo que pasara, empezaba a necesitar un ayudante. Si Allen no me daba resultado, tendría que despedirlo y contratar a otro.

Cuando apareció el señor Baker a eso de las once, yo estaba de lo más apurado. Tuve que dejar a unas clientas y pasar a la trastienda para hablar con él.

-Tom Watson dice que el título de propiedad está en orden. No sabe si tiene gravámenes, pero cree que no. Aquí tiene los papeles del traspaso. Tiene que firmar en donde le he señalado. El dinero está marcado y los números de serie anotados como corresponde. Aquí tiene el cheque preparado. Fírmelo. Siento andar con tantas prisas, Ethan. Odio hacer las cosas así.

-¿De veras cree que debo seguir adelante?

-Maldita sea, Ethan, después de todas las molestias que me he tomado...

-Disculpe, señor. Lo siento. Sé que tiene usted razón. -Apoyé el cheque sobre un cartón de envases de leche condensada y lo firmé con mi bolígrafo de tinta indeleble.

Tampoco tenía tanta prisa el señor Baker como para no inspeccionar el cheque.

-Ofrézcale dos mil en principio. Y suba la oferta de doscientos en doscientos. Espero que se dé cuenta de que sólo tiene un disponible de quinientos dólares en el banco. Que Dios le ayude si se queda corto.

-Como está libre de cargas, ¿podré pedir un préstamo sobre la tienda?

-Claro que puede, si quiere que se lo coman los intereses.

-No sé cómo darle las gracias.

-No se ablande, Ethan. Y no permita que le mine la moral. Ya sabe que puede ser un brujo con las palabras. Muy propio de todos los *espaguetinis.* Usted tenga presente lo principal.

-Se lo agradezco de corazón.

-Tengo que irme -dijo-. Quiero ponerme en carretera antes de que arrecie el tráfico a mediodía.

Y salió de tal modo que por poco se lleva por delante a la señora Willow, que estaba -como siempre- sobando todos los melones colocados a la entrada al menos un par de veces.

No fue a menos el frenesí del día con el correr de las horas. Supongo que el calor que salpicaba las calles había puesto a la gente nerviosa y con ganas de pendencia. En vez de unas vacaciones, cualquiera diría que se estaban surtiendo de provisiones en previsión de una catástrofe. Por más que quisiera, me habría sido imposible llevarle un sandwich a Morph.

No sólo tuve que atender a la clientela, sino que también hube de mantener los ojos bien abiertos. Muchos de los clientes eran veraneantes, forasteros, gente de paso: los que roban cualquier cosa cuando no está uno bien atento. Y no siempre son cosas que de veras necesiten. Da la impresión de que es superior a sus fuerzas. Los tarros y las latas pequeñas, los artículos de lujo, son los que llevan la peor parte: el foie gras, el caviar, las setas. Por eso mismo me aconsejó Marullo que guardase esos artículos detrás del mostrador, donde se supone que los clientes no han de entrar. Me había enseñado que no es buen negocio cazar en el acto a un ladronzuelo. Todo el mundo se pone nervioso, tal vez porque -bueno, al menos de pensamiento- todo el mundo es igual de culpable. La única manera de resolver el entuerto es cargar la pérdida a cuenta de otro. Sin embargo, cuando veía que alguien se acercaba en demasía a determinados estantes, siempre podía contener su impulso diciendo, por ejemplo, que «Esas cebolletas están tiradas de precio». He visto al cliente dar un respingo como si yo acabara de leerle el pensamiento. Lo que más me fastidia son las suspicacias. Es muy ingrato ser suspicaz. Me pone enfermo, como si una sola persona estuviera perjudicando a muchas.

El día fue adquiriendo una suerte de tristeza, el tiempo comenzó a pasar más despacio. A eso de las cinco apareció el jefe Stoney, magro y enjuto, con cara de ulceroso. Compró una cena precocinada -costilla, zanahorias, puré de patatas- y congelada en una especie de bandeja de aluminio.

-Parece que le haya dado el sol, Jefe.

Pues nada de eso. Me siento fenomenal -dijo. Y parecía la desdicha andante.

-¿Le preparo dos?

-No, una sola. Mi mujer se ha ido a visitar a los parientes. Los policías no tenemos vacaciones.

-Qué lástima. Tanto da. Con todo este gentío por ahí suelto, tampoco tengo mucho tiempo para quedarme en casa con los brazos cruzados.

-Tenía entendido que ha estado de viaje.

-¿Y quién se lo ha dicho?

-Willie.

-¿Cuándo aprenderá ése a callarse la boca?

-No creo que lo hiciera con mala intención.

-No, para eso no tiene inteligencia suficiente. Puede que ni siquiera tenga la inteligencia suficiente para no dar con sus huesos en la cárcel.

-¿Y quién la tiene? -dije a propósito, y obtuve una reacción mayor de lo previsto.

-¿Qué ha querido decir con eso, Ethan?

-Quiero decir que tenemos tantas leyes que a veces parece que ni siquiera se puede respirar sin cometer alguna infracción.

-Eso es verdad. A veces uno ni siquiera sabe por dónde se anda.

-Iba a preguntarle una cosa, Jefe. Haciendo limpieza... he encontrado un viejo revólver, todo sucio y herrumbroso. Marullo dice que suyo no es, y le aseguro que mío tampoco. ¿Qué debo hacer con él?

-Si no quiere solicitar un permiso de armas, entréguemelo.

-Mañana mismo lo traeré de casa. Lo he metido en una lata de aceite. ¿Qué es lo que hacen con cosas así, Stoney?

-Oh, pues verificar si tienen relación con algún delito y, en caso contrario, arrojarlas al océano.

Parecía que se encontrase algo mejor, pero el día había sido largo y caluroso. No podía dejarlo en paz así como así.

-¿Recuerda que hace un par de años hubo un caso en alguna otra parte del estado? La policía se dedicaba a vender armas confiscadas.

Stoney esbozó la dulce sonrisa de un cocodrilo, con la misma alegría e inocencia.

-Ha sido una semana horrible, Eth. Una semana de espanto. Si va a empezar a pincharme, le aconsejo que no lo haga, porque he pasado una semana fatal.

-Lo siento, Jefe. ¿Hay algo que pueda hacer por usted un ciudadano sobrio? ¿Por ejemplo, emborracharse con usted?

-Le juro por Dios que ojalá pudiera. Preferiría emborracharme antes que cualquier otra cosa que se me pueda ocurrir ahora.

-¿Y por qué no lo hace?

-¿Es que no se da cuenta? No, claro. ¿Cómo iba a darse cuenta? Si al menos supiera de qué se trata, para qué sirve, de dónde viene...

-¿De qué me está hablando?

-Olvídelo, Eth. No, mejor que no lo olvide. Usted es amigo del señor Baker. ¿Tiene en marcha algún asunto de negocios?

-No soy tan amigo suyo como para estar al tanto, Jefe.

-¿Y Marullo? ¿Dónde para Marullo?

-Ha ido a Nueva York. Quiere que le hagan una revisión a fondo de esa artritis que lo trae a mal traer.

-Dios Todopoderoso. No sé, la verdad es que no lo sé. Si hubiera un indicio, al menos sabría por dónde atacar.

-Stoney, todo lo que me dice no tiene ni pies ni cabeza.

-Desde luego que no. Además, ya he dicho más de la cuenta.

-No es que yo sea demasiado listo, pero si lo que quiere es desahogarse...

-No, no es eso. No, ni mucho menos. A mí no van a acusarme de ninguna filtración, ni siquiera si supiese quiénes son ellos. Olvídelo, Eth. Sólo soy un hombre que tiene sus preocupaciones.

-A mí no podría hacerme beneficiario de una filtración Stoney. ¿De qué se trata? ¿Un proceso judicial? ¿Un jurado de acusación?

-Entonces, ¿es que ya está al corriente?

-Un poco.

-¿Y qué hay detrás de todo eso?

-El progreso.

Stoney se me acercó y con mano de hierro me sujetó tan fuerte por el brazo que me hizo daño.

-Ethan -dijo con fiereza-, ¿a usted le parezco un buen policía?

-El mejor.

-Procuro serlo. Aspiro a serlo. Eth... ¿A usted le parece correcto que un hombre delate a sus amigos para salvar el pellejo?

-Desde luego que no.

-A mí tampoco. Semejante gobierno no me despierta ninguna admiración. Lo que me aterra, Eth, es que... ya no seré tan buen policía en adelante, porque no tengo admiración por lo que hago.

-¿Lo han sorprendido con las manos en la masa, Jefe?

-Usted lo ha dicho antes. Son tantas las leyes que no es posible dar un solo paso sin incurrir en alguna infracción. ¡Dios del Cielo! Esos tipos eran mis amigos. Usted no se irá de la boca, Ethan. ¿Verdad que no?

-Por supuesto que no. Se olvida usted la cena precocinada, Jefe.

-Sí -dijo-. Me voy a ir a casa, me voy a quitar los zapatos y me voy a plantar con la cena delante del televisor, a ver cómo lo hacen los polis de la tele. ¿Sabe una cosa? A veces, una casa vacía es un gran descanso. Hasta la vista, Eth.

Me caía bien Stoney. Supongo que es un buen oficial. Me pregunto por dónde irán los tiros.

Iba a cerrar la tienda, y había empezado a meter dentro los cajones de la fruta cuando se presentó Joey Morphy como si tal cosa.

-¡Rápido! -dije, y cerré la puerta de entrada y bajé las persianas verde oscuro-. Y no levante la voz.

-¿Qué demontre le pasa?

-Puede que alguien quiera comprar algo.

-¡Ah, ya entiendo! ¡Dios! Odio las festividades prolongadas. A todo el mundo le sale su peor faceta. Empiezan como locos y vuelven a casa embrutecidos, borrachos, arruinados.

-¿Quiere tomar un refresco mientras le pongo el cobertor a mi amada?

-No me importaría. ¿Tiene cerveza fría?

-Sólo para llevar.

-Me la llevaré. Ábrame la lata nada más.

Practiqué dos agujeros triangulares en la lata; él la levantó, la volvió del revés, abrió la boca y la vació de un trago.

-¡Ah! -dijo al terminar, y la dejó sobre el mostrador,

-Nos vamos de viaje.

-Pobre diablo. ¿Adonde?

-No lo sé. Todavía no nos hemos peleado por ese detalle.

-Aquí está pasando algo. ¿Sabe usted de qué se trata? -Déme una pista.

-No podría. Es sólo una sensación. Como si me picara la nuca. Eso es señal inequívoca. Todo el mundo está un poco fuera de sí.

-A lo mejor sólo son imaginaciones suyas.

-Puede ser. Pero el señor Baker nunca se toma vacaciones y hoy tenía una prisa loca por salir de la ciudad. Me reí entre dientes.

-¿Ha revisado los libros de asiento?

-¿Sabe una cosa? La verdad es que sí.

-Está usted de broma.

-Una vez conocí a un jefe de correos en un pueblecito. Tenía una pena de muchacho que trabajaba con él. Se llamaba Ralph. Cabello claro, gafas, un mentón saledizo. Unas vegetaciones en la garganta, peores que unas paperas. A Ralph lo pillaron por robar sellos. Un montón de sellos. Sellos por valor de mil ochocientos dólares. Era incapaz de hacer una cosa así. Era una pena de muchacho.

-¿Quiere decir que él no fue el autor del robo?

-Si no robó los sellos, fue lo mismo que si los robase. Estoy inquieto. Si puedo evitarlo, a mí no me van a colgar un muerto semejante.

-¿Por eso no se ha querido casar nunca?

-Pues ahora que lo pienso... Sí, ése es uno de los motivos.

Doblé el delantal y lo guardé en el cajón, bajo la caja registradora.

-Cuesta demasiado tiempo y demasiado esfuerzo ser suspicaz, Joey. Yo no tengo tiempo para eso.

-En un banco no queda más remedio. Sólo se pierde una vez. Y para eso basta con un soplo.

-No me irá a decir que desconfía.

-Es un instinto. Si algo se sale mínimamente de lo normal, se me disparan todas las alarmas.

-¡Pues vaya una forma de vivir! No lo habrá dicho en serio, ¿verdad?

-No, supongo que no. Pero pensé que si hubiera oído algo, usted me lo diría casi con toda seguridad... Siempre y cuando sea algo de mi incumbencia, por supuesto.

-Creo que a todo el mundo le diría lo que supiera siempre y cuando fuera de su incumbencia. Por eso será que nadie me cuenta nada. ¿Va para casa?

-No, creo que voy a comer algo aquí enfrente.

Apagué las luces de la tienda.

-¿No le importa salir por detrás? Mire, mañana le prepararé los sandwiches a primera hora de la mañana, antes de que esto se ponga imposible. Uno de jamón, otro de queso con pan de centeno, lechuga y mayonesa, ¿no? Y un envase de leche.

-Con esa memoria, debería trabajar usted en un banco.

No creo que por vivir solo se sintiera más solo que cualquier otro hijo de vecino. Me dejó ante la puerta del Foremaster y por un momento tuve el deseo de acompañarlo. Supuse que en casa estaría todo manga por hombro.

Y lo estaba. Mary tenía el viaje planeado. Iríamos cerca de Montauk Point, donde hay un rancho con todos los adornos clásicos que se suelen ver en lo que llaman películas del Oeste para adultos. El chiste consiste en que se trata del rancho ganadero más antiguo que existe en Norteamérica. Se dedicaba a la cría de vacuno mucho antes de que nadie descubriese Texas. La primera carta de autorización estaba firmada por el mismísimo Carlos II de Inglaterra. En un principio, el ganado que abastecía los mercados de carne de Nueva York pastaba por allí, y los vaqueros eran convocados a suertes, como los miembros de un jurado popular, por un tiempo limitado. Ahora, claro está, todo son espuelas de plata y vistosos detalles de vaquero, pero las vacas de pelaje rojizo siguen pastando en los páramos. Mary había pensado que sería agradable pasar el domingo por la noche en una de esas casas de huéspedes.

Ellen, por su parte, quería ir a Nueva York, alojarse en un hotel, pasar los dos días en Times Square, Allen no quería ir a ninguna parte. Es una de sus maneras de llamar la atención y de demostrar que, contra todo pronóstico, existe.

La casa hervía de emoción: Ellen con sus lágrimas lentas, calculadas, jugosas; Mary, cansada y colorada de pura frustracion; Allen, sentado, mohíno, remoto, con la radio a todo meter y pegada a la oreja, una canción que era mezcla de golpes rítmicos y quejidos, una canción de amor y de despedidas, entonada con una voz rayana en la histeria. «Me prometiste ser fiel, y agarraste mi solitario corazón de amante y lo tiraste al suelo sin contemplaciones.»

-Estoy tentada de renunciar -dijo Mary.

-Sólo tratan de echar una mano.

-Al contrario. Parece que se desvivan por crear complicaciones.

-Nunca tengo permiso para hacer nada -lloriqueó Ellen.

En el cuarto de estar, Allen subió el volumen del transistor. «... mi solitario corazón de amante y lo tiraste al suelo sin contemplaciones.»

-¿No podríamos dejarlos encerrados en el sótano e irnos tú y yo solos, amada mía, zanahoria?

-¿Sabes? A estas alturas, ojalá pudiéramos. -Tuvo que levantar la voz para hacerse oír por encima del gimoteante rugido del solitario corazón de amante.

Sin previo aviso me invadió la cólera. Me volví y entré en tromba en el cuarto de estar para hacer pedazos a mi hijo y arrojar su solitario cadáver de amante al suelo antes de pisotearlo sin miramientos. Nada más atravesar la puerta cesó la música.

«Interrumpimos este programa para ofrecer a nuestros radioyentes un boletín especial. Funcionarios de New Baytown y de otras localidades del condado de Wessex han sido citados esta tarde para comparecer ante un jurado de acusación y responder de diversos cargos, desde la manipulación dolosa de multas de tráfico hasta la aceptación de sobornos y participaciones en contratos municipales y regionales...

Cayó como una catarata: el administrador de intendencia, los concejales, los magistrados y toda la pesca. Escuché sin prestar demasiada atención, triste y deprimido. Tal vez hubieran hecho todo aquello de lo que se les acusaba, pero llevaban tanto tiempo haciéndolo que ya ninguno creía que pudiera ser delito. Y aun cuando fueran inocentes no podrían quedar limpios a los ojos de la comunidad, menos aún antes de las elecciones locales. Y si el expediente de un hombre queda limpio, el peso de la acusación siempre se recuerda. Estaban rodeados. Eso tenían que saberlo. Esperé a que llegase la mención de Stoney, pero no se produjo. Me imaginé que los había delatado a cambio de su inmunidad. No era de extrañar que se sintiera tan dolido y tan solo.

Mary estaba oyendo desde detrás de la puerta.

-¡Vaya, vaya! -dijo-. No habíamos tenido tantas emociones desde hacía mucho tiempo. ¿A ti te parece que es verdad, Ethan?

-Eso es lo de menos. No se trata de eso.

-Me pregunto qué pensará el señor Baker.

-Se ha ido de vacaciones. Sí, la verdad es que yo también me pregunto qué pensará.

Allen se puso intranquilo porque le habían interrumpido la música.

Las noticias, la cena, la recogida de los platos, pospusieron nuestras diferencias en cuanto al viaje hasta que ya fue demasiado tarde para tomar una decisión o para seguir llorando y discutiendo.

Cuando me acosté, me entró un temblor incontenible. La maldad del ataque me dejó helado a pesar de la cálida noche de verano.

-Se te ha puesto carne de gallina, cariño. ¿No será que tienes un virus?

No, mi amor. Creo que sólo estaba sintiendo lo que seguramente sienten todos esos hombres. Deben de sentirse para el arrastre.

-Pues ya basta, Ethan. No puedes echarte sobre los hombros los problemas de los demás.

-Está claro que puedo, pues eso es lo que hago.

-Me pregunto si alguna vez llegarás a ser un hombre de negocios. Eres demasiado sensible, Ethan. A fin de cuentas tú no has cometido ese delito.

-Yo estaba pensando que quizás sí. Quizás sea un delito cometido por parte de todos.

-No te entiendo.

-Yo tampoco entiendo mucho, corazón.

-Si al menos hubiera alguien con quien pudiésemos dejarlos...

-¡Dímelo otra vez, Colombina!

-Digo que cuánto me gustaría disfrutar de unas vacaciones contigo. Hace una eternidad que no estamos los dos solos.

-Andamos bastante escasos de parientas solteras y de cierta edad. Piénsalo. Si al menos pudiéramos enlatarlos, o ponerlos en salazón, o encurtirlos por un tiempo... Mary, *madonna* mía, piénsalo bien. Me muero de ganas de estar contigo, a solas los dos, en un lugar desconocido. Podríamos pasear por las dunas, cerca de la playa, y bañarnos desnudos de noche, y podríamos revolcarnos en un colchón de helechos.

-Cariño, lo sé. Lo sé, cariño. Sé que a ti se te hace muy difícil. No te vayas a pensar que no le sé.

-Pues abrázame fuerte. A ver si se nos ocurre algo.

-Sigues temblando. ¿Tienes frío?

-Ni frío ni calor. Me siento lleno y me siento vacío. Y cansado.

-A ver si se me ocurre algo. De veras que lo voy a intentar. Pues claro que los quiero como a mi vida, pero...

-Lo sé. Y podría ponerme la pajarita...

-¿Los meterán en la cárcel?

-Ojalá pudiéramos...

-A esos hombres, me refiero.

-No. No será necesario. Ni siquiera pueden comparecer ante el jurado de acusación antes del martes que viene, y el martes son las elecciones. En eso consiste todo.

-Ethan, eso es puro cinismo. Tú no eres así. Si te pones cínico, tendremos que irnos. Te conozco, y eso no ha sido un chiste. Por tu manera de decirlo... Conozco bien tus chistes. Y lo has dicho en serio.

Me asaltó un ramalazo de miedo. Se me empezaba a ver el plumero. No podía permitir que me volviera tan transparente.

-Ratita, ratita... ¿Quieres casarte conmigo?

-¡Ah! ¡Oh! ¡Oy! -exclamó Mary.

Ese súbito temor de que se me viese con toda claridad el plumero empezó a ser muy grande. Me había convencido de que los ojos no son el espejo del alma. Algunas de las invenciones femeninas más mortíferas que había visto en la vida tenían la cara y los ojos de los ángeles. Hay una raza que es capaz de leer a través de la piel, a través de los huesos, hasta la médula misma del ser, pero no abunda. La mayor parte de la

gente sólo tiene cierta curiosidad por sí misma. Una vez, una joven canadiense de extracción escocesa me contó una historia que la había impresionado, y su manera de contarla también me causó gran impresión. Me dijo que cuando estaba en esa etapa del crecimiento en la que notaba que todos los ojos estaban pendientes de ella, y no todos de manera favorable, de modo que pasaba de los sonrojos a las lágrimas y vuelta a empezar, su abuelo, oriundo de las Tierras Altas, al percatarse de su sufrimiento le dijo de un modo cortante: «No te preocuparías tanto de lo que piense la gente si supieras qué pocas veces les importas». Eso bastó para sanarla, y en mí hizo renacer la tranquilidad de lo íntimo, porque es verdad. En cambio, Mary, que por lo general habita una casita de flores que ella misma ha construido, había oído un sílbido, había sentido un viento cortante. Y eso constituía un peligro, al menos hasta que hubiera pasado el día de mañana.

Si mi plan hubiera brotado ya crecido del todo, mortífero, lo habría descartado por ser mera tontería. La gente no se dedica a estas cosas, aunque la gente tiene sus juegos secretos. El mío había comenzado por las reglas de Joey para asaltar un banco. Para defenderme del tedio del trabajo jugueteé con ellas y todo pareció caer a pedir de boca con el planteamiento: Allen y su careta de ratón, la cisterna que perdía agua, la pistola herrumbrosa, la inminencia de las vacaciones, el que Joey introdujera una bola de papel en la cerradura de la puerta del callejón. A modo de mero juego calculé el tiempo que llevaría el proceso, lo ensayé, lo puse a prueba. Sin embargo, que unos pistoleros se las vieran a tiros con la policía... ¿no son los chiquillos que practican la puntería con revólveres de juguete hasta que es tanta su pericia que tienen que ponerla en práctica?

No sé en qué momento mi juego dejó de ser un juego. Tal vez fuera cuando supe que podría comprar la tienda y que iba a necesitar dinero para sacar el negocio adelante. En cuanto a la falta de honradez, el delito... no era un delito contra los hombres, sino tan sólo un delito contra el dinero. Nadie saldría perjudicado. Los verdaderos delitos son los que se cometen contra las personas, contra Danny, contra Marullo en este caso. Si fuera capaz de hacer lo que ya había hecho, el robo era pan comido. Y en realidad era mero asunto provisional. Ya nada tendría que repetirse. En realidad, antes de darme cuenta de que no era un juego, el procedimiento, el equipamiento, la sincronización estaban a un paso de la perfección misma. El chiquillo acostumbrado al revólver de juguete se había encontrado con una 45 en las manos.

Claro está que era posible que sobreviniera un accidente, pero lo mismo puede suceder cuando uno cruza la calle o pasa por debajo de un árbol. No creo que tuviera ningún miedo. Lo había ensayado a fondo, aunque sí que estaba sin aliento, presa de esa intranquilidad que es como el miedo escénico que invade a un actor cuando espera entre bambalinas a salir al escenario en la noche del estreno. Y era en realidad como una pieza teatral: todos los fallos posibles habían sido inspeccionados a fondo y eliminados uno a uno.

Preocupado como estaba por no poder dormir, me dormí y dormí tan profundamente que no tuve sueños, creo, y dormí en exceso. Había planeado aprovechar ese oscuro intervalo que antecede al día para administrarme la sosegante medicina de la contemplación. Por el contrario, cuando se me abrieron los ojos de repente, la cola de la vaca a orillas del lago era visible al menos desde media hora antes. Me desvelé con un desgarro como un golpe producido por la explosión de una carga de dinamita. A veces, esa forma de despertar deja los músculos resentidos. Mi despertar estremeció tanto la cama que Mary se sacudió y dijo:

-¿Qué pasa?

Librodot

-Me he quedado dormido.

-Bobadas. Aún es temprano.

-No, mi ablativo absoluto. Para mí, éste es un día monstruo. El mundo estará medio loco por comprar comestibles. No te levantes.

-Te hará falta un buen desayuno. -¿Sabes qué? Voy a tomarme un café en el Foremaster y luego asaltaré los estantes de Marullo como si fuera un lobo.

-¿En serio?

-Descansa, Ratoncita *rerratona, y* trata de hallar una manera de huir de nuestros queridos hijos. Eso sí que lo necesitamos, y lo digo en serio.

-Ya sé que sí. A ver qué se me ocurre.

Me vestí y salí de casa sin tiempo a que ella me alcanzara para sugerirme algunos de los remedios propios de la estación para mi mayor comodidad y mi protección.

Joey estaba en el café. Dio un par de palmadas en el taburete de al lado.

-No puedo, Morph. Llego tarde. Annie, ¿me puedes dar medio litro de café en un envase?

-Tendrá que ser en dos pintas, Eth.

-De acuerdo, mejor que mejor.

Llenó y tapó los dos pequeños envases de papel y los colocó en una bolsa.

Joey se terminó el suyo y me acompañó.

-Esta mañana tendrá que decir misa sin el obispo.

-Eso parece. ¿Y qué me dice de las noticias?

-Que no me lo puedo creer.

-¿Recuerda que se lo dije, que algo olía a chamusquina?

-Nada más oír la radio me acordé. Tiene usted un buen olfato.

-Forma parte de mi profesión. Ahora, Baker ya puede volver, pero me pregunto si lo hará.

-¿Volver, dice usted?

-¿A usted no le huele raro?

Lo miré con desamparo.

-Algo se me escapa, y ni siquiera sé de qué se trata.

-Dios del Cielo.

-¿Quiere decir que debería haberme percatado de algo?

-Exactamente eso es lo que deseo decirle. La ley del colmillo sigue estando vigente.

-¡Señor! Debe de haber un mundo entero que se me pasa por alto, ahora mismo intentaba recordar si le gustan los sandwiches con lechuga y mayonesa.

-Con las dos, sí. -Retiró el envoltorio de celofán de su paquete de Camel e hizo una bola para apretar la cerradura.

-Me tengo que ir -le dije-. Hoy montamos una rebaja sobre una partida de té. Me manda la tapa de una caja y le enviamos un bebé. ¿No conoce a ninguna señora?

-Desde luego que sí, pero ése es el último premio que podrían desear. No se tome la molestia, ya pasaré yo a por los sandwiches. -Entró por la puerta sin que se oyera el *clic* del resorte de la cerradura. Confié en que Joey nunca llegara a darse cuenta de que era el mejor de los profesores que había tenido yo en la vida. No sólo me informaba, sino que me demostraba en la práctica sus enseñanzas y, sin saberlo, me abría el camino.

Todos los que entienden de estas cosas, los expertos, vaya, están de acuerdo en que sólo el dinero llama al dinero. La mejor manera de hacer las cosas es siempre la

más sencilla. La pavorosa sencillez de la cuestión constituía precisamente su punto de fuerza mayor. No obstante, en realidad creo que no pasó de ser más que una pormenorizada ensoñación hasta el momento en que Marullo, aun cuando no fuera culpa suya, y sin siquiera saberlo, se precipitó por un acantilado por caminar en plena oscuridad. En otro tiempo pareció casi completamente seguro que yo podría ser dueño del negocio, y sólo entonces mi sueño volandero sentó sus reales en tierra. Una buena pregunta, aunque mal formulada, sería ésta: si pudiera hacerme con la tienda, ¿para qué quería dinero? El señor Baker lo entendería, igual que Joey; ya puestos, también Marullo lo entendería. Tener el negocio sin capital para sostenerlo era peor incluso que no tenerlo. La Vía Apia de la bancarrota está jalonada por las tumbas de las empresas desprotegidas. Yo ya tengo tumba en ella. El más tonto de los soldados no se lanzaría con todas sus fuerzas al ataque, a pecho descubierto, sin la ayuda de morteros o refuerzos, pero más de un negocio incipiente obra de ese modo. El dinero de Mary, en billetes marcados, me abultaba el bolsillo trasero del pantalón, pero Marullo se iba a quedar con todo lo que pudiera. Luego llegaría el primero de mes. Tratándose de una empresa nueva, las empresas de mayoristas no suelen ser generosas en el crédito. Por consiguiente, aun iba a necesitar dinero, y ese dinero me esperaba tras las puertas de acero con su mecanismo de relojería sincronizado. El procedimiento ideado para hacerme con él, producto del ensueño, resistía con creces a toda inspección. Que el robo fuese contrario a la ley no me preocupaba lo más mínimo. Marullo no constituía el menor problema. De no haber sido la víctima, él mismo pudiera haberlo planeado. Danny sí me preocupaba, aun cuando en aras de la verdad podía dar por sentado que estaba acabado. La infructuosa tentativa del señor Baker por hacerle lo mismo a Danny me suponía una justificación mayor de la que necesita la mayoría de los hombres. En cambio, Danny seguía siendo una quemazón en mis entrañas y no me quedaba más remedio que aceptarlo, tal como se acepta una herida sufrida en un combate victorioso. Con eso habría que vivir, aunque tal vez cicatrizase con el tiempo o quedase amurallado por el olvido, tal como un fragmento de metralla termina por ser engullido por el cartílago.

Lo inmediato era el dinero, y esa jugada estaba tan cuidadosamente preparada y sincronizada como un circuito eléctrico.

Las leyes de Morphy aguantaban intactas, e incluso había añadido una por mi cuenta. Primera ley: no tener antecedentes. Yo no los tenía. Segunda ley: nada de cómplices ni confidentes. También carecía de ellos. Tercera: riada de señoritas de compañía. Margie Young-Hunt era la única persona que podría merecer ese calificativo, y yo no pensaba beber champagne de su zapato de tacón de aguja. Cuarta: no despilfarrar. Y eso sí que no. Aprovecharía el dinero paulatinamente para pagar las cuentas de los mayoristas. Ya tenía pensado dónde esconder el dinero: en mi sombrerera de los caballeros templarios había un soporte de cartón cubierto de terciopelo, del tamaño y la forma de mi cabeza. Ya estaba despegado, y los bordes estaban impregnados de cola de contacto, de modo que podía volverlo a su sitio en un visto y no visto.

En cuanto a que alguien me reconociera... la careta de Mickey Mouse. Nadie vería otra cosa. Una gabardina vieja de Marullo; todas las gabardinas de color beige parecen iguales. Y unos guantes de celofán, de usar y tirar, de los que vienen en un rollo. La careta la había recortado días antes; el resto de la caja y los cereales los tiré por el retrete, lugar al que irían a parar, a su debido tiempo, la careta y los guantes. La vieja pistola plateada, Iver Johnson, la había ennegrecido con un corcho quemado; en

Librodot

el cuarto de baño había una lata de aceite de engrasar máquinas donde la depositaría para entregársela al jefe Stoney a la primera oportunidad.

Había añadido una última ley por mi cuenta: no seas un cerdo codicioso. No te lleves demasiado, evita los billetes grandes. Si pudiera llevarme entre seis y diez mil dólares en billetes de diez y de veinte, sería una cantidad fácil de manejar y de esconder. Usaría una caja de una tarta para llevármelo; la próxima vez que alguien la viera tendría dentro una tarta intacta. Había probado esa lengüeta de ventrílocuo para cambiar de voz, pero había renunciado: prefería hacerlo mediante el silencio y los gestos. Todo estaba en su sitio, todo dispuesto.

Casi lamentaba que no estuviera el señor Baker. Sólo me encontraría con Morph, con Harry Robbit y Edith Alden. Estaba planeado todo al milímetro. A las nueve menos cinco colocaría la escoba apoyada en la puerta de entrada. Lo había ensayado una y mil veces. Con el delantal doblado, la pesa en la cadena del retrete para hacer correr el agua. Todo el que entrase oiría el agua y sacaría la natural conclusión. La gabardina, la careta, la caja de la tarta, la pistola, los guantes. Cruzaría el callejón a las nueve en punto, para abrir de un empellón la puerta de atrás. Me pondría la careta y entraría exactamente después de que empezase a zumbar el reloj de la caja fuerte, cuando Joey procediera a su apertura. Indicaría a los tres que se tendieran en el suelo. No me causarían problemas. Como dijo Joey, el dinero estaba asegurado, pero él no. Tomaría la pasta, la guardaría en la caja de la tarta, cruzaría el callejón, tiraría guantes y careta al retrete dejaría la pistola dentro de la lata de aceite, me quitaría la gabardina. Me bajaría el delantal, guardaría el dinero en la sombrerera y la tarta en su caja, tomaría la escoba y seguiría barriendo la acera, bien visible ante todo el mundo cuando se diera la alarma. Todo ello en un minuto y cuarenta segundos, calculado al milímetro y vuelto a comprobar. Pero por bien que hubiera trazado mis planes, aún me sentía sin resuello, nervioso, y barrí la tienda antes de abrir las persianas. Me puse el delantal del día anterior, de modo que las nuevas arrugas no resultaran visibles.

Y parecerá difícil de creer, pero el tiempo se detuvo igual que si un Joshua con su alzacuellos hubiera disparado contra el sol para detener su curso. El minutero del gran reloj de mi padre había clavado los talones en el suelo y se resistía a la mañana.

Mucho tiempo había pasado desde que arengué a mis fíeles en voz alta, pero esa mañana lo hice tal vez por puro nerviosismo.

-Amigos míos -les dije-, estáis a punto de presenciar un misterio. Sé que puedo contar con vuestro silencio. Si alguno tiene algún reparo acerca de la cuestión moral que entraña, os desafío a que os marchéis ahora mismo. -Hice una pausa-. ¿No hay objeciones? De acuerdo. Si llego a enterarme de que una ostra o una berza comentan este asunto con desconocidos, estará sentenciada a muerte por obra del tenedor de la cena.

»También quiero daros las gracias a todos. Hemos estado juntos, humildes trabajadores del viñedo. Yo soy un servidor, como todos vosotros. Pero ahora se avecina un cambio. Yo seré el amo en lo sucesivo, aunque os prometo que seré bueno, amable, comprensivo. Ya se avecina el instante, amigos y amigas, ya se alza el telón. Adiós.

Y según salía a la puerta con la escoba oí que mi voz gritaba: «¡Danny! ¡Danny! ¡Sal de mis entrañas!».

Me sobrecogió un gran estremecimiento y tuve que apoyarme en la escoba un momento antes de abrir la puerta.

El reloj de mi padre indicaba las nueve con su manecilla corta, negra, robusta, y menos seis con la larga y delgada manecilla del minutero. Al mirarlo, noté que su corazón latía en la palma de mi mano.

15

Fue un día tan distinto de los demás como distintos son los perros de los gatos y ambos de los crisantemos, los maremotos o la escarlatina. En muchos estados, como en el nuestro, es de ley que llueva durante los largos fines de semana y los festivos, pues, de lo contrario, ¿cómo iba a empaparse y sentirse desdichada la multitud? El sol de julio pudo ahuyentar buena cantidad de nubes pequeñas y empenachadas, haciéndolas huir a su paso, pero las nubes de tormenta se asomaron por el oeste, poderosas mensajeras de la lluvia procedente del valle del río Hudson, armadas de relámpagos, retumbantes ya al murmurar entre sí. Si la ley se cumpliera como es debido, se mantendrían al acecho hasta que el máximo de seres humanos, contentos como las hormigas, estuvieran en las carreteras y en las playas, ataviados de verano y con un excelente humor veraniego.

La mayoría de las tiendas no abrían hasta las nueve y media. Había sido idea de Marullo ganar una minúscula ventaja obligándome a cargar el arma con media hora de antelación. Pensé que cambiaría esa costumbre, pues causaba mas resentimiento entre los demás tenderos que los beneficios que pudiera ocasionar. A Marullo le importaba un bledo, caso de que llegara a tener conocimiento; a fin de cuentas, era un extranjero, un *espagueti,* un tirano, un explotador de los pobres, un pedazo de cabrón, un hijo de puta de siete suelas. Una vez yo lo hubiera destruido, era natural que sus faltas y sus delitos me resultaran cegadoramente manifiestos.

Sentí que la vieja manecilla del reloj de mi padre avanzaba por la esfera y me di cuenta de que estaba barriendo con los nervios en tensión, a la espera de que llegara el momento de cumplir rápida y eficazmente mi cometido. Respiraba por la boca, el estómago me apretaba los pulmones del mismo modo, recuerdo, que me sucedía antes de entrar en combate.

Para ser el sábado del fin de semana del Cuatro de julio no había apenas gente por la calle. Un desconocido, un anciano, pasó de largo con una caña de pescar y una caja de anzuelos y carretes, de color verde. Iba camino del muelle, donde pasaría el día entero sumergiendo trozos de calamar en el agua. Ni siquiera me miró, aunque le llamé la atención.

-Espero que se dé bien la pesca.

-Nunca pesco nada -respondió.

-A veces entran platijas rayadas.

-No me lo creo.

Un optimista recalcitrante, aunque al menos había mordido el anzuelo y me había prestado su atención.

Y Jennie Single apareció deslizándose por la acera. Se movía como si llevase patines en vez de pies, y era seguramente la testigo menos digna de confianza de todo

New Baytown. Una vez abrió la llave del gas, en el horno, y olvidó encenderlo. Habría volado por los aires si al menos hubiera logrado acordarse de dónde tenía las cerillas.

-Buen día, señorita Jenny.

-Buen día, Danny.

-Yo soy Ethan. -Claro que sí. Voy a preparar un pastel.

Traté de dejar una cicatriz en su memoria.

-¿De qué tipo?

Es de la marca Fannie Farmer, pero se cayó la etiqueta del paquete, de modo que no lo sé.

Vaya un testigo que sería, en caso de que llegara a necesitar un testigo. Además, ¿por qué me había llamado Danny?

En la acera, un pedazo de papel de aluminio se resistía a la escoba. Tuve que agacharme y despegarlo con la uña. Los ratones del banco estaban jugando de lo lindo en ausencia del Gato Baker. Y yo los necesitaba de veras. Faltaba menos de un minuto para las nueve cuando salieron del café y cruzaron la calle a la carrera.

-¡Corran, corran! ¡Deprisa! -les grité. Sonrieron un poco cohibidos a la vez que empujaban las puertas del banco.

Había llegado la hora. No debo pensar en el conjunto, sino sólo en una cosa cada vez, una por una, cada cosa a su tiempo, como tenía ensayado. Me acomodé el estómago angustiado en su sitio. Primero, apoyar la escoba contra la jamba de la puerta, donde estuviera a la vista. Lo hice con lentitud, con precisión.

Por el rabillo del ojo vi un coche que se acercaba por la calle y me detuve a echarle un vistazo.

-¡Señor Hawley!

Me volví en redondo, como los gánsteres de película cuando están acorralados. Un Chevrolet verde oscuro y polvoriento se había detenido junto al bordillo y, ¡Dios mío!, el agente del gobierno con pinta de universitario atildado bajaba del auto. Mi tierra hecha de piedra se estremeció como un reflejo en el agua. Paralizado, lo vi cruzar la calle. Pareció que le fuera a costar una eternidad, pero lo hizo como si tal cosa. Mi perfecta estructura, cuidadosamente planificada, se iba a convertir en polvo ante mis propios ojos, tal como sucede con un objeto que ha pasado mucho tiempo enterrado nada más entrar en contacto con el aire. Pensé en ir corriendo al retrete y seguir adelante a toda costa. No resultaría. Era imposible saltarse las leyes de Morphy. El pensamiento y la luz deben viajar a la misma velocidad. Es terrible tener que descartar un plan tanto tiempo meditado, tantas veces ensayado, que su consumación apenas pasará de ser otra repetición más, pero lo cierto es que lo dejé de lado, lo descarté, lo dejé cerrado hasta nueva orden. No me quedó más remedio. Y el pensamiento, con la velocidad de la luz, me dijo: gracias al Cielo que no ha aparecido un minuto más tarde. Ese hubiera sido el accidente fatal del que se suele hablar en las novelas de serie negra.

Y mientras así me devanaba los sesos, el joven dio cuatro pasos rígidos por la acera.

Algo tuvo que resultarle evidente en mi cara.

-¿Qué le sucede, señor Hawley? Parece que estuviera enfermo...

-Diarrea -dije.

-Pues eso no puede esperar. Corra. Lo espero.

Corrí al retrete, cerré la puerta y tiré de la cadena para que corriese el agua. Ni siquiera había encendido la luz. Me quedé sentado a oscuras. Seguía teniendo contracciones en el estómago. En cuestión de momentos tuve que hacer de cuerpo, esta

vez de verdad. Poco a poco remitió la presión que me palpitaba por los dentros. Añadí una ley adicional al código de Morphy. En caso de accidente, cambia de plan cuanto antes.

Con anterioridad, en momentos de crisis o de gran peligro, me ha ocurrido que me hago a un lado, como quien dice, y observo mis movimientos y mis pensamientos con el desapasionamiento de un extraño, sin dejarme envolver por la emoción de las circunstancias. Sentado a oscuras, vi que era otra persona la que doblaba su plan perfecto y lo guardaba en una caja y cerraba la tapa y lo reservaba todo no ya lejos de la vista de los demás, sino fuera incluso del alcance de sus pensamientos. Quiero decir que cuando me levanté y me abroché la cremallera y apoyé la mano en la endeble puerta de contrachapado, era un simple tendero preparado para afrontar un día más, eso sí, de mucho ajetreo. Sin el menor secreto. De veras, así fue. Me pregunté qué querría el joven aunque sólo con esa pálida aprensión que nace de un vago temor a la policía.

-Lamento haberle hecho esperar -dije-. No recuerdo qué pude comer que me haya sentado mal.

-Hay un virus en el aire -dijo-. Mi esposa lo tuvo la semana pasada.

-Bueno, pues este virus, si es el mismo, iba armado hasta los dientes. Casi hago un papelón. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

Pareció azorado, tímido, a punto de deshacerse en disculpas.

-Hay que ver qué rara es la gente.

Me sobrepuse al impulso de decirle que de todo hay en la viña del Señor. Y me alegré de no decirlo, porque acto seguido añadió:

-En mi trabajo, uno se encuentra de todo.

Me dirigí al mostrador y cerré de una patada la sombrerera de cuero de los Caballeros Templarios. Y me acodé sobre el mostrador.

Qué raro. Cinco minutos antes me había visto con los ojos de los demás. A la fuerza. Lo que vieran en mí era importante. Y al verlo atravesar la acera, ese hombre se convirtió en la enorme fuerza del sino, en un ser siniestro, sin esperanza ninguna; un enemigo atroz, un ogro. En cambio, una vez aplazado mi propósito, desaparecido de mi ser, lo vi como un mero objeto al margen que ya no tenía conmigo la menor vinculación, fuera para bien o para mal. Yo diría que era de la misma edad que yo, aunque saltaba a la vista que se había curtido en una escuela aparte, en un talante distinto, en un culto desconocido tal vez: el rostro enjuto, el cabello cuidadosamente cortado y de punta, la camisa blanca de lino crudo, con el cuello abotonado y una corbata que le habría elegido su mujer, cuyo nudo sin duda le habría arreglado y retocado ella misma en el momento de salir de casa. Llevaba un traje gris oscuro y las uñas cuidadas en casa, pero bien cuidadas; llevaba una ancha alianza de oro en la mano izquierda, un alfiler de oro en la solapa, mera insinuación de los adornos que no usaría jamás. Tenía la boca y los ojos azul oscuro adiestrados en la firmeza, lo cual resultaba tanto más contradictorio si se tiene en cuenta que en esos momentos no mostraban firmeza ninguna. No era el mismo hombre cuyas preguntas fueron como cortos barrotes de acero, perfectamente calibrados y ajustados a idéntica distancia cada cual bajo el anterior.

-Usted ya estuvo antes por aquí -le dije-. ¿De qué se ocupa?

-Soy del Departamento de Justicia.

-O sea, que su oficio es la justicia.

Sonrió.

-Sí, o al menos eso espero. Pero ahora mismo no cumplo una misión oficial. Ni siquiera estoy seguro de que el departamento lo viera con buenos ojos. Pero hoy es mi día libre.

-¿Y qué puedo hacer por usted?

-Verá, es algo complicado. La verdad es que ni siquiera sé por dónde empezar. Es algo que se sale de lo corriente. Hawley, llevo doce años en el servicio y nunca he visto nada parecido.

A lo mejor, si me dice de qué se trata, pueda ayudarle en algo.

Me sonrió.

Es difícil de plantear. Llevo tres horas al volante, desde Nueva York, y aún me quedan otras tres horas de vuelta, con todo el tráfico que habrá hoy, víspera de festivo.

-Parece un asunto delicado.

-Lo es.

-Creo recordar que se llamaba Walder, ¿verdad?

-Sí, Richard Walder.

-Pues verá, usted, señor Walder: hoy voy a tener clientes a patadas. No entiendo por qué no han empezado a llegar ya. Salchichas y condimentos. Será mejor que me diga enseguida de qué se trata. ¿Tiene algo que ver conmigo? ¿Estoy en un apuro sin haberme dado cuenta?

-En mi trabajo se conoce a toda clase de personas. Gente dura de pelar, mentirosos, tramposos, estafadores, estúpidos, listillos... Uno casi siempre termina por irritarse con ellos, y es buena actitud para lidiar con esa gente. ¿Me sigue?

-No, me temo que no. Verá, Walder: ¿se puede saber qué demonios le pasa? Puede que yo sea un estúpido, pero tampoco tanto. He hablado con el señor Baker, el del banco. Anda usted detrás del señor Marullo, que resulta que es mi jefe.

-Y ya lo tengo -contestó con tersura.

-¿De qué se le acusa?

-Entrada ilegal en el país. No es asunto mío. A mí me ponen un dossier en las manos y yo tiro del hilo. Ni lo juzgo ni lo acuso de nada.

-¿Lo van a deportar?

-Sí.

-¿Puede ofrecer resistencia? ¿Puedo yo ayudarle de alguna manera?

-No, él no lo desea. Se ha declarado culpable. Y se quiere marchar.

-¡Que me aspen!

Entraron seis o siete clientes.

-Ya se lo advertí-le dije, y ayudé a cada cual a escoger lo que necesitaba o lo que creía necesitar. Gracias a Dios había hecho un pedido gigantesco de perritos calientes y panecillos para hamburguesas.

- ¿A cuánto cobra esos encurtidos? -dijo Walder.

-Está marcado en la lata.

-Son treinta y nueve centavos, señora -dijo. Y sin previo aviso se puso a trabajar, a pesar, envolver, sumar. Pasó por delante de mí para abrir la caja registradora. Cuando se alejó, tomé una bolsa de papel de la pila, abrí el cajón y, utilizando la bolsa a modo de protector, cogí el viejo revólver, lo llevé al retrete y lo dejé caer en la lata de aceite que lo estaba esperando.

-Veo que se le da bien el negocio -le dije nada más regresar.

-Trabajaba en Grand Union después de las clases.

-Se le nota.

-¿No tiene quién le ayude?

-Voy a meter a mi hijo en el negocio.

Los clientes siempre se presentan en tandas, nunca espaciados, ni de uno en uno. En los intervalos, un dependiente tiene que disponerse a afrontar la siguiente avalancha. Otra cosa: cuando dos hombres hacen juntos la misma cosa, terminan por parecerse, y sus diferencias de mentalidad resultan menos chocantes. El Ejército descubrió que los blancos y los negros dejan de pelearse cuando han de pelear en común contra un mismo enemigo. Mi temor subcutáneo a la policía se disipó del todo cuando Walder pesó medio kilo de tomates y anotó el total con los demás, en una bolsa de papel.

La primera avalancha levantó el vuelo.

-Mejor será que me diga cuanto antes lo que desea -le dije.

Le prometí a Marullo que vendría a verle. Quiere cederle a usted el negocio.

-Usted está como una cabra. Mil perdones, señora. Estaba hablando con mi amigo.

-Oh, claro. Por supuesto. Bueno, somos cinco. Tres niños. ¿Cuántas salchichas cree que me harán falta?

-Cinco para cada uno de los niños, tres para su marido dos para usted. En total, veinte.

-¿De veras cree que se van a comer cinco?

-Ellos creen que sí. ¿No es para un picnic?

-Eso es.

-Entonces llévese cinco de más, no sea que se le. caigan algunas a las brasas.

-¿Dónde está el desatascador para las fregaderas?

-Ahí detrás, con los productos de limpieza y el amoníaco.

La conversación iba a transcurrir con interrupciones de este tipo, como a la fuerza tenía que ser. Expurgada de las intervenciones de los clientes, discurrió más o menos así:

-Supongo que me he quedado atontado. Yo me dedico a hacer mi trabajo, y por lo general lidio con gente de mal vivir. Si uno se acostumbra a los maleantes, a los mentirosos, a los delincuentes de la peor ralea, un hombre honrado puede ser desconcertante.

-¿Honrado? ¿Por qué lo dice? Mi jefe nunca le ha dado nada a nadie. Es más terco que una muía.

-Lo sé. Nosotros lo hemos obligado a ser de ese modo. Me lo ha contado todo, y le creo. Antes de venir a Estados Unidos se aprendió de memoria las palabras inscritas al pie de la Estatua de la Libertad. Se había aprendido de corrido la Declaración de Independencia, aunque en su dialecto. La Declaración de Derechos era para él palabra sagrada. Y entonces no lo dejaron entrar. De todos modos, vino al país. Le ayudó un buen hombre: se quedó con todo lo que tenía y lo dejó caer cerca de la orilla, entre las olas, para que ganara tierra firme por sus propios medios. Pasó bastante tiempo hasta que se familiarizó con las costumbres norteamericanas, pero con el tiempo lo consiguió. Aprendió. «¡Hay que ganar pasta! ¡Eso es lo que cuenta!» Aprendió, ya lo creo. De tonto no tiene un pelo. Aprendió muy bien qué es lo que cuenta.

Todo esto se dijo intercalado con las palabras de los clientes de modo que no es que llegase a una culminación dramática, sino que fue una serie de frases cortas.

-Por eso no se molestó cuando lo delató alguien.

¿Lo delató alguien?

Claro. Basta con una llamada telefónica.

-¿Y quién fue?

-A saber. El departamento es una máquina. Se marca un número y cada orden pasa por todas las etapas como si fuera una prenda en una lavadora automática.

-¿Por qué no se dio a la fuga?

-Está cansado, cansado hasta la médula de los huesos. Y asqueado. Tiene algo de dinero. Quiere volver a Sicilia.

-Sigo sin entender lo de la tienda.

-Es como yo. Yo me las apaño bien con los estafadores. Ése es mi trabajo. En cambio, si me topo con un hombre honrado se me rompen los esquemas. Eso es lo que le ocurrió a él. Se encontró con un tipo que nunca trató de estafarlo, que no le robaba, que no lo engañaba, que no trató de aprovecharse de él. Trató de enseñar a ese mamón a cuidar de sus propios intereses en la tierra de la libertad, pero el muy so bobo era incapaz de aprender nada. Durante mucho tiempo, usted le daba verdadero miedo. Trató de averiguar qué se traía usted entre manos, y descubrió que la única trama que ha urdido usted era la honradez.

-¿Y si estuviera equivocado?

-El no cree que lo esté. Quiere convertirlo a usted en una especie de monumento en recuerdo de algo en lo que creía a pie juntiílas. Tengo los papeles del traspaso de la propiedad en el coche. Basta con que rellene los datos de los impresos y los presente.

-No lo entiendo.

-Yo no sé si lo entiendo o si no. Ya sabe usted cómo habla él: parece que estuviera haciendo palomitas de maíz. Me limito a intentar traducirle lo que él intentó explicar, como si el hombre estuviera hecho de una sola pieza. Si algo cambia, se le estropea el motor, se le encasquilla la transmisión, se pone malo. Es como... Como un tribunal improvisado por él mismo. Tiene que pagar usted por haber infringido una norma. Para él, usted es una suerte de pago en efectivo para que no le corten la luz.

-¿Por qué ha venido en coche hasta aquí?

-La verdad es que no lo sé. Tuve que hacerlo, a lo mejor es eso. Para que no le corten la luz.

-¡Dios!

En la tienda entró un enjambre de niños ruidosos y mujeres sudorosas. Como mínimo, hasta el mediodía no dispondría de otro momento de sosiego.

Walder salió hasta su coche y volvió abriéndose camino en medio de una turba de amas de casa vestidas de verano para llegar al mostrador. Dejó encima una de esas carpetas de cartón, de fuelle, atadas con gomas.

-Tengo que irme. Con el tráfico que hay, serán cuatro horas de viaje. Mi mujer estará que se suba por las paredes. Dijo que esto podía esperar, pero yo tenía que hacerlo cuanto antes.

-Oiga, llevo diez minutos esperando a que me atienda.

-Enseguida estoy con usted, señora.

-Le pregunté si quería que le dijera algo de su parte. «Dígale adiós», me dijo. ¿Y usted? ¿Quiere que le diga algo?

-Dígale adiós.

La oleada de barrigas mal disimuladas se apiñó de nuevo, y casi fue mejor así. Dejé la carpeta en el cajón, debajo de la caja registradora. Y con la carpeta dejé mi desolación.

16

El día pasó pronto y, sin embargo, fue interminable. La hora del cierre no guardó ninguna relación con la hora a la que abrí la tienda, pues había pasado tantísimo tiempo que ya ni siquiera me acordaba.

Entró Joey cuando estaba a punto de cerrar la puerta de entrada. Sin preguntarle si le apetecía, le abrí una lata de cerveza y se la pasé, y abrí otra para mí, cosa que no había hecho nunca con anterioridad. Traté de contarle lo de Marullo y lo de la tienda, pero me di cuenta de que no iba a ser capaz. Ni siquiera le pude contar la historia que había fraguado en lugar de la verdadera.

-Parece cansado -me dijo.

-Pues creo que lo estoy. Vea los estantes... No queda nada. Han comprado cosas que ni querían ni necesitaban.

Vacié el contenido de la caja registradora en la bolsa de lona gris, añadí el dinero que había traído el señor Baker, puse encima la carpeta de fuelle y até la bolsa con un trozo de cordel.

-No debería dejar todo eso por ahí.

-No lo dejaré por ahí. Lo voy a esconder. ¿Quiere otra cerveza?

-Cómo no.

-Yo también.

-Es usted un público excelente -dijo-. Empiezo a creerme mis propios cuentos.

-¿Por ejemplo?

-Mi instinto infalible. Esta mañana tuve un pálpito. Ya me desperté con la premonición. Supongo que lo habré soñado, pero es que fue fuerte de verdad, tanto como para ponerme los pelos de punta y todo eso. No es que pensara que hoy iban a atracar el banco. Es que lo sabía. Lo sabía nada más despertar, sin levantarme aún de la cama. Siempre colocamos unas cuñas debajo de las alarmas de pie para no pisarlas por accidente. Esta mañana, lo primero que hice fue retirarlas. Estaba seguro de que se produciría el atraco, estaba listo para afrontarlo. ¿Cómo se lo explica?

-Puede ser que alguien lo planease y que usted le leyera el pensamiento, de modo que renunció al intento.

-Facilita usted el que uno se equivoque con sus premoniciones sin perder el honor.

-¿Cómo se lo explica?

-Sabe Dios. Creo que he sido un sabelotodo para usted durante tanto tiempo que he terminado por creérmelo. Pero le aseguro que me llevé un buen sobresalto.

-¿Sabe una cosa, Morph? Estoy tan cansado que ni siquiera tengo ganas de barrer.

-No deje esa pasta por la noche aquí dentro. Llévesela a casa.

-De acuerdo. Si usted lo dice..

-Sigo teniendo la intuición de que aquí pasa algo raro.

Abrí la caja de cuero y guardé la bolsa del dinero con mi sombrero de plumas, cerrándola bien. Joey no me quitaba ojo de encima.

-Voy a ir a Nueva York, me voy a alquilar una habitación de hotel y me voy a pasar dos días enteros descalzo, con los pies en alto, contemplando la catarata de Times Square.

-¿Con su amiguita?

-Cancelé la cita. Voy a pedir una botella de whisky y una mujer. No hace falta hablar en serio con ninguna de las dos.

-Ya le dije que a lo mejor hacíamos una excursión, ¿verdad?

-Eso espero, porque la verdad es que lo necesita. ¿Listo para viajar?

-Aún me falta un par de cosas por hacer. Adelante, Joey. Quítese los zapatos y disfrute.

Lo primero que hice fue llamar a Mary para decirle que iba a llegar un poco tarde.

-Bueno, pero no tardes, corre, corre. Tengo noticias, noticias calentitas.

-¿No me las puedes dar ahora, cariño?

-No. Quiero ver la cara que se te pone.

Colgué la careta de Mickey Mouse sobre la caja registradora, de modo que tapase la ventanilla donde aparecen los números. Luego me puse la chaqueta y el sombrero y apagué las luces y me senté en el mostrador con las piernas colgando. Un racimo de plátanos negros me rozaba por un lado, mientras la caja registradora encajaba contra mi hombro como un sujetalibros. Las persianas estaban levantadas, de modo que la luz del atardecer veraniego se filtraba por la reja de alambre. Y todo estaba en calma, una calma que recordaba al ruido del agua que corre. Exactamente lo que necesitaba. Me palpé el bolsillo izquierdo porque la presión de la caja registradora me hizo notar un bulto. El talismán. Lo tomé con ambas manos y lo contemplé largo y tendido. Ayer mismo creí que lo iba a necesitar. ¿Había olvidado dejarlo de nuevo en su sitio, o lo llevaba encima de forma premeditada? No lo sé.

Como siempre, traté de adueñarme de su poder recorriendo con la yema del dedo el trazado de los dibujos. A mediodía era de un color rosáceo, pero al caer la tarde adquiría una tonalidad más oscura, como si hubiera absorbido un poco de sangre.

No era pensar lo que necesitaba en esos momentos, sino poner un poco de orden, cambiar un trazado, como si estuviera en un jardín del que la casa entera se hubiera arrancado a lo largo de la noche. Había que improvisar una chabola que me diera refugio provisional, al menos hasta que pudiera comenzar la reconstrucción. Me había refugiado en mi trabajo en tanto pudiera dejar entrar de lleno todas las novedades, bien despacio, para contarlas e identificarlas a medida que llegasen. Las estanterías, que ese día sufrieron continuados asaltos, mostraban abundantes huecos allí donde sus defensas fueron horadadas por las hordas hambrientas, y el efecto era el de una dentadura rota o una ciudad amurallada tras el fuego de la artillería enemiga.

-Roguemos por los amigos que ya no están entre nosotros -dije-. La delgada línea roja del catchup, los valientes encurtidos y condimentos, las pequeñas alcaparras en vinagre. No podemos dedicarles la victoria, no podemos consagrársela. No, eso no. Es más bien a nosotros, los vivos... No, tampoco es eso. Alfio, te deseo la mejor de las suertes y el alivio en el dolor. Te equivocas, por descontado, pero tu error puede servirte de cataplasma. Has hecho un sacrificio por haber sido víctima propiciatoria del sacrificio.

La gente que pasaba por la calle hacía fluctuar la luz dentro de la tienda. Rebusqué entre los residuos del día para encontrar las palabras de Walder y la cara con que las dijo. «Como un tribunal improvisado por él mismo. Tiene que pagar usted por haber infringido una norma. Para él, usted es una suerte de pago en efectivo, para que no le corten la luz.» Eso había dicho el hombre. En su mundo de maleantes, sano y salvo, Walder se había visto desconcertado por un único, deslumbrante rayo de honestidad.

Para que no le corten la luz, que la luz no se apague. ¿Lo habría dicho Alfio exactamente así? Walder no lo sabía, pero sabía a ciencia cierta que eso fue lo que quiso decir Marullo.

Recorrí el trazado de la serpiente en el talismán y volví al principio, que era el final. Era una luz antigua, la luz con que los Marullo de tres mil años atrás se abrieron paso entre las «luparias» del Lupercal, en el monte Palatino, para hacer una ofrenda votiva al dios Pan, el del monte Liceo, que protege a los rebaños del ataque de los lobos. Y esa luz no se había apagado. Marullo, el italiano de medio pelo, el *espagueti,* el inmigrante, sacrificado al mismo dios por las mismas razones. Lo volví a ver levantar la cabeza sobre el marasmo de su grueso cuello y sus hombros doloridos; volví a ver la noble cabeza, los ojos acalorados... y la luz. Me pregunté en qué iba a consistir mi pago, cuándo se me exigiría. Si me llevase mi antiguo talismán al Puerto Viejo y lo lanzase al mar... ¿me sería aceptado?

No bajé las persianas. Durante los fines de semana largos las dejábamos levantadas para que los policías pudieran echar un vistazo al interior. La trastienda estaba a oscuras. Cerré la puerta del callejón y ya había empezado a cruzar la calle cuando me acordé de la sombrerera, detrás del mostrador. No volví a recogerla. Sería como hacer una pregunta. Se levantaba el viento con la noche del sábado, un viento que soplaba alborotado y ansioso del sudeste, como había de ser, para traer la lluvia que empapase a los veraneantes. Pensé que el martes sacaría el tazón de leche e invitaría al gato gris a que disfrutase del cobijo de mi tienda.

17

No sé con certeza cómo son por dentro los demás, pero supongo que todos son distintos e iguales al mismo tiempo. Sólo puedo hacer conjeturas. En cambio, sé de sobra cómo me podría retorcer y escurrir y hacer mil piruetas con tal de no enfrentarme a una verdad dolorosa; sé que cuando ya no me queda otro remedio sigo posponiéndola, esperando que desaparezca. «Ya pensaré mañana en eso -dicen otros, como los mojigatos-, cuando esté más descansado.» Y acto seguido acuden a un futuro que pinta la esperanza, o recurren a un pasado corregido y aumentado, como un crío que juega con violencia para resistirse a la imposición inevitable de irse a la cama.

Mientras remoloneaba camino de casa, sin darme la menor prisa, atravesé una suerte de campo minado, el campo de la verdad. El futuro estaba sembrado de fértiles dientes de dragón. No hubiera sido contrario a la naturaleza tratar de hallar sitio seguro en algún rincón del pasado. Sin embargo, en ese camino se encontraba plantada con toda firmeza la tía Deborah, con una de sus amplias alas tendida hacia una bandada de mentiras y los ojos relucientes como signos de interrogación.

Me quedé mirando el escaparate de la joyería, los relojes de pulsera con correa elástica y esferas de vidrio, durante todo el tiempo que me pareció respetable. El atardecer, húmedo y ventoso, empezaba a incubar una tormenta de verano.

A principios del siglo pasado eran muchos los que se parecían a la tía abuela Deborah como dos gotas de agua, islas de curiosidad y de sabiduría. Tal vez por haberse visto cercenados del mundo de sus pares se vieron empujados esos pocos

solitarios a los libros que ahora colmaban nuestro desván, o tal vez fuera la espera inacabable, a veces tres años seguidos, a veces para siempre, a que regresaran los barcos. Fue la más grande y mejor de las tías abuelas, una sibila, una pitonisa, capaz de decirme palabras sin sentido, palabras mágicas, que conservaban intacta la magia y habían perdido todo asomo de sinsentido cuando yo las recordaba.

Me *beswac fah wyrm thurh faegir palabra,* decía en un tono lúgubre. Y también decía: *Seo leo gif heo blades onbirigth abit aerest hire ladteow.* Palabras de ensueño debían de ser, pues no en vano las recuerdo al pie de la letra.

El intendente del ayuntamiento de New Baytown pasó junto a mí con la cabeza gacha, caminando de costado cual cangrejo, y sólo me devolvió un lacónico saludo cuando le di las buenas noches.

Noté el olor de mi casa, la vieja casa de los Hawley, a media manzana de distancia. La noche anterior anidaba en una maraña de sombras, pero en esta velada que pespunteaban los truenos irradiaba excitación. Una casa, como un ópalo, adquiere la coloración misma del día. Gesticulante, Mary oyó mis pasos en la acera y salió por la puerta mosquitera como una llamarada.

-¡A que no lo adivinas! -exclamó, y tendió las manos como si llevara un paquete.

Lo tenía en mente, de modo que respondí:

-Seo *leo gif heo blades onbirigth abit aerest hire ladteow.*

Caliente, caliente, pero no es eso.

-Será que algún admirador secreto nos ha regalado un dinosaurio.

-Pues no, te equivocas otra vez, pero es casi igual de maravilloso. Y no te lo diré hasta que te hayas aseado, pues tienes que estar bien limpio para enterarte.

-Lo que escucho es la música amorosa de un babuino de culo azul.

Así era: desde el cuarto de estar se oía a Allen, que importunaba su alma con flema de rebelde:

-«Cuando estaba listo para pedirte que me amaras, dijeron que no tenía ni idea. Tus ojos me hacen cosquillas cada vez que me miras de ese modo, pero dicen que no tengo ni idea.»

-Creo que le voy a pegar fuego, mi celestial esposa.

-No, ni se te ocurra. Cuando te enteres, no lo harás.

-¿No me lo puedes decir estando así de sucio?

-No.

Atravesé el cuarto de estar. Mi hijo respondió a mi saludo con la animada expresión de un trozo de chicle ya masticado.

-Espero que hayan barrido tu corazón solitario y enamorado.

-¿Eh?

-¡Será «qué, papá»! ¿O no? Según supe, alguien te lo había arrancado y lo había tirado al suelo.

-Ha sido número uno -dijo-. Número uno en todo el país. Ha vendido un millón de copias en dos semanas.

-¡Magnífico! Me alegro de que el futuro esté en tus manos. -Y me sumé al estribillo a la vez que subía la escalera-. «Tus ojos me hacen cosquillas cada vez que me miras de ese modo, pero dicen que no tengo ni idea.»

Ellen me rondaba con un libro en la mano y un dedo entre las páginas. Conozco sus métodos. Me iba a hacer una pregunta que, a su juicio, a mí habría de parecerme interesante, y acto seguido dejaría caer como si tal cosa lo que tanto deseaba decirme Mary. Para Ellen es un triunfo ser la primera en contar las cosas. Yo no diría que sea

una chismosa, pero lo cierto es que lo es. Crucé los índices de ambas manos y los agité en dirección a ella.

-Prohibido.

-Pero papá...

-He dicho «prohibido», señorita primor de invernadero. Y lo digo en serio: ni se te ocurra. -Cerré de un portazo la puerta del baño-. ¡El baño de un hombre es su castillo inexpugnable! -Y la oí reírse. No me fío de los niños cuando se ríen de mis bromas. Me lavé la cara a fondo y me cepillé los dientes hasta que me sangraron las encías. Me afeité, me puse una camisa limpia y la pajarita que tanto detestaba mi hija, en declaración de rebeldía.

Cuando por fin me senté frente a ella, mi Mary estaba que se subía por las paredes de pura impaciencia.

-No te lo vas a creer.

-*Seo leo gif heo blades onbirigth.* Habla.

-Margie es la mejor amiga que he tenido nunca.

-Cito: «El hombre que inventó el reloj de cuco ha muerto. La noticia es vieja, pero sigue siendo buena».

-Seguro que ni siquiera te lo imaginas. Se va a encargar ella de los niños para que podamos hacer el viaje solos.

-¿Es una trampa?

-No se lo pedí yo. Se ofreció ella.

-Se la van a comer cruda.

-Están como locos con ella. El domingo los llevará a Nueva York en el tren; se quedarán a pasar la noche en el apartamento de una amiga, y el lunes verán flamear la nueva bandera de las cincuenta estrellas en el Rockefeller Center, el desfile, todo lo demás.

-No me lo puedo creer.

-¿No te parece sensacional?

-Me parece una maravilla. Y nosotros huiremos a los páramos de Montauk, ¿verdad, Ratoncita?

-Ya he llamado para reservar una habitación.

-Esto es un delirio. Me siento como si fuera a explotar. Me estoy hinchando por momentos.

Había pensado contarle lo de la tienda, pero un exceso de noticias produce siempre estreñimiento. Mejor esperar y decírselo cuando estuviéramos de viaje.

Ellen llegó patinando a la cocina.

-Papá, esa cosa rosa ya no está en la vitrina.

-La tengo yo. Aquí, en mi bolsillo. Toma, ya la puedes poner en su sitio.

-Nos dijiste que nunca la cogiésemos de ahí.

-Y te lo vuelvo a decir, so pena de muerte.

La tomó de mis manos casi con avidez, y con ambas manos se la llevó al cuarto de estar.

Mary me miraba fijamente, con ojos sombríos.

-¿Por qué la cogiste, Ethan?

-Para que me diera suerte, mi amor. Y ha salido bien.

18

El domingo 3 de julio llovió a cántaros, como debe ser. Gruesas gotas, más mojadas que de costumbre. Avanzamos paso a paso entre los húmedos gusanos del tráfico, un tanto grandiosos, indefensos, perdidos, como pájaros enjaulados que de repente se asustaran al ver asomar los dientes de la libertad.

-¿Estás contenta? ¿Estás feliz?

-Me parece que siguiera oyendo a los chicos.

-Lo entiendo. Tía Deborah lo llamaba la soledad de estar contento. ¡Vuela, pajarillo mío! Esas aletas que tienes en los hombros son alas, mandarina mía.

Me sonrió y se arrimó a mí.

-Esto es estupendo, pero es que sigo pensando en los chicos. ¿Qué estarán haciendo?

-Seguramente cualquier cosa, menos pensar en lo que estamos haciendo nosotros.

-Supongo que tienes razón. Eso no les interesa, la verdad.

-Pues imitémosles. Cuando vi que tu barco se acercaba, oh serpiente del Nilo, supe que el día era nuestro. Esta noche, Octavio tendrá que mendigar el pan a algún cabrero griego.

-Estás chalado. Allen ni siquiera ve por dónde va. Es capaz de cruzar una calle con el semáforo en rojo.

-Lo sé. Y nuestra pobrecita Ellen, con sus pies contrahechos... En fin, al menos tiene buen corazón y es guapa de cara. A lo mejor alguien se enamora de ella y le amputa los pies.

-¡Oh, no seas así! Deja que me preocupe un poco. Me sentiré mejor así.

-Nunca lo he oído decir mejor. ¿Quieres que pasemos lista los dos a todas las posibilidades más horrorosas que pueden suceder?

-Ya sabes a qué me refiero.

-Sí, lo sé. De todos modos, alteza, sois vos la que trajo esta vena a la familia. Sólo se transmite por vía femenina. Las madrecitas, ya se sabe.

-Nadie quiere a sus hijos tanto como tú.

-Mi culpa se multiplica por diez porque soy una mofeta.

-Pues a mí me gustas.

-Ah, ésa es una de las preocupaciones que de veras me gustan. ¿Has visto ese trecho del camino? Mira cómo aguantan los brezales y los bojes, cómo aparece la arena como si fuera un mar de olas sólidas. Golpea la tierra la lluvia y salta convertida en fina neblina. Siempre he pensado que debe de ser como Dartmoor o Exmoor, y eso que nunca he visto esos parajes, salvo en las fotos. Los oriundos de Devon debieron sentirse aquí como en su casa. ¿Te parece que es un paraje encantado?

-Si no lo es, tú lo has de encantar.

-No me hagas cumplidos, a menos que los digas con toda sinceridad.

-No eran para este momento. Estáte atento al desvío. El rótulo tiene que decir Moorcroft.

Así fue, como comprobé más adelante. Lo más bello de esa asta que sobresale de Long Island es que la lluvia penetra en el terreno y no se forman barrizales.

Dispusimos de una casita de muñecas para nosotros solos, limpia y forrada de cretona a cuadros, dos camas bien pegadas, como las que se anuncian por todo el país, gruesas como bollos recién hechos.

-Eso no me gusta. Camas separadas...

-No seas tonto. Siempre me podrás alcanzar estirando la mano...

-Puedo hacer cosas infinitamente mejores, fulana de mi corazón.

Cenamos con grasienta dignidad langostas de Maine cocidas y regadas con vino blanco, vino blanco a espuertas, para que brillasen los ojos de mi Mary, y además le suministré seductoramente el coñac debido hasta que a mí también la cabeza empezó a darme vueltas. Fue ella quien recordaba el número de nuestra casita de muñecas, fue ella la que encontró la cerradura. No estaba yo tan pasado de vueltas como para no salirme con la mía, aunque estoy convencido de que, si quisiera, ella podría haberse escapado sana y salva.

Luego, dolorida de felicidad, recostó su cabeza en mi brazo derecho y sonrió entre pequeños bostezos.

-¿Estás preocupado por algo?

-Vaya idea. Ya estás soñando antes de haberte dormido.

-Es que te esfuerzas tantísimo por hacerme feliz. No entiendo bien qué te sucede. ¿De veras que no estás preocupado?

Es extraño ese lugar impregnado de clarividencia, la antesala del sueño.

-Sí, la verdad es que estoy preocupado. ¿Te quedas así más tranquila? No hubiera querido decírtelo, pero es que el cielo se precipita sobre nuestras cabezas, y un pedazo ya me ha caído en la cola.

Se quedó dulcemente dormida con su mejor risa de Pan en los labios. Liberé el brazo que tenía aprisionado y me puse de pie entre las dos camas. Había dejado de llover, con la salvedad de las gotas que bajaban por el canalón. La luna menguante reproducía su imagen en cien mil gotitas.

-*Beaux rêves,* mi amor querido. No dejes que el cielo se nos caiga encima.

Mi cama era fresca y blanda en demasía. Veía la luna afilada hendiendo un mar de nubes fugaces que huían del mar. Y oí el canto fantasmagórico de un alcaraván. Crucé los dedos índices de ambas manos, prohibido molestar durante un rato. En la cola no me había caído más que un guisante.

Si llegaron los truenos con el alba, no llegué a enterarme. Cuando descubrí la mañana, toda era oro y verdeciente, oscura de brezales, pálida de helechos, entre roja y amarillenta debido a la arena de las dunas; a corta distancia, el Atlántico relucía como plata batida. A un roble viejo y nudoso, próximo a nuestra casita, le había nacido sobre una de sus raíces un liquen grande como un almohadón, ondulado, de un blanco virado al perla. Un camino curvo de gravilla atravesaba la pequeña aglomeración de casitas de muñeca hasta llegar al bungaló de tejas que estaba en el origen de todas ellas. Allí estaba la oficina, la expendeduría de tarjetas postales, los expositores de regalos, los sellos y, asimismo, el comedor con sus manteles a cuadros blancos y azules, donde podíamos alimentarnos nosotros, los pasajeros habitantes de las casitas de muñecas.

El gerente estaba en su escritorio, verificando una especie de lista. Ya lo habíamos verificado cuando nos registramos por nombre y apellido; era un individuo de cabello ralo y a mechones, con escasa necesidad de afeitarse. Parecía furtivo y lejano al mismo tiempo, y albergaba tan grandes esperanzas de que nuestra excursión fuera algo puramente clandestino que sólo por complacerlo estuve tentado de firmar en el registro «John Smith y señora». Husmeaba el aire en busca de un rastro de pecado. En efecto, parecía ver lo que le rodeaba con el extremo del hocico, como si fuera un topo.

-Buen día -le dije.

Alzó la nariz hasta mi altura.

-¿Ha dormido bien?

-A pierna suelta. Me estaba preguntando si podría llevar una bandeja con el desayuno a mi esposa.

-Sólo servimos el desayuno en el comedor, entre siete y media y nueve y media.

-Pero si yo mismo me ocupase de llevarlo...

-Es contrario a las reglas del establecimiento.

-¿No podríamos hacer una sola excepción? Ya sabe usted cómo son estas cosas -añadí, sólo porque de veras confié que lo comprendiera.

Su complacencia fue recompensa suficiente. Se le humedecieron los ojos y se le estremeció el hociquillo.

-¿Así que le ha dado por mostrarse un poquillo tímida, no es eso?

-Es que ya sabe usted cómo son estas cosas.

-Pues no sé qué dirá el cocinero.

-Pídale que nos haga el favor y dígale que le pongo un dólar de puntillas en lo alto del montón.

El cocinero era un griego al que el dólar le resultó sumamente atractivo. Al cabo de un rato, avanzaba yo con gran cautela y una gigantesca bandeja en las manos, cubierta de punta a cabo por una servilleta. La deposité en un banco rústico mientras preparaba un ramillete de microscópicas florecillas silvestres para adornar el regio desayuno de mi amada.

Tal vez ya estuviera despierta, pero de todos modos abrió los ojos y dijo:

-Qué rico ese olor a café... ¡Oh, oh! ¡Qué encanto de marido! Y... esas flores... -Todos esos sonidos, en fin, que lamas perderán toda su fragancia.

Desayunamos y tomamos una segunda y una tercera taza de café. Mi Mary estaba sentada en la cama y parecía más joven, más inocente que su propia hija. Y los dos hablamos con el debido respeto de lo bien que habíamos dormido.

Me había llegado la hora.

-Ponte cómoda -le dije-. Tengo noticias buenas y noticias tristes.

-¡Excelente! ¿Te has comprado el océano?

-Marullo está en aprietos.

-¿Cómo?

-Hace mucho tiempo que vino a los Estados Unidos sin el debido permiso de inmigración.

-¿Y bien?

-Ahora le piden que abandone el país.

-¿Lo van a deportar?

-Sí.

-Pero... eso es horroroso.

-Desde luego, no es nada agradable.

-¿Y qué vamos a hacer nosotros? ¿Qué va a ser de ti?

-Se acabó la hora de jugar. Me ha vendido la tienda. En realidad, te la ha vendido a ti, porque el dinero es tuyo. Tenía que vender sus pertenencias y resulta que yo siempre le he caído bien. La verdad es que prácticamente me ha regalado el negocio... Por tres mil dólares.

-Eso es espantoso. ¿Quieres decir... quieres decir que eres el dueño del negocio? ¡Ya no eres un dependiente! ¡Ya no eres dependiente!

Se volvió boca abajo sobre el almohadón y se echo a llorar con hondos sollozos henchidos, tal como hubiera llorado una esclava cuando le quitasen el yugo del cuello.

Salí al escalón de entrada de la casita de muñecas y permanecí sentado al sol hasta que ella estuvo lista, con la cara bien lavada y el pelo bien peinado; con el salto

de cama puesto, abrió la puerta y me llamó. Ya era otra. Ya siempre sería otra. Ni siquiera era preciso que lo dijera. Se le notaba en la base del cuello. Ahora podría llevar bien alta la cabeza. Volvíamos los dos a ser gente de bien.

-¿No podríamos hacer algo para echar una mano al señor Marullo?

-Me temo que no.

-¿Qué pasó? ¿Cómo lo descubrieron?

-No tengo ni idea.

-En el fondo es un buen hombre. No deberían hacerle una cosa así. ¿Cómo se lo ha tomado?

-Con dignidad. Con honor.

Fuimos de paseo hasta la playa, tal como teníamos previsto desde el día anterior; nos sentamos en la arena, recogimos pequeñas conchas brillantes y nos las mostramos el uno al otro, como era de rigor, comentando con asombro convencional las cosas más naturales: el mar, el agua, el sol que templaba el viento, tal como si el Creador estuviera a la escucha, necesitado de nuestros cumplidos.

Mary estaba quizás pendiente de demasiadas cosas a la vez. Creo que deseaba por una parte regresar a casa para hacer gala de su nuevo estatus en sociedad, ver el intercambio de los saludos en plena High Street. Creo que había dejado de ser «la pobre Mary Hawley, es de ver lo duro que trabaja», y que se había convertido en la señora de Ethan Allen Hawley, condición que ya tendría por siempre. Mi deber era mantenerla así. Pasó ese día porque ya lo teníamos previsto hasta en los menores detalles y pagado por adelantado, pero las conchas que de verdad recogía y admiraba con emoción eran los brillantes días que le quedaban por venir.

Almorzamos en el comedor de los manteles a cuadros azules y blancos. El talante de Mary, la seguridad de su modo de estar, su manera de ocupar su sitio, fueron una gran decepción para el señor Topo. Su hociquillo, que tan alegre había estremecido para olisquear el pecado, parecía fuera de lugar al percatarse de otros aromas que nada tenían que ver. Su desilusión fue absoluta cuando tuvo que venir a nuestra mesa a informarnos de que se había recibido una llamada telefónica para la señora Hawley.

-¿Quién sabe que estamos aquí?

-Pues Margie, cómo no. Tuve que decírselo, no fuera que a los chicos... ¡Ay, espero que no haya pasado nada...! Ya sabes cómo es Allen, nunca mira por dónde va.

Volvió estremecida y titilante como una estrella.

-Es imposible que te lo imagines. Es imposible. Ni en un millón de años.

-En cambio imagino que es algo bueno.

-Me preguntó si habíamos oído las noticias, si habíamos oído la radio. Por su manera de hablar, estaba clarísimo que no podían ser malas noticias.

-¿Por qué no me lo cuentas y luego vuelves al modo en que te lo contó?

-Es que no me lo puedo creer.

-Anda, prueba a ver si yo me lo creo.

-A Allen le han otorgado una mención de honor.

-¿Cómo? ¿Allen? ¡Cuéntame!

-En el concurso de redacciones. Ya sabes, todo el país participaba. ¡Una mención de honor!

-¿En serio?

-Totalmente. Sólo han otorgado cinco menciones de honor. Además, le han obsequiado un reloj y va a tener una aparición en televisión. ¿A que no te lo crees? ¡Tenemos un famoso en la familia!

-¡Es increíble! ¿Quieres decir que toda esas cantinelas melancólicas eran puro fingimiento? ¡Vaya un actor! Su corazón solitario y enamorado a fin de cuentas no estaba pisoteado ni hecho trizas por el suelo.

-No te burles. Piénsalo bien: nuestro hijo es uno de los únicos cinco muchachos que en todos los Estados Unidos han recibido una mención de honor... Y que además saldrá por televisión.

-¡Y encima le regalan un reloj! Me pregunto si sabrá decir la hora.

-Ethan, he dicho que no te burles. De lo contrario, todo el mundo creerá que estás celoso de tu propio hijo.

-Es que estoy asombrado, eso es todo. Creí que su estilo en prosa estaba a la altura del general Eisenhower. Y Allen no tiene precisamente un negro que le haga el trabajo sucio.

-Eth, te conozco bien. Te lo pasas en grande haciendo como que los menosprecias, pero en el fondo eres tú el que más los mima. Esa es tu forma secreta de tratarlos. Quiero que me digas una cosa con toda claridad: ¿lo ayudaste a escribir su redacción?

-¿Que si lo ayudé? ¡Si ni siquiera me permitió echarle un vistazo!

-Bueno, pues entonces todo queda en orden. No me gustaría nada que andes por ahí todo ufano por haber sido tú el que se la escribiera.

-No me entra en la cabeza, de veras. Y todo esto demuestra lo poco que sabemos de nuestros propios hijos. ¿Cómo se lo ha tomado Ellen?

-Pues parece que está más orgullosa que un pavorreal. Margie estaba tan emocionada que apenas acertaba a decir palabra. Quieren hacerle entrevistas en los periódicos. Y además saldrá por televisión. ¿Te das cuenta de que ni siquiera tenemos un televisor para verlo? Margie ha dicho que podemos ir a su casa y verlo allí todos juntos. ¡Un famoso en la familia! Ethan, deberíamos comprar un televisor.

-Mañana mismo, mañana por la mañana iremos a comprarlo. Si no, ¿por qué no lo encargas tú misma?

-¿Podemos...? Ay, Ethan, se me olvidaba que eres el dueño de la tienda. Lo había olvidado por completo. ¿Te das cuenta? ¡Un famoso!

-Espero que podamos convivir con él.

-Tú déjalo que disfrute de su momento de fama. Deberíamos volver ya a casa. Ellos llegan en el tren de las siete y veinte. Deberíamos estar allí, ¿sabes?, y darles la bienvenida.

-Y hacer una tarta.

-Claro que sí.

-Y poner adornos de papel en las paredes.

-¿No te estarás poniendo celoso, verdad?

-No, es que estoy emocionado. Me parece que será un detalle adornar toda la casa con papeles de colores.

-Pero no por la parte de fuera. Eso parecería hacer una ostentación excesiva. Margie dijo que por qué no fingíamos que no sabemos nada, por qué no dejamos que sea él quien nos lo diga.

-No me parece lo más oportuno. A lo mejor se siente cohibido. Y a lo mejor le da por pensar que no nos importa en realidad. No, yo creo que hemos de llegar a casa y recibirlo con vítores y albricias, y con una tarta de celebración. Eso si encontramos algo abierto, claro. Entonces sí que compraría luces de Bengala.

-En los quioscos que encontremos por el camino.

-Claro, por el camino de vuelta a casa... Si es que aún les queda alguna, claro.

Mary agachó un instante la cabeza como si estuviera en plena acción de gracias.

-Tú eres el dueño de la tienda y Allen es famoso... ¿Quién iba a pensar que todo sucedería al mismo tiempo. Ethan, hemos de ponernos en camino. Deberíamos estar allí cuando ellos lleguen. ¿Por qué se te ha puesto esa cara?

-Es que acabo de sentir una especie de oleada... Al pensar en lo poco que sabemos de los demás. Se me ha puesto carne de gallina. Me acuerdo de que, por Navidades, cuando debiera estar más contento que unas pascuas, me entraban los «güel meres».

-¿Qué es eso?

-Es lo que yo entendía cuando la tía abuela Deborah decía *Weltscbmerz.*

-¿Y eso qué quiere decir?

-Es como si un ganso se pusiera a caminar sobre tu tumba.

-Ah, entiendo. Pero supongo que hoy es el mejor día de nuestras vidas. En fin, no te entiendo. Sería... Sería desagradecido por nuestra parte no saber reconocerlo. Así que haz el favor de sonreír y aparta de en medio a los «güel meres» de marras. Tiene gracia, Ethan. «Güel meres», hay que ver. Ve a pagar la factura, que yo me encargo de recoger el equipaje.

Pagué la cuenta con el dinero que estaba doblado en un prieto cuadradito. Y le pregunté al señor Topo si le quedaban algunas bengalas.

-Creo que sí, que queda alguna en la tienda de regalos. Voy a ver. Sí, aquí las tengo. ¿Cuántas quiere?

-Todas las que tenga -dije-. Nuestro hijo se ha convertido en toda una celebridad.

-¿De veras? ¿De qué clase?

-No hay más que una clase de celebridades.

-¿Quiere decir... como Dick Clark, o alguien así?

-O como Chessman, o Dillinger.

-Venga, hombre. Está de broma.

-Saldrá por televisión.

-¿En qué emisora? ¿A qué hora?

-Pues todavía no lo sé.

-Estaré al tanto. ¿Cómo dice que se llama?

-Igual que yo. Ethan Allen Hawley... Aunque lo conocen por Allen.

-Pues ha sido un honor haberles tenido a usted y a la señora Allen alojados en nuestro establecimiento.

-Querrá decir a la señora Hawley.

-Ah, desde luego, disculpe usted. Espero que vuelvan otra vez a visitarnos. Hemos tenido infinidad de famosos en nuestro establecimiento. Suelen venir... a disfrutar de la tranquilidad.

En el trayecto de regreso, siguiendo la lenta y reluciente culebra del tráfico, Mary permaneció muy erguida en su asiento.

-He comprado una caja de bengalas. En total, más de cien.

-Ahora me gustas más, querido. ¿Habrán vuelto ya los Baker? Me muero de ganas de saberlo.

19

Mi hijo se comportó francamente bien. Estuvo relajado, amable con todos nosotros. No buscó tomar represalias, no ordenó ejecuciones sumarias. Tanto sus honores como nuestras felicitaciones las aceptó como algo que por naturaleza le correspondía, sin exceso de vanidad, sin falsas modestias. Se adelantó a su silla del cuarto de estar y encendió el transistor antes de que cientos de bengalas chisporroteasen hasta dejar renegridas las varillas que las sujetaban. Saltaba a la vista que nos había perdonado todas nuestras ofensas. Nunca he visto a un chico aceptar la grandeza con tanta elegancia natural.

Fue realmente una noche repleta de maravillas. Si la facilidad con que ascendió Allen al firmamento resultó en cierto modo sorprendente, mucho más lo fue la reacción de Ellen. Tras unos cuantos años de observación estrecha y además forzosa, estaba yo convencido de que la señorita Ellen se sentiría hecha trizas, arrasada por la envidia, y que trataría de buscar algún modo de paliar la grandeza súbita de su hermano. Nunca pude estar más engañado. Resultó que fue Ellen quien más y mejor festejó el éxito de su hermano. Fue Ellen quien nos contó con pelos y señales cómo después de una mágica velada, mientras estaban sentados en un elegante apartamento de la calle 67, viendo distraídamente las últimas noticias en el telediario de la CBS, cuando anunciaron el triunfo de Allen. Fue Ellen quien contó con todo lujo de pormenores qué dijeron, qué aspecto tenían los presentes, cómo hubiera sido posible derribarlos, de lo embelesados que estaban, con el mero roce de una pluma. Allen se mantenía distante, tranquilo, mientras Ellen daba cuenta de que aparecería por televisión con los otros cuatro concursantes que habían recibido las menciones de honor; fue ella quien anunció que leería su redacción ante millones de espectadores que lo verían y lo escucharían encantados. Entre pausa y pausa, Mary reía feliz y contenta. Miré a Margie Young-Hunt. Tenía el mismo aspecto de reserva que había adoptado cuando echaba la fortuna leyendo las cartas. Y una oscura quietud se apoderó de la habitación.

-Esto no hay quien se lo salte -dije-. Es hora de ir a por unos refrescos bien fríos, una ronda para todos.

-Ellen se encarga de ir a por ellos. ¿Dónde está Ellen? Entra y sale como si fuera el humo.

Margie Young-Hunt se puso en pie con un punto de nerviosismo.

-Esto es una celebración familiar. Creo que lo mejor será que me vaya.

-Por favor, Margie. Tú formas parte de la celebración. ¿Adónde ha ido Ellen, si puede saberse?

-Mary, no me obligues a reconocer que estoy un poquito achispada.

-Es verdad, cariño. Tú no has parado quieta, perdona que se me olvide. Nosotros en cambio hemos descansado una barbaridad. No te lo puedes imaginar. Y todo ha sido gracias a ti.

-Me lo he pasado en grande. Es decir, que lo he hecho con muchísimo gusto. No lo hubiera cambiado por nada del mundo.

Estaba claro que tenía ganas de irse, y además cuanto antes. Aceptó nuestros agradecimientos y los de Allen y se marchó.

-No le hemos dicho nada sobre la tienda -dijo Mary sin levantar la voz.

-Dejémoslo correr. Eso sería como despojar de los honores a Su Rosada Eminencia. Y está en su pleno derecho. ¿Dónde se ha metido Ellen?

-Se ha ido a la cama -dijo Mary-. Has estado muy cortés, querido, y tienes toda la razón. Allen, para ti ha sido un día grandioso. Ya va siendo hora de que te acuestes.

-Creo que me apetece pasar un rato aquí sentado -dijo Allen con gran afabilidad.

-Pero es que tienes que descansar.

-Ya estoy descansando.

Mary me miró en busca de auxilio.

-Estos son los momentos difíciles, donde se pone a prueba el alma de los hombres -le dije-. Le puedo dar un rapapolvos o puedo dejar que disfrute de su triunfo sobre todos nosotros.

-La verdad es que no es más que un chiquillo. Necesita descansar.

-Necesita unas cuantas cosas más, pero te aseguro que el descanso no es una de ellas.

-Hasta los más pintados saben que los chiquillos necesitan descansar.

-Las cosas que saben hasta los más pintados la mitad de las veces no son verdad. ¿Tienes noticia de que algún chiquillo haya muerto alguna vez por exceso de fatiga? No. Eso sólo les pasa a los adultos. Los niños son demasiado inteligentes para eso. Descansan cuando de veras lo necesitan.

-Pero es que es más de medianoche.

-Así es, cielo, y mañana dormirá como mínimo hasta mediodía. En cambio, tú y yo nos habremos levantado a las seis.

-¿Quieres decir que te vas a ir a dormir y lo vas a dejar ahí sentado?

-Necesita vengarse por haberlo traído nosotros a este mundo.

-No tengo ni idea de lo que quieres decir. ¿Qué venganza es ésa?

-Necesito que hagamos un pacto, porque empiezo a darme cuenta de que te estás enojando.

-Pues es verdad. Y tú te estás portando como un estúpido.

-Si a la media hora de que nos hayamos acostado nosotros no se mete en su nido, te pago cuarenta y siete millones, ochocientos veintiséis dólares y ochenta centavos.

En fin, lo cierto es que perdí y tuve que pagar mi deuda. Pasaron treinta y cinco minutos desde que nos despedimos, le dimos las buenas noches y la escalera crujió bajo el peso de nuestro famoso.

-Detesto que tengas razón -dijo mi Mary. Estaba ya dispuesta a pasarse la noche entera con el oído aguzado.

-No he tenido yo la razón, mi amor. He perdido por cinco minutos. Lo único que pasa es que a mí algunas cosas no se me suelen olvidar.

Ella se quedó dormida entonces y no oyó a Ellen deslizarse sigilosa por la escalera. Yo sí que la oí. Estaba fijándome en el modo en que mis manchitas rojas bailaban en la oscuridad. Y no quise seguir tras sus pasos, porque oí cómo giraba la llave de bronce de la vitrina. Me di cuenta de que mi hija estaba cargando sus pilas.

Mis manchitas rojas estaban muy activas. Iban y venían de un lado a otro, pero en cuanto trataba de localizarlas y centrarme en ellas desaparecían como si tal cosa. El viejo Capitán se había empeñado en eludirme. No había hecho acto de presencia, al menos con claridad... bueno, al menos desde Pascua. No tiene nada que ver con la tía Harriet -«que descanse en paz»-, pero en cambio tengo muy claro que cuando no estoy en buenas relaciones con el viejo Capitán él tampoco se deja ver de ninguna manera. Ésa es una especie de prueba sobre cómo están mis relaciones personales con él.

Esa noche lo obligué a hacer acto de presencia. Permanecí muy estirado, tieso, muy pegado a mi lateral de la cama. Puse en tensión todos los músculos del cuerpo, sobretodo los del cuello y los maxilares, y curvé los puños sobre el abdomen a fin de

obligarlo, sus ojillos desolados, sus hombros encorvados, buena prueba de que en otro tiempo había sido dueño de un cuerpo rebosante de fortaleza y de que además lo había sabido utilizar. Le obligué incuso a que se encasquetara la gorra azul con la visera corta y brillante y la H dorada hecha con dos anclas, la gorra que rara vez se ponía en público. El viejo no podía mostrarse más reacio a la hora de hacer acto de presencia, pero me empeñé en sobreponerme a sus deseos y lo hice llegar al malecón medio desmoronado del puerto Viejo, cerca de mi sitio. Le obligué a tomar asiento con firmeza sobre una pila de piedrecillas de balasto y le hice apoyar ambas manos sobre la empuñadura de su bastón de narval. Ese bastón hubiera bastado para derribar a un elefante de un solo golpe.

-He de encontrar algo que de veras deteste. Lamentarse y comprender... Eso son paparruchas propias de mi padre. Lo que necesito es un odio entero y verdadero, algo que me alivie este acaloramiento.

La memoria es fértil. Basta empezar por un pequeño detalle, que de inmediato se pone en marcha y entonces puede avanzar o retroceder como una película.

El viejo Capitán hizo un gesto. Señaló algo con su bastón.

-Fíjate en la tercera roca del rompeolas -dijo-. ¿La tienes? Ahora, traza una línea entre esa roca y el salilente de Porty Point cuando la marea está alta. ¿La ves? Bien, pues a medio cable de distancia, sobre esa línea, es donde está hundido o donde descansa al menos su quilla.

-¿Qué distancia mide medio cable, señor?

-¿Qué distancia? Pues un centenar de brazas, claro está. Estaba anclado para bornear cuando cambiase la marea. Dos años de mala suerte. La mitad de los barriles de aceite estaban vacíos. Yo estaba en la orilla cuando vi declararse el incendio, era más o menos a medianoche. Cuando prendió el aceite, alumbró la ciudad entera como si fuera de día, y las llamaradas se propagaron con el aceite derramado sobre el mar al menos hasta Osprey Point. Fue imposible remolcarlo hasta la orilla por temor a que se incendiaran los muelles. Se quemó toda la obra muerta en poco más de una hora. La quilla y la falsa quilla siguen allí enterradas. Y seguro que en óptimas condiciones. Eran de roble virgen de Shelter Island. Y lo mismo los imbornales y la cuadernas.

-¿Cómo se declaró el incendio?

-Yo nunca creí que se declarase. Yo estaba en tierra.

-¿A quién podía interesar que le prendieran fuego?

-Pues a los armadores, por supuesto.

-Usted era uno de los propietarios.

-Sólo al cincuenta por ciento. Yo no hubiera podido pegarle fuego a un barco. Me gustaría ver cómo está todo ese maderamen sumergido.

-Ahora ya se puede largar, Capitán. Quiero decir, señor.

-Poca cosa para sacar chispas de tu odio.

-Menos da una piedra. Sacaré a flote esa quilla... al menos en cuanto tenga dinero para ello. En línea con la tercera roca de Porty Point, con marea alta, a cincuenta brazas. -Yo no estaba durmiendo. Tenía los antebrazos y los puños en tensión, rígidos, prietos contra el estómago, para impedir que el viejo Capitán desapareciera como por ensalmo, pero nada más soltarlo, el sueño se apoderó a de mí.

Cuando el Faraón tenía un sueño, llamaba a los expertos en tales menesteres y estos explicaban cómo eran y cómo había de ser el futuro del reino, y así habían de ser las cosas, porque él era el reino. Cuando algunos hemos soñado, vamos con nuestro sueño a un experto y él nos cuenta cómo son, cómo han de ser las cosas en el país en que habitamos. Yo tuve un sueño que no requería ningún experto que lo interpretase.

Como la mayoría de las gentes de hoy en día, tampoco yo creo en la profecía ni en la magia, y luego me paso la mayor parte del tiempo poniéndolas en práctica.

En primavera, sintiéndose deprimido y solitario, Allen proclamó que era ateo para castigar a Dios y a sus padres. Le dije que no se aventurase más de la cuenta, pues entonces ya no le quedaría margen para hacer ciertas cosas: pasar por debajo de una escalera, escupir al paso de un gato negro, formular algún deseo cada vez que hubiera luna nueva.

Los que más miedo tienen de sus sueños se convencen de que ni siquiera los han tenido. A mí no me resulta nada difícil explicar mis sueños como me corresponde, pero no por eso me resultan menos aterradores.

Me llegó una petición de favor por parte de Danny, ni siquiera sé muy bien cómo. Tenía previsto viajar en avión y quería ciertas cosas de mí, cosas de las que yo mismo debía ocuparme personalmente. Quería un gorro para Mary. Tenía que ser de piel de becerro marrón oscuro, con forro de lana. Tenía que ser de la misma piel que se empleaba en la fabricación de las zapatillas de piel vuelta que yo uso en casa, tenía que ser como una gorra de béisbol con visera larga. También quería un anemómetro, no uno con dos pares de cazoletas de metal que giran sujetas a un eje, sino uno hecho con el cartón fino y duro de las tarjetas postales del gobierno, montado sobre unas varillas de bambú. Y me llamó además para que nos viésemos antes de que marchara. Yo acudí a la cita con el bastón de narval del viejo Capitán. Siempre descansa en el paragüero en forma de pata de elefante que se encuentra en el vestíbulo de casa.

Cuando recibimos ese paragüero en forma de pata de elefante a modo de regalo, miré las grandes uñas de color marfil y avisé a mis hijos:

-Como a uno de vosotros se le ocurra pintar esas uñas, se lleva una tunda de la que no se va a olvidar fácilmente, ¿entendido?

Me obedecieron a pie juntillas, de modo que tuve que ser yo el que las pintase con un esmalte de uñas rojo intenso, perteneciente al tocador donde Mary tiene su harén.

Fui a reunirme con Danny en el Pontiac de Marullo. El aeropuerto resultó ser la nueva oficina de correos de New Baytown. Nada más aparcar, coloqué el bastón de las volutas en el asiento posterior y dos policías de aire malencarado, los dos en un coche patrulla, se plantaron a mi lado y me dijeron:

-En el asiento, ni se le ocurra.

-¿Por qué? ¿Es contrario a la ley?

-Vaya, uno que quiere dárselas de vivales.

-Al contrario. Sólo lo preguntaba.

-Bien, pues ya le he dicho que ni se le ocurra dejarlo en el asiento.

Danny estaba en la trasera de la oficina de correos, clasificando paquetes. Llevaba la gorra de piel vuelta y hacía girar al viento el anemómetro de cartón. Tenía el rostro demacrado y los labios resquebrajados, pero tenía las manos hinchadas como dos bolsas de agua caliente, o como si se las hubiera picoteado un enjambre de avispas.

Se puso en pie para estrecharme la mano, y mi mano derecha quedó envuelta en aquella masa cálida y gomosa. Me depositó algo en la mano, algo pequeño, pesado, frío al tacto, más o menos del tamaño de una llave, aunque no era una llave: era un perfil de metal que se notaba cortante por los filos, pero pulido al mismo tiempo. No sé lo que era porque ni siquiera lo miré; me limité a palparlo. Me aproximé un poco más y le planté un beso en los labios, y en los míos sentí la sequedad y la áspera resquebrajadura de los suyos. Desperté entonces, estremecido y helado. Ya rayaba el

alba. Atisbaba el lago en el cuadro, pero no la vaca que pacía a la orilla, y aún percibía en los labios la sensación de aspereza resquebrajada. Me levanté de inmediato, pues no tuve ningunas ganas de quedarme allí pensando en todo esto. Ni hice café. Me dirigí de inmediato al paragüero de la pata de elefante y vi que ese bastón en forma de estaca maligna seguía en su sitio.

Era la hora en que palpita el amanecer. Hacía un calor húmedo, pues la brisa de la mañana aún no había empezado a soplar. La calle estaba gris y plateada, la acera grasienta debido al depósito de la humanidad. El Foremaster aún no estaba abierto, pero yo tampoco deseaba tomar café. Entré por el callejón y abrí la puerta de atrás; miré al interior y vi la sombrerera de cuero detrás del mostrador. Abrí una lata de café y vacié todo el contenido en el cubo de la basura. Practiqué después dos agujeritos en un tarro de leche condensada y la vacié en la lata de café antes de entornar la puerta y dejar la lata a manera de tope para que no se cerrase. El gato estaba en el callejón, pero no quiso acercarse a la lata hasta que yo no estuviera lejos. Entré en la tienda y desde allí lo vi claramente, el gato gris en la grisura del callejón, lamiendo la leche que le había dejado abierta. Cuando levantó la cabeza vi sus bigotes sucios de leche. Se sentó y se lamió la boca primero, antes de lamerse también las almohadillas de las patas.

Abrí la sombrerera y saqué todos los recibos del sábado, bien sujetos por clips de metal. Del sobre del banco, color manila, saqué treinta billetes de cien y volví a colocar en su sitio los otros veinte. Esos tres mil dólares iban a ser mi colchón de seguridad hasta que la economía de la tienda flotase por sí sola. Los otros dos mil, de Mary, volvería a ingresarlos en su cuenta y, en cuanto pudiera hacerlo con un mínimo de seguridad, devolvería asimismo los tres mil. Esos treinta billetes me los guardé en mi billetera nueva, lo cual me produjo un bulto considerable en el bolsillo trasero. Después traje cajas y cajones de la trastienda, los abrí y empecé a reponer los esquilmados estantes a la vez que tomaba nota en una tira de papel de todos los artículos que debía encargar. Apilé las cajas vacías en el callejón para que se las llevara a su debido tiempo el camión de la basura, y volví a llenar la lata con algo más de leche, aunque el gato ya no volvió. Me imagino que había bebido lo suficiente, o que sólo le agradaba lo que pudiera robar.

Debe de ser que algunos años son completamente distintos a otros, tan distintos por el clima y la orientación, por el humor reinante, como puede serlo un día de cualquier otro. Este año de 1960 fue un año de transformaciones, un año en el que salieron a relucir no pocos temores secretos; un año en el que la desazón deja su estado latente y se torna poco a poco cólera manifiesta. No fue algo que sucediera sólo en mi interior, ni sólo en New Baytown. Pronto se darían a conocer los nombres de los candidatos a la presidencia, y la desazón, el malestar reinantes en el ambiente iban tornándose cólera, así como las emociones que la cólera trae aparejadas. Y no fue algo que sucediera única y exclusivamente en el país; no, es que en el mundo entero comenzaba a agitarse la inquietud, la intranquilidad debidas a esa desazón que se trueca de pronto en cólera, a esa cólera que trata de hallar salida en la acción, cualquier acción que fuera cuando menos violenta: en África, en Cuba, en Sudamérica, en Europa, en Asia y en el Oriente Próximo, donde todas las naciones estaban intranquilas, deseosas de desbocarse como los caballos en el cajón de salida.

Sabía que el martes 5 de julio iba a ser un día bastante más largo que los demás. Llegué a pensar incluso que sabía lo que iba a suceder bastante antes de que sucediera, pero como las cosas sucedieron tal como sucedieron, nunca estaré seguro de que realmente lo supiera.

Creo que sabía que el señor Baker, el de la joya de diecisiete rubíes a prueba de golpes, el que daba la hora puntual como nadie, llegaría a llamar a la puerta de mi tienda una hora antes de que abriese el banco. Lo hizo, de hecho, antes de que yo tuviera tiempo de abrir la tienda. Lo hice pasar y cerré la puerta después.

-Qué espanto -dijo nada más entrar-. No me enteré de nada en el momento, pero he regresado en cuanto tuve noticia.

-¿A qué espanto se refiere, señor?

-¡Al escándalo, por supuesto! Todos esos hombres son amigos míos, son amigos de toda la vida. Es preciso que haga algo.

-Ni siquiera tendrán que someterse a interrogatorio antes de las elecciones. Sólo pesa sobre ellos una acusación que aún está por demostrar.

-Lo sé. ¿No podríamos hacer una declaración jurada de nuestra absoluta creencia en que son inocentes? Creo que incluso podríamos pagar un anuncio en prensa.

-¿En dónde, señor? El próximo número del *Bay Harbor Messenger* no se publica hasta el jueves.

-Pues no lo sé, pero algo hay que hacer. Lo que sea.

-Entiendo.

Todo era sumamente serio. Él casi con toda seguridad sabía que yo estaba al cabo de la calle. Sin embargo, me miraba a los ojos y parecía genuinamente preocupado.

-Todo este ramalazo de locura va a echar a perder las elecciones locales a no ser que hagamos algo. Tenemos que proponer nuevas candidaturas. No nos queda otra elección. Es algo terrible para nuestros amigos de toda la vida, pero ellos serán los primeros en saber que no podemos permitir que los sabihondos nos ganen por la mano, y menos con esta bomba que ahora tienen en su poder.

-¿Por qué no va a hablar con ellos?

-Porque están resentidos, están como locos. Aún no han tenido tiempo para pensar las cosas y serenarse un poco. ¿No ha vuelto Marullo?

-Mandó recado a través de un amigo suyo. Le compré la tienda por tres mil dólares.

-Eso está muy bien. Ha hecho usted un buen negocio. ¿Tiene los papeles en regla, están en su poder?

-Sí.

-Excelente. Si le diera por huir, los billetes están marcados.

-No creo que le dé por huir. Es que quiere marcharse. Está cansado.

-Yo nunca me fié de él. Nunca supe qué se traía entre manos.

-¿Le parecía un malvado, señor?

-Era engañoso, jugaba siempre a dos bandas. Si consigue disponer de sus propiedades, tiene una auténtica fortuna. En cambio, tres mil dólares... Eso es un regalo.

-Me tenía simpatía.

-A la fuerza. ¿Y a quién mandó con el recado? ¿Alguien de la mafia?

-No. A un hombre del gobierno. Ya lo ve: Marullo me tenía confianza.

El señor Baker se estrujó las arrugas de la frente. Un gesto muy poco corriente en él.

-¿Cómo no se me había ocurrido antes? Usted es el hombre indicado. Es de buena familia, es digno de confianza, es dueño de algunas propiedades, es un hombre

de negocios, goza de respeto en la comunidad, no tiene un solo enemigo. Pues claro que sí: usted es el hombre indicado.

-¿Indicado?

-Para el cargo de intendente municipal.

-Pero si sólo soy un hombre de negocios desde el sábado pasado.

-Ya sabe a qué me refiero. Alrededor de usted podríamos congregar caras nuevas y respetables. Caramba: es la manera perfecta.

-¿Pretende que pase de dependiente de una tienda a intendente del ayuntamiento?

-Nadie consideró jamás a un Hawley un simple dependiente de tienda.

-Yo sí. Y Mary igual.

-Pero es que no lo es. Podríamos anunciarlo hoy mismo, antes de que se presenten los demás con su locura.

-Tendría que estudiarlo de cabo a rabo. De la quilla a la cofa, vaya.

-No hay tiempo para eso.

-¿En quién tenía pensado antes de...?

-¿Antes de qué?

-Antes de que el ayuntamiento saltara por los aires. Ya hablaremos después con más calma. El sábado fue un día horroroso. Podría haber vendido hasta la balanza.

-Usted podría sacar un buen partido de este negocio, Ethan. Le aconsejo que lo mejore, lo remoce y lo venda. Dentro de nada será usted una persona demasiado importante para limitarse a atender a los clientes. ¿Hay alguna novedad acerca de Danny?

-De momento, no. Hasta la fecha, nada.

-No debería usted haberle prestado aquel dinero.

-Puede ser que no, pero creí que estaba haciendo una obra de caridad.

-Pues claro que lo hizo, claro que sí.

-Señor Baker, señor... ¿Qué le sucedió al *Belle-Adair?*

-¿Cómo que qué sucedió? Pues que se incendió hasta la obra muerta.

-Ya, en plena bahía, pero... ¿cómo empezó el incendio?

-Tiene gracia que lo pregunte en este momento. Yo no sé más que lo que oí contar en su día. Yo era un crío, ni siquiera me acuerdo bien. Aquellos viejos barcos se impregnaban de aceite. Supongo que a algún marino se le cayó una cerilla encendida. Su abuelo era el capitán. Creo recordar que estaba en tierra en aquellos momentos. Acababan de arribar a puerto.

-Mala travesía.

-Eso tengo entendido.

-¿Hubo problemas a la hora de cobrar el seguro?

-Siempre mandan sus peritos para investigar. No; que yo recuerde, llevó algún tiempo, pero al final se percibió íntegra la suma del seguro. Cobramos por igual los Hawley y los Baker.

-Mi abuelo estaba convencido de que el incendio fue provocado.

-¿Y por qué, por amor de Dios?

-Para percibir ese dinero. La industria ballenera estaba en las últimas.

-Nunca le oí decir tal cosa.

-¿De veras que nunca se lo oyó decir?

-Ethan, ¿adónde se propone llegar? ¿Por qué saca ahora a relucir algo que sucedió hace tantísimo tiempo?

-Pegarle fuego a un barco es algo horroroso. Es un delito. Algún día de estos pienso sacar la quilla a flote.

-¿La quilla?

-Sé exactamente dónde está. Está a medio cable de la orilla.

-¿Y por qué iba a hacer usted algo semejante?

-Me gustaría saber si el roble está en buenas condiciones. Era roble virgen de Shelter Island. Si la quilla está viva, ese maderamen no estará podrido. En fin, mejor será que se vaya si ha de proceder a la bendición de apertura de la caja. Y también yo he de proceder a la apertura de la tienda.

Se puso en marcha su ruedecita de equilibrio y salió *tic-taqueando* camino del banco.

Ahora creo que también me esperaba una nueva visita de Biggers. El pobre tipo debió de pasarse la mayor parte del tiempo a la espera, en alguna parte, no muy lejos, bullendo de rabia, hasta que el señor Baker por fin decidió largarse.

-Espero que no me vaya a saltar al cuello.

-¿Por qué iba a hacer una cosa así?

-Comprendo que esté de mal humor. Tal vez no me porté... de un modo muy diplomático.

-Pues tal vez sea eso.

-¿Ha pensado en mi oferta?

-Sí.

-¿Y qué opinión le merece?

-Pues que un seis por ciento no estaría mal del todo.

-No estoy seguro de que en BB&D estén de acuerdo con esa subida.

-Entonces, habrá que dejarlo en sus manos.

-Tal vez estuvieran dispuestos a llegar a un cinco y medio.

-Y entonces usted podría estirarse para cubrir el otro medio punto.

-Caramba, hombre. Pensé que era usted un hombre campechano. Pero veo que no tiene piedad con nadie.

-O lo toma o lo deja.

-Bien, ¿y de qué volumen de compras estamos hablando?

-Ahí, al lado de la caja registradora, tiene una lista de compras sólo parcial, sin terminar.

Estudió la hoja de papel de envolver.

-Pues me parece que estoy prendido. Hermano, le garantizo que esto me va a costar Dios y ayuda. ¿Podría enviarme hoy mismo el pedido completo?

-Mañana sería mejor, y sería más grande.

-¿Quiere decir que está dispuesto a traspasarnos la totalidad de la cuenta?

-Si se porta usted como es debido...

-Hermano, debe de tener usted al jefe bien sujeto por el cuello. ¿De veras será capaz de hacerlo así?

-Habrá que verlo.

-Bueno, en tal caso a lo mejor puedo tener una vía de entrada con la amiga del viajante. Hermano, debe de ser usted frío como una anguila. Le aseguro que esa mujer está como para chuparse los dedos.

-Es que es amiga de mi esposa.

-¡Ah! ¡Ah, entiendo! Ahora me doy cuenta. Cuando las cosas quedan demasiado cerca de casa, suele ser mal asunto. Es usted un tipo listo. De no haberlo

sabido antes, ahora estoy sobre aviso. Seis por ciento. ¡Dios del Cielo! Mañana por la mañana, sin falta.

-Tal vez esta tarde, a última hora, si me sobra algo de tiempo.

-Que sea mañana por la mañana.

Los sábados, los clientes llegaban a espuertas. Este martes, el ritmo era completamente distinto. Todo el mundo se tomaba su tiempo. Todos andaban con ganas de charlar sobre el escándalo, de comentar que era una verdadera pena, un espanto, una desgracia, lo peor, a la vez que disfrutaban comentándolo. Demasiado tiempo habíamos pasado sin vivir un escándalo, y menos de semejantes proporciones. Nadie hizo el menor comentario sobre la Convención Nacional del Partido Demócrata que estaba a punto de celebrarse en Los Ángeles. Nadie, ni una sola vez. Desde luego, New Baytown era una ciudad de raigambre republicana, pero creo que lo que más interesaba al público en general era lo que les tocaba más de cerca. Conocíamos bien a esos hombres sobre cuyas tumbas estábamos a punto de ponernos a bailar.

El jefe Stonewall Jackson apareció por la tienda a mediodía. Traía un aire cansino y entristecido.

Puse la lata de aceite sobre el mostrador y saqué el viejo revólver, pescándolo por el gatillo con un alambre.

-Aquí tiene la prueba, Jefe. Llévesela, ¿quiere? Me pone nervioso tenerla aquí.

-Bueno, pues limpíela un poco, ¿quiere? ¡Fíjese en eso! Es lo que antes se llamaba una pistola de dos dólares, una Iver Johnson con cierre de seguridad superior. ¿No tiene a nadie que se pueda cuidar un rato de la tienda?

-No.

-¿YMarullo?

-Ha salido de la ciudad.

-Pues me temo que va a tener que cerrar el negocio al menos un buen rato.

-¿De qué se trata, Jefe?

-Es que el chico de Charlie Pryor se ha escapado de casa esta mañana. ¿Tiene algún refresco que ofrecerme?

-Claro. De naranja, de vainilla, de limón. O una coca-cola.

-Déme un seven-up. Charley es un tipo muy gracioso. Su hijo, Tom, tiene ocho años. Se ha hecho a la idea de que el mundo entero está en contra de él y ha pensado en darse a la fuga para dedicarse a la piratería. Cualquiera que tuviera dos dedos de frente le daría una buena tunda en el trasero, pero Charley no es de esos. ¿No me va a abrir el refresco?

-Disculpe. Ahí lo tiene. Pero... ¿qué tiene que ver Charley conmigo? Me resulta simpático, claro, pero...

-Bueno, es que Charley no suele hacer las cosas como todo el mundo. Cree que la mejor manera de curar a Tom consiste en llevarle la corriente. Después del desayuno cargaron un buen saco de dormir y se llevaron un buen almuerzo. Tom quiere hacerse con una espada japonesa por si acaso tiene que protegerse, pero le pesa tanto que al final se ha conformado con una bayoneta. Charley lo cargó todo en el coche y se lo llevó fuera de la ciudad para darle una cierta ventaja a la hora de empezar. Lo dejó en las cercanía del prado de los Taylor, ya sabe usted, donde estaba la vieja casa de los Taylor, ¿recuerda? Eso sucedió a eso de las nueve de la mañana. Charley se quedó un rato contemplando al chico. Lo primero que hizo fue sentarse y se zampó seis sandwiches y dos huevos duros. Acto seguido se puso en camino a través del prado, con la mochila al hombro y la bayoneta calada, y Charley regresó a casa.

Supe perfectamente qué iba a decirme a continuación. Lo supe como si ya me lo hubiera dicho. Oírselo decir fue casi, por fin, un alivio.

-A eso de las once salió llorando al camino y consiguió que alguien lo llevara a su casa.

-Creo que el resto me lo puedo imaginar, Stoney. ¿Se trata de Danny?

-Mucho me temo que sí. En el sótano de la casa vieja, en algún agujero. Una caja de botellas de whisky, no más de dos vacías. Y un frasco de somníferos. Siento mucho tener que pedírselo, Eth. Lleva bastante tiempo ahí, y algo le ha pasado en la cara. Me imagino que los gatos, no estoy seguro. ¿Recuerda que tuviera alguna cicatriz?

-Jefe, no tengo ningunas ganas de identificar el cadáver.

-¿Y a quién le apetecería una cosa así? Dígame: ¿tenía cicatrices ?

-Recuerdo que tenía un tajo de alambre de espino por encima de la rodilla, en la pierna izquierda, y también... también... -me remangué- un corazón tatuado como éste. Nos lo hicimos juntos cuando éramos dos crios. Nos los hicimos con una cuchilla de afeitar, luego nos los embadurnamos con tinta china. Sigue viéndose con toda claridad, ¿no cree?

-En fin, puede que sirva de algo. ¿Alguna cosa más?

-Sí. Una cicatriz grande por debajo del brazo izquierdo. Le tuvieron que extraer un buen trozo de costilla. Tuvo pleuresía antes de que se descubriesen los nuevos fármacos, y fue preciso que se le practicase un drenaje.

-Desde luego, si le amputaron un trozo de costilla, con eso será suficiente. Ni siquiera tendré que volver a verlo yo en persona. Que el forense se ponga en marcha. Eso sí, usted tendrá que prestar juramento para certificar lo de las cicatrices. Si es que se trata de él, claro.

-Como quiera. Pero no me obligue a mirarlo, Stoney. Era... Lo sabe usted de sobra, era mi amigo.

-Como quiera, Eth. Lo entiendo. Oiga, ¿hay algo de cierto en lo que he oído decir acerca de que se presenta usted como candidato a intendente del municipio?

-Para mí es una novedad. Jefe. ¿Le importaría quedarse aquí dos minutos?

-Es que debo marcharme.

-Serán sólo dos minutos. El tiempo justo para cruzar la calle y tomarme una copa.

-Ah, claro. Lo entiendo. Adelante, vaya. He de llevarme bien con el futuro intendente municipal.

Me tome una copa a palo seco y una pinta que me llevé mediada de regreso a la tienda. Cuando se marchó Stoney, puse en un letrero «estoy de vuelta a eso de las dos», lo colgué de la puerta de entrada y eché la persiana.

Me senté sobre la sombrerera, detrás del mostrador, envuelto por la verdes, tenues tinieblas de mi tienda.

20

A las tres menos diez salí por la puerta de atrás y, dando la vuelta a la esquina, entré al banco por la puerta principal. Morph, que seguía en su jaula de barrotes de

bronce, registró el depósito en metálico y los cheques, así como el sobre de papel manila y los resguardos del depósito. Extendió los talonarios con la mano en forma de Y, los dedos muy separados, y anotó una serie de cifras inclinadas y diminutas, con una plumilla de acero que susurraba al rascar el papel. Al hacerme devolución de los talonarios, me miró con ojos velados por la cautela.

-No pienso hablar de este asunto, Eth. No creo que sea buena idea. Sé que era amigo suyo.

-Se lo agradezco.

-Si se marcha enseguida, tal vez se ahorre un encuentro con el Cerebro.

No obstante, no lo conseguí. Por lo que se me alcanzó a saber en ese momento, fue como si Morph hubiera enviado una señal. La puerta de cristal esmerilado se abrió en ese instante y el señor Baker, elegante, enjuto, gris, me saludó con voz aterciopelada.

-Ethan, ¿tendría la bondad de dedicarme un minuto?

De nada hubiera servido aplazarlo. Entré en su escarchado cubículo y cerró la puerta con tal suavidad que ni siquiera oí el chasquido del cerrojo. Tenía el escritorio cubierto con un cristal, debajo del cual se veían listas de números escritos a máquina. Junto a su silla de alto respaldo, para dejar constancia del escalafón, había otras dos para las visitas o los clientes. Al lado de la vaca, parecían dos terneros lechales. No eran incómodas, pero sí ostentosamente más bajas que la principal. Cuando tomé asiento, tuve que levantar los ojos para mirar a la cara al señor Baker, lo cual me puso en la posición del suplicante.

-Es una pena.

-Ya lo creo.

-Pero no me parece de recibo que se sienta usted culpable por lo ocurrido. Lo más probable es que de un modo u otro hubiera ocurrido tarde o temprano.

-Puede ser.

-Estoy seguro de que tiene la conciencia tranquila, de que ha obrado como debía.

-Creí que tal vez le quedase una oportunidad.

-Es natural que lo creyera.

El odio iba subiéndome por la garganta como un regusto amarillo, más nauseabundo que enfurecido.

-Aparte de la tragedia humana, aparte de la futileza de la misma, se plantea otra cuestión que no es fácil de resolver. ¿Sabe usted si tenía familiares?

-Lo dudo.

-Pues todo el que tiene algún dinero tiene parentela.

-Él no tenía dinero.

-Tenía el prado de los Taylor, y lo tenía libre de cargas.

-¿De veras? En fin, una pradera y un agujero que fue un sótano en su día...

-Ethan, ya le dije en su día que habíamos planeado la construcción de un aeropuerto que prestaría servicio a toda la región. Ese prado es llano por completo. Si no lo podemos emplear a tal fin, nos va a costar muchos cientos de millones nivelar un trecho semejante en las colinas. Ahora, aunque no haya dejado herederos, todo tendrá que pasar por manos de los tribunales. Puede que nos cueste muchos meses sacar algo en claro.

-Entiendo.

Su enojo asomó por las fisuras.

-¡Pues no estoy yo tan seguro de que lo entienda! Con todas sus buenas intenciones, lo ha mandado todo al quinto infierno. Algunas veces, Ethan, debo decirle que un hombre cargado de buenas intenciones es de lejos lo más peligroso que hay en este mundo.

-Quizás tenga razón. Creo que tengo que volver urgentemente a atender a los clientes de la tienda.

-Ahora le pertenece a usted.

-Sí, así es. Lo que sucede es que no me acostumbro. Se me suele olvidar.

-Desde luego que se le olvida. El dinero que usted le dio era dinero de Mary. Ella no volverá a recuperar ni un centavo de ese dinero. Lo ha tirado usted a la basura.

-Danny le tenía un gran cariño a mi Mary. En todo momento supo que el dinero era de ella.

-Pues de gran cosa le va a servir a su Mary.

-Me pareció que él quiso hacer una broma. Me dio todo esto. -Saqué los dos pedazos de papel rayado de mi bolsillo interior, en donde me los había guardado, a sabiendas de que en un momento u otro tendría que sacarlos a relucir exactamente de ese modo.

El señor Baker los enderezó y los alisó sobre la superficie acristalada de su mesa. Mientras los leía, detrás de su oreja derecha comenzó a palpitarle un músculo de tal modo que la oreja entera se le movía de delante atrás. Volvió a revisarlos a fondo, en busca de alguna falla.

Cuando el muy hijo de perra me miró a la cara, el miedo le brotaba a espuertas por todos los poros. Miraba de repente a alguien a quien no había visto en su vida. Le hizo falta un momento para habituarse al desconocido, pero no se le dio mal del todo. Se recompuso.

-¿Qué precio es que el que pide?

-El cincuenta y uno por ciento.

-¿De qué?

-Del total de acciones de la compañía, sociedad o lo que sea.

-Eso es ridículo.

-Es usted quien aspira a construir un aeropuerto. Yo poseo el único terreno disponible.

Se limpió las gafas con un pañuelo de papel y se las volvió a calzar. Pero no me miró. Trazó con la mirada un círculo a mi alrededor y me dejó fuera del mismo.

-¿Sabía usted lo que estaba haciendo, Ethan? -preguntó por fin.

-Sí.

-¿Y le parece que es lo indicado?

-Creo que me siento exactamente igual que el hombre que le llevó una botella de whisky a cambio de que firmase un papel.

-¿Él le dijo eso?

-Sí.

-Pues le mintió.

-Él mismo me dijo que estaba mintiendo. Me lo advirtió con todas las letras. Puede que en esos documentos haya una trampa. Puede que no estén en regla.

Se los retiré elegantemente de delante y doblé las dos hojas emborronadas de lápiz.

-Aquí hay algo raro, Ethan. Esos documentos no tienen falla, llevan la fecha correspondiente, están claros como el agua. ¿Quién sabe? Es posible que lo odiase a usted. Es posible que su truco fuese tramar la desintegración de un hombre.

-Señor Baker, en mi familia no hay una sola persona que jamás haya pegado fuego a un barco.

-Ya hablaremos, Ethan. Ya habrá ocasión de hacer negocios. Y de ganar un buen dinero. En las colinas, en torno al prado, ha de crecer una colonia de casas de veraneo. Supongo que ahora no te va a quedar más remedio que ser el intendente municipal.

-No puedo, señor. Eso me supondría un conflicto de intereses. Hay personas que en estos mismos instantes lo están descubriendo con gran dolor de corazón.

Suspiró. Fue el suyo un suspiro lleno de cautela, como si temiera que algo despertase en su garganta.

Me puse en pie y apoyé una mano sobre el respaldo de cuero de la silla del suplicante.

-Señor, se sentirá usted mucho mejor cuando se termine de acostumbrar al hecho de que yo no soy un imbécil precisamente fácil de contentar.

-¿Por qué no quiso confiar en mí?

-Es peligroso tener cómplices.

-Entonces, será que tiene usted la sensación de haber cometido un delito que puede traerle consecuencias nefastas.

-No. Delito es lo que cometen los demás. Yo lo que hago es abrir la tienda, por más que sea mi propia tienda.

Tenía ya la mano en el pomo de la puerta cuando me hizo una pregunta como si tal cosa:

-¿Quién delató a Marullo?

-Mucho me temo que fue usted, señor.

Hizo ademán de ponerse en pie de un brinco, pero cerré la puerta nada más salir y me volví como si tal cosa a la tienda.

21

No hay en el mundo entero nadie como mi Mary que sea capaz de improvisar una fiesta o de ponerse a la altura de una celebración. Lo que la hace resplandecer como una joya no es tanto lo que aporta, sino más bien lo que recibe. Le brillan los ojos, se acentúan sus labios sonrientes, su risa rápida presta robustez a una broma más bien desmañada. Con Mary a la puerta de una fiesta, todo el mundo se siente más atractivo, mas inteligente de lo que es y, por consiguiente, se torna de hecho más atractivo. Más allá de eso, Mary no tiene por qué hacer otra cosa, y de hecho no lo hace.

Cuando llegué a casa, toda la mansión de los Hawley resplandecía de celebraciones. Las banderitas de colores estaban colgadas en forma de doseles, desde la lámpara del centro a las molduras del techo. De la balaustrada de la escalera pendían hileras de banderitas de plástico multicolores.

-No te lo vas a creer -exclamó Mary-. Ellen las consiguió en la estación de servicio Esso. Se las prestó George Sandow.

-¿Y de qué se trata todo esto?

-Precisamente de todo. De lo glorioso que es.

No sé si estaba enterada de lo de Danny Taylor o si, una vez enterada, prefirió descartarlo de sus pensamientos. Yo desde luego no le invité al festejo, pero él deambulaba por los alrededores. Supe que tendría que salir más tarde a recibirlo, pero por el momento no le invité a entrar.

-Cualquiera diría que ha sido Ellen la premiada con una mención de honor -dijo Mary-. Está más orgullosa que si fuera ella la celebridad homenajeada. Fíjate qué tarta ha preparado ella sola.

Era una tarta blanca y gruesa; en verde, amarillo y azul, había escrito la palabra HÉROE.

-Vamos a comer pollo asado con salsa y menudillos con puré de patata, aunque estemos en verano.

-Bien, cariño, muy bien. ¿Y dónde está el joven famoso?

-También él está irreconocible. Se está dando un baño y cambiándose para la cena.

-Es un día de portentos, sibila. En alguna parte encontrarás una muía que ha parido y un nuevo cometa en el cielo. Un baño antes de la cena. ¡Quién lo hubiera dicho!

-Pensé que también a ti te gustaría cambiarte de ropa. Tengo una botella de vino, y pensé que a lo mejor te apetece hacer un discurso o algo así, aunque sea una fiesta puramente familiar.

Era como si hubiera llenado la casa de gente deseosa de estar en la fiesta.

De pronto me vi subiendo los peldaños de la escalera de dos en dos para darme un baño y participar en la fiesta.

Al pasar por delante de la puerta del cuarto de Allen, llamé con los nudillos, oí un gruñido y entré.

Me lo encontré de pie ante el espejo, con un espejo de mano para poder verse de perfil. Con algo oscuro, tal vez el rímel de Mary, se había pintado un estrecho bigotillo, se había oscurecido las cejas y había modificado su trazo, de manera que le daban un aire satánico. Sonreía con todo su encanto mundano, cínico, mirándose al espejo cuando entré. Y llevaba mi pajarita de lunares azules. No pareció avergonzarse de que lo hubiera sorprendido de semejante forma.

-Estoy ensayando para perfeccionar mi actuación -dijo, y bajó el espejo de mano.

-Hijo, creo que con tantas emociones no te he dicho lo que siento. Estoy orgullosísimo.

-Bueno, esto no es más que el principio.

-Con toda sinceridad, no pensé que fueras tan buen escritor como el mismísimo Presidente. Es tanta mi sorpresa como mi contento. ¿Cuándo vas a leer tu redacción ante el mundo entero?

-El domingo a las cuatro y media, en transmisión directa para la nación entera. Tendré que viajar a Nueva York. Me han encontrado plaza en un vuelo especial.

-¿Y lo has ensayado todo bien?

-Oh, seguro que me sale bien. Esto no es más que el principio.

-Caramba, pues más bien parece un gran salto. Formar parte de un grupo de cinco en todo el país no es moco de pavo.

-En transmisión directa para la nación entera -insistió. Comenzó a limpiarse el bigote con una bola de algodón; vi con asombro que además tenía un juego completo de maquillaje, con sombra de ojos, pintura, crema de base...

-Nos ha ocurrido todo de repente. ¿Te has enterado de que he comprado la tienda?

-Sí, ya me lo han dicho.

-Pues cuando terminen los festejos y los oropeles, voy a necesitar tu ayuda.

-¿Qué quieres decir?

-Ya te lo dije antes: necesitaré que me eches una mano en la tienda.

-No, no creo que pueda -dijo sin dejar de mirarse en el espejo, esta vez la dentadura en el espejo de mano.

-¿Que no vas a poder? ¿Y por qué?

-Tengo que hacer un par de intervenciones como invitado, y luego participar en ¿A qué me dedico?» y en «El invitado misterioso». Luego habrá otro concurso de preguntas y respuestas que se titula «Acertijos para adolescentes». A este paso, puede que llegue incluso a maestro de ceremonias, así que ya lo ves, no creo que vaya a tener tiempo para eso.

Se extendió una sustancia pegajosa en la cabeza, apretando un bote como de pasta de dientes.

-Así que tienes planeada al detalle tu carrera, ¿no es eso?

-No es más que el comienzo, ya te lo he dicho.

-Esta noche no quiero dejar sueltos mis perros de presa, ni menos aún entablar una guerra contigo. Pero ya tendremos tiempo de hablar tú y yo.

-Hay un tipo de la NBC que te ha llamado varias veces por teléfono. Tal vez sea por algún contrato. Como aún soy menor de edad...

-¿Y has pensado en la escuela, hijo mío?

-¿A quién le hace falta la escuela si tiene un buen contrato?

Salí de inmediato y cerré la puerta. Ya en el cuarto de baño dejé correr el agua fría y me refresqué de arriba abajo, para que el frío me penetrase en la piel y me ayudara a dominar la furia que me embargaba. Cuando salí, limpio y reluciente, oliendo al perfume de Mary, había recuperado el dominio de mí mismo. En cuestión de momentos, antes de la cena, Ellen se sentó en el brazo de mi sillón y se dejó caer luego en mi regazo y me rodeó con ambos brazos por el cuello.

-Te quiero muchísimo -dijo-. ¿No es emocionante? ¿No es Allen una maravilla? Es como si hubiera nacido justamente para eso.

Y pensar que ésa era la criatura que yo consideraba poco antes egoísta y bastante mezquina...

Antes de la tarta hice un brindis por el joven héroe y le deseé la mejor suerte del mundo.

-«Ya el invierno de mi desazón -terminé diciendo- se ha vuelto radiante verano gracias a este sol de York.»

-Eso es de Shakespeare -dijo Ellen.

-Pues sí, cielito, pero ¿de qué drama teatral está tomado? ¿Quién lo dice? ¿En qué parte?

-Eso sí que no lo sé -dijo Allen-. Eso es para los empollones.

Ayudé a recoger los platos y a poner orden en la cocina. Mary aún consideraba intacto todo su resplandor.

-Tú no te preocupes -me dijo-. Seguro que tarde o temprano encuentra su camino. Todo saldrá bien. Por favor te pido que tengas paciencia con él.

-Tendré toda la paciencia del mundo, mi sagrado pichón.

-Ha llamado un hombre de Nueva York unas cuantas veces. Supongo que se trata de algo relacionado con Allen. ¿No te parece apasionante que vayan a enviarlo en

un avión especial? Además, no consigo acostumbrarme a que tú seas el dueño de la tienda. Por otra parte, ya lo sé: en toda la ciudad se comenta que tú vas a ser el próximo intendente municipal.

-No es cierto.

-Pues yo lo he oído decir al menos media docena de veces.

-Tengo un negocio entre manos, y eso me lo pone imposible. Cariño, tengo que salir un rato. No tardaré, pero tengo una reunión.

-Tal vez termine por desear que vuelvas a ser un simple dependiente. Antes, por lo menos pasabas las noches en casa. ¿Qué le digo a ese hombre si vuelve a llamar?

-Que espere.

-No quiso esperar. ¿Llegarás tarde?

-No lo sé con certeza. Depende de cómo vayan las cosas.

-Qué triste lo de Danny Taylor, ¿verdad? Llévate la gabardina.

-Desde luego que ha sido una pena.

En el vestíbulo, me puse el sombrero y, siguiendo un impulso, tomé el viejo bastón del capitán, que descansaba en el paragüero en forma de pata de elefante. Ellen se materializó a mi lado.

-¿Puedo ir contigo?

-Esta noche no.

-Es que te quiero tanto...

La miré a los ojos largo y tendido.

-Yo también te quiero mucho -le dije-. Te traeré algunas joyas. ¿Cuáles prefieres?

Se le escapó una risita.

-¿Vas a salir con el bastón?

-Sí, por si acaso he de protegerme. -Sostuve la pieza de marfil en espiral como si fuese un sable.

-¿Vas a tardar mucho en volver?

-No, no mucho.

-Ahora en serio: ¿por qué te llevas el bastón?

-Por pura decoración, por hacerme ver, por ganas de amenazar, de imponer el temor debido. Debe de ser un vestigio de la necesidad de llevar armas.

-Te estaré esperando despierta. ¿Puedo sostener esa cosa rosácea?

-No, ni mucho menos, mi florecilla del estiércol. ¿Cosa rosácea? ¿Te refieres al talismán? Pues claro que puedes.

-¿Qué es un talismán?

-Míralo en el diccionario. ¿Sabes cómo se deletrea?

-T-a-1-e-s-m-á-n.

-No, t-a-1-i-s-m-á-n.

-¿Y por qué no me cuentas tú lo que es?

-Lo aprenderás mejor si eres tú quien lo busca, lo encuentra, lo lee y lo asimila.

Me estrechó entre sus brazos con fuerza y, enseguida, me soltó.

Me envolvió de pronto la noche, espesa y húmeda. El aire tenía la densidad de un buen caldo de gallina. De las farolas escondidas entre las espesas copas de los olmos que jalonaban Elm Street emanaban húmedos, peludos halos de mojadura.

Un hombre que tiene un trabajo ve muy poca cosa del mundo normal a la luz diurna. No es de extrañar que todas sus noticias e incluso sus actitudes las reciba de su mujer. Es ella quien sabe lo que ha sucedido, quién ha dicho qué y respecto de quién, pero todo ello se tamiza a través del cedazo de su feminidad, en razón de todo lo cual

la mayoría de los hombres que tienen un trabajo ven el mundo, a la luz diurna, con los ojos de las mujeres. Sin embargo, de noche, cuando cierra su negocio o termina su jornada laboral, al menos durante un rato surge el mundo del hombre.

Me resultó grato el tacto del bastón de marfil en la mano, la pesada empuñadura de plata pulida tras años de uso por la palma de la mano del viejo Capitán.

Una vez, hace de esto ya mucho tiempo, cuando vivía en un mundo diurno, un mundo en el que casi todo se me hacía muy difícil de sobrellevar, hubiera terminado con los huesos por tierra. Hubiera terminado boca abajo sobre la hierba, pegado a las briznas más largas. Me hubiera hecho uno con las hormigas, los afidios y las cochinillas, sin ser ya un coloso. Y en una feroz jungla de hierba encontré esa distracción que significa en el fondo la paz.

Ahora, en plena noche, tuve ganas de visitar el Puerto Viejo y el sitio, donde un mundo ineluctable de ciclos de vida y de tiempo y de mareas incesantes podría alisar todas mis asperezas.

Eché a caminar a paso vivo por High Street, y sólo miré de reojo mi tienda, con las persianas bajadas, al pasar por delante del Foremaster. Delante de la central de bomberos, Willie *el Gordo* estaba sentado al volante de su coche patrulla, con la cara colorada, sudando como un cerdo.

-¿Qué andas, Eth? ¿Otra vez de ronda?

-Pues sí.

-No sabes cuánto siento lo de Danny Taylor. Era un buen tipo.

-Una verdadera pena -dije, y apreté el paso.

Pasaban espaciados unos cuantos coches que dejaban a su paso una brisa leve, pero no había peatones. Nadie tenía ganas de arriesgarse a sudar la gota gorda.

Doblé al llegar al monumento para enfilar hacia el Puerto Viejo y vi las luces de anclaje de algunos yates y embarcaciones de recreo que faenaban cerca de la costa. Vi entonces una silueta que salía por Porlock Street y avanzaba hacia mí. Por su manera de caminar, por su porte, comprendí que era Margie Young-Hunt.

Se detuvo ante mí sin darme la menor posibilidad de pasar de largo. Hay mujeres que saben parecer la frescura misma, hecha carne, por calurosa que sea la noche. Tal vez se debiera al leve movimiento, a la brisa de su falda de algodón.

-Supongo que me estarás buscando -dijo. Se arregló un mechón de cabello que no se le había salido de su sitio.

-¿Por qué lo dices?

Se dio la vuelta y me tomó por el brazo. Con una fina presión de los dedos me apremió a continuar.

-Así soy yo, ésa es la suerte que tengo. Estaba en el Foremaster. Te vi pasar y pensé que tal vez hubieras salido a buscarme, de modo que di la vuelta de la mano para salirte al encuentro.

-¿Y cómo supiste por qué camino iba a tomar?

-No lo sé. Pero lo supe entonces con toda claridad. Escucha a las cigarras... Eso quiere decir que aún ha de apretar el calor y que no soplará ni brizna de viento. Pero no te preocupes, Ethan. Dentro de nada habremos dejado atrás la luz de las farolas. Si quieres, puedes venir a mi casa. Te invito a una copa, a una copa bien fría, un trago largo, y es una mujer larga y llena de calor la que te hace esta invitación.

Dejé que sus dedos me guiaran hacia la sombras de un bosquecillo asilvestrado. A ras de suelo, unas flores amarillas parecían arder en la oscuridad.

-Aquí es donde vivo. Un simple garaje con una cúpula encima, para dar abrigo al placer.

-¿Y por qué estás tan segura de que te estaba buscando?

-O me buscabas a mí o buscabas a alguien como yo. ¿Has visto alguna vez una corrida de toros, Ethan?

-Sí, una vez, en Arles, poco después de la guerra.

-A mi segundo marido le encantaba llevarme a los toros. Le fascinaba la fiesta. Yo creo que las corridas de toros son para los hombres que no andan muy sobrados de valentía, aunque se mueren de ganas de ser valientes. Si vieras una, entenderías perfectamente lo que intento decir. ¿Recuerdas que luego de todo el trabajo del capote el toro trata de embestir contra algo que en realidad no está ahí?

-Sí.

-¿Recuerdas lo confuso que se siente, lo intranquilo que está, los momentos en que a veces se queda parado, como si buscara una respuesta? Bueno, pues es entonces cuando tienen que presentarle a un caballo, pues de lo contrario se le partirá el corazón. Necesita hincar las astas en algo sólido o, si no, su espíritu desfallece. Bien: pues yo soy ese caballo. Y ésa es la clase de hombres que me suele tocar en suerte, hombres confusos, desconcertados. Si consiguen clavarme los cuernos, para ellos ya es un pequeño triunfo. Luego pueden volver a trastear con la *muleta* y la *espada.* (*En castellano en el original)

-¡Margie!

-Aguarda un momento, que estoy buscando la llave. ¿Notas cómo huele la madreselva?

-Pero si es que yo ya he tenido un triunfo.

-¿De veras? ¿Has corneado un capote? ¿Lo has pisoteado?

-¿Cómo lo has sabido?

-Lo que yo sé es cuándo me viene buscando un hombre, o cuándo busca a otra Margie semejante. Cuidado con la escalera, es bastante angosta. Y no te vayas a golpear la cabeza contra el dintel. Aquí está la llave de la luz, ¿lo ves? Una simple cúpula para dar abrigo al placer: luces suaves, olor perfumado a almizcle... ¡Como un mar sin sol!

-Supongo que, a fin de cuentas, es cierto que eres una bruja.

-De sobra sabes que lo soy. Una pobre bruja de una pequeña ciudad lastimera. Siéntate aquí, junto a la ventana. Voy a poner el ventilador. Y luego haré eso que suelen hacer cuando dicen que «voy a cambiarme y a ponerme cómoda». Y enseguida te traigo un quitapenas o algo mejor, algo que te haga saltar la tapa de los sesos.

-¿Dónde has oído eso de quitapenas? Es una curiosa palabra.

-Sabes de sobra dónde la oí.

-¿Llegaste a conocerlo bien?

-Al menos conocí muy bien una parte de él. Esa parte del hombre que la mujer alcanza a conocer. Algunas veces fue la mejor de las partes, pero no siempre es así. Con Danny desde luego que lo fue. Él confiaba en mí.

La habitación era un álbum de recuerdos compuesto con los restos de otras tantas habitaciones. Trozos sueltos, retazos de otras vidas, como si fueran notas a pie de página. El ventilador, junto a la ventana, emitía un tenue susurro.

No tardó en volver, y llegó efectivamente envuelta en una prenda larga, suelta, de color azul, y en una nube de perfume. Al notar su intensidad, me dijo:

-No te apures. Es una colonia que Mary jamás me ha conocido. Ten, toma una copa, una tónica con ginebra. Remojé el hielo con la tónica. El resto es ginebra, nada más. Si agitas el hielo, te parecerá que está bien fresca.

Me lo bebí como si fuera cerveza y noté el calor seco que se me extendía desde los hombros y me bajaba por los brazos, de modo que me ardió la piel.

-Me parece que te estaba haciendo falta -dijo.

-Me parece que sí.

-Te voy a convertir en un toro valiente a más no poder. Te voy a dar tal poder de resistencia como para creer que tienes el triunfo en las manos. Eso es lo que el toro necesita.

Me quedé mirándome las manos, llenas de rasguños y pequeñas tajaduras producidas de tanto abrir y cerrar cajas y cajones, y también mis uñas, que no llevaba demasiado limpias.

Ella empuñó el bastón de marfil tomándolo del sofá donde yo lo había dejado.

-Espero que no te haga falta para compensar tu pasión desfalleciente.

-¿Es que ahora te has convertido en mi enemiga?

-¿Yo, la mejor amiguita de medio New Baytown? ¿Cómo iba a ser tu enemiga?

Permanecí callado tanto tiempo que noté cómo se acrecentaba su inquietud.

-Tómate todo el tiempo que quieras. Tienes toda la vida por delante para contestar a mi pregunta. Voy a traerte otra copa.

Recibí el vaso lleno de sus manos; tenía los labios y la boca entera tan resecos que tuve que dar un buen sorbo antes de poder decir palabra. Y cuando hablé fue como si tuviera una ronquera incurable.

-¿Qué es lo que quieres?

-Podría haberme conformado con el amor.

-¿Amor de un hombre que ama a su mujer?

-¿A Mary? Si ni siquiera la conoces...

-Sé que es tierna, dulce y que está algo desamparada.

-¿Desamparada? Es más dura que una bota de suela reforzada. Seguirá su camino mucho después de que a ti se te caiga a pedazos el motor. Es como una gaviota, que se sirve del viento para planear en lo alto sin siquiera batir las alas.

-Eso no es verdad.

-Si se presenta alguna dificultad de peso, ella saldrá a flote mientras tú te has de quemar como un barco de papel.

-¿Qué es lo que quieres?

-¿Es que no vas a hacerme una sola insinuación? ¿No vas a aliviar el odio de tus entrañas dándole un buen meneo a la buena de Margie?

Dejé el vaso a medio vaciar sobre una mesita y, veloz cual una serpiente, ella lo levantó y colocó un cenicero debajo, amén de secar el cerco de humedad con la mano.

-Margie... Lo que quiero es saber más de ti.

-No me vengas con ésas. Lo que quieres es saber qué me ha parecido tu manera de actuar.

-No puedo imaginarme qué es lo que quieres mientras no sepa cómo eres.

-Ahora me va a parecer que el buen hombre lo dice en serio. Un dólar por tus pensamientos y otro por tus visiones. Vas a pasar a través de Margie Young-Hunt armado de escopeta y de cámara. Pues resulta que yo fui buena de pequeña, una niña lista, una bailarina más bien mediocre. Conocía eso que suelen llamar un hombre ya entrado en años y me casé con él. El no me amaba: sólo estaba enamorado de mí. Te lo sirvo en bandeja de plata, como a mí me lo sirvió cuando apenas era una niña bastante lista. No le gustaba mucho el baile, y te aseguro por lo más sagrado que aún le gustaba menos trabajar. Cuando lo abandoné, se quedó tan sumido en la confusión que ni siquiera incluyó en el convenio de divorcio una cláusula que anulara el pago de mi

pensión en el supuesto de que yo volviera a casarme. Me casé después con otro y le di tal baile que se me murió en un visto y no visto. A lo largo de veinte años, ese cheque no ha dejado de llegarme ni una sola vez el primero de cada mes. Durante veinte años apenas he movido un dedo, salvo para recoger algunos regalos de mis admiradores. Desde luego, no parece que hayan transcurrido veinte años, pero así es. Tampoco soy ya una niña buena.

Entró en la pequeña cocina y trajo tres cubos de hielo en el cuenco de la mano. Los introdujo en su vaso y vertió un generoso chorro de ginebra. El susurro del ventilador trajo consigo el olor de los llanos cercanos a la mar, expuestos con la marea baja.

-Vas a ganar muchísimo dinero, Ethan.

-¿Estás enterada de cómo marcha el trato?

-Algunos de los romanos de más nobleza son un hatajo de arrastrados.

-Adelante, te escucho.

Hizo un gesto con la mano, como si quisiera apartar algo de delante, y el vaso salió volando. Los cubos de hielo chocaron contra la pared como si fueran tres dados.

-Mi amante tuvo un ataque al corazón la semana pasada. En cuanto se enfríe del todo, dejarán de llegar los cheques. Soy vieja, soy perezosa, tengo miedo. Había puesto en ti los ojos para convertirte en mi reserva, pero no me fío de ti. Eres muy capaz de saltarte alegremente las normas. A lo mejor te da por ser honrado. Por eso te lo digo muy en serio: tengo miedo.

Me puse en pie y descubrí que tenía pesadas las piernas, no ya inseguras. Sólo pesadas, como si estuvieran muy lejos de mí.

-¿Qué es lo que te traes entre manos?

-Marullo también era amigo mío.

-Ya entiendo.

-¿No te apetece acostarte conmigo? Eso se me da muy bien. Al menos eso es lo que dicen todos.

-Es que yo no te odio.

-Precisamente por eso no me fío yo de ti.

-Ya trataremos de idear alguna solución. Yo detesto a Baker. A lo mejor puedes pillarlo a él en un renuncio y pasártelo por la piedra.

-Vaya manera de hablar. No te está sentando nada bien esa copa.

-Bebamos por otros tiempos más felices.

-¿Está Baker enterado de lo que le hiciste a Danny?

-Sí.

-¿Y cómo se lo ha tomado?

-Perfectamente. Pero no seré yo el que le vuelva la espalda.

-Alfio sí debiera haberte vuelto la espalda a ti.

-¿Qué quieres decir?

-Sólo lo que intuyo. Pero apostaría cualquier cosa a esa intuición. No te preocupes, que no se lo voy a decir. Marullo es amigo mío.

-Creo que ya lo entiendo. Estás fomentando su odio para poder sacar a relucir la espada. Margie, lo malo es que tu espada es de goma.

-¿Y a ti te parece que yo no lo sé, Eth? Sin embargo, he invertido mi dinero en una corazonada.

-¿Y quieres decírmelo?

-Podría, por qué no. Me juego cualquier cosa a que los Hawley de diez generaciones te van a dar de puntapiés en todo el trasero y te van a correr a gorrazos.

Librodot

Cuando acaben contigo, no te quedará más que la soga mojada y la sal para frotarte las heridas.

-Si así fuera... ¿qué te va a ti en ello?

-Pues que vas a necesitar una amiga con quien charlar, y resulta que yo soy la única del mundo entero que reúne todas las condiciones. Un secreto es algo terriblemente solitario, Ethan. Y tampoco te costará demasiado. Puede que un pequeño porcentaje, poco más.

-Creo que es hora de que me vaya.

-Acábate la copa.

-No me apetece.

-Pues no te des un golpe en la cabeza al bajar la escalera, Ethan.

Estaba a mitad de camino cuando la oí seguirme.

-¿Me dejas el bastón a modo de recuerdo?

-¡Oh, no!

-Pues ten. Me pareció que podía ser una especie de sacrificio.

Había empezado a llover, y de noche, si llueve, las madreselvas exudan un perfume más dulce aún. Tenía tal flojera en las piernas que de veras necesité el bastón de narval.

Willie *el Gordo* tenía en el asiento de al lado un rollo de papel de cocina para secarse el sudor de la frente.

-Me juego lo que quieras a que sé quién es.

-Ganarías seguro.

-Una cosa, Eth. Hay por ahí un tipo que te está buscando. Un tipo con un Chrysler de los grandes, con chofer y todo.

-¿Y qué tripa se le ha roto?

-Ni idea. Sólo me preguntó si te había visto. No le dije ni mu.

-Te has ganado un regalo de Navidad, Willie.

-Oye, Eth. ¿Qué te pasa en los pies?

-Estuve jugando al póquer, y se me han dormido las piernas.

-Sí, suele ocurrir. Si vuelvo a ver a ese tipo, ¿le digo que has vuelto a casa?

-Dile que venga mañana a verme a la tienda.

-Un Chrysler Imperial. Fuerte pedazo de hijo puta, largo como un tren de mercancías.

El bueno de Joey estaba quieto en la acera, delante del Foremaster, con aire de flojera, derrotado por el calor.

-Creí que tenía pensado ir a Nueva York a tomarse algo bien frío.

-Hace demasiado calor. No fui capaz de animarme. Entremos a tomar una copa, Ethan. Me encuentro algo deprimido.

-Hace demasiado calor para tomarse una copa, Morph.

-¿Ni siquiera una cerveza?

-La cerveza aún me acalora más.

-Es la historia de mi vida. Cuando me salen malas cartas... No tengo dónde caerme muerto. No tengo siquiera alguien con quien charlar.

-Debería casarse.

-Eso es como no tener nadie con quién hablar, sólo que por partida doble.

-A lo mejor tiene razón.

-Claro que la tengo, faltaría más. No hay nadie tan solo como un hombre bien casado.

-¿Cómo lo sabe?

-Porque los veo a diario. Ahora mismo tengo a uno delante de mis narices. Me parece que voy a llevar una bolsa de cervezas heladas a casa de Margie Young-Hunt, por si le apeteciera jugar a las amiguitas. Ya sabe que no tiene horario fijo.

-No creo que esté en la ciudad, Morph. Se lo dijo a mi mujer, o al menos me parece recordar que se lo dijo... Que tenía planes de ir a Maine al menos hasta que pase esta ola de calor.

-Maldita sea la muy... En fin, lo que ella pierda lo saldrá ganando el dueño del bar. Le contaré los episodios más tristes de mi vida echada a perder. Él tampoco presta atención. Hasta pronto, Eth. ¡Vaya con Dios! Al menos, así es como lo dicen en México.

El bastón de narval repicaba con ritmo sobre la acera, escandiendo mi pregunta respecto al porqué le dije a Joey lo que le acababa de decir. Ella no estaría con ganas de hablar, y eso echaría el juego a perder. A la fuerza tenía que mantener la anilla fija en su granada de mano. Aún no sé por qué.

Cuando doblé la esquina por Elm Street vi el Chrysler aparcado junto al bordillo, cerca de la vieja mansión de los Hawley. Más parecía un ataúd que un tren de mercancías. Era negro, pero no resplandecía debido a las gotas de lluvia y a la grasa que se levanta de los charcos en las autopistas. Tenía encendidas las luces de posición.

Debía de ser ya muy tarde. No brillaba una sola luz en las casas adormecidas de Elm Street, Estaba empapado, aparte de que debía de haber pisado un charco sin darme cuenta. Los zapatos me hacían un ruido húmedo al caminar.

A través del sucio parabrisas vi a un hombre con gorra de chofer. Me detuve junto al coche monstruoso y llamé con los nudillos a una de las ventanillas, que bajó con un chirrido eléctrico apenas audible. Percibí el ambiente antinatural del aire acondicionado en toda la cara.

-Soy Ethan Hawley. Tengo entendido que me están buscando. -Vi un brillo de dientes en la penumbra, dientes resplandecientes, iluminados por la farola de la calle.

Se abrió la puerta como movida por un resorte propio y bajó un hombre delgado y bien vestido.

-Trabajo para Dunscombe, Brock y Schwin, productores de televisión. Es preciso que hable con usted. -Miró al chofer-. Pero no aquí. ¿Podemos entrar?

-Supongo que sí. Estarán todos dormidos. Si no levanta usted la voz...

Me siguió por la senda de lajas incrustadas en el césped esponjoso. La luz que dejábamos prendida de noche iluminaba el vestíbulo. Nada más entrar, dejé el bastón de narval en el paragüero de la pata de elefante.

Encendí la lámpara de lectura junto a mi sillón de muelles desvencijados.

La casa estaba en calma, aunque se me antojó que reinaba una tranquilidad que no era la de costumbre: una tranquilidad que denotaba nerviosismo. Miré por el hueco de la escalera hacia las puertas de los dormitorios.

-Debe de ser un asunto importante si ha venido a estas horas.

-Desde luego que lo es.

Pude verlo con más claridad. Sus dientes eran sus embajadores, sin que en ello les ayudara el cansancio ni la cautela de sus ojos.

-Queremos que todo esto quede entre nosotros, un asunto privado que no es preciso airear por ahí. Ha sido un mal año, como usted sabrá sin duda. Con el escándalo de los con cursos televisivos amañados y luego el follón de los sobornos y las comisiones del Congreso, se puede usted figurar. Hemos de estar muy atentos a todos los detalles. Corren tiempos peligrosos.

-Ojalá me dijera de qué se trata.

-¿Ha leído usted la redacción de su hijo sobre el tema «Yo amo América» ?

-No, no he tenido ocasión. Él quería darme una sorpresa.

-Pues lo ha logrado con creces. No sé cómo se nos pudo pasar, pero lo cierto es que nos lo tragamos entero. -Me hizo entrega de una carpeta azul-. Lea los trozos subrayados.

Me acomodé en mi sillón y abrí la carpeta. Estaba impresa o al menos mecanografiada con una de esas máquinas de escribir que parecen de imprenta, aunque abundaban gruesas rayas a lápiz en uno y otro margen.

Yo amo América
por
ETHAN ALLEN HAWLEY II

¿Qué es un individuo? Un átomo casi invisible si no se emplea una lente de aumento. Una simple partícula sobre la superficie del universo; comparado con el tiempo inconmensurable de la eternidad, ni siquiera abarca la duración de un segundo. La eternidad carece de principio y de fin, de modo que el individuo es poco más que una mera gota de agua en medio de las grandes profundidades, una gota que se evapora y se la lleva el viento; un grano de arena que pronto ha de reunirse con el polvo del que se formó. ¿Acaso un ser tan insignificante, tan fugaz, tan evanescente, podrá oponerse a la marcha imparable de una gran nación que ha de subsistir durante años y años, prolongarse en el futuro? ¿Podrá oponerse tan poca cosa a esa prolongada línea de la posteridad que surge de nuestras entrañas y que ha de resistir mientras subsista la existencia del mundo? Contemplemos nuestra nación, elevémonos a la dignidad de los patriotas puros y desprendidos, ajenos al egoísmo, y salvemos a la nación de todos los peligros que se avecinan. ¿Qué valemos nosotros, qué vale cualquier hombre, si no está listo, si no está deseoso de sacrificarse por su patria?

Ojeé el resto de las páginas y vi marcas a lápiz negro por todas partes.

-¿Lo reconoce?

-No. Me suena conocido. Parece que estuviera escrito... en el siglo pasado más o menos.

-Así es. Henry Clay. Un discurso de 1850.

-¿Y lo demás? ¿Es todo obra de Clay?

-No. Hay retazos y pasajes tomados de Daniel Webster, otros de Jefferson y, Dios me libre, un párrafo levantado íntegramente del discurso inaugural de la segunda legislatura de Lincoln. No entiendo cómo se nos pudo pasar.por alto. Imagino que fue porque eran millares los concursantes. Gracias a Dios que lo descubrimos a tiempo. Después de todas las complicaciones con los concursos televisivos, después de Van Doren y de todo lo demás...

-Desde luego, no parece el estilo en prosa de un simple muchacho.

-No entiendo cómo ha podido ocurrir. Y hubiera seguido su curso si no hubiéramos recibido la postal.

-¿Qué postal?

-Pues una postal con una imagen del Empire State Building.

-¿Quién la envió?

-Un anónimo.

-¿Desde dónde?

-Llegó con matasellos de Nueva York.

-Permítame que la vea.

-Está a buen recaudo, no sea que se presenten más complicaciones. Pero usted no desea que surjan más complicaciones, ¿verdad?

-¿Qué es lo que pretende exactamente?

-Lo que quiero es que nos olvidemos de todo el asunto. Usted se olvida de su parte y nosotros haremos como si nunca hubiera ocurrido... Si es que está usted de acuerdo.

-No va a ser fácil de olvidar.

-Demontre, lo que quiero decir es que se calle la boca y no diga ni pío. A nadie. No nos plantee más problemas. Ya le digo, éste ha sido un mal año. En plena época de elecciones, cualquiera es capaz de desenterrar lo que sea menester.

Cerré las lujosas tapas de la carpeta azul y luego se la devolví.

-Descuide. No les causaré el menor problema. Asomaron sus dientes como perlas exactamente iguales unas a las otras.

-Lo sabía. Ya se lo dije yo. He investigado sobre usted, y tiene unos antecedentes impecables. Es de buena familia.

-¿Tendrá la bondad de irse?

-Debe saber usted que entiendo muy bien cómo se siente.

-Gracias. También yo me hago cargo de la situación. Lo que podamos tapar será como si nunca hubiera existido.

-No quisiera marcharme dejándolo enojado. Mi trabajo consiste en tender las mejores relaciones con el público. Podríamos pensar alguna otra solución. Una beca o algo así... Algo digno de veras.

-¿Es que el pecado se ha declarado en huelga para pedir un aumento de salario? No, vayase ahora, sin más. Se lo ruego.

-Ya se nos ocurrirá alguna cosa.

-Seguro que sí.

Le acompañé hasta la puerta y volví a sentarme; apagué la luz y me quedé sentado, escuchando los sonidos de mi casa. Latía como si tuviera corazón, y tal vez fueran los latidos del mío, así como los rumores de la casa centenaria. Pensé acercarme a la vitrina y sacar el talismán para acariciarlo con ambas manos. Ya me había levantado para ir a buscarlo.

Escuché un crujido y un relincho como el de un potrillo asustado. Escuché pasos rápidos en el vestíbulo, tras los cuales se hizo el silencio. Mis zapatos siguieron emitiendo acuáticos chasquidos en la escalera. Fui a la habitación de Ellen y encendí la luz. Estaba aovillada bajo la sábana, la cabeza debajo de la almohada. Cuando traté de levantarla, se agarró a ella con fuerza y tuve que retirarla de un tirón. Le corría por la comisura de la boca un hilillo de sangre.

-Me resbalé en el cuarto de baño.

-Ya lo veo. ¿Te duele mucho?

-No, creo que no.

-O sea, que no es asunto mío.

-No quería que terminase yendo a la cárcel.

Allen estaba sentado al borde de la cama, desnudo del todo, salvo por los calzoncillos. Sus ojos me hicieron pensar en un ratón acorralado en una esquina, dispuesto al fin a luchar como fuera contra los escobazos.

-¡La muy asquerosa chivata...!

-¿Lo has oído todo?

-Sólo he oído lo que hizo esa chivata asquerosa.

-¿Te has enterado de lo que has hecho tú?

El ratón acorralado pasó al ataque. -¿Y eso a quién le importa? Es algo que hace todo el mundo. Es pura cuestión de suerte. -¿De veras lo crees?

-¿Tú no lees nunca los periódicos? Lo hace todo el mundo, hasta los mejor colocados. Echa un vistazo a los periódicos, ya lo verás. Si tienes ganas de creerte un santo, lee los periódicos, anda. Me juego cualquier cosa a que tú también hiciste algo parecido en tus tiempos. Lo hace todo el mundo. Y yo no pienso cargar con las culpas de los demás. No me importa nada de nada, salvo esa asquerosa chivata.

Mary suele tardar en despertarse, pero al fin se despierta del todo. Es posible que ni siquiera estuviese dormida. Estaba en la habitación de Ellen, sentada al borde de su cama. La luz de la farola la iluminaba con claridad suficiente, aun cuando en su rostro aún jugueteasen las sombras. Era sólida como una roca, una gran roca de granito, inamovible en medio de una marea viva. Era cierto. Era resistente como una bota de suela reforzada, inquebrantable, firme, segura.

-¿Te vienes a la cama, Ethan?

Así pues, también ella había estado a la escucha.

-Todavía no, mi amor.

-¿Vas a volver a salir?

-Sí, saldré a caminar.

-Tienes que dormir algo. Además, aún está lloviendo. ¿De veras tienes que salir?

-Sí. Hay un sitio al que tengo que ir.

-Llévate la gabardina, que antes se te olvidó.

-Sí, cariño.

No la besé en ese momento. No podía hacerlo delante de aquella figura acurrucada y tapada a su lado. En cambio, sí le rocé el hombro y le acaricié la cara, que me pareció áspera y dura como la suela de una bota.

Fui un momento al cuarto de baño, a por un paquete de hojas de afeitar.

Me encontraba en el vestíbulo buscando una gabardina en el armario, como me había aconsejado Mary, cuando oí un ruido de pelea, pasos apresurados, un rumor y Ellen que se lanzó hacia mí entre jadeos y gimoteos. Escondió la boca y la nariz ensangrentada en mi pecho y me sujetó por ambos hombros estrechándome con los brazos. Temblaba de pies a cabeza todo su cuerpecillo.

La tomé por el rizo de la frente y la obligué a levantar la cabeza bajo la luz prendida del vestíbulo.

-Llévame contigo.

-Tonta, no puedo llevarte conmigo. Si vienes conmigo a la cocina, te lavaré la cara.

-Llévame contigo. Sé que no piensas volver.

-¿Qué quieres decir, mamarracha? ¿Cómo que no voy a volver? Siempre vuelvo. Descuida, que siempre he de volver. Anda, ve a la cama y descansa. Pronto te sentirás mejor.

-¿No me quieres llevar contigo?

-El sitio al que voy es un sitio en el que no te permitirán entrar. ¿Quieres quedarte en la calle, esperando en camisón?

-No me hagas esto.

Me volvió a abrazar con todas sus fuerzas y me acarició los brazos y los costados con ambas manos. Me metió los puños en los bolsillos, temí que descubriese

las hojas de afeitar. Siempre ha sido una niña muy amiga de tocar, acariciar, sobar. Una niña sorprendente. De pronto me dejó libre, retrocedió, me miró a los ojos con la cabeza bien erguida, sin el menor rastro de lágrimas en los suyos. La besé en la sucia mejilla y noté en la boca el sabor de su sangre reseca. Y me volví hacia la puerta.

-¿No quieres llevar el bastón?

-No, Ellen. Esta noche no. Ve a la cama, cielo. Ve a la cama.

Salí corriendo a toda la velocidad que me permitieron las piernas. Supongo que.quise huir de ella y de Mary. Oí que Mary bajaba la escalera con pasos comedidos.

22

Comenzaba a subir la marea. Me introduje en el agua tibia de la bahía y a tientas trepé hasta el sitio. Entraba lenta una corriente poderosa, que salía luego de la boca de la cueva atravesándome la pernera de los pantalones. La gruesa billetera que llevaba en el bolsillo del pantalón se hinchó aún más sobre mi cadera y luego adelgazó bajo mi peso, al empaparla el agua. El mar del verano estaba repleto de pequeñas medusas del tamaño de las grosellas, con sus pequeños tentáculos y sus células como aguijones. Al rozarme las piernas y el vientre noté que me picaban como pequeñas fogatas enfurecidas, al tiempo que la ola lenta respiraba al entrar y salir del sitio. La lluvia había dejado su lugar a una bruma leve, que acumulaba todas las estrellas, todas las luces de la ciudad, repartiéndolas de un modo parejo y dándoles un brillo opaco, un matiz parecido al del peltre. Alcanzaba a ver la tercera de las rocas, pero desde el sitio no estaba en línea con el punto bajo el cual se encontraba la quilla hundida del *Belle-Adair.* Una ola más fuerte que las anteriores me levantó en vilo y me hizo sentir que las piernas se me desgajaban del cuerpo, al tiempo que un viento ansioso, surgido a saber de dónde, aventó la bruma como si fuese un rebaño de ovejas. Vi entonces una estrella que asomaba ya tarde, que ascendía demasiado tarde sobre el horizonte. Una embarcación, no supe de qué tipo, entró traqueteando por el canal, una embarcación con aparejo de vela, a juzgar por el runrún lento y solemne de su motor de escasa potencia. Vi la luz de posición en el mástil sobre la dentada confusión del rompeolas, pero los faroles rojo y verde que indicaban su rumbo estaban muy por debajo de mi campo visual.

Me ardía la piel por cada uno de los aguijonazos candentes de las medusas. Oí que un ancla era arrojada al agua. Se apagó la luz del mástil.

La luz de Marullo seguía prendida, igual que la luz del viejo Capitán, y la luz de la tía Deborah.

No es verdad que exista una comunidad entre las luces, una gran hoguera en el mundo. Cada cual porta la suya, cada cual lleva su luz aislada y solitaria.

Un banco de pececillos costeros culebreó pegado a la orilla.

Mi luz se ha apagado. Nada hay tan negro como un pábilo apagado.

Quiero ir a casa, dije para mis adentros. No, no a casa, sino a ese otro lado de la casa, al lugar donde se nos dan las luces.

Se adensan las tinieblas cuando se apaga una luz, mucho más que si esa luz jamás hubiera brillado. El mundo está repleto de pecios oscuros. La mejor de las maneras -así lo hubieran hecho los Marullo de la antigua Roma sin tener que pensarlo

siquiera- consiste en saber que llega un momento oportuno para proceder a una retirada decente, honrada, sin dramatismo, sin el menor castigo de la propia personalidad, ni tampoco de la familia: un simple adiós, un baño cálido, una vena abierta, un mar acogedor, una hoja de afeitar.

El tirón de la marea creciente entró como por un embudo en el sitio y me obligó a levantar las piernas, las caderas, a la vez que me ladeaba y se me llevaba los pies envueltos en mi gabardina empapada.

Rodé sobre un costado y eché mano al bolsillo, en busca de las hojas de afeitar, cuando noté el bulto. Maravillado, titubeante, recordé las manos con que me acarició la que portaba la luz. Por un momento, se resistió a salir de mi bolsillo mojado. Entonces, cuando la tuve en la mano, concitó todas las astillas de luz que hubiera en el aire, y pareció volverse roja, rojo oscuro.

El embate de una ola me empujó hasta el fondo del sitio. El tempo del mar pareció acrecentarse. Tuve que hacer frente al agua que salía, y tuve que salir yo también. Rodé, me debatí, manotee con el agua hasta el cuello, poco menos que a merced de la resaca. Las olas, cada vez más vivaces, me empujaron contra el viejo muro del muelle.

Tenía que regresar. Tenía que regresar, devolver el talismán a su nueva dueña.

De lo contrario, otra luz podría extinguirse.